

ARNALDUR INDRIDASON

SERIE ERLENDUR SVEINSSON



Hipotermia

Lectulandia

«Los cardiólogos estuvieron hablando de eso. De la vida después de la muerte. Algo que había sucedido hacía poco. Un hombre que estuvo muerto durante dos minutos en la mesa del quirófano. Dijo que había tenido una experiencia cercana a la muerte».

Una mujer obsesionada con saber si existe algo después de la muerte aparece ahorcada. Un padre sigue buscando a su hijo desaparecido hace veinte años sin dejar rastro.

El inspector Erlendur Sveinsson está investigando extraoficialmente un caso de suicidio que no le cuadra. Para él, la modélica Islandia es como una especie de triángulo nórdico de las Bermudas. A pesar de su envidiable estado del bienestar, de sus banqueros y políticos corruptos en la cárcel y de su bajísimo índice de criminalidad, el clima y la orografía salvaje de la isla hacen que muchos asesinatos pasen por desapariciones fortuitas.

Lectulandia

Arnaldur Indridason

Hipotermia

Inspector Erlendur Sveinsson - 08

ePub r1.2

Titivillus 01.11.15

Título original: *Harðskafi*
Arnaldur Indridason, 2007
Traducción: Enrique Bernárdez Sanchis

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El hermano mayor curó de sus heridas
de congelación,
pero decían que se mostraba siempre
huraño y taciturno.

*Tragedia en el páramo
de Eskifjörður*

María casi ni se daba cuenta de lo que sucedía durante el funeral. Estaba sentada en la primera fila y tenía cogida la mano de Baldvin sin llegar a comprender por completo ni la situación ni lo que sucedía a su alrededor. El sermón del pastor y la gente que había acudido al entierro y el canto del pequeño coro... Todo se confundía en su dolor. El pastor, una mujer, había ido a su casa y había anotado una serie de detalles para redactar su sermón. Habló sobre todo de la carrera erudita de Leonóra, la madre de María, de la valentía que había demostrado ante su trágico destino, de la multitud de amigos que había sabido atesorar a lo largo de la vida, y de ella, su única hija, quien en cierto modo había seguido los pasos de su madre. La pastor mencionó cuán avanzada había sido Leonóra en su campo y cuánto había cultivado el cariño de sus amigos, como podía comprobarse en la nutrida asistencia ese triste día de otoño. La mayoría de los congregados en la iglesia procedían de la universidad. En ocasiones, Leonóra había comentado a María lo gratificante que era pertenecer a la comunidad docente. En sus palabras se ocultaba una arrogancia a la que María prefería hacer caso omiso.

Recordaba los colores otoñales del cementerio y los charcos congelados en los senderos de guijarros que llevaban hasta la fosa, el sonido del fino hielo al romperse bajo los pies de los portadores del féretro. Recordaba la brisa fresca y la señal de la cruz que hizo sobre el ataúd de su madre. En incontables ocasiones se había imaginado a sí misma en aquel trance desde el momento en que dejó de existir la menor duda de que su madre moriría a causa de la enfermedad; había llegado el instante temido. Clavó la mirada en el ataúd del fondo de la fosa y pronunció en su fuero interno una breve oración antes de hacer la cruz con el brazo extendido. Luego se quedó inmóvil en el borde de la fosa hasta que Baldvin se la llevó de allí.

Recordaba que las personas que habían asistido al funeral se acercaban a ella y le formulaban su pésame. Algunos le ofrecían su apoyo. Cualquier cosa que pudieran hacer por ella.

Su mente no voló hacia el lago hasta que todo estuvo otra vez en silencio y se quedó sola, sentada consigo misma, hasta bien entrada la noche. Hasta ese momento no había caído en ello, pero ahora que todo había terminado y rememoraba aquel día angustioso se dio cuenta de que la familia de su padre no había asistido al entierro.

1

El aviso llegó desde un móvil al número de emergencias poco después de medianoche; se oyó una alterada voz de mujer que decía:

—Se ha... María se ha suicidado... Yo... ¡Es horrible..., horrible!

—¿Cómo te llamas?

—Ka... Karen.

—¿Desde dónde llamas? —preguntó el encargado del número de emergencias.

—Estoy en... es... su casa de verano...

—¿Dónde? ¿Dónde es?

—... en el lago Þingvallavatn. En... en su casa de verano. Daos prisa... Yo... yo estaré aquí.

Karen no conseguía encontrar la casa. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuvo allí, casi cuatro años. María le había proporcionado indicaciones precisas por si acaso, pero, a decir verdad, le habían entrado por un oído y le habían salido por el otro, porque estaba segura de recordar el camino.

Salió de Reikiavik, en su coche, cuando estaban a punto de dar las nueve, en medio de una oscuridad total y absoluta. Pasó por el páramo de Mosfellsheiði, donde apenas había tráfico rodado. Unos pocos faros se cruzaron con ella camino de la capital. Solo había otro vehículo circulando hacia el este, y siguió a sus pilotos traseros rojos, feliz de tener compañía. No le gustaba nada conducir en la oscuridad y habría adelantado la salida de haber tenido la menor opción de hacerlo. Era responsable de relaciones públicas en un gran banco, y las reuniones y las llamadas telefónicas no acababan nunca.

Sabía que tenía Grímannsfell a la derecha, aunque no pudiera ver la montaña, y Skálafell a la izquierda. Dejó atrás el desvío de Vindáshlíð, donde, de niña, había pasado dos semanas de veraneo. Siguió los pilotos rojos en un cómodo viaje hasta dejar atrás el malpaís de Kerlingarhraun. Allí se separaron. Las luces rojas aumentaron la velocidad y desaparecieron en la oscuridad. Pensó que quizás iría hacia Uxahryggir y luego al norte, hacia Kaldidalur. Había recorrido muchas veces ese camino y le encantaba ir por allí, salir al valle de Lundarreykjadalur y bajar luego hacia el Borgarfjörður. Revivió el recuerdo de un hermoso día de verano en el lago Sandkluftavatn.

Torció a la derecha y se adentró en la oscuridad de Þingvellir. La resultaba difícil orientarse en la geografía de la zona en medio de la oscuridad más absoluta. ¿Debería haber torcido ya? ¿Era aquella la desviación que llevaba al lago? ¿O acaso era la siguiente? ¿Se había pasado?

Terminó dos veces en callejones sin salida y tuvo que dar la vuelta. Era jueves por la noche, y prácticamente todos los bungalós estaban vacíos. Llevaba provisiones y libros para leer, y además María le dijo que hacía poco habían instalado televisión en la casa. Pero sobre todo pensaba dedicarse a dormir y descansar. El banco parecía un

manicomio después del reciente intento de absorción. Ella ya no comprendía los enfrentamientos entre los grupos de grandes accionistas que establecían alianzas contra otros grupos. Se publicaban informes para la prensa cada dos horas, y las cosas no mejoraron, sino todo lo contrario, cuando se supo que se había acordado una indemnización por despido por un monto de cien millones de coronas con un director a quien uno de los grupos quería quitarse de en medio. La dirección del banco había conseguido granjearse las iras del público y Karen era la encargada de aliviar un poco las tiranteces provocadas. Así habían estado las cosas durante las pasadas semanas, y ya estaba harta cuando se le ocurrió la posibilidad de salir de la ciudad. María le había ofrecido muchas veces su casita de verano para que fuera a pasar unos días, así que decidió telefonarla. «Faltaría más», dijo María.

Karen circuló despacio por un camino bastante primitivo que atravesaba los arbustos bajos, hasta que los faros del coche iluminaron el bungaló, abajo, junto al lago. María le dio las llaves y le contó también dónde guardaban la de repuesto. A veces venía bien tener una llave de repuesto escondida en algún sitio cerca de la casa.

Esperaba con ilusión despertar al día siguiente entre los colores otoñales de Þingvellir. Desde donde alcanzaba su memoria se promocionaban rutas especiales para disfrutar los colores otoñales del parque nacional, pues apenas había lugar alguno donde fueran más bellos que allí, junto al lago, donde los tonos anaranjados y rojizos de la moribunda vegetación se extendían hasta donde alcanzaba la vista.

Comenzó sacando el equipaje del coche y poniéndolo junto a la puerta, en la plataforma del porche. Metió la llave en la cerradura, abrió y buscó la llave de la luz con la mano. Se encendió una luz en el pasillo de la cocina, metió su pequeña bolsa de viaje y la colocó en el dormitorio principal. Se extrañó de que la cama no estuviera hecha. Aquello no era propio de María. Había una toalla en el suelo del cuarto de baño. Cuando encendió la luz de la cocina notó una especie de presencia extraña. No le tenía miedo a la oscuridad, pero de repente la invadió una sensación de malestar en todo el cuerpo. El salón estaba a oscuras. Desde él se disfrutaba de una espléndida vista del lago Þingvallavatn.

Karen encendió la luz del salón.

En el techo había cuatro fuertes vigas; de una de ellas colgaba un cuerpo humano, dándole la espalda.

Se sobresaltó de tal manera que retrocedió con brusquedad hacia la pared del salón y su cabeza golpeó el revestimiento de madera. Se le nubló la vista. El cuerpo colgaba de la viga, sujeto por una delgada cuerda azul, y se reflejaba en la oscura ventana del salón. No sabía cuánto tiempo pasó hasta que se atrevió a aproximarse, paso a paso. El pacífico entorno del lago se había convertido, en un abrir y cerrar de ojos, en una película de terror que no podría olvidar jamás. Cada pequeño detalle quedó aprisionado en su memoria. El taburete de la cocina, un cuerpo extraño en aquel salón de puro diseño, yacía volcado debajo del cuerpo. El color azul de la cuerda. El reflejo sobre la ventana. La oscuridad de Þingvellir. El cuerpo humano

inmóvil debajo de la viga.

Se acercó con mucho cuidado y miró el hinchado rostro azul. Sus peores sospechas demostraron ser correctas. Era María, su amiga.

2

Le pareció que había transcurrido un tiempo asombrosamente breve desde que hizo la llamada hasta que el servicio de emergencias se presentó en el lugar, junto con un médico y unos policías de Selfoss. La policía de investigación de Selfoss se había sumado al equipo, aunque lo único que sabían era que la mujer que se había quitado la vida era de Reikiavik, residente en Grafarvogur, casada y sin hijos.

Los hombres cuchicheaban en el interior de la vivienda. Parecían torpes cuerpos extraños en un bungalow desconocido en el que había tenido lugar un horrible suceso.

—¿Fuiste tú quien dio el aviso? —preguntó un joven agente de policía.

Le habían señalado a la mujer que había encontrado el cadáver, quien en ese momento se hallaba en la cocina, inconsolable y sin poder despegar la mirada del suelo.

—Sí. Me llamo Karen.

—Podemos proporcionarte ayuda psicológica si...

—No, creo... No pasa nada.

—¿La conocías bien?

—Conozco a María desde que éramos niñas. Me había prestado el bungalow. Iba a pasar aquí el fin de semana.

—¿No viste su coche? —inquirió el policía.

—No. Creía que no iba a haber nadie. Luego me di cuenta de que la cama estaba sin hacer y cuando entré en el salón... Nunca he visto una cosa así. ¡Pobre María! ¡Pobre chica!

—¿Cuándo hablaste con ella?

—Hace solo unos días. Cuando me prestó la casa.

—¿Dijo que estaría ella aquí?

—No. No dijo nada. Dijo que claro que me prestaba la casa unos días. Que no había ningún problema.

—¿Y estaba... de buen humor?

—Sí, eso me pareció. Cuando fui a recoger la llave a su casa estaba completamente normal.

—¿Y sabía que ibas a venir?

—Sí. ¿A qué te refieres?

—Que sabía que tú la encontrarías —dijo el policía.

Acercó el taburete y se sentó a su lado para hablar con ella. Karen le cogió el brazo y le miró con los ojos fijos.

—¿Quieres decir que...?

—Es posible que fueras tú quien tenía que encontrarla —añadió el policía—. Claro que solo se trata de una suposición.

—¿Por qué iba a querer semejante cosa?

—Solo es una conjetura.

—Pero es cierto, sabía que yo iba a pasar aquí el fin de semana. Sabía que iba a venir. ¿Cuándo... cuándo lo hizo?

—Aún no tenemos un informe exacto al respecto, pero el médico forense cree que no fue mucho después de anoche. Habrán transcurrido veinticuatro horas.

Karen escondió el rostro entre las manos.

—Dios mío, esto es... es tan irreal. Nunca habría debido pedirle la casa. ¿Ya habéis hablado con su marido?

—Ahora van de camino a su casa. Viven en Grafarvogur, ¿no?

—Sí. ¿Cómo pudo hacerse esto? ¿Cómo puede nadie hacer algo así?

—Debía de estar muy desesperada —replicó el policía al tiempo que le hacía una seña al forense para que se acercara—. Debía de tener una enorme lucha interior. ¿No apreciaste en ella ninguna de esas cosas?

—Perdió a su madre hace dos años —respondió Karen—. Fue un gran golpe para ella. Falleció de cáncer.

—Comprendo —dijo el policía.

Karen rompió a llorar. El policía le preguntó si el doctor podía ayudarla de alguna forma. Ella sacudió la cabeza y dijo que estaba bien y que solo deseaba marcharse a casa si se lo permitían. No hubo problema alguno. Volverían a hablar con ella más tarde si fuera necesario.

El policía la acompañó a la explanada de delante del bungalow y le abrió la puerta del coche.

—¿Estarás bien? —preguntó.

—Sí, supongo que sí —respondió Karen—. Gracias.

El detective la siguió con la mirada mientras daba la vuelta y se marchaba en su coche. Cuando volvió a entrar en la casa ya habían descolgado el cadáver y lo habían depositado en el suelo. Se puso en cuclillas a su lado. La mujer llevaba una camiseta blanca de manga corta y vaqueros azules, y no tenía zapatos. Era morena, con el pelo corto, delgada y esbelta. No apreció señal alguna de violencia, ni en el cuerpo ni en la casa, tan solo el taburete volcado de la cocina que había usado la mujer para atar la cuerda a la viga. La cuerda azul se podía encontrar en cualquier ferretería. Se había hundido en el delgado cuello de la mujer.

—Anoxia: falta de oxígeno —dictaminó el forense del distrito, quien había estado hablando con el equipo de emergencias—. Por desgracia, no se rompió el cuello. Eso habría acelerado las cosas. Se asfixió cuando la cuerda le comprimió el cuello. Hizo falta algo de tiempo. Preguntan cuándo pueden llevársela.

—¿Cuánto tiempo tardó? —preguntó el policía.

—Dos minutos, quizá menos. Hasta que perdió el conocimiento.

El detective se puso en pie y miró a su alrededor. Le pareció una residencia de verano islandesa absolutamente típica, con sofá de cuero, una mesa de comedor muy elegante y muebles de cocina bastante nuevos. Las paredes del salón estaban cubiertas de libros. Se aproximó a la estantería y vio la edición de los *Cuentos*

populares de Jón Árnason en cinco volúmenes encuadernados en piel. Historias de fantasmas, pensó. En otros estantes había literatura francesa, novelas islandesas y objetos en medio de los libros, porcelanas o cerámicas, y fotografías enmarcadas, en tres de las cuales se veía a la misma mujer en distintas épocas, o eso le pareció. Arte gráfico en las paredes, una pequeña pintura al óleo y unas cuantas acuarelas.

El policía se dirigió adonde pensó que estaría el dormitorio principal. La cama estaba deshecha por un lado. En la mesilla de noche del mismo lado había unos libros. Encima de todo, un volumen de poesía de Davíð Stefánsson frá Fagraskógi. Había también un frasquito de perfume.

Su ronda en torno a la casa de verano no proporcionó nada digno de mención. Buscó señales de violencia, indicaciones de que la mujer no hubiera entrado por su propia voluntad en la cocina, hubiera cogido el taburete, se hubiera subido a él y se hubiera atado la cuerda en el cuello. Lo único que encontró fue un deceso extraordinariamente silencioso, casi podría decirse que cortés.

Su compañero de la policía de Selfoss le interrumpió.

—¿Has encontrado algo? —preguntó.

—Nada. Es un suicidio. Sin la menor duda. No hay nada que apunte a ninguna otra cosa. Esa mujer se ha suicidado.

—Tiene toda la pinta.

—¿Quito la cuerda de la viga antes de irnos? ¿No está casada esa mujer?

—Sí, por favor. Y sí, el marido va a venir para acá.

El policía quitó la cuerda del techo y la examinó entre los dedos. No era un trabajo demasiado profesional. El nudo no estaba bien hecho y la cuerda corría mal. Pensó en silencio que él sabría hacer un nudo mucho mejor con aquella cuerda, pero probablemente no se le podía pedir un nudo corredizo de experto a una mujer normal y corriente que vive en el barrio de Grafarvogur. Saltaba a la vista que no se había dedicado a analizar las cosas a fondo para suicidarse con plena profesionalidad. Seguramente se trataría de un trastorno temporal y no de un plan organizado con sumo cuidado.

Abrió la puerta que daba a la plataforma. No había más que dos escalones. La orilla del lago estaba a solo unos pasos. Los días anteriores había helado y el agua estaba cubierta por una fina capa de hielo que llegaba hasta la orilla. En algunos sitios el hielo se había agarrado con fuerza a la tierra y formaba una especie de finísimo cristal bajo el que se agitaba el agua.

Erlendur llegó a una vivienda unifamiliar sin pretensiones del barrio de Grafarvogur. No había otras cerca, y estaba en el fondo de un callejón que salía de una elegante calle llena de chalés. Casi todas las casas eran prácticamente iguales, pintadas de blanco, azul o rojo y con garaje, dos plazas por casa. La calle estaba limpia y bien iluminada, los jardines parecían muy cuidados, la hierba segada y los árboles y arbustos cuidadosamente podados. Setos cuadrados por todas partes. La casa a la que iba parecía más antigua que las demás de la calle, no era del mismo estilo, no tenía ni ventanas arqueadas ni falsas columnas en la entrada ni salón abierto al jardín. Estaba pintada de blanco, tenía tejado plano y un gran ventanal en el salón, orientado hacia el Kollafjörður y el monte Esja. Un jardín grande y cuidado rodeaba la casa, planificada con mucho esmero. La cincoenrama leñosa y la alpina, las rosas rugosas y los pensamientos habían muerto en otoño.

Había hecho un frío nada habitual, con gélidos vientos del norte. Un viento seco barrió las hojas de los árboles por toda la calle, y las arrojó al callejón lateral. Erlendur aparcó su coche y contempló la casa. Respiró hondo antes de entrar. Era el segundo suicidio en la misma semana. Quizá fuera el otoño, la idea de que por delante había un largo y oscuro invierno.

Le había tocado a él ponerse en contacto con el marido en nombre de la policía de Reikiavik, como de costumbre. Los de Selfoss decidieron remitir el caso a Reikiavik de inmediato, a fin de que llevaran a cabo los procedimientos adecuados, como se decía en la jerga policial. Habían enviado un pastor luterano a casa del marido. Ambos estaban sentados en la cocina cuando Erlendur llamó a la puerta. El pastor le abrió y le acompañó a la cocina. Dijo que era el párroco de Grafarvogur. Que María utilizaba los servicios de otro clérigo, pero que no habían podido localizarlo.

El marido estaba sentado junto a la mesa de la cocina, en vaqueros y camisa blanca. Era delgado y fornido. Erlendur se presentó y se estrecharon la mano. El hombre se llamaba Baldvin. El pastor se situó junto a la puerta de la cocina.

—Tendré que ir al bungalow —dijo Baldvin.

—Sí, el cuerpo... —convino Erlendur, pero no acabó la frase.

—Me dijeron que... —comenzó Baldvin.

—Te acompañaremos a la casa, si quieres. En realidad, ya han trasladado el cuerpo a Reikiavik. Al depósito de Barónsstígur. Creímos que lo preferirías así, en vez de llevarlo al hospital de Selfoss.

—Gracias.

—Tendrás que identificarla.

—Claro. Por supuesto.

—¿Estaba ella sola en Þingvellir?

—Sí, se fue allí para trabajar anteayer, pero pensaba volver a la ciudad esta noche. Dijo que tardaría un poco. Le había dejado la casa a una amiga suya para el fin

de semana. O eso es lo que ella me dijo, y que quizás esperaba a que llegara su amiga.

—Su amiga, Karen, fue quien la encontró. ¿La conoces?

—Sí.

—¿Estabas en casa?

—Sí.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con tu mujer?

—Anoche. Antes de acostarse. Se llevó el móvil al bungalow.

—¿Así que hoy no has sabido nada de ella?

—No, nada.

—¿No pensaba quedarse allí a esperarte?

—No. Nuestra idea era pasar en la ciudad todo el fin de semana.

—Pero ¿a su amiga la esperaba esta noche?

—Sí, eso creo. El pastor me ha dicho que seguramente María hizo... eso anoche.

—El forense aún no nos ha indicado la hora exacta del fallecimiento.

Baldvin calló.

—¿Lo había intentado antes? —preguntó Erlendur.

—¿El qué? ¿Suicidarse? No. Nunca.

—¿Tienes idea de que se encontrara mal?

—Estaba un poco triste y deprimida —dijo Baldvin—. Pero no tanto como... como para...

Rompió a llorar.

El sacerdote miró a Erlendur y le hizo una seña de que por el momento ya era suficiente.

—Perdona —se disculpó Erlendur, y se levantó y se alejó de la mesa—. Hablaremos mejor más tarde. ¿Vas a llamar a alguien para que te haga compañía? ¿O prefieres asistencia psicológica? Podemos...

—No, está... Muchas gracias.

Camino de la salida, Erlendur pasó por el salón, donde había grandes estanterías. Al acercarse a la casa había visto un precioso todoterreno delante del garaje.

«¿Por qué morir, teniendo una casa así? —pensó—. ¿De verdad no había aquí dentro nada por lo que vivir?».

Sabía que ese tipo de ideas no llevaba a ninguna parte. La experiencia demostraba que los suicidios podían ser imprevisibles y no guardar la más mínima relación con el nivel económico de la persona. Con frecuencia se producían de forma totalmente inesperada. Afectaban a personas de todas las edades, jóvenes, de mediana edad y ancianos que un buen día tomaban la decisión de poner fin a sus vidas. En ocasiones quedaba atrás una larga serie de episodios previos de depresión e intentos fallidos de suicidio. En otros casos, la acción era una sorpresa total para amigos y parientes. «No teníamos ni idea de que se sintiera tan mal». «Nunca dijo nada». «¿Cómo íbamos a saberlo?». Los deudos se quedaban transidos de dolor con la pregunta en los ojos,

incredulidad y horror en la voz: «¿Por qué? ¿Habría tenido que darme cuenta mucho antes? ¿Tendría que haber hecho mejor las cosas?».

El marido acompañó a Erlendur hasta la puerta.

—Tengo entendido que tu mujer perdió a su madre hace un tiempo.

—Sí, así es.

—¿Su muerte afectó mucho a María?

—Supuso un golpe terrible para ella —dijo el marido—. Pero esto es incomprensible. Aunque de un tiempo a esta parte hubiera estado un tanto abatida, esto es de todo punto incomprensible.

—Desde luego —dijo Erlendur.

—Por supuesto, en la policía conocéis bien los suicidios, ¿no? —preguntó Baldvin.

—Se producen de vez en cuando —dijo Erlendur—. Por desgracia.

—¿Estaba...? ¿Sufrió?

—No —le aseguró Erlendur con decisión—. No sufrió.

—Soy médico —aclaró Baldvin—. No necesitas mentirme.

—No te estoy mintiendo —replicó Erlendur.

—Llevaba bastante tiempo deprimida —explicó Baldvin—. Pero no buscó ayuda de ninguna clase. Quizás habría debido hacerlo. Quizá yo habría debido darme cuenta de lo que le pasaba. Su madre y ella estaban muy unidas. Le costó muchísimo aceptar su muerte. Leonóra solo tenía sesenta y cinco años, murió en su mejor edad. De cáncer. María la estuvo cuidando y no estoy seguro de que se hubiera recuperado por completo después de su muerte. Era hija única de Leonóra.

—Me hago cargo de que es muy difícil.

—Quizá sea imposible ponerse en su lugar —dijo Baldvin.

—Sí, claro —dijo Erlendur—. ¿Y su padre?

—Murió.

—¿María era creyente? —preguntó Erlendur, que miraba la imagen de Jesús que había en la cómoda del recibidor. A su lado había una Biblia.

—Sí, sí que lo era —respondió el marido—. Iba a la iglesia. Mucho más creyente que yo. Y con la edad iba siéndolo cada vez más.

—¿No eres creyente?

—No puedo decir que lo sea.

Baldvin dejó escapar un amargo suspiro.

—Esto... esto es tan irreal... Tendrás que perdonarme, pero...

—Sí, perdona —se disculpó Erlendur—, he terminado.

—Iré a Barónsstígur.

—Bien —dijo Erlendur—. Un forense tendrá que examinarla. Se hace siempre en estos casos.

—Comprendo —aceptó Baldvin.

La casa no tardó en quedarse vacía. Erlendur salió en su coche detrás del pastor y

de Baldwin. Cuando se disponía a salir de la zona de aparcamiento miró por el retrovisor y le pareció ver un movimiento en la cortina de una ventana del salón. Pisó el freno y estuvo un buen rato mirando por el espejo. No vio más movimiento y supuso que se habría tratado de una mera confusión. Levantó el pie del freno y continuó su camino.

María estuvo desconsolada las primeras semanas, y meses después de la muerte de Leonóra. No quería visitas y dejó de contestar al teléfono. Baldvin se tomó dos semanas libres en el trabajo, pero cuanto más intentaba hacer por ella, más fuertes eran las exigencias de su mujer para que la dejara en paz. Baldvin le recetó unos medicamentos para la angustia y la depresión, pero ella no quiso tomarlos. Él conocía a un psiquiatra que se mostró dispuesto a recibirla, pero ella se negó a ir. Dijo que tenía que salir sola de su tristeza. Que haría falta tiempo y que él debía tener paciencia. Que ya había tenido que hacer eso mismo otra vez y que ahora también lo conseguiría.

Conocía la angustia y la depresión y la falta de apetito y el enflaquecimiento y la sensación de parálisis psicológica que la volvía apática e indiferente ante cualquier cosa que no fuera el mundo privado que había creado a partir de su pena. Nadie podía poner un pie en su mundo. Había caído en un estado de ánimo semejante cuando murió su padre. Pero entonces tenía a su madre, quien era para ella una fuerza inagotable. María estuvo soñando con su padre varios años después de su muerte, y muchos de sus sueños se convertían en pesadillas recurrentes que no la abandonaban nunca. Sufría de alucinaciones. Su padre se le aparecía de una forma tan real que ella pensaba en ocasiones que seguía con vida. Que no había muerto. Notaba su presencia cuando estaba despierta, e incluso sentía el olor de sus cigarrillos puros. A veces tenía la sensación de que estaba a su lado y observaba cada uno de sus movimientos. No era más que una niña, y creía que su padre acudía a visitarla desde el otro mundo.

Su madre, Leonóra, era una racionalista y sostenía que las cosas que creía ver, los ruidos que creía oír y los olores que creía sentir eran en realidad efectos de la pena, fruto de su desconsuelo por haber perdido a su padre. Habían estado siempre muy cercanos y su muerte supuso tal mazazo para ella que su subconsciente le hacía aparecer ante sus ojos; unas veces, su imagen, y otras, los olores relacionados con él. Leonóra lo llamaba «el ojo interior», y era tan poderoso que podía darles vida a sus pensamientos. Después del shock estaba muy sensible y su percepción a flor de piel provocaba absurdas alucinaciones que irían desapareciendo con el paso del tiempo.

—¿Y si no era el ojo interior, como decías siempre? ¿Y si lo que yo veía después de la muerte de papá estaba en los límites entre dos mundos? ¿Y si él quería visitarme? ¿Y si quería decirme algo?

María estaba sentada en el borde de la cama de su madre. Habían hablado abiertamente de la muerte desde el momento en que no cupo la menor duda de que el destino de Leonóra era inevitable.

—He leído esos libros que has comprado sobre la luz y el túnel —dijo Leonóra—. Quizás haya algo de cierto en lo que dicen. Sobre el túnel que lleva a la inmortalidad. La vida eterna. Lo sabré muy pronto.

—Existen muchísimos relatos muy nítidos —añadió María—. De gente que ha

muerto y ha vuelto. *La muerte inminente. La vida después de la muerte.*

—Hemos hablado tantas veces de esto...

—¿Por qué no podrían ser ciertas esas cosas o, por lo menos, algunas de ellas?

Leonóra miró con los ojos entreabiertos a su hija, que estaba sentada a su lado, consternada. La enfermedad casi le dolía más a María que a ella misma. La inminencia de su muerte le resultaba insoportable a María. Cuando Leonóra se fuera, ella se quedaría sola.

—No creo en ellas porque soy racionalista.

Estuvieron un buen rato en silencio. María dejó caer la cabeza y Leonóra se adormiló un momento, exhausta tras dos años de lucha contra un cáncer que finalmente la había derrotado.

—Te enviaré una señal —dijo en un susurro, y entreabrió los ojos.

—¿Una señal?

Leonóra sonrió débilmente a través del sopor causado por la medicación.

—Lo haremos de una forma... sencilla.

—¿El qué? —preguntó María.

—Tiene que ser... Tiene que ser algo palpable. No puede ser ni un sueño ni ninguna clase de sensación indefinible.

—¿Estás hablando de enviarme una señal después?

Leonóra asintió.

—¿Por qué no? Si la eternidad no es una mera fantasía...

—¿Cómo?

Leonóra parecía dormir.

—Sabes... quién es mi escritor... favorito.

—Proust.

—Tienes... tienes... que estar atenta...

Leonóra cogió la mano de su hija.

—Proust —dijo extenuada, y se durmió por fin. Esa tarde entró en coma. Murió dos días después sin recuperar el conocimiento.

Tres meses después del entierro de Leonóra, María se despertó sobresaltada a media mañana y se levantó. Baldvin se marchaba a trabajar por la mañana temprano y ella estaba sola en la casa, destemplada y cansada por sus horribles sueños y la desesperación y la tensión que no cesaban ni un momento. Iba a entrar en la cocina cuando tuvo la sensación de que no estaba sola en la casa.

Al principio pensó que había entrado un ladrón, y miró a su alrededor muerta de miedo. Preguntó a gritos si había alguien allí, por si de ese modo conseguía hacer huir al ladrón.

Se quedó absolutamente quieta al notar de repente como un asomo del perfume que solía usar su madre.

Se quedó con los ojos fijos y vio en la oscuridad de la sala a Leonóra, al lado de las estanterías. Le decía algo. No comprendió nada.

Estuvo un buen rato con la mirada fija en su madre, sin atreverse a mover ni un músculo hasta que Leonóra desapareció tan súbitamente como había aparecido.

Erlendur encendió la luz de la cocina al volver al bloque de apartamentos en que vivía. Un fuerte golpeteo rítmico grave llegaba desde el piso de arriba. Una pareja joven se había mudado allí, y todas las noches ponían música estrepitosa, en ocasiones muy fuerte. Y los fines de semana celebraban fiestas. Sus huéspedes se dedicaban a subir por la escalera con sonoros pisotones y no paraban hasta la madrugada, a veces con gran ruido y estruendo. La pareja había recibido las quejas de los inquilinos de la escalera y habían prometido que dejarían de hacerlo, pero las cosas seguían igual. Para Erlendur, lo que ponía la pareja no era música, en realidad, sino una constante repetición del mismo ritmo de contrabajo con chillidos estruendosos entre medias.

Erlendur oyó que llamaban a la puerta.

—Vi luz en tu casa —dijo Sindri Snær, su hijo, cuando Erlendur abrió.

—Entra —dijo Erlendur—. Estaba en Grafarvogur.

—¿Algo interesante? —preguntó Sindri mientras cerraba la puerta.

—Siempre hay algo interesante —dijo Erlendur—. ¿Quieres café? ¿Alguna otra cosa?

—Solo agua —respondió Sindri, mientras sacaba una cajetilla—. Tengo libre. Me tomo dos semanas. —Miró hacia el techo, escuchó el ritmo de rock que llegaba de arriba, y del que Erlendur ya se había olvidado—. ¿Qué ruido es ese?

—Vecinos nuevos —le gritó Erlendur desde la cocina—. ¿Has sabido algo de Eva Lind?

—Últimamente no. Estuvo peleándose con mamá el otro día. No sé qué pasó.

—¿Peleándose con vuestra madre? —dijo Erlendur desde la puerta de la cocina—. ¿Por qué?

—Por ti, me pareció entender.

—¿Y por qué estaban peleándose por mi culpa?

—Habla con ella.

—¿Está trabajando?

—Sí.

—¿Anda con drogas?

—No, creo que no. Pero no quiere venir conmigo a las reuniones.

Erlendur sabía que Sindri acudía a reuniones de Alcohólicos Anónimos y que parecían sentarle bien. Pese a su juventud, había tenido serios problemas con el consumo de alcohol y drogas, pero había pasado página por iniciativa propia y estaba haciendo todo lo necesario para superar sus adicciones. Su hermana Eva llevaba ya un tiempo sin consumir, pero no quería saber nada de tratamientos ni de reuniones, se creía capaz de hacerlo por su cuenta y sin necesidad de ayuda.

—¿Qué pasaba en Grafarvogur? —preguntó Sindri—. ¿Sucedió algo allí?

—Un suicidio —dijo Erlendur.

—¿Eso es un crimen, o...?

—No, el suicidio no es un crimen —dijo Erlendur—. Excepto, quizás, hacia los supervivientes.

—Un chico a quien conocía se mató —dijo Sindri.

—¿Sí?

—Pues sí, Simmi.

—¿Quién era?

—Un tío majo. Trabajamos juntos un verano. Un chaval muy tranquilo, no decía nunca nada. Y luego fue y se ahorcó. En el trabajo. Teníamos un almacén para guardar trastos del trabajo y se ahorcó allí. Llegó el capataz y lo bajó.

—¿Supisteis por qué lo hizo?

—No. Vivía en casa de su madre. Una vez salí de fiesta con él. Nunca había bebido, enseguida echó la pota.

Sindri sacudió la cabeza.

—Simmi —dijo—. Un chaval raro.

Desde arriba seguía aquel golpeteo del reproductor de sonido, no parecía dispuesto a concederse ni la más mínima pausa.

—¿No piensas hacer nada con eso? —preguntó Sindri, mirando hacia el techo.

—Esa panda no escucha a nadie —dijo Erlendur.

—¿Quieres que hable yo con ellos?

—¿Tú?

—Puedo decirles que apaguen ese trasto. Si tú quieres.

Erlendur reflexionó un momento.

—Puedes intentarlo si quieres —dijo—. A mí no me apetece subir. ¿Y por qué se peleaban, como dices, tu madre y Eva?

—No me metí —dijo Sindri—. ¿Había algo misterioso en ese suicidio de Grafarvogur?

—No, solo un suceso trágico. De los peores. El marido estaba en casa mientras su mujer se quitaba la vida en la casa de verano.

—¿Y él no sabía nada?

—No.

Poco después de irse Sindri, cesaron los estruendos roqueros del piso de arriba. Erlendur miró al techo. Luego abrió la puerta. Llamó a Sindri Snær, pero este ya se había marchado.

Pocos días después llegó a manos de Erlendur el resultado de la autopsia realizada al cadáver de Þingvellir. No mostraba nada fuera de lo normal, aparte de la muerte por ahorcamiento: ni violencia física ni sustancias extrañas en la sangre. María estaba sana y libre de enfermedad. No se hallaron respuestas biológicas a por qué había decidido poner fin a sus días.

Erlendur visitó de nuevo al marido, Baldvin, para informarle de los resultados. Se dirigió a Grafarvogur, en su coche, a primera hora de la tarde y llamó a la puerta. Le acompañaba Elínborg para echarle una mano. No le apetecía nada, dijo que ya tenía suficiente con sus propias cosas. Sigurður Óli estaba de baja médica por una gripe, y guardaba cama en su casa. Erlendur miró el reloj.

Baldvin les invitó a pasar al salón. Se había tomado vacaciones indefinidas en el trabajo. Su madre había estado con él durante dos días, pero se había ido. Los amigos y compañeros de trabajo habían ido a visitarle o le habían enviado notas de pésame. Él se había ocupado del entierro, y ya sabía de algunas personas que iban a escribir necrológicas. Todo eso se lo dijo a Erlendur y Elínborg mientras servía café. Estaba apagado y lo hacía todo muy despacio, pero se le notaba equilibrado. Erlendur le entregó el informe de la autopsia. La muerte de su mujer se describía como suicidio. Reiteró sus condolencias. Elínborg apenas habló.

—Siempre viene bien tener a alguien —dijo Erlendur—. En circunstancias como estas.

—Mi hermana y mi madre se ocupan mucho de mí —dijo Baldvin—. También es bueno estar solo a veces.

—Sí, de eso no cabe la menor duda —convino Erlendur—. Para muchos es el mejor método.

Elínborg le miró. Erlendur prefería la soledad a cualquier otra cosa en la vida. Se preguntó por qué le había acompañado a aquella casa. Lo único que Erlendur había dicho era que tenía que llevarle al marido el informe del forense. Que no tardarían nada. Ahora se había puesto a hablar con el marido como si fueran amigos de toda la vida.

—Siempre te culpas a ti mismo —dijo Baldvin—. Tengo la sensación de que habría debido hacer algo. Que habría podido hacer mejor las cosas.

—Es una reacción natural —dijo Erlendur—. La conocemos bien por nuestro trabajo. En general, los deudos ya han hecho casi todo, o todo lo que estaba en su mano.

—No lo vi venir —dijo el marido—. Eso os lo puedo asegurar. Nunca en la vida he sufrido una turbación tan grande como la que sentí al enterarme de lo que había hecho mi mujer. No os podéis imaginar cómo me puse. Como médico, estoy acostumbrado a muchas cosas, pero cuando... cuando sucede algo así... Creo que nadie puede estar preparado para esto.

Daba la sensación de que necesitaba hablar, y les contó que conoció a su mujer en la universidad. María estudiaba Historia y Francés. Él había andado tonteando una temporada en la Escuela de Arte Dramático, hasta que cambió de opinión y decidió matricularse en Medicina.

—¿Trabajaba ella en cuestiones de historia? —preguntó Elínborg, que se había graduado en Geología pero nunca había trabajado en dicha especialidad.

—Sí —respondió Baldvin—. Trabajaba aquí, en casa. Abajo tenemos un cuarto

de trabajo. Daba algunas clases y preparaba informes para fundaciones y empresas. Además se dedicaba a la investigación y escribía artículos.

—¿Cuándo os vinisteis a vivir a Grafarvogur? —preguntó Erlendur.

—Siempre hemos vivido en esta casa —dijo Baldvin pasando la vista por el salón—. Me vine a vivir a su casa, donde vivía ella con Leonóra, cuando todavía estábamos estudiando. María era hija única y heredó la casa a la muerte de su madre. La construyeron antes de que se planificara el barrio y se empezara a construir a lo grande. La casa es bastante distinta a las demás, como habréis podido comprobar.

—Tiene pinta de ser más antigua que las otras —dijo Elínborg.

—Estuvo siempre aquí durante la enfermedad —dijo Baldvin—. En uno de los dormitorios. Pasaron tres años desde que se le diagnosticó el cáncer hasta que murió. Se negó a ingresar en un hospital. Leonóra quería morir en su casa. María la estuvo cuidando todo el tiempo.

—Debe de haber sido difícil para tu mujer —dijo Erlendur—. Me dijiste que era creyente.

Se percató de que Elínborg miraba su reloj con disimulo.

—Sí que lo era. Conservaba su fe de la infancia. Hablaba mucho de cuestiones religiosas con su madre, cuando esta enfermó. Abiertamente. No tenía ningún reparo en hablar de la enfermedad y de la muerte. Creo que eso la ayudó mucho en el duelo. Creo que estaba ya resignada cuando se fue. O todo lo resignado que puede estar uno en esas circunstancias. Lo sé por mi trabajo. Nadie se resigna a irse así, pero es posible reconciliarse con uno mismo y con la gente.

—¿Quieres decir que tu mujer también estaba resignada? —preguntó Erlendur.

Baldvin reflexionó.

—No lo sé —contestó—. Dudo de que nadie pueda estar plenamente resignado si hace lo que ella hizo.

—Pero pensaba mucho en la muerte.

—Creo que todo el tiempo —dijo Baldvin.

—¿Y el padre de María?

—Murió hace mucho.

—Ah sí, me lo dijiste.

—No llegué a conocerle. María era solo una niña cuando sucedió.

—¿Cómo murió?

—Se ahogó cerca de la casa de verano de Þingvellir. Cayó al agua desde una barquita. Hacía mucho frío, él era fumador y sedentario y... se ahogó.

—Es terrible perder a los padres a esa edad —dijo Elínborg.

—María estaba allí —dijo Baldvin.

—¿Tu mujer? —preguntó Erlendur.

—Solo tenía diez años. Aquello la afectó muchísimo. Creo que jamás llegó a hacerse a la idea. Y cuando a su madre le diagnosticaron un cáncer y murió, todo se le vino encima con especial violencia.

—Lo pasó muy mal —dijo Elínborg.

—Sí, lo pasó muy mal —dijo Baldvin, y bajó la cabeza.

Erlendur estaba sentado delante de una taza de café en su despacho, varios días más tarde, repasando un viejo informe sobre una desaparición, cuando le informaron de que alguien preguntaba por él en la entrada, una mujer llamada Karen. Erlendur recordó que ese era el nombre de la amiga de María que la encontró muerta en Þingvellir. Fue a la entrada, donde había una mujer con chaqueta de cuero marrón y pantalones vaqueros. Por debajo de la chaqueta llevaba un grueso jersey blanco de cuello vuelto.

—Querría hablar contigo sobre María —dijo una vez se hubieron saludado—. Eres tú quien lleva el caso, ¿no?

—Sí, pero no se puede decir que se trate de un caso. Ya han...

—¿Podría sentarme un momento a hablar contigo?

—Recuérdame cómo os conocisteis.

—Éramos amigas de la infancia —respondió Karen.

—Ah sí, claro.

Erlendur le indicó que entrara en su despacho, y ella se sentó enfrente de él. No se quitó la chaqueta de cuero, aunque allí dentro hacía calor.

—No hemos encontrado nada extraño —dijo Erlendur—, si a eso te refieres.

—No consigo quitármela de la cabeza —dijo Karen—. Me la imagino todos los días. No puedes imaginarte la conmoción que me ha causado el que pudiera hacer algo así. Encontrármela de aquella manera... Nunca me habló de nada ni remotamente parecido, y me lo contaba todo. Éramos íntimas. Si alguien conocía bien a María, esa persona era yo.

—¿Y? ¿Piensas que nunca habría podido suicidarse?

—Exacto —dijo Karen.

—¿Qué pasó, entonces?

—Lo único que sé es que ella jamás podría haberlo hecho.

—¿Por qué lo dices?

—Porque sí. Yo la conocía, y sé que ella jamás habría sido capaz de suicidarse.

—Por regla general, el suicidio es siempre una sorpresa total para todos. Aunque no te haya hablado nunca de ello, eso no excluye que se haya suicidado. No hay nada que indique ninguna otra cosa.

—Además, me parece algo raro que su marido la haya hecho incinerar —dijo Karen.

—¿Qué quieres decir?

—Ya se ha celebrado el funeral. ¿No lo sabías?

—No —dijo Erlendur, mientras calculaba los días que habían transcurrido desde que fue por primera vez a la casa de Grafarvogur.

—Yo nunca la oí decir que quería que la incineraran —dijo la mujer—. Nunca.

—¿Te lo habría dicho a ti?

—Creo que sí.

—¿Hablasteis alguna vez de vuestros entierros..., de qué queríais que hicieran con vuestros restos?

—No —respondió Karen con cierto gesto de obstinación.

—De modo que en realidad nunca has sabido directamente si ella quería que la incinerasen o no, ¿verdad?

—No, pero lo sé, de todos modos. Yo conocía a María.

—Tú conocías a María, ¿y me estás diciendo formalmente, en la comisaría de policía, que crees que en la muerte de tu amiga hay algo sospechoso?

Karen reflexionó un instante.

—Todo esto me parece muy extraño.

—Pero no dispones de nada que pueda apoyar tus sospechas de que tal vez haya sucedido algo anómalo.

—No.

—Pues prácticamente no podemos hacer nada —dijo Erlendur—. ¿Conocías la relación de María con su marido?

—Sí.

—¿Y?

—Tenían una buena relación —dijo Karen de mala gana.

—De manera que tampoco crees que su marido pueda haber participado de alguna forma en lo sucedido, ¿cierto?

—No. Quizá fue alguien a su casa de Þingvellir. Por allí pasa toda clase de gente. Extranjeros. ¿Habéis pensado en esa posibilidad?

—No hay nada que apunte en esa dirección —dijo Erlendur—. ¿María tenía pensado recibirte en el bungaló?

—No —respondió Karen—. No comentamos nada al respecto.

—Ella le dijo a Baldvin que pensaba quedarse un rato a esperarte.

—¿Por qué iba a decirle eso?

—Quizá para estar un rato tranquila —dijo Erlendur.

—¿Baldvin te habló de Leonóra, la madre de María?

—Sí —respondió Erlendur—. Dijo que su muerte le ocasionó un tremendo dolor a María.

—Existía una relación muy especial entre Leonóra y María —dijo Karen—. Nunca he conocido una relación más estrecha, en ningún sitio. ¿Crees en los sueños?

—No sé si eso es asunto tuyo —dijo Erlendur—. Con el debido respeto.

El atrevimiento de aquella mujer le había pillado por sorpresa. Sin embargo, comprendía qué era lo que la empujaba. Una amiga muy querida había llevado a cabo un acto que a sus ojos resultaba incomprensible. Si María se sentía así de mal, Karen habría tenido que saberlo y habría hecho algo al respecto. Ahora, cuando ya era demasiado tarde, quería hacer algo, aunque solo fuera una idea clara de aquella tragedia.

—¿Y en la vida después de la muerte? —preguntó la mujer.

Erlendur sacudió la cabeza.

—No sé lo que quieres...

—María sí que creía. Creía en los sueños, en que estos podían decirle algo a ella, directamente. Y creía en la vida después de la muerte.

Erlendur calló.

—Su madre iba a enviarle un mensaje —prosiguió Karen—. Ya sabes, de si seguía viva después.

—No, no estoy enterado de eso —dijo Erlendur.

—María me dijo que Leonóra tenía intención de indicarle si era cierto lo que tantas veces habían hablado cuando el final se acercaba: ¿si existía vida después de la muerte! Le enviaría una señal desde el más allá.

Erlendur carraspeó.

—¿Una señal desde el más allá?

—Sí. Si existía otra vida después de esta vida.

—¿Y sabes qué era? ¿Cómo pensaba darle la señal?

Karen no le respondió.

—¿Lo hizo? —preguntó Erlendur.

—¿El qué?

—¿Le envió a su hija un mensaje desde el más allá?

Karen miró a Erlendur durante un buen rato.

—Crees que soy tonta, ¿no?

—No puedo decir nada al respecto —dijo Erlendur—. No te conozco en absoluto.

—¿Crees que todo esto no es más que una estupidez como una casa!

—No, pero no sé en qué forma puede afectar eso a la policía. ¿Puedes decírmelo tú? ¡Un mensaje desde el más allá! ¿Cómo íbamos a investigar algo así?

—Pienso que lo menos que puedes hacer es escuchar lo que tenga que decirte.

—Estoy escuchando —dijo Erlendur.

—No, no me escuchas. —Karen abrió el bolso y sacó una cinta de casete y la puso sobre la mesa—. Tal vez esto pueda ayudarte —dijo entonces.

—¿Qué es eso?

—Escúchalo y luego habla conmigo. Escúchalo y dime lo que te parece.

—Yo no puedo...

—No lo hagas por mí —dijo Karen—. Hazlo por María. Así sabrás cómo se sentía.

Karen se puso en pie.

—Hazlo por María —dijo al despedirse.

Cuando Erlendur volvió a su casa por la tarde, se llevó la cinta. Era una cinta de casete corriente, sin etiqueta. Erlendur tenía un aparato viejo con lector de cintas.

Nunca había usado el lector y no sabía si funcionaría. Se pasó un buen rato con la cinta en la mano pensando si haría bien en escucharla.

Se encaminó al aparato de radio, abrió la pletina y metió la cinta. Luego puso el lector en marcha. Al principio no se oía nada. Transcurrieron unos segundos más sin que pasara nada. Erlendur pensaba que iba a oír la música preferida de la difunta, probablemente música religiosa, habida cuenta de la religiosidad de María. Se oyó entonces un clic y el aparato empezó a producir un zumbido.

—... después de entrar en trance... —oyó la voz grave de un hombre en la cinta.
Aumentó el volumen.

—Después de eso, ya no sé —continuaba el hombre—. Hay unos difuntos que o bien optan por hablar a través de mí, o bien por mostrarme objetos. Yo no soy más que un instrumento que usan para ponerse en contacto con los seres queridos. Puede tardar durante un tiempo más o menos largo. Todo depende de cómo actúe el contacto.

—Sí, comprendo —le respondió una suave voz de mujer.

—¿Has traído lo que te pedí?

—Tengo una bufanda que a ella le gustaba mucho y un anillo que le regaló papá y que siempre llevaba puesto.

—Muchas gracias. Será mejor que lo sostenga yo.

—Por favor.

—Recuérdame que después te dé la cinta. El otro día te la olvidaste aquí. Uno se olvida a veces.

—Sí.

—Bueno, veamos qué pasa. ¿Estás asustada? Al principio me dijiste que esto te daba un poco de miedo. Algunos temen lo que pueda salir en estas circunstancias.

—No, ya no. Realmente no tenía miedo, solo estaba un poco insegura. Nunca había hecho nada como esto.

Largo silencio.

—Hay agua que centellea.

Silencio.

—Es verano y hay matorrales y el agua centellea. Es como si el sol hiciera centellear el agua.

—Sí.

—Hay una barca en el agua, ¿la conoces?

—Sí.

—Es una barquita pequeña.

—Sí.

—Está vacía, no hay nadie.

—Sí.

—¿Conoces todo esto? ¿Conoces la barquita?

—Papá tenía una barquita. Tenemos una casa de verano en Þingvallavatn.

Erlendur apagó el casete. Se daba perfecta cuenta de que aquello era una grabación realizada en el transcurso de una sesión espiritista, y estaba seguro de que aquella voz suave pertenecía a la mujer que se había quitado la vida. Pero no sabía nada de aquello, aunque recordaba lo que le había dicho el marido sobre el padre de la difunta, que se había ahogado en el Þingvallavatn. Le resultaba algo extraño oír la voz de la mujer. Como si estuviera metiendo las narices en la vida privada de otras personas. Estuvo un buen rato inmóvil al lado del reproductor, hasta que la curiosidad fue más fuerte que la duda y volvió a ponerlo en marcha.

—Noto olor a tabaco —le oyó decir al médium—. ¿Fumaba tu padre?

—Sí. Muchísimo.

—Quiere que tengas cuidado.

—Gracias.

Un prolongado silencio siguió a las palabras de la mujer. Erlendur escuchó el silencio. Lo único que se oía era el zumbido del aparato. Y de pronto, el médium empezó a hablar otra vez, aunque ahora la voz se había transformado por completo: era oscura y áspera y ruda.

—Ten cuidado... ¡No sabes lo que estás haciendo!

Erlendur se sobresaltó al escuchar la perversidad de la voz. Entonces cambió en un instante, otra vez.

—¿Todo bien? —preguntó el médium.

—Creo que sí —dijo la mujer de voz suave—. ¿Qué era...?

La mujer titubeaba.

—¿Hubo algo que conocieras? —preguntó el médium.

—Sí.

—Bien, yo... ¿Por qué tengo tanto frío...? Me castañetean los dientes.

—Sonó otra voz...

—¿Otra?

—Sí, no era la tuya.

—¿Y qué dijo?

—Dijo que yo debía tener cuidado.

—No sé lo que era —dijo el médium—. No recuerdo nada...

—Me recordaba...

—¿Sí?

—Me recordaba a mi padre.

—El frío... no viene de allí. Este frío tan horrible que estoy sintiendo. Se relaciona directamente contigo. Hay algo peligroso en él. Algo de lo que tienes que protegerte.

Erlendur extendió el brazo hacia el reproductor y lo apagó. No se atrevía a seguir oyendo. Le parecía una falta de respeto. La grabación contenía cosas que le producían cargo de conciencia. Era como espiar por el ojo de una cerradura. Erlendur era incapaz ni por asomo de afrontar la memoria de aquella mujer escuchando a

escondidas.

El anciano le estaba esperando en la puerta principal. Antes solía venir a la comisaría con su mujer. Ya había estado en la comisaría con su mujer, pero esta había fallecido y ahora acudía él solo a ver a Erlendur. Su mujer y él le habían visitado con regularidad durante ya casi treinta años, al principio con periodicidad semanal, luego mensual y después varias veces al año, más tarde una vez al año y al final cada dos o tres años, el día del cumpleaños de su hijo. Erlendur había llegado a conocerles bien en este periodo, así como la pena que arrastraban con ellos. El hijo menor de la pareja, Davíð, había desaparecido de la faz de la tierra en 1976, y desde entonces no habían vuelto a tener noticias suyas.

Erlendur le saludó con un apretón de manos y le indicó al anciano que pasaran a su despacho. En el camino le preguntó qué tal estaba. El hombre le comentó que llevaba tiempo viviendo en una residencia de la tercera edad, y que no estaba demasiado a gusto. «No hay más que viejos», dijo. Había ido a la comisaría en taxi y le preguntó a Erlendur si podría pedirle otro cuando acabaran la reunión.

—Mandaré que te lleven a casa —afirmó Erlendur, que le abrió la puerta del despacho—. ¿Así que la residencia no es demasiado animada?

—No mucho —dijo el anciano cuando estuvo sentado en el despacho de Erlendur.

Estaba allí para preguntar si había novedades sobre su hijo, aunque sabía, y lo había sabido desde hacía mucho, que no podían esperarse novedades. Erlendur comprendía su insistencia, y siempre les recibía con amabilidad, se mostraba considerado con ellos y les escuchaba con atención. Sabía que estaban siempre pendientes de las noticias, leyendo periódicos, escuchando la radio y viendo los telediarios, con la débil esperanza de que alguien hubiera encontrado en algún sitio alguna pista sobre la desaparición de su hijo. En todos esos años no las había habido.

—Hoy habría cumplido cuarenta y nueve años —dijo el anciano—. El último cumpleaños que celebró fue el de los veinte. Invitó a todos sus amigos del instituto, y Gunnþórunn y yo tuvimos que irnos de casa mientras hacían la fiesta. La diversión duró hasta bien entrada la noche. No pudo celebrar su vigésimo primer cumpleaños.

Erlendur asintió. La policía había sido incapaz de hallar pista alguna sobre la desaparición de su hijo. La denuncia se produjo treinta y seis horas después de que Davíð saliera de su casa. A veces se quedaba buena parte de la noche a estudiar en casa de un amigo suyo y luego iba con él al colegio, y les había dicho a sus padres que pensaba ir a casa de él esa tarde. Señaló también que antes tenía que pasarse por una librería. Esa primavera terminaría el bachillerato.^[1] Al ver que no regresaba del instituto al día siguiente, sus padres empezaron a telefonear para averiguar dónde estaba. Se supo que esa mañana no había acudido al colegio. Llamaron a su amigo, quien dijo que no había ido a su casa ni había dicho nada de lo que pensaba hacer esa tarde. Le preguntó a Davíð si le apetecía ir al cine, pero respondió que tenía otros

compromisos, sin señalar de qué se trataba. Otros amigos y conocidos tampoco tenían idea de adónde había ido Davíð. Llevaba ropa ligera cuando salió de casa, y lo único que dijo fue que se quedaría en casa de su amigo.

Se publicaron avisos en los periódicos y la televisión, pero sin ningún éxito, y a medida que pasaba el tiempo, sus padres y su hermano fueron perdiendo la esperanza. Excluían de manera total y absoluta la posibilidad de que se hubiera suicidado, y estaban convencidos de que la mera idea de que hiciera algo así le era del todo ajena. Pasaron las semanas y los meses sin explicación alguna para la desaparición de Davíð, y Erlendur dijo que no se podía excluir el suicidio. Él mismo no veía muchas más posibilidades, pues el joven no era aficionado ni al alpinismo ni al *trekking* por zonas despobladas. Otra posible explicación era que se hubiera cruzado por casualidad con unos delincuentes que se hubieran deshecho de él y, por alguna razón incomprensible e indescifrable, hubieran ocultado el cuerpo. Sus padres y sus amigos negaron que anduviera metido en líos o en delitos que pudieran explicar su desaparición. La investigación demostró que no había salido del país en avión y las navieras no lo encontraron en sus listas de pasajeros. Los empleados de las librerías no recordaban haberle visto en sus locales el día en que desapareció.

El anciano cogió la taza que Erlendur le ofrecía y sorbió el líquido aunque apenas estaba caliente. Erlendur había acudido al entierro de su esposa. No parecía que tuvieran muchos amigos ni familiares. Su otro hijo estaba divorciado y no tenía hijos. Un pequeño coro femenino cantó junto al órgano. *Escucha, creador del universo...*

—¿Alguna novedad relativa a nuestro asunto? —preguntó el anciano, con la taza de café ya medio vacía—. ¿Ha surgido algo?

—Por desgracia, no —dijo Erlendur una vez más. Las visitas de aquel hombre no le molestaban en absoluto. Lo que le fastidiaba era lo poco que podía hacer. Tan solo podía escuchar el horror de lo que le había sucedido a aquel buen muchacho y cómo había sido posible que ocurriera cosa semejante sin que nada se supiera de él.

—Tenéis otras muchas otras cosas que hacer —dijo el hombre.

—Vamos a rachas —contestó Erlendur.

—Sí, no, bueno, más vale que me marche —dijo el hombre, aunque siguió sentado en silencio. Era como si quedara aún algo por decir. Aunque ya hubieran hablado de todo lo referente al caso.

—Me pondré en contacto contigo si surge algo —dijo Erlendur, que notaba el titubeo del anciano.

—Sí..., ejem..., bueno, Erlendur, no creo que vuelva a molestarte más —dijo el anciano—. Supongo que ya es hora de dejar las cosas tranquilas. Y además, resulta que han encontrado algo... —carraspeó—. Me han encontrado una porquería en los pulmones. He fumado siempre como un idiota, y todo acaba saliendo, así que no sé si... Y todo ese cemento, también. Eso no ha ayudado nada. De modo que tengo que despedirme de ti, Erlendur, y darte las gracias por todo, por todo lo que has hecho por nosotros desde la primera vez que viniste a nuestra casa aquel día espantoso.

Sabíamos que nos ayudarías y lo hiciste, amigo, aunque no hayamos llegado a ninguna parte. Seguro que está muerto, y que lleva muerto todos estos años. Creo que lo hemos sabido siempre. Pero uno... nosotros... lo último que se pierde es la esperanza, ¿verdad?

El anciano se levantó. Erlendur hizo lo mismo y abrió la puerta.

—La esperanza es lo último que se pierde —repitió las palabras del anciano—. ¿Y cómo van tus pulmones?

—Uno está ya hecho un asco de todos modos —respondió el hombre—. Exhausto el día entero, todos los días. Exhausto. Y desde que me dieron el resultado de los análisis, respirar me cuesta cada vez más.

Erlendur le ayudó a llegar a la puerta principal y pidió un coche para llevarle a la residencia. Se despidieron en la escalera de la comisaría.

—Adiós, mi querido Erlendur —dijo el anciano. Era canoso pero con cabello abundante, y se veía enflaquecido y encorvado por el trabajo. Era albañil, el rostro gris como el polvo de cemento.

—Cuídate —dijo Erlendur.

Luego le miró entrar en el coche de policía y contempló cómo el vehículo desaparecía por la esquina.

El sacerdote con el que María tenía más trato era una mujer llamada Eyvör. No trabajaba en Grafarvogur, sino en una parroquia cercana. Estaba muy afectada y entristecida por lo que le había sucedido a María: que no encontrara más escapatoria que quitarse la vida.

—Es más doloroso de lo que pueden expresar las lágrimas —le dijo a Erlendur, que estaba sentado en su oficina de la iglesia a última hora del día—. Pensar que gente en la flor de la vida pueda suicidarse como si no existiera otra posibilidad... Hay ejemplos que afirman que, si se interviene a tiempo, es posible ayudar a quienes se hallan en un proceso de total derrumbe psicológico.

—¿No tenías ni idea de que María estuviera deslizándose hacia ese final? —preguntó Erlendur, pensando en la palabra «proceso»: siempre le había puesto de los nervios—. Tengo entendido que María era muy devota y que venía a esta iglesia.

—Sabía que no se encontraba bien desde que perdió a su madre —dijo Eyvör—, pero nada hacía presagiar que tomaría esa decisión tan radical.

La pastor andaba por los cuarenta años, vestía con elegancia y buen gusto, llevaba tres anillos y una cadenita de oro en el cuello, y grandes pendientes que caían sobre su traje lila. Le había causado extrañeza que un miembro de la policía fuera a visitarla para preguntar por una parroquiana que había muerto por su propia mano. Enseguida preguntó si se trataba de un asunto policial. «No, en absoluto», respondió Erlendur, y allí mismo pergeñó la excusa de que estaba cerrando el caso. Se había enterado de que María había estado en contacto con la pastor y quería ver si podía hablar con ella

y aprovechar la experiencia por si fuera necesario. Por desgracia, el suicidio era una parte de la vida humana que llegaba a la mesa del policía, y no era precisamente la más agradable, y Erlendur quería saber más sobre las causas y consecuencias, por si eso podía ayudarle en su trabajo. A Eyvör le cayó bien aquel sombrío policía. Enseguida notó que en Erlendur había algo que inspiraba confianza.

—No, claro que no —dijo Erlendur—. ¿Hablabas conmigo sobre la muerte?

—Sí que lo hacía —dijo Eyvör—. Por su madre, pero también por un suceso que tuvo lugar cuando era niña y del que ignoro si estás informado.

—¿Cuando se ahogó su padre? —dijo Erlendur.

—Sí. A María le costó muchísimo superar la muerte de su madre. Fui yo quien ofició el funeral. Conocía muy bien a las dos, la madre y la hija, sobre todo desde el momento en que enfermó Leonóra. Era una mujer valerosa, una mujer interesante que nunca se doblegaba.

—¿A qué se dedicaba?

—¿En qué trabajaba, quieres decir? Daba clases en la universidad. Era profesora de Francés.

—Y su hija, historiadora —dijo Erlendur—. Eso explica la abundancia de libros en su casa. ¿María era depresiva?

—Digamos que era una persona triste. Pero confío en que no se lo cuentes a nadie. Como es lógico, no debería decirte nada de esto. Tampoco venía a hablar conmigo de esas cosas con demasiada frecuencia, aunque me daba cuenta de que no se encontraba bien. Acudía a la iglesia pero nunca llegó a abrirse del todo conmigo. Intenté proporcionarle consuelo pero era realmente difícil. Estaba furiosa. Estaba furiosa de que su madre tuviera que morir así. Furiosa con las potencias responsables. Creo que quizás había perdido un poco de fe, de esa fe de infancia que tuvo siempre, al ver a su madre consumirse y morir.

—Pero los caminos de Dios son inescrutables, ¿no es así? —dijo Erlendur—. Solo Él sabe el sentido de tanto sufrimiento, ¿verdad?

—Yo no trabajaría en esto si no estuviera convencida de que la fe nos puede ayudar. Si no la tuviéramos, ¿dónde estaríamos?

—¿Sabías algo de su interés por lo sobrenatural?

—No, en realidad, no. Pero, como digo, era bastante reservada cuando hablaba de sus asuntos privados. Aunque quizá sabía algo.

—¿Como qué?

—Creía en los sueños, que podían decirle algo sobre lo que no podemos ver cuando estamos despiertos. Esa idea fue a más con el tiempo, y llegué a tener la sensación de que ella creía que los sueños eran como una especie de puerta a otro mundo.

—¿A una especie de más allá?

—No sé exactamente a qué se refería.

—¿Y tú que le dijiste?

—Lo que predicamos en la iglesia. Creemos en la resurrección, en el juicio final y en la vida eterna. Reunirse con las personas queridas es parte del mensaje de Pascua.

—¿Y ella creía en esa reunión futura?

—A mí me parecía que se consolaba un poco con esa idea, sí.

Elínborg volvía a acompañar a Erlendur en una breve visita a Baldvin, el viudo de María. Era el día siguiente al de su conversación con la pastor. Se inventó una excusa: dijo que había olvidado su cuaderno de notas. Elínborg estaba a su lado en el salón de la casa de Grafarvogur y le miró mientras justificaba su visita. Erlendur no había usado cuaderno en toda su vida.

—No he visto por aquí nada por el estilo —dijo Baldvin, mientras miraba a su alrededor para cubrir el expediente—. Te avisaré si lo encuentro.

—Gracias —dijo Erlendur, y se excusó por las molestias.

Elínborg sonrió incómoda.

—Dime, sé que no es cosa mía, pero ¿María veía la muerte como el final definitivo de todo? —preguntó Erlendur.

—¿El final definitivo de todo? —se extrañó Baldvin.

—Me refiero a si creía en que había vida después de la muerte —continuó Erlendur.

Elínborg le miró. Jamás le había oído hacer preguntas como esa.

—Creo que sí —dijo Baldvin—. Creo que seguía creyendo en la resurrección, como los demás cristianos.

—Muchas personas que atraviesan dificultades o que sufren la pérdida de personas queridas buscan respuestas, incluso en médiums o videntes.

—No tengo ni idea de eso —dijo Baldvin—. ¿Por qué me preguntas esas cosas?

Erlendur pensaba hablarle de la grabación que le había proporcionado Karen, pero se contuvo. Sería mejor esperar el momento adecuado. Consideraba imprudente meter de pronto a Karen en el asunto y hablar de sus inquietudes. Tenía que respetar sus confidencias.

—Solo estoy pensando en voz alta —dijo Erlendur—. Ya te hemos importunado suficiente. Perdona las molestias.

Elínborg sonrió y le dio la mano al hombre, de quien se despidió con unas palabras de condolencia.

—¿A qué venía todo esto? —preguntó enfadada cuando estuvieron ya sentados en el coche y Erlendur empezó a alejarse lentamente—. ¡Ella se suicidó y lo único que se te ocurre es darle vueltas a la vida después de la muerte! ¿Es que no sabes lo que es la decencia?

—La difunta participó en una sesión de espiritismo con un médium.

—¿Cómo lo sabes?

Erlendur sacó el casete que le dio Karen y se lo pasó.

—Aquí está grabada la reunión con el médium en la que participó la mujer.

—¿Una sesión con un médium? —se extrañó Elínborg—. ¿Estuvo en una sesión de espiritismo?

—No he oído toda la cinta. Pensaba dársela al marido para que la escuchara, pero...

—Pero ¿qué?

—Quiero encontrar a ese médium —dijo Erlendur—. De pronto me dieron deseos de saber el juego al que podía estar jugando el médium y si la empujó a cometer esa atrocidad.

—¿Crees que estuvo jugando con ella?

—Sí. Fingía ver una barca en un lago, que sentía olor a tabaco. Memeces.

—¿Con eso se refería el ahogamiento del padre de María?

—Sí.

—¿Tú no crees en los médiums?

—Lo mismo que en los elfos —dijo Erlendur, saliendo del callejón.

Cuando Erlendur llegó a casa esa tarde, se preparó una rebanada de pan con mantequilla y cecina, y se sirvió un café, y después volvió a meter la cinta de audio de Karen en el lector.

Pensaba en el suicidio de María, en la desesperanza que ocasionó aquella acción y en el profundo desajuste psicológico que debía de haber detrás de todo ello. Erlendur había leído mensajes dejados por personas que habían puesto fin a sus días. Algunos eran solo unas pocas frases, incluso una sola frase, o una sola palabra. Otros eran más largos, y contenían una minuciosa enumeración de los motivos de sus actos, una especie de ofrecimiento de excusas. A veces, la carta estaba sobre la almohada, en el dormitorio. A veces, en el suelo del garaje. Padres de familia. Madres. Jóvenes. Ancianos. Solitarios.

Iba a poner el aparato en marcha para escuchar la cinta cuando oyó que llamaban a la puerta. Abrió, y Eva Lind entró escurriéndose a un lado de Erlendur.

—¿Molesto? —preguntó mientras se quitaba el negro abrigo de cuero que le llegaba hasta las rodillas. Llevaba vaqueros y un jersey grueso—. Hace un frío tremendo —añadió—. ¿Es que no se va a acabar nunca esta borrasca?

—Creo que no —respondió Erlendur—. Pronostican que durará toda la semana. En tiempos lo llamábamos «descuernacabras». Teníamos muchas palabras para designar el viento y las tormentas. Otra es «gregal», por ejemplo. ¿Has oído esas palabras alguna vez?

—Sí, no, bueno, no me acuerdo. ¿Vino a verte Sindri? —preguntó Eva Lind, que no mostraba el menor interés por los nombres de los vientos.

—Sí. ¿Quieres café?

—¿Qué te dijo? Sí, gracias.

Erlendur fue a la cocina y preparó el café. Había intentado reducir su consumo de café por las noches. A veces le resultaba difícil conciliar el sueño si había tomado más de dos tazas. Pero el insomnio no le molestaba demasiado. Le concedía más tiempo para analizar las cosas hasta los últimos detalles.

—En realidad no dijo mucho, comentó algo de que tu madre y tú os habíais peleado —dijo Erlendur cuando volvió—. Pensaba que era por algo relacionado conmigo.

Eva Lind sacó un paquete de cigarrillos de su abrigo de cuero, extrajo un pitillo con las uñas y lo encendió. Echó el humo casi hasta la mitad del salón.

—La vieja se puso furiosa.

—¿Por qué?

—Le dije que teníais que veros.

—¿Tu madre y yo? —dijo Erlendur, extrañado—. ¿Para qué?

—Eso es exactamente lo que dijo mamá. ¿Para qué? Para veros. Para hablar. Para que os dejéis ya de esa idiotez de no hablar nunca. ¿Por qué sois incapaces de

hacerlo?

—¿Qué dijo ella?

—Me dijo que lo olvidara. Definitivamente.

—¿Y por eso os peleasteis?

—Sí. Y tú, ¿qué? ¿Qué dices?

—¿Yo? Nada. Si ella no quiere, pues ya está.

—¿Ya está? ¿No sois capaces de hablar una sola vez?

Erlendur reflexionó un momento.

—¿Adónde quieres ir a parar, Eva? —preguntó—. Sabes que eso se acabó hace mucho, que está muerto. Llevamos decenios sin apenas dirigirnos la palabra.

—Esa es la cuestión, en realidad no habéis hablado desde que nacimos Sindri y yo.

—Nos vimos cuando estabas en el hospital —dijo Erlendur—. Fue todo menos agradable. Creo que deberías olvidarlo, Eva. Ninguno de los dos queremos.

Eva Lind había sufrido un aborto espontáneo unos años atrás, y aquello la afligió muchísimo tiempo. Había estado consumiendo droga durante muchos años, pero Sindri le había dicho a Erlendur que ella había empezado a desintoxicarse por sus propios medios desde hacía poco, y que iba muy bien.

—¿Estás completamente seguro? —preguntó Eva mirando a su padre.

—Sí, totalmente —respondió Erlendur—. Dime una cosa, ¿cómo andas? Pareces distinta de alguna forma, como más adulta.

—¿Más adulta? ¿Es que he envejecido?

—No, no es eso. Más madura, quizá. No sé de qué estoy hablando. Sindri dijo que te estabas quitando.

—¿Qué mierdas cuenta ese?

—¿Tiene razón?

Eva Lind se tomó un tiempo para responder. Aspiró el humo del cigarrillo y lo mantuvo dentro un buen rato antes de dejarlo salir por la nariz.

—Una amiga mía murió —dijo—. No sé si lo recordarás.

—¿Quién?

—Se llamaba Hanna. La encontrasteis detrás de los cubos de basura de un supermercado.

—¿Hanna? —preguntó Erlendur en un susurro, pensativo.

—Sobredosis —dijo Eva Lind.

—Ya me acuerdo. No fue hace mucho tiempo, ¿verdad? Consumía heroína. No veíamos demasiado esa droga. Aún no.

—Era buena amiga mía.

—No lo sabía.

—Por regla general, tú nunca sabes nada —dijo Eva Lind—. Se trataba de hacer lo que hizo ella o...

—¿O?

—Intentar hacer alguna otra cosa, intentar salir de ese infierno. Hacerlo en serio por una vez.

—¿A qué te refieres con hacer lo que hizo ella? ¿Crees que tomó una sobredosis por propia voluntad?

—No lo sé —dijo Eva Lind—. Ya todo le daba igual. Todo.

—¿Le daba igual?

—Todo le importaba una mierda.

—¿Cuál era su historia? —preguntó Erlendur. Recordó a una chica harapienta, como de veinte años, a la que encontraron con la jeringuilla en el brazo, en el centro comercial Mjódd, el invierno anterior. Los basureros la encontraron de madrugada, congelada, con la espalda apoyada en la pared.

—Hablas siempre como un catedrático —dijo Eva Lind—. ¿Qué coño importa eso? Murió. ¿No es suficiente? ¿Qué importa esa historia? ¿Acaso importa que nadie hubiera estado allí para poder ayudarla? Aunque ella hubiera pedido ayuda porque ya no se aguantaba a sí misma. ¿Y por qué alguien hubiera debido molestarse en ayudarla?

—Parece que a ti sí que te importaba —dijo Erlendur con prudencia.

—Era amiga mía —dijo Eva Lind—. Pero no es de ella de lo que quería hablar. ¿Estás dispuesto a verte con mamá?

—¿Crees que yo tampoco estaba cuando me necesitabas? —preguntó Erlendur.

—Has hecho más que suficiente —dijo Eva Lind.

—Nunca consigo entenderme contigo. Nunca puedo ayudarte.

—No te preocupes. Saldré adelante.

—¿No se aguantaba ya a sí misma?

—¿Quién?

—Tu amiga. Dijiste que no se aguantaba a sí misma. ¿Fue eso lo que la empujó a tomar una sobredosis? ¿Se despreciaba a sí misma?

Eva Lind chupó lentamente el cigarrillo.

—No lo sé. Creo que se había perdido el respeto por completo. Ya no le importaba nada lo que le pasara. Le daban asco muchas cosas, pero creo que lo que más asco le daba era ella misma.

—¿Has estado tú también en esa situación alguna vez?

—Solo unas mil veces —respondió Eva Lind—. ¿Piensas ver a mamá?

—En serio, creo que eso no conduce a nada —dijo Erlendur—. No tengo ni idea de qué podría decirle, y la última vez que hablamos estuvo de lo más desabrida.

—¿No puedes hacerlo por mí?

—¿Y qué crees que puedes conseguir con eso, después de tanto tiempo?

—Solo quiero que habléis —dijo Eva Lind—. Veros juntos. ¿Es tan terriblemente difícil? Tenéis dos hijos, Sindri y yo.

—No esperarás que volvamos a vivir juntos, supongo.

Eva Lind miró a su padre durante un buen rato.

—No soy idiota. No vayas a pensar que soy idiota.

Y se levantó, recogió los bártulos y se despidió.

Erlendur se quedó sentado recordando cuántas veces Eva Lind se ponía furiosa en un instante, como en aquel momento. Jamás lograría charlar con ella sin ponerla en su contra. La idea de verse con Halldóra, su exesposa y madre de sus hijos, le resultaba total y absolutamente absurda. Aquel capítulo de su vida concluyó hacía mucho tiempo, dijera Eva Lind lo que dijese, o soñara lo que soñase. No tenían absolutamente nada que decirse. Halldóra se había convertido para él en una desconocida.

Se acordó de la cinta y fue hacia el lector y lo puso en marcha. Rebobinó un poco para recordar lo último que había oído la vez anterior. Oyó la voz del médium transformándose y haciéndose más oscura y grosera cuando exclamó, casi en un rugido: «¡No sabes lo que estás haciendo!». Entonces se transformó en un abrir y cerrar de ojos y el médium dijo que tenía frío.

—Sonó otra voz... —dijo la mujer.

—¿Otra?

—Sí, no era la tuya.

—¿Y qué dijo?

—Dijo que yo tenía que tener cuidado.

—No sé lo que era —dijo el médium—. No recuerdo nada...

—Me recordaba...

—¿Sí?

—Me recordaba a mi padre.

—El frío... no viene de allí. Este frío tan horrible que estoy sintiendo. Se relaciona directamente contigo. Hay algo peligroso en él. Algo de lo que tienes que protegerte.

Silencio.

—¿Todo bien? —preguntó el médium.

—¿Qué quieres decir con que debería protegerme?

—No lo sé. Ese frío no presagia nada bueno. Lo sé.

—¿Puedes convocar a mi madre?

—Yo no convoco a nadie. Ella se manifestará si es eso lo que debe hacer. Yo no convoco a nadie.

—Fue muy breve.

—No puedo hacer nada para evitarlo.

—Era como si estuviera muy enfadado. «No sabes lo que estás haciendo», dijo.

—Tendrás que valorar tú misma lo que deduces de eso.

—¿Puedo volver otro día?

—Sí, claro. Espero haberte podido ayudar un poco.

—Sí que lo has hecho, muchas gracias, Pensaba que quizá...

—¿Sí?

—Mi madre murió de cáncer.

—Comprendo —oyó Erlendur que decía el médium con compasión—. No me has hablado de ello. ¿Hace mucho que falleció?

—Va a hacer dos años.

—¿Y se ha manifestado aquí?

—No, pero sigo notando su presencia. Siento que está cerca de mí.

—¿Se ha manifestado? ¿Has visitado a otros videntes?

La pregunta fue seguida por un largo silencio.

—Perdona —dijo el médium—. No es asunto mío.

—He estado esperando a que se me manifestara en un sueño, pero no lo ha hecho.

—¿Por qué lo estabas esperando?

—Hicimos...

Silencio.

—¿Sí?

—Hicimos un pacto.

—¿Sí?

—Ella... quedamos en que... ella me daría una señal.

—¿Una señal de qué?

—Si existe una vida después de la muerte, me enviaría un mensaje.

—¿Qué clase de mensaje? ¿En un sueño?

—No, en un sueño no. Aunque he estado esperando soñar con ella. Deseo volver a verla. Nuestra señal era algo distinto.

—¿Quieres decir que...? ¿Lo hizo, te envió una señal?

—Sí, creo que sí, el otro día.

—¿Y qué era? —preguntó el médium, que no podía ocultar la excitación de su voz—. ¿Qué clase de señal era esa? ¿Qué clase de señal tenía que ser?

Se produjo otro prolongado silencio.

—Era catedrática de Francés en la universidad. Su escritor favorito era Marcel Proust y su obra *En busca del tiempo perdido*. Tenía los siete volúmenes en francés, en una bonita encuadernación. Dijo que utilizaría a Proust. La señal significaría que sí, que existía una vida después de la muerte.

—¿Y qué sucedió?

—Pensarás que estoy loca.

—No, en absoluto. La gente lleva muchísimo tiempo haciéndose la misma pregunta: ¿hay vida después de la muerte? Llevamos miles de años intentando encontrar la respuesta científica y a nivel personal, como tu madre y tú. No es la primera vez que oigo esta historia. Y yo no soy quién para juzgar a nadie.

A continuación sobrevino un largo silencio. Erlendur estaba sentado en su sillón, escuchando con atención. Había algo extrañamente relajante en la voz de la difunta, algo parecido a la seguridad total y la total ausencia de dudas, que a Erlendur le resultaba digno de confianza. Albergaba grandes dudas sobre lo que decía y estaba

convencido de que las sesiones espiritistas como aquella que estaba oyendo no servían para nada útil, pero también estaba convencido de que la mujer creía en lo que ella misma estaba diciendo, y de que lo que había vivido era para ella una realidad indudable.

Al final se rompió el silencio.

—Cuando murió mi madre, me senté en el salón y clavé la mirada en los libros de Proust, sin atender a ninguna otra cosa. No pasó nada. Un día tras otro me sentaba allí a observar la estantería. Dormía delante de los libros. Pasaron semanas. Meses. Lo primero que hacía al despertar por las mañanas era mirar las estanterías. Lo último que hacía por las noches era comprobar si había sucedido algo. Poco a poco me fui dando cuenta de que era una tontería, y cuanto más pensaba en ello y más miraba la estantería, más me daba cuenta de por qué no pasaba nada.

—¿Y por qué era? ¿A qué conclusión llegaste?

—Con el tiempo lo fui viendo claro y me sentí inmensamente agradecida. Mi madre me estaba ayudando a sobrellevar el duelo. Me había dado algo en que pensar después de su muerte. Ella sabía que yo me quedaría desconsolada, me dijera lo que me dijese. Me preparó bien para su muerte: tuvimos largas conversaciones hasta que perdió la capacidad de hablar. Hablamos de la muerte, y de que me enviaría un mensaje. Pero por supuesto, lo único que pasó es que ella misma me acompañaba en mi duelo.

Silencio.

—No sé si me entiendes.

—Sí, claro que sí. Continúa.

—Y luego, el otro día. Casi dos años después de la muerte de mamá. Había dejado de mirar la estantería y a Marcel Proust. Desperté una mañana y me levanté, hice café, recogí el periódico y, cuando volvía a la cocina, miré, no sé por qué, hacia el salón, y...

El aparato zumbaba en el silencio que siguió a las palabras de la mujer.

—¿Qué? —susurró el médium.

—Estaba en el suelo, abierto.

—¿El qué?

—*Por el camino de Swann*, de Marcel Proust. El primer volumen de la obra completa.

Otro largo silencio.

—¿Por qué viniste a verme?

—¿Tú crees en la vida después de la muerte?

—Sí —oyó Erlendur que decía el médium en voz baja—. Sí. Creo en la vida después de la muerte.

Cuando Erlendur despertó por la mañana, muy temprano, se acordó del anciano que había ido a visitarle en la comisaría para preguntar si había alguna novedad sobre su hijo, casi treinta años después de su desaparición. Fue uno de los primeros casos que Erlendur mantenía vivo mucho después de haber cerrado otros. La Policía de Investigación del Estado tenía una sede en la zona industrial de Kópavogur. Recordaba otras dos desapariciones de esa misma época, que no investigó él en persona pero que conocía bien. En un caso, varias semanas antes, un hombre joven salió de una fiesta en Keflavík para volver andando a Njarðvík, pero desapareció. Era invierno, y esa misma noche se desató una ventisca. Buscaron al hombre, y al cabo de tres días encontraron un zapato suyo en una playa. Iba por el buen camino, pero debió de perderse por la tormenta y se dirigió hacia el mar. No se volvió a saber nada de él. Cuando salió de la fiesta iba en mangas de camisa y bebido, según dijeron quienes estuvieron con él de juerga.

El otro caso era el de una chica de Akureyri. Estudiaba en la universidad y vivía en un apartamento alquilado, pero resultó imposible decir exactamente cuándo desapareció. Al no recibir la mensualidad, el casero fue al piso para intentar cobrar la renta, pero se lo encontró vacío. La joven no tenía clases obligatorias, pues estaba terminando su tesis en biología, era hija única y sus padres estaban en el extranjero, haciendo un viaje de dos meses por Asia, y contactaban con ella de forma muy esporádica. Cuando regresaron y fueron a visitar a su hija en la capital, había desaparecido. El casero les abrió. Todo parecía normal en el piso. Parecía como si hubiera salido un rato. Los libros de estudio estaban abiertos en las mesas que utilizaba para trabajar en su tesis. En el fregadero de la cocina había algunos vasos, y la cama estaba sin hacer. Había contactado por teléfono con unas amigas de Akureyri poco antes, y dos compañeras de clase la habían oído decir, hacía unas semanas, que pensaba ir a Akureyri. Esa hipótesis se vio reforzada porque el coche que tenía, un viejo Austin Mini cochambroso, también había desaparecido.

Erlendur se dirigió a la cocina y preparó café. Puso pan a tostar. Cuando estuvo listo lo untó con mantequilla, y luego añadió queso y mermelada. Pensó en lo que había oído en la cinta que Karen le había dejado, y en qué debería hacer a continuación. Comprendía mejor el estado de ánimo de María antes de suicidarse.

Erlendur pensó también en Sindri y Eva, y en su exmujer, Halldóra. No le encontraba sentido a verse con ella, aunque Eva Lind lo creyera algo urgente. No pensaba en Halldóra prácticamente nunca, porque cada vez que lo hacía le acudían a la mente los recuerdos de sus enfrentamientos y sus peleas antes de abandonarla, junto a los dos hijos que tenían en común. El divorcio llevaba mucho tiempo fraguando. Intentó hacer todo lo posible para no complicar las cosas, pero cada vez que le mencionaba a Halldóra que quería romper la relación y marcharse, ella se cerraba en banda, decía que era totalmente absurdo, y que podían salir de aquella

difícil situación. Además, ella no veía problema alguno y añadía que no tenía ni idea de por qué decía Erlendur lo que decía.

Erlendur hojeó los diarios pero no conseguía librarse de la voz de María ni de lo que había dicho durante la sesión espiritista. No podía haber pasado mucho tiempo desde que se celebró la sesión, pues en la cinta que Erlendur tenía en la mano María se refería a que su madre había muerto casi dos años antes. Era evidente que la cinta no correspondía a la primera sesión con el médium. Pensó en los fuertes lazos que unían a María con su madre. Tenía que haber sido una relación muy especial. Probablemente los lazos que las unían debieron de reforzarse tras la muerte del padre en el lago de Þingvallavatn, que hizo que desde aquel momento se tuvieran la una a la otra para lo bueno y lo malo. ¿Podía ser otra cosa que la mera casualidad que María encontrara el libro en el suelo, el mismo libro que las dos habían quedado en que sería la señal de una vida eterna? ¿O acaso había intervenido alguien? ¿Le habría hablado María a alguien, a su esposo o a cualquier otra persona, en el tiempo transcurrido entre el fallecimiento de Leonóra y el momento en que el libro cayó de la estantería, del pacto que había hecho con su madre, y luego olvidó haberlo hecho? ¿Quizás ella misma cogió el libro y lo dejó mal colocado en el estante? La grabación terminaba con María diciendo que había ido a ver al médium por la señal que creía haber recibido de su madre. Había acudido al médium en busca de confirmación de la señal, para contactar con su madre si era posible, y reconciliarse con su muerte. El suicidio apuntaba a que María no estaba reconciliada, sino que aquello había sido la gota que colmaba el vaso.

Intentó hallar explicación para el deseo, extrañamente poderoso, que se adueñó de él después de escuchar la cinta. Sentía la necesidad de saber más, de conocer mejor a aquella mujer que se había quitado la vida, a sus amigos y a su familia, y averiguar qué caminos siguió para acabar colgando de una cuerda en su casa de verano. Deseaba llegar al fondo del asunto, deseaba ir a ver al médium a averiguar todo lo que fuera factible averiguar, desenterrar la historia del accidente de Þingvallavatn, llegar a saber quién era María. Pensó, sin darse cuenta en la voz que advertía a María que tuviera cuidado, que no sabía lo que estaba haciendo. ¿De dónde había salido, tan profunda y tan grosera?

Después de terminar su café, Erlendur siguió sentado a la mesa de la cocina, no sabía por qué estaba hurgando en aquella historia, y su mente se desplazó hacia su propia madre, a la vivienda en un sótano, a la que se mudó tras la muerte de su padre. Trabajaba en el sector del pescado, tan trabajadora y desprendida como siempre, y Erlendur la visitaba con regularidad, a veces le llevaba su ropa sucia. Ella le daba de comer y luego o bien se sentaban a escuchar la radio o bien él le leía algo; su madre, con su labor de punto en las manos, quizá tejiendo una bufanda que luego le regalaba. No necesitaban hablar mucho: se contentaban con la cercanía y el silencio.

Era aún de mediana edad cuando murió el padre de Erlendur, pero nunca hubo ningún otro hombre en su vida. Decía que le gustaba la soledad. Estaba en contacto

con parientes y amigos del este del país y con gente de su región natal que había conocido allí y que se había ido a vivir a Reikiavik como ella. Islandia seguía cambiando, y la gente seguía abandonando el campo. Nunca estaba sola en la ciudad, le decía a Erlendur. Pero él le compró un televisor. Ella era de lo más autosuficiente y rara vez le pedía que hiciera algo por ella.

Casi nunca hablaban de Bergur, que desapareció de una forma tan repentina e inesperada. En ocasiones podía decir alguna cosa sobre el chico, o sobre los hermanos, pero nunca hablaba de su pérdida. Era un asunto privado, y Erlendur respetaba su silencio.

—Es lo que quería averiguar tu padre antes de morir —dijo ella una vez que Erlendur estaba allí de visita.

Habían pasado en silencio la mayor parte de la tarde. Erlendur siempre visitaba a su madre en el aniversario del día en que sucedió aquello, el día en que él y su hermano pequeño, con su padre, se toparon con una tormenta.

—Sí —respondió Erlendur.

Sabía lo que su madre quería decir.

—¿Crees que llegaremos a enterarnos algún día? —preguntó su madre, levantando la vista del libro que Erlendur le había dado. Por fin se había decidido a entregarle el libro, avanzada ya la tarde, sin estar muy seguro de si hacía bien.

—No lo sé —respondió Erlendur—. Hace mucho tiempo.

—Sí —dijo ella—. Hace mucho tiempo.

Y continuó la lectura.

—Esto es una verdadera estupidez —dijo la madre, y levantó la mirada del libro.

—Ya lo sé —dijo Erlendur.

—¿Qué le importa a la gente lo de tu padre y nosotros? ¿A quién le importa? Erlendur calló.

—No quiero que nadie lea esto —dijo su madre.

—Claro, pero nosotros no podemos decidirlo.

—Y encima dice eso de ti.

—No me importa.

—¿Esto está publicado?

—Sí, es el tercer volumen de la colección. El último, salió justo antes de Navidades. ¿Conoces al que lo ha redactado? ¿Al Dagbjartur este?

—No —dijo ella—. Ha hablado con gente de la comarca.

—Sí, eso parece. Es muy preciso, y casi todo lo que dice es correcto.

—No tiene por qué decir nada de tu padre ni de nosotros.

—Claro que no.

—No es justo con él.

—No, ya lo sé.

—¿De dónde lo ha sacado este individuo?

—No lo sé.

Su madre cerró el libro.

—Menudo estúpido es ese hombre, no quiero que nadie lea esto —repitió.

—No —dijo él.

—Nadie en absoluto —dijo ella, y le devolvió el libro. Erlendur se dio cuenta de que hacía esfuerzos para no llorar—. Como si hubiera sido culpa suya —continuó—. Como si hubiera sido culpa de alguien. ¡Menuda estupidez!

Erlendur cogió el libro. Tal vez no habría debido enseñárselo. O habría debido prepararla mejor para «Tragedia en Eskifjörður», como se titulaba el capítulo. No pensaba enseñarle aquel relato a nadie más. Su madre tenía razón, no valía la pena perder el tiempo con lo que ponía allí.

El invierno en que se publicó el volumen con el relato de la desaparición de su hermano y él en medio de la tormenta, su madre enfermó de gripe. Él ni se enteró, estaba inmerso en su trabajo. Y ella no quería causarle problemas. Se fue a trabajar sin estar recuperada del todo, y sufrió una recaída. Volvió a meterse en la cama, en pésimo estado. Cuando por fin se puso en contacto con Erlendur estaba más muerta que viva. Se vio afectado el corazón, produciéndose serias molestias cardíacas. La llevó a un hospital, pero no pudieron hacer mucho. Solo tenía poco más sesenta años cuando falleció.

Erlendur sorbió el café, que se había quedado frío. Se levantó y entró en el salón, y cogió el tercer volumen de la estantería. Era el mismo que su madre leyó tantos años atrás. Se había puesto furiosa con el autor del relato, pensaba que había entrado en cuestiones demasiado íntimas de la familia. Erlendur estaba de acuerdo, en el libro había detalles que no interesaban a nadie más que a ellos, aunque eran ciertos. Sus hijos, Sindri y Eva, sabían de la existencia de aquel relato, aunque él siempre se había mostrado reacio a enseñárselo. Quizá por su madre. Quizá por la reacción de su madre.

Erlendur dejó el libro en su sitio y volvió a acosarle la pregunta sobre la mujer de Grafarvogur. ¿Cuál fue el camino que la llevó a la sogá? ¿Qué sucedió en el Þingvallavatn cuando murió su padre? Deseaba saber más. Tendría que ser un asunto muy personal, y tenía que moverse con cuidado para no despertar sospechas. Hablar con personas, extraer conclusiones como si se tratara de una investigación igual que las demás. Tendría que mentir sobre los motivos de su curiosidad e inventarse alguna excusa, pero era algo que ya había hecho con anterioridad, aunque no se sentía demasiado orgulloso.

Quería saber por qué aquella mujer tuvo un destino tan amargo y solitario junto al lago donde su padre había perecido de una muerte gélida.

También era importante lo que ponía en el libro en la página en que se abrió, la frase sobre el cielo.

La sesión con el médium sirvió para reforzar la certidumbre de María. Estaba convencida de que su madre le había enviado una señal sacando Por el camino de Swann de la estantería. No podía imaginar ninguna otra explicación, y el médium, que era un hombre muy comprensivo y amable, se inclinaba también por esa explicación. Le mencionó otros casos semejantes en los que personas difuntas se habían manifestado directamente o mediante los sueños de personas que no eran, sin embargo, sus deudos más cercanos.

María no le contó al médium que, pocos meses después de que Leonóra dejara esta vida, había empezado a tener clarísimas visiones que no le producían ningún temor pese a su miedo a la oscuridad. Leonóra se le aparecía en la puerta del dormitorio o en el pasillo de la habitación, o sentada al borde de su cama. Al entrar en el salón, María descubría a Leonóra de pie al lado de la estantería, o sentada en su silla en la cocina. Incluso se le aparecía fuera de casa: un pálido reflejo en el escaparate de alguna tienda o un rostro que desaparecía entre la multitud.

Al principio, esas visiones no duraban mucho, quizá solo un instante, pero luego se fueron haciendo más prolongadas y más claras, y la presencia de Leonóra era cada vez más fuerte, igual que le había sucedido a María tras la muerte de su padre. Había leído cosas sobre esos fenómenos en relación con los periodos de duelo, y sabía que tales visiones podían estar relacionadas con la pérdida y con sentimientos de culpa y ansiedad. Sabía también que los estudios existentes sobre ese fenómeno apuntaban a que era su mente, su ojo interior, quien lo provocaba. Era una persona instruida. No creía en fantasmas.

Y, sin embargo, no quería excluir nada. Ya no estaba segura de que la ciencia pudiera dar respuesta a todas las preguntas de los seres humanos.

Con el paso del tiempo, María se fue viendo reforzada en su fe de que aquellas visiones eran algo más que simples ofuscaciones producidas por su propia mente, la depresión y la adversidad. Algunos eran tan reales que pensó que tenían que proceder de otro mundo, fuera lo que fuese lo que objetaba la razón. Poco a poco empezó a pensar que ese mundo podía existir. Volvió a enfrascarse en los relatos que Leonóra había leído por recomendación suya, sobre la muerte inminente y la luz dorada y el amor que flotaba por doquiera, sobre el ser celestial en el centro de la luz, sobre la levedad que se sentía en el oscuro túnel que conducía hacia la claridad. No buscó ayuda en su sentido de la realidad, sino que intentó comprender su propio estado anímico mediante la compasión y el racionalismo que le eran innatos.

Así pasaron casi dos años. Con el tiempo, María fue dejando de tener las visiones y de fijar su atención en los libros de Proust. Su vida estaba hallando un nuevo equilibrio aunque sabía que jamás podría ser igual que cuando su madre estaba viva. Una mañana despertó temprano y, sin proponérselo, miró las estanterías.

No había cambiado nada.

O...

Volvió a mirar los libros.

Sintió un mareo al darse cuenta de que faltaba el primer volumen. Se acercó lentamente y vio en el suelo Por el camino de Swann.

No se atrevió a tocar el libro, pero se inclinó y recorrió con la mirada las páginas por donde se había abierto, y leyó:

*Ya está el bosque sombrío,
pero azul sigue el cielo...*

Sigurður Óli llegó al trabajo tosiendo y sonándose la nariz de manera muy delicada con unos pañuelos de papel que se sacó del bolsillo. Dijo que no le apetecía lo más mínimo seguir en casa sin hacer nada, aunque no estuviera aún completamente curado de la gripe. Llevaba un traje de verano nuevo, de color claro, pese al frío otoñal, y había ido al gimnasio y luego a la peluquería a primerísima hora de la mañana. Cuando se topó con Erlendur, tenía su mejor aspecto, pese a los restos de la infección.

—¿Va todo *hunky dory*? —preguntó.

—¿Qué tal andas? —preguntó a su vez Erlendur, haciendo caso omiso de aquella ridícula expresión inglesa que Sigurður sabía perfectamente que le ponía de los nervios.

—Pues de aquella manera. ¿Hay algo en marcha?

—Lo habitual. ¿Piensas irte de nuevo a vivir con ella?

Era la misma pregunta que Erlendur le había hecho a Sigurður Óli antes de que este tuviera que encamarse por causa de la gripe. Le caía muy bien Bergþóra, la mujer de Sigurður, y le dolía lo que había pasado con su relación. En su momento hablaron algo de los motivos de su separación, y Erlendur intuyó que su colega aún albergaba esperanzas. Sigurður Óli no dijo nada entonces, ni tampoco lo hizo ahora. No le gustaba nada que Erlendur metiera las narices en sus asuntos.

—He oído por ahí que andas otra vez metido hasta el cuello en desapariciones —dijo al tiempo que desaparecía por la esquina.

Había menos trabajo del habitual, y Erlendur había desempolvado los informes de tres desapariciones que se produjeron con un breve intervalo hacía casi treinta años, y los tenía sobre la mesa. Recordaba bien a los padres de la chica. Fue a visitarles dos meses después de la denuncia por su desaparición, cuando la búsqueda ya se había demostrado estéril. Habían llegado de Akureyri y se alojaban en casa de unos amigos de Reikiavik, que estaban fuera. Erlendur pudo comprobar que sufrían terriblemente por la desaparición de su hija: la mujer tenía el rostro consumido y mostraba signos de cansancio, el marido estaba sin afeitarse y con grandes ojeras. Estaban cogidos de la mano. Él sabía que habían acudido a un psicólogo y que se culpaban a sí mismos de lo sucedido, de aquel largo viaje que habían emprendido sin mantener con su hija más que un contacto esporádico. El viaje era la plasmación del viejo sueño de recorrer el Lejano Oriente. Viajaron a China y Japón, e incluso se adentraron en Mongolia. El último contacto que tuvieron con su hija fue una llamada telefónica entrecortada desde un hotel de Pekín. Habían tenido que encargarse de la llamada con bastante anticipación, y la conexión era muy deficiente. Según les contó la chica, todo iba bien, y ella estaba ya deseosa de oír lo que le contarán de su viaje.

—Esa fue la última vez que supimos de ella —susurró la mujer cuando Erlendur se reunió con ella y su marido—. Volvimos al país al cabo de dos semanas, y para

entonces ya había desaparecido. Llamamos por teléfono al llegar a Copenhague y al aterrizar en Keflavík, pero no respondió. Cuando llegamos a su casa, había desaparecido.

—Lo cierto es que no hubo forma de establecer un contacto decente por teléfono hasta que volvimos a Europa —añadió el marido—. Entonces intentamos llamarla, pero no contestó.

Erlendur asintió. La exhaustiva búsqueda de su hija, Guðrún, a quien llamaban Dúna familiarmente, no había tenido ningún éxito. Se habló con sus amigos, con sus compañeros de estudios y con sus parientes, pero nadie pudo proporcionar explicación alguna para su desaparición, ni imaginar siquiera lo que le podía haber pasado. Se peinaron las zonas costeras de Reikiavik y las proximidades. Se utilizaron lanchas zódiac para rastrear las playas, y los buzos realizaron una búsqueda en mar abierto. Nadie parecía haber visto el Austin Mini. Se buscó desde el aire por todos los alrededores de Reikiavik y la ruta habitual hacia Akureyri, en el norte del país, además de las carreteras principales, pero no lo encontraron.

—Era un trasto medio roto que compró en el norte —dijo el padre—. Solo se podía entrar por el lado del conductor, era imposible abrir la otra puerta, las manivelas para bajar los cristales no funcionaban y el maletero no se abría, pero ella estaba encantada con su coche y lo usaba mucho.

Los padres le hablaron de los intereses de su hija. Uno de ellos era la observación de lagos. Estudiaba biología, y lo que más le interesaba eran los lagos y la vida que había en ellos. Se amplió la búsqueda teniendo en cuenta esa información, y se sondearon los lagos próximos a Reikiavik y Akureyri, así como en los existentes en la ruta hacia el norte, pero sin resultados.

Erlendur levantó la vista de los informes. No sabía lo que había sido de aquella gente. Probablemente seguirían viviendo en Akureyri, serían casi octogenarios, estarían jubilados y ojalá estuvieran disfrutando sus últimos años. Se mantuvieron en contacto con él de forma esporádica durante los primeros años, pero hacía mucho tiempo que no sabía nada de ellos.

Cogió otra carpeta. La desaparición de un joven de la ciudad de Njarðvík no parecía contar con informes mucho más precisos. No se había vestido de la manera adecuada para efectuar un recorrido al aire libre y, aunque la distancia no era larga, cayó una ventisca muy fuerte que debió de ser la causa última de su muerte. Probablemente se acercó demasiado al mar y alguna ola grande lo arrastró. La borrachera que, según dijeron, era monumental, debió de arrebatarle el instinto de supervivencia, la racionalidad, la energía y la voluntad. Los equipos de búsqueda de la región, así como parientes y amigos del desaparecido, recorrieron todas las playas desde Garðskagaviti hasta Álftanes en los primeros días. No se halló ninguna huella del hombre y se aplazó la búsqueda por la llegada de otro temporal. Todo resultó inútil.

Erlendur se puso en contacto con Karen, la amiga de María, y le dijo que había escuchado la cinta que le había dejado en el despacho. Estuvieron charlando un buen rato y Karen le dio los nombres de varias personas relacionadas con María. No le preguntó a Erlendur por qué quería estudiar el asunto con más detenimiento, aunque parecía muy contenta de su reacción.

Uno de los mencionados por Karen era un hombre llamado Ingvar, y Erlendur decidió ir a verle. Recibió amablemente a Erlendur y no hizo comentario alguno a su explicación de las razones que le llevaban a preguntar por María. Se reunieron por la tarde, mientras la ciudad era azotada por chubascos gélidos. Erlendur dijo que la policía participaba en una amplísima investigación sobre suicidios, que se estaba llevando a cabo en cooperación con el resto de los países nórdicos. No era del todo mentira. Se estaba trabajando en esa investigación por encargo de las autoridades de asuntos sociales de dichos países, y la policía colaboraba proporcionando información. El objetivo era intentar identificar las raíces del problema, como se exponía en el informe sueco, estudiar los motivos de los suicidios, cómo se distribuían en grupos de edad y género y estatus social, y cuáles eran sus rasgos diferenciadores, si es que existían.

Esto es lo que explicó Erlendur, e Ingvar escuchó con atención. Tenía casi setenta años, y era un viejo amigo de la familia y colega de Magnús, el padre de María. A Erlendur le pareció un hombre más bien pasivo y tranquilo. Como es lógico, estaba traumatizado por lo sucedido y asistió al funeral de María, que calificó de hermoso. No alcanzaba a comprender que la chica hubiera recurrido a una medida tan desesperada.

—Aunque yo sabía que tenía serios problemas.

Erlendur bebió un sorbo del café que Ingvar le había ofrecido.

—Tengo entendido que la muerte de su padre la afectó muchísimo —dijo al tiempo que dejaba la taza en la mesa.

—Terriblemente —corroboró Ingvar—. Terriblemente, sin paliativos. Que una niña tuviera que ver algo así... Lo presencié todo.

Erlendur asintió.

—Magnús y Leonóra compraron la casa de verano al poco de casarse —prosiguió Ingvar—. Nos invitaron a mi mujer, Jóna, que en paz descansa, y a mí, muchas veces, a acompañarles los fines de semana. A Magnús le encantaban las barcas. Pescar le volvía loco y se podía pasar días enteros pescando. Le acompañé algunas veces. Intentaba despertar el interés de la pequeña María por ese deporte, pero ella no quería salir con él a pescar. Lo mismo puede decirse de Leonóra. Jamás participó de la afición de Magnús a la pesca.

—¿De modo que no iban con él en la barca?

—No, qué va. Magnús estaba solo, puedes verlo claramente en vuestros informes policiales. En esos días no era demasiado habitual ponerse chalecos salvavidas, ni siquiera tenerlos a mano. Magnús no llevaba ninguno cuando salía al lago. Si no

recuerdo mal, en la barca había dos chalecos, pero Magnús decía siempre que no le hacían ninguna falta y los dejaba en el almacén donde guardaba la barca. Por lo general, apenas se adentraba en el lago, se solía quedar a muy poca distancia de la orilla.

—¿Pero en esa última ocasión fue un poco más lejos?

—Eso es lo que hizo, sí, según tengo entendido. Ese día hacía mucho más frío de lo habitual. Era en esta misma estación, en otoño.

Ingvar calló.

—Perdí a uno de mis mejores amigos —añadió pensativo.

—Es duro —dijo Erlendur.

—Su barca tenía un motor fueraborda, y la policía nos informó posteriormente de que se había soltado la hélice y la barca se hizo ingobernable y se detuvo. Magnús no llevaba remos y, cuando se puso a hacer algo con el motor, cayó por la borda. Era más bien grueso y fumaba mucho, y era sedentario. Probablemente ninguna de esas cosas le ayudó lo más mínimo. Leonóra dijo que desde el monte Skjaldbreiður llegaba un fuerte viento frío y el agua estaba agitada, y Magnús se ahogó en poquísimo tiempo. El Þingvallavatn está gélido en esa época del año. Nadie puede vivir en sus aguas más que unos minutos.

—No, claro —dijo Erlendur.

—Leonóra me dijo que la barca no estaría a más de ciento cincuenta metros de la orilla. Ni ella ni María vieron lo que pasó. Solo le vieron a él en el agua y oyeron sus gritos, que cesaron enseguida.

Erlendur miró por la ventana del salón. Las luces de la ciudad parpadeaban en la lluvia. El tráfico era cada vez más denso. Hasta ellos llegaba el ruido de los vehículos.

—Por supuesto, su muerte afectó muchísimo a su mujer y a su hija —prosiguió Ingvar—. Leonóra no volvió a casarse y vivió con María todo el tiempo, incluso después de que la chica se casara. Su marido, el médico, se fue a vivir a casa de ellas.

—¿Leonóra y María eran creyentes? ¿Sabías algo al respecto?

—Sé que Leonóra halló cierto consuelo en la religión después de lo sucedido en Þingvellir. La ayudó a ella, y sin duda también a la chica. María era una niña muy obediente, no se puede decir lo contrario. Leonóra no tuvo jamás dificultad alguna con ella. Luego, María conoció al médico, que creo que es un tipo estupendo. En realidad yo no le conocía apenas, pero hablé con él después del fallecimiento de María y, como es natural, estaba destrozado, como lo estamos todos cuantos la conocíamos.

—María había estudiado Historia —dijo Erlendur.

—Sí, le interesaba mucho el pasado, era una auténtica ratita de biblioteca, igual que su madre.

—¿Sabes cuál era su área de especialidad en Historia?

—No, eso no lo sé —respondió Ingvar.

—¿Quizá temas religiosos?

—Bueno, creo que después de la muerte de su madre empezó a interesarse mucho por la vida eterna. Se enfrascó en el espiritismo, en las ideas sobre la vida después de la muerte y ese género de cosas.

—¿Sabes si María visitó médiums o videntes?

—No, de eso no tengo ni idea. No me habló de ello. ¿Has preguntado a su marido?

—No —dijo Erlendur—. Se me acaba de ocurrir la idea. ¿Notaste que ella estuviera muy deprimida? ¿No se te ocurrió pensar que pudiera hacer lo que hizo?

—No, en absoluto. La vi varias veces y hablé con ella por teléfono, pero no noté nada que pudiera indicar que... En realidad, sucedió justo lo contrario: me pareció que se iba recuperando. La última conversación telefónica que mantuve con ella fue pocos días antes de..., antes de que hiciera lo que hizo. Y entonces me pareció más decidida que antes, más optimista, si se puede decir así. Tuve la sensación de que se notaban ya claras señales de recuperación. Pero luego he entendido que quizás a veces es lo que pasa.

—¿Qué quieres decir?

—Que quienes son como ella parecen encontrarse mucho mejor una vez han tomado esa decisión.

—¿Puedes hacerte una idea precisa de hasta qué punto la afectó el haber presenciado el accidente de Þingvellir?

—Bueno, claro, es imposible ponerse en su lugar. Lo que le sucedió a María es que reforzó el vínculo con su madre y buscó fuerzas y consuelo en ella, a partir del accidente y hasta el último momento de su vida. Leonóra no podía estar sin la niña durante los años inmediatamente posteriores al accidente. Por supuesto, esos acontecimientos ejercen una influencia muy profunda de la que no te puedes librar jamás.

—Sí —dijo Erlendur—. Le lloraron las dos juntas.

Ingvar guardó silencio.

—¿Sabes por qué se averió el motor? —preguntó Erlendur.

—No. Dicen que se le soltó la hélice. Eso fue lo único que supimos.

—¿Magnús estuvo manipulando el motor?

—¿Magnús? No. De ninguna manera. Nunca se acercaba a las máquinas, que yo sepa. Si quieres saber algo más sobre Magnús puedes hablar con su hermana Kristín. Quizás ella pueda ayudarte. Habla con ella.

Ese mismo día, Erlendur visitó a un antiguo compañero de estudios de María. Se llamaba Jónas y era director financiero de una empresa farmacéutica. Jónas tenía un amplio despacho, y vestía un impecable traje hecho a medida, con corbata amarilla brillante. Era alto y delgado, con barba de tres días. Le recordó un poco a Sigurður

Óli. Erlendur había telefonado a Jónas, que se mostró un tanto extrañado por la investigación del suicidio de su compañera de estudios y por su propia relación con el asunto, aunque no preguntó nada que pudiera poner a Erlendur en un aprieto.

Esperó a que Jónas concluyera una conversación telefónica que dijo era ineludible y, por lo que Erlendur pudo colegir, un asunto urgente del exterior. Vio una foto que mostraba a una mujer y tres niños, e imaginó que se trataría de la familia del director financiero.

—Bueno, es por lo de María, ¿no? ¿Es cierto lo que cuentan? —preguntó Jónas cuando por fin colgó el teléfono—. ¿Se suicidó?

—Así es —respondió Erlendur.

—No podía creérmelo —dijo Jónas.

—La conociste en el instituto, ¿no es así?

—Estuvimos juntos tres años: dos en el instituto y uno en la universidad. Ella estudió Historia, como seguramente sabrás. Era una empollona.

—¿Vivisteis juntos o...?

—El último año. Luego me harté.

Jónas calló. Erlendur esperó.

—No, bueno, es que, su madre era... una metomentodo, si quieres que sea sincero —dijo Jónas—. Y lo más asombroso era que María no veía en eso el más mínimo problema. Me fui a vivir a su casa de Grafarvogur, pero enseguida me harté de todo aquello. Leonóra estaba constantemente vigilándolo todo y nunca tuve un momento de tranquilidad con María. Lo hablé con ella, pero María no veía que hubiera nada malo, quería tener a su madre cerca y punto. Discutimos por esos motivos y le dije que ya no me quedaban ganas de aguantar viviendo así, y me fui. No sé si María me echó de menos. Desde entonces no la he visto apenas.

—Más tarde se casó —dijo Erlendur.

—Sí. ¿El marido no era médico o algo así?

—De modo que no rompiste del todo las relaciones, ¿verdad?

—Sí que las rompí, sí, pero me enteré y me llamó la atención.

—¿La viste alguna vez después de romper?

—Quizá dos o tres veces, por casualidad, en fiestas o reuniones por el estilo. No había problema, María era una chica estupenda. Es absolutamente lamentable que decidiera marcharse así.

En el bolsillo de Erlendur se puso a sonar el móvil. Se excusó y respondió.

—Está dispuesta a hacerlo —oyó decir a Eva Lind en el teléfono.

—¿Qué?

—Verse contigo.

—¿Quién?

—Mamá. Está dispuesta a hacerlo. Está de acuerdo en verse contigo.

—Estoy reunido —dijo Erlendur mirando a Jónas, que se acariciaba la corbata amarilla con paciencia.

—¿Tú no quieres? —preguntó Eva Lind.

—¿Puedo hablar contigo más tarde? —le preguntó Erlendur—. Ahora estoy en una reunión.

—Tú solo dime sí o no.

—Te llamaré luego —dijo Erlendur.

Y cortó la comunicación.

—¿La muerte tenía especial importancia para María? —preguntó Erlendur—. ¿Recuerdas que fuera algo en lo que pensase mucho?

—No especialmente, creo. No hablábamos en absoluto de la muerte: éramos unos chiquillos. En cambio, ella siempre le tuvo mucho miedo a la oscuridad. Es casi lo que mejor recuerdo de nuestra relación, tenía auténtico pánico a la oscuridad. No podía quedarse sola en casa si había empezado a oscurecer. Por eso creo también que quería vivir con Leonóra. Y con todo...

—¿Qué?

—Pese a todo ese miedo a la oscuridad, o quizá precisamente por ese miedo, estaba metidísima en historias de fantasmas, en todos esos libros, los *Cuentos populares* de Jón Árnason y cosas por el estilo. Sus películas favoritas eran las de terror, con aparecidos y todo eso. Se tomaba todas esas cosas tan a pecho que luego le costaba muchísimo dormirse por las noches. Era incapaz de estar sola. Siempre tenía que haber alguien con ella.

—¿Y de qué tenía miedo?

—Nunca lo supe muy bien, porque todas esas cosas me importan un pito, nunca he tenido miedo a la oscuridad. Quizá no la escuché con la suficiente atención.

—Pero ello cultivaba ese miedo, ¿no es así?

—Eso parecía.

—¿Era sensible al entorno, veía u oía cosas? ¿Ese miedo a la oscuridad procedía de algo que vivió o conoció?

—No creo. Pero sí recuerdo que a veces se despertaba y se quedaba mirando fijamente la puerta del dormitorio, como si viera algo. Luego se le pasaba. Creo que se trataba de algo que la perseguía desde el país de los sueños. Ella no tenía ninguna explicación para lo que pasaba. A veces me parecía como si viera seres humanos. Siempre era cuando estaba aún a medio despertar, y sencillamente era algo que albergaba en su propia cabeza.

—¿Hablaban con ella?

—No, de ninguna manera. Eran sueños, como te digo.

—¿Podría hablarse del padre de ella en ese contexto?

—Sí, claro. Él era una de esas personas.

—¿De las que veía?

—Sí.

—Mientras estuviste con ella, ¿asistió a alguna sesión de espiritismo?

—No.

—De haberlo hecho, ¿te habrías enterado?

—Sí. No hacía ninguna de esas cosas.

—El miedo a la oscuridad, ¿cómo se manifestaba?

—De la forma más cotidiana, creo. No se atrevía a bajar sola al lavadero. Rara vez entraba sola en la cocina. Siempre tenía que haber luz encendida donde ella estuviera. Necesitaba que le hablara si por la noche se movía algo en la casa, sobre todo si era muy tarde. Se sentía fatal si yo no estaba, si no podía estar de noche con ella.

—¿Alguna vez se trató por estas cuestiones?

—¿Que si se trató? No. ¿No es una cosa que...? ¿Se puede tratar el miedo a la oscuridad?

Erlendur no lo sabía.

—Quizá. Psiquiatras o así —aventuró.

—No, nada de eso, desde luego que no mientras yo estuve con ella. Quizá puedas preguntarle a su marido.

Erlendur asintió.

—Muchas gracias por tu ayuda —dijo al levantarse.

—De nada —respondió Jónas, y se pasó otra vez su pequeña mano por la corbata amarilla.

Erlendur no conseguía olvidar la visita del anciano a la comisaría para preguntar si había novedades relacionadas con la desaparición de su hijo. Estaba deseoso de hacer algo por él, pero sabía que no podía hacer gran cosa. El caso llevaba mucho tiempo cerrado. Era una desaparición no aclarada. Lo más probable era que el joven se hubiera suicidado. Erlendur había intentado convencer a sus padres de esa posibilidad, pero ellos no la aceptaron. Su hijo nunca había albergado esa clase de ideas y nunca había intentado hacer nada parecido. Le encantaba la vida, era feliz y jamás se le había pasado por la cabeza poner fin a sus días.

Lo mismo dijeron los amigos del joven con los que Erlendur habló en su momento. Excluían la mera idea de que Davíð hubiera podido quitarse la vida. Afirmaban que era una idea absurda, aunque no pudieron ofrecer otras alternativas. No estaba indispuesto con nadie que pudiera hacerle daño. Era un chico completamente normal que estaba a punto de terminar el bachillerato y que en el otoño siguiente entraría en la Facultad de Derecho junto a sus dos mejores amigos.

Erlendur estaba en esos momentos en su despacho con otro de aquellos amigos del joven. Habían pasado decenios desde la última vez que hablaron de la desaparición. El hombre había realizado sus estudios universitarios, había aprobado el examen de ingreso en la abogacía, se había convertido en un abogado capacitado para intervenir en todos los niveles jurídicos y dirigía un importante bufete de abogados junto con dos socios. Había engordado bastante con respecto a cuando tenía veinte años, había perdido casi todo el cabello y lucía unas espesas ojeras. Erlendur recordaba al muchacho a quien había conocido treinta años antes, recordaba a un hombre joven, delgado y musculoso que empezaba una vida que ya había dejado sus señales en él, y que lo había convertido en un hombre cansado, de mediana edad.

—¿Por qué vuelves a preguntar por Davíð? ¿Hay alguna novedad? —quiso saber el abogado, que habló por el intercomunicador y ordenó que no les molestara nadie. Erlendur había saludado en el pasillo a la secretaria, una mujer sonriente, de mediana edad.

Habían pasado dos días desde el encuentro de Erlendur con el antiguo novio de María. Elínborg dijo que no estaba haciendo nada en el trabajo, que se dedicaba únicamente a perder el tiempo con los informes de antiguas desapariciones. Erlendur le replicó que no se preocupara.

—No me preocupo por ti —respondió Elínborg—, sino por el dinero de los contribuyentes.

—No, nada nuevo —le dijo Erlendur a aquel hombre—. Creo que su padre está muriéndose. Es la última oportunidad de que disponemos para hacer algo antes de que se nos vaya.

—A veces pienso en él —dijo el abogado, que se llamaba Þorsteinn—. Davíð y yo éramos muy amigos, y es muy lamentable que no se pudiera llegar a saber lo que

fue de él. Realmente lamentable.

—Yo creo que hicimos todo lo que pudimos —dijo Erlendur.

—No me cabe la menor duda al respecto. Recuerdo perfectamente tu interés. Ibas con alguien más de la policía. Se llamaba...

—Marion Briem —dijo Erlendur—. Éramos quienes llevábamos el caso. Marion ya ha fallecido. Estuve viendo los viejos informes. Cuando desapareció, tú estabas fuera de Reikiavik.

—Sí, mis padres eran de Kirkjubæjarklaustur. Yo había ido a verles. Pasé allí cosa de una semana. Cuando volví a la ciudad me enteré de lo de Davíð.

—Hablaste de una conversación telefónica que tuvisteis los dos. Vuestra última conversación. Tú hablabas desde Kirkjubæjarklaustur. Fue él quien te llamó.

—Sí. Quería preguntarme cuándo pensaba volver a Reikiavik.

—Quería decirte algo.

—Sí.

—Pero no quiso adelantarte de qué se trataba.

—No. Estuvo muy misterioso, pero parecía feliz. La noticia que quería darme era buena, no mala. Insistí para que me dijera de qué se trataba. Se rio. Me dijo que no me preocupara, que me enteraría muy pronto.

—¿Pero estaba muy feliz por la noticia?

—Sí.

—Ya sé que te preguntamos por ello en su momento.

—Sí que lo hicisteis. No pude ayudaros entonces. Ni ahora tampoco.

—Solo lo que dijiste entonces, que tenía algo que contarte y que estaba muy contento por ello.

—Eso es.

—Sus padres no tenían ni idea de qué podía tratarse.

—No, parece que no se lo había contado a nadie.

—¿Tienes idea de qué podía ser?

—Solo son conjeturas. Una vez, mucho tiempo después, pensé que sería una chica, que había conocido a una chica y se había enamorado, pero no sé nada a ciencia cierta. Probablemente no lo pensé hasta que volví a ver a Gilbert.

—¿Davíð no tenía novia cuando desapareció?

—No. Ni él ni ninguno de nosotros —respondió el abogado con una sonrisa—. Yo pensaba que de todo el grupo, él sería el último en echarse novia. Era tremendamente tímido con esos asuntos. ¿Llegaste a hablar con Gilbert?

—¿Gilbert?

—Se marchó a Dinamarca en la época en que desapareció Davíð. Ha vuelto a Islandia y ahora vive aquí. Se me ocurre que quizá sea él el único con quien no llegasteis a hablar.

—Pues sí, me parece recordar su nombre —dijo Erlendur—. Creo que no pudimos hablar con él.

—Pensaba trabajar en un hotel de Copenhague durante un año, pero le gustó tanto que se quedó allí a vivir. Se casó con una danesa. Hará diez años que volvió. A veces tengo noticias tuyas. Una vez creí oírle decir que Davíð andaba metido en algún lío de faldas. Gilbert estaba seguro, pero no está tan claro.

—¿No está claro?

—En absoluto.

Valgerður, la amiga de Erlendur, le telefoneó esa tarde cuando él ya había cenado y se había instalado en su sillón para leer. Valgerður intentaba llevárselo al teatro. En el Teatro Nacional representaban una comedia que tenía muchas ganas de ver, y le apetecía que Erlendur la acompañara. Él se resistía, pues el teatro le aburría. Tampoco había podido convencerlo para que fueran juntos al cine. Los únicos espectáculos a los que no tenía aversión eran los musicales: corales, recitales y sinfonías. La última vez había asistido con ella a una velada en la que intervino un coro mixto de Svarfaðardalur. Valgerður tenía una prima en el coro, y Erlendur se lo pasó muy bien. El programa consistía en canciones sobre poemas de Davíð Stefánsson.

—Pero si es una obra muy divertida —dijo Valgerður por teléfono—. Es una comedia. Te gustará.

Erlendur carraspeó.

—Vale —dijo—. ¿Cuándo es?

—Mañana por la tarde. Paso a buscarte.

Erlendur oyó que llamaban a la puerta y se despidió de Valgerður. Eva Lind estaba en el rellano, delante de la puerta, y Sindri con ella. Saludaron a su padre y se sentaron en el salón. Los dos sacaron sus cigarrillos.

—¿Qué le dijiste a la panda del piso de arriba? No he vuelto a oír jaleo desde que hablaste con ellos.

Sindri sonrió. Erlendur estaba muy extrañado de no haber vuelto a oír el rock del piso de arriba y pensaba en qué podía haberles dicho Sindri para conseguir que por fin dejaran a los vecinos en paz.

—Bah, no era mala gente: una chica con un aro en la ceja y un tío un tanto peculiar. Les dije que eras el matón de unos traficantes. Que andabas siempre metido en pendencias y que aquel ruido no te gustaba nada.

—Pues llegué a pensar que se habían cambiado de casa —dijo Erlendur.

—Qué estupidez —dijo Eva Lind mientras miraba a su hermano—. ¿Mientes por él?

—Era un ruido insoportable —dijo Sindri.

—¿Has pensado en el asunto de mamá? —preguntó Eva Lind—. ¿No piensas verte con ella?

Erlendur tardó en responder. No había tenido mucho tiempo para pensar en lo que Eva estaba intentando organizar. No le apetecía lo más mínimo ver a su exmujer, la

madre de sus hijos, pero tampoco quería desatender la iniciativa de Eva, que parecía tener ahora nuevos intereses.

—¿Y para qué quieres que nos veamos? —preguntó a su vez Erlendur.

Miró a sus hijos, que se sentaban en el sofá delante de él. Sus visitas se habían vuelto cada vez más frecuentes, poco a poco. Primero Sindri, una vez se fue a vivir a Reikiavik después de haber estado trabajando en el este del país, en una factoría de pescado, y luego Eva Lind, desde que redujo su consumo de droga. Le encantaban sus visitas, sobre todo cuando venían los dos juntos. Le encantaba ver la relación que existía entre ellos, que parecía muy buena. Eva Lind era una hermana mayor muy juiciosa que a veces desempeñaba el papel de educadora. Si había algo que no le gustaba, se lo decía bien claro a Sindri. Erlendur sospechaba que el muchacho debía de haber estado al cuidado de su hermana en algunas ocasiones, cuando eran más pequeños. Sindri protestaba de malos modos pero no mostraba ni rencor ni resentimiento contra ella.

—Creo que sería bueno para los dos —dijo Eva Lind—. No comprendo por qué no podéis ni hablaros.

—¿Y por qué quieres meterte tú en eso?

—Porque soy vuestra hija.

—¿Y qué dijo ella?

—Pues nada, que estaba de acuerdo. Que se vería contigo.

—¿Tuviste que insistirle mucho?

—Sí. Sois exactamente iguales los dos. No sé por qué rompisteis.

—¿Por qué es tan importante esto para ti?

—Tenéis que ser capaces de hablar —dijo Eva Lind—. No aguanto esta situación por más tiempo. Nunca os he..., ni Sindri tampoco, nunca os hemos visto juntos. Nunca. ¿No te parece raro? ¿Te parece natural que vuestros hijos no os hayan visto juntos nunca? Sois nuestros padres.

—¿El nuestro es el único caso que existe? —preguntó Erlendur, dirigiendo sus palabras a Sindri—. ¿Tú estás igual de decidido?

—A mí me importa exactamente un carajo —respondió Sindri—. Eva intenta meterme en esto a rastras, pero a mí me da...

—Tu estúpida cabezota no se entera de nada —le interrumpió Eva Lind de malos modos.

—No, qué va. No sirve de nada intentar convencerla de que esto es una estupidez. Si mamá y tú tuvierais el más mínimo interés en charlar, ya lo habríais hecho. Eva no hace más que meter las narices en todas partes, como siempre. No puede dejar de hacerlo. Se entromete en todo, sobre todo cuando no es asunto suyo se mire por donde se mire.

Eva Lind le lanzó a su hermano una mirada asesina.

—Eres idiota —dijo.

—Eva, creo que a lo mejor deberías dejarlo correr —dijo Erlendur—. Es...

—Ella está de acuerdo —dijo Eva Lind—. Me han hecho falta dos meses para conseguir que cambiara de opinión. No tienes ni idea del lío por el que he tenido que pasar.

—Sí, bueno, no, comprendo lo que estás intentando hacer, pero te aseguro que no me siento con fuerzas.

—¿Por qué no?

—Hace... hace mucho tiempo que todo terminó entre tu madre y yo, y nadie saldrá beneficiado si intentamos revivir todo aquello. Ha terminado. Se acabó. Desapareció. Creo que sería mejor pensar en ello en estos términos y mirar al futuro.

—Mira que te lo dije —comentó Sindri mirando a su hermana.

—¡Mirar al futuro! ¡Vaya estupidez!

—¿Lo has pensado realmente bien, Eva? —preguntó Erlendur—. ¿Tu madre va a venir aquí? ¿Tengo que ir yo a su casa? ¿Nos tenemos que ver en terreno neutral?

Erlendur miró a Eva y pensó en cómo podía haber llegado al punto de utilizar terminología bélica al hablar de su exesposa.

—¡Terreno neutral! —gruñó Eva Lind—. ¿Cómo crees que es tratar con vosotros dos? Los dos estáis chiflados.

Se puso en pie.

—Para ti todo esto no fue más que un chiste. Mamá, Sindri y yo... ¡somos un chiste!

—De ninguna manera, Eva —dijo Erlendur—. Yo lo que quería...

—¡Nunca te hemos importado una mierda! —dijo Eva Lind—. ¡Nunca has escuchado lo que teníamos que decirte!

Antes de que Erlendur y Sindri pudieran darse cuenta, había salido por la puerta hecha un basilisco. Al cerrar, dio tal portazo que retumbó por todo el bloque.

—Pero... ¿qué ha pasado? —preguntó Erlendur mientras miraba a su hijo. Sindri se encogió de hombros.

—Está así desde que dejó de consumir, de un irritable que te cagas. No se le puede decir nada, se pone hecha una fiera.

—¿Cuándo empezó a decirle a tu madre que ella y yo teníamos que vernos?

—Siempre ha hablado de eso —respondió Sindri—. Desde siempre, que yo recuerde. Cree que... No sé, Eva se pasa la vida diciendo tonterías.

—Nunca la he oído decir tonterías —dijo Erlendur—. ¿Qué es lo que cree?

—Dijo que quizás eso podría ayudarla.

—¿Qué? ¿Qué es lo que podría ayudarla?

—Que mamá y tú... Que no hace ninguna falta que mamá y tú os llevéis así de mal.

Erlendur se quedó mirando a su hijo.

—¿Eso dijo?

—Sí.

—¿Que eso podría ayudarla a sacar su vida adelante?

—Más o menos, algo por el estilo.

—¿Si vuestra madre y yo intentamos reconciliarnos?

—Lo único que quiere es que habléis —dijo Sindri, y apagó el cigarrillo que había fumado hasta el filtro—. ¿Tan complicado es eso?

Erlendur no conseguía dormirse después de la visita, pensando en una casa en el oeste del país, en la que en tiempos se dijo que había habido fantasmas. Era una casa de madera, de dos pisos, construida por un comerciante danés a finales del siglo XIX. En la década de 1940 se fue a vivir a esa casa una familia de Reikiavik, y al poco tiempo empezaron a contar que la señora afirmaba oír con frecuencia el llanto de un niño al otro lado del tabique del salón. Nadie había mencionado jamás algo parecido, y la única persona que oía el llanto era la señora, cuando estaba sola en casa. El marido habló de gemidos de gato pero la mujer dijo que no era eso lo que oía, y acabó teniendo miedo a la oscuridad y a los fantasmas, y pasándolo terriblemente mal en la casa. Volvieron a la capital después de vivir allí solo tres años. Le vendieron la casa a alguien de la comarca, que nunca oyó nada raro.

Poco después de mediados de siglo, un hombre se interesó por aquella historia del llanto infantil y la señora de la capital, y estudió la historia de la casa. En esta habían vivido diversas familias, una vez la hubo vendido el comerciante danés, y durante una temporada incluso vivieron tres familias al mismo tiempo, pero nadie mencionó nunca que se oyera el llanto de un niño al otro lado del tabique del salón. El hombre siguió rebuscando en la historia de la casa para comprobar si existían historias relativas a algún niño que hubiera vivido allí, y descubrió que el campesino danés que vivió en la casa tuvo tres hijas que vivieron hasta edad avanzada. Los sirvientes del comerciante no tenían hijos. Cuando estudió la historia de la construcción de la casa descubrió que había habido dos capataces, que se sucedieron en el trabajo. El primero, que abandonó la obra, tenía una hija de dos años. Murió en un accidente en la casa, en el mismo lugar donde se construyó el salón. Le cayó encima una viga de madera desde una altura considerable y murió en el acto.

Erlendur oyó la historia de la casa encantada cuando era niño. Su madre conocía al hombre que desenterró la historia de la hija del capataz, así que la había oído de primera mano. Consideraba imposible que la mujer de la capital hubiera sabido nada en absoluto sobre la construcción de la casa. Erlendur no sabía cómo explicar aquella historia. Su madre, tampoco.

¿Qué decía esa historia sobre la vida y la muerte?

¿La mujer de la capital podía ser más receptiva que otras personas, u oyó hablar de la hija del capataz y su imaginación hizo el resto?

Si ella era más receptiva que otras personas, ¿qué vivía al otro lado del tabique?

La mujer recordaba bien la época en que María y Baldvin empezaron a salir. Se llamaba Þorgerður y había sido compañera de María en la Facultad de Historia de la universidad. Era alta y huesuda, con abundante cabello oscuro; había dejado los estudios de Historia al cabo de dos años y se había pasado a enfermería, carrera que sí había concluido. Había mantenido buenas relaciones con María desde sus años de estudiante, y estaba muy dispuesta a hablar con un policía como Erlendur. Sin que hiciera falta preguntárselo, dijo que en una ocasión había actuado como testigo en un caso criminal: estaba en una farmacia cuando un hombre encapuchado entró de manera violenta y amenazó a la dependienta con un cuchillo.

—Era un pobre tipejo —dijo Þorgerður—. Un yonqui. Le pillaron enseguida y los que estábamos presentes lo reconocimos sin problemas. Era fácil. Llevaba la misma ropa medio destrozada. Le habría dado igual no ponerse capucha. Un chico guapo con una pinta de lo más normal.

Erlendur sonrió para sus adentros. Gente baja, habría dicho Sigurður Óli. Erlendur ignoraba si su colega había leído a Laxness o había oído aquella palabra cuando era niño. Sigurður Óli se imaginaba que aquello se refería sin duda a delincuentes y yonquis, que según él no eran más que unos simples desgraciados, pero también a todas las demás clases de persona que le disgustaban por un motivo u otro: trabajadores sin cualificación, dependientes de tiendas, obreros manuales, e incluso profesionales como fontaneros y demás, cuando le resultaban molestos. En cierta ocasión fue a París con Bergþóra, en un viaje de fin de semana; era un vuelo chárter y se puso furioso porque casi todos los demás pasajeros iban de viaje por la fiesta anual de alguna empresa y no paraban de beber y hacer ruido; y el colmo de los colmos, aplaudieron cuando el avión aterrizó en la capital francesa. «Paletos», exclamó con un profundo suspiro al oído de Bergþóra, con lo que demostraba su desprecio por la gente baja.

Erlendur desplazó la conversación hacia María y su marido, y antes de que Þorgerður se diera ni cuenta, le estaba hablando de los estudios de Historia que había abandonado, y de su amiga María, que había conocido a un estudiante de Medicina en un baile de la universidad.

—Voy a echar mucho de menos a María —añadió—. No puedo creerme que le pasara lo que le pasó. Pobre mujer. Le podría haber ido tan bien.

—¿Así que os conocisteis en la universidad? —preguntó Erlendur.

—Sí, María estaba loca por la historia —respondió Þorgerður, y se cruzó de brazos—. Loca por la antigüedad. Yo me aburría como una ostra. Hasta pasaba los apuntes a ordenador. Yo no conocía a nadie más que hiciera eso. Pero también era buena estudiante, y no todos los que estábamos matriculados en Historia lo éramos.

—¿Conociste a Baldvin?

—Sí, pero solo después de que María y él se conocieran. Baldvin era un tío la mar

de majo. Estudiaba arte dramático pero lo había dejado casi del todo cuando empezaron a salir juntos. No era muy buen actor.

—¿Ah, no?

—Bueno, eso es lo que oí una vez. Que había sido muy razonable por su parte optar por la Medicina. Tenían un grupo de gente de lo más divertida, el grupo de Teatro, y estaban siempre haciendo gansadas. Gente como Orri Fjeldsted, quien desde luego es ahora uno de nuestros grandes actores. Lilja y Sæbjörn, que se casaron. Einar Vífill. Todos llegaron al estrellato. Pero Baldvin se pasó a Medicina, siguió actuando de vez en cuando y luego lo dejó del todo.

—¿Sabes si lo lamentaba?

—No. Por lo que yo sé, jamás. Pero sí que sigue siendo muy aficionado al arte dramático. Iban mucho al teatro y conocían a la gente del oficio. Tenían amigos en las salas.

—¿Sabes cómo era la relación entre Leonóra y Baldvin?

—Él se fue a vivir a casa de María, donde vivía también Leonóra, que tenía un carácter muy fuerte. María decía a veces que su madre quería mangonearles en todo y que Baldvin acababa de los nervios.

—Y volviendo a María, ¿cuál era su especialidad en Historia?

—Lo único que le interesaba era la Edad Media, que a mí era lo que me parecía más aburrido. Por eso investigaba incestos e hijos bastardos, y juicios y castigos. Su tesina trató sobre los ahogamientos en Þingvellir. Apasionante. Me lo dio para que lo leyera y se lo corrigiera.

—¿Los ahogamientos?

—Sí —dijo Þorgerður—. La gente a la que ahogaban en una poza del río, en Þingvellir, y cosas por el estilo.

Erlendur calló. Se habían instalado en una salita del hospital en el que trabajaba Þorgerður. Delante de ellos pasó vacilante una anciana apoyada en un andador. Un auxiliar caminaba deprisa por el pasillo. Un grupo de estudiantes estaba a poca distancia de ellos, comparando apuntes.

—Pues sí, encaja —dijo Þorgerður.

—¿Qué encaja? —preguntó Erlendur.

—No, nada, oí decir que ella... oí decir que se había ahorcado. En el bungaló de Þingvellir.

Erlendur la miró sin decir nada.

—Pero naturalmente no es cosa mía —dijo Þorgerður apurada, al ver que Erlendur no reaccionaba a sus palabras.

—¿Sabes si estaba especialmente interesada por lo sobrenatural? —preguntó Erlendur.

—No, pero le tenía mucho miedo a la oscuridad. De siempre, desde que la conocí. Nunca podía volver sola a casa después del cine, por ejemplo. Siempre había que acompañarla. Pero eso sí, le gustaban las películas más terroríficas.

—¿Sabes por qué le tenía tanto miedo a la oscuridad? ¿Te lo dijo alguna vez?

—Creo...

Þorgerður vaciló. Miró hacia el pasillo como para cerciorarse de que no hubiera nadie escuchando. La anciana del andador había llegado al extremo del pasillo y estaba allí parada como si no supiera qué hacer, como si hubiera olvidado el objeto de su paseo por el largo pasillo que había recorrido pasito a pasito, agarrándose del manillar metálico. A lo lejos se oía una vieja melodía de éxito en alguna radio: *A Þórður le gustaba ir en cubierta...*

—¿Qué crees? —preguntó Erlendur, y se echó un poco hacia delante.

—Creo que debía de tener... que debía de guardar relación con el accidente del Þingvallavatn —respondió Þorgerður—. Cuando murió su padre.

—¿Y?

—La sensación que tenía yo, y que no me ha abandonado nunca, es que se debía a lo que sucedió en el lago cuando era pequeña. En ocasiones María podía estar como muy apagada, y también podía estar muy contenta. Nunca dijo que se estuviera medicando, pero a veces me daba la sensación de que saltaba de un estado de ánimo al otro de una forma muy extraña. Y una vez, hace mucho, cierto día en que se hallaba muy deprimida, estaba yo con ella en Grafarvogur y se puso a hablar del Þingvallavatn. Fue la primera vez que oía mencionarlo, nunca había hablado de aquello en mi presencia, y enseguida pensé que la dominaba un sentimiento de culpa por la manera en que sucedieron las cosas.

—¿Por qué iba a tener sentimiento de culpa?

—Intenté hablarlo con ella más tarde, pero nunca volvió a sincerarse como aquella primera vez. Me daba la sensación de que se andaba siempre con pies de plomo al mencionar lo que pasó, pero estoy totalmente convencida de que había algo que la reconcomía, algo que no podía mencionar.

—Claro, se trató de un suceso terrible —dijo Erlendur—. Vio ahogarse a su padre.

—Así es.

—¿Y qué te dijo?

—Dijo que no tendrían que haber ido al bungaló.

—¿Nada más?

—Y...

—¿Sí?

—Que quizá tenía que morir.

—¿Su padre?

—Sí, su padre.

La sala reía a carcajadas, y Valgerður también. Erlendur levantó las cejas. El esposo había aparecido de manera inesperada en la tercera puerta y había soltado un curioso

ladrido al ver a su esposa en brazos del criado. La mujer apartó al criado de un empujón y gritó que la había agredido e intentaba violarla. El criado avanzó hacia el público e hizo una mueca: ¡segurísimo! Las carcajadas de los asistentes retumbaron otra vez por la sala. Con una sonrisa de oreja a oreja, Valgerður miró a Erlendur, y al momento se dio cuenta de que se aburría. Le acarició el brazo y él la miró con una sonrisa.

Después de la representación se sentaron en un café. Él pidió Chartreuse además de café. Ella se tomó una tarta caliente de chocolate con helado y un licor dulce. Hablaron de la obra. Ella se había divertido. Él no estaba muy entusiasmado. Señaló varias inconsistencias de la trama.

—Ay, Erlendur, no es más que una comedia, no hay necesidad de tomársela tan en serio —dijo Valgerður—. Hay que reír y olvidarse de todo. A mí me pareció muy graciosa.

—Sí, la gente rio mucho —dijo Erlendur—. No tengo costumbre de ir al teatro. ¿Conoces a Orri Fjeldsted, el actor?

Había recordado las palabras de Þorgerður sobre un amigo de Baldvin que pertenecía al grupo de los actores. Él no sabía mucho de famosos.

—Sí, claro —dijo Valgerður—. Le viste en *El pato salvaje*.

—¿En *El pato salvaje*?

—Sí. Interpretaba al marido. Un poco mayor quizá para el papel protagonista, pero... muy buen actor.

—Así que es ese —dijo Erlendur.

A Valgerður le encantaba ir al teatro, y unas cuantas veces había conseguido arrastrar también a Erlendur. Solía elegir obras muy serias, de Ibsen y Strindberg, con la esperanza de que le despertaran la atención. Se dio cuenta de que Erlendur se aburría. Se durmió en mitad de *El pato salvaje*. Lo intentó con comedias. En opinión de Erlendur, ninguna valía la pena. En cambio, le gustó la triste representación de *Muerte de un viajante*, sin que a Valgerður le llegara a extrañar demasiado.

Había poca gente en el café. Una música tranquila llegaba desde algún sitio del techo. Erlendur creyó que se trataba de Sinatra. *Moon River*. Tenía esa canción en un disco de Sinatra. Recordó una película que había visto pero cuyo nombre había olvidado, en la que una bella cantante entonaba esa canción. No había tampoco mucha gente en la calle, por el frío del otoño. Alguna que otra persona pasaba a toda prisa delante de la ventana del bar, con anorak o abrigo grueso. Tal vez tuvieran algo que hacer en la ciudad a una hora tan avanzada. Personas sin rostro y sin nombre.

—Eva quiere que Halldóra y yo nos veamos para hablar —dijo Erlendur tomando un sorbo de licor.

—Vaya —dijo Valgerður.

—Quiere que intentemos mejorar nuestra relación.

—¿No te parece razonable? —preguntó Valgerður, que siempre tomaba partido por Eva Lind cuando salía a relucir en sus conversaciones—. Tenéis dos hijos en

común. Es normal que mantengáis alguna relación. ¿Está dispuesta a verse contigo?

—Eso dice Eva.

—¿Por qué no habéis tenido contacto en todos estos años?

Erlendur reflexionó un momento.

—Ninguno de los dos quería mantener contacto con el otro —respondió.

—Tiene que haber sido difícil para ellos. Para Sindri y Eva.

Erlendur no dijo nada.

—¿Qué es lo peor que puede pasar? —preguntó Valgerður.

—No lo sé. Es ya tan absurda, por un motivo u otro. Nuestra relación, quiero decir. Cómo éramos. Ha pasado una generación entera desde que vivimos juntos. ¿De qué íbamos a hablar? ¿Para qué recordarlo otra vez?

—A lo mejor el tiempo ha curado las heridas.

—No me lo pareció cuando coincidí con ella hace pocos años. Halldóra no había olvidado nada.

—¿Pero ahora está dispuesta a verte?

—Sí, eso parece.

—Puede ser una señal de que desea reconciliarse.

—Puede ser.

—Y Eva piensa que es muy importante.

—Esa es la cuestión. Insiste muchísimo, pero...

—¿Qué?

—Nada —dijo Erlendur—. Pero...

—¿Qué?

—Que yo no aguantaría un ajuste de cuentas.

El capataz avisó a Gilbert, que estaba fumando en el fondo de la enorme y profunda excavación para los cimientos de una casa, vestido con un mono azul para el frío. Le dijo a Erlendur que estaban construyendo un bloque de ocho plantas con aparcamiento subterráneo. Por eso eran tan profundos y tan grandes los cimientos. El capataz no preguntó por los motivos que llevaban a Erlendur a querer hablar con Gilbert, que les miró un buen rato antes de tirar el cigarrillo y empezar a trepar por la gran escalera de madera que llevaba al fondo de los cimientos. Tardó un rato. El capataz se marchó. La obra era al lado del lago Elliðavatn. Unas grúas amarillas se extendían en la tarde grisácea por dondequiera se mirase, como gigantescos paréntesis hincados en el suelo por los dioses de la industria. En algún lugar se oyó el rugido de una hormigonera. En otros sitios se oía el pitido intermitente que avisaba de que un camión estaba dando marcha atrás.

Erlendur le estrechó la mano a Gilbert y se presentó. Gilbert no entendía nada. Erlendur le preguntó si había algún sitio donde sentarse, a ser posible tranquilo y sin tanto ruido. Gilbert le miró, asintió con la cabeza y señaló un barracón pintado de

verde. Era la cantina del contratista.

Gilbert se quitó a medias el mono azul para el frío cuando entraron en la cantina, donde hacía un calor sofocante.

—No puedo creerme que andes preguntando por Davíð después de tantos años —dijo—. ¿Ha surgido algo nuevo?

—No, nada —dijo Erlendur—. Es un caso que llevé en su tiempo y de una u otra forma...

—Y que no acaba de irse, ¿verdad? —fue Gilbert quien terminó la frase. Era alto y desgarrado. Debía de rondar los cincuenta años aunque parecía mayor, un poco encorvado como si se hubiera habituado a evitar chocar con puertas y techos. Tenía las manos largas igual que el cuerpo, y los ojos hundidos en un rostro verdoso. No le había apetecido afeitarse durante los últimos días y, cuando se pasaba la mano por los pelos canosos, sonaba un crujido.

Erlendur asintió.

—Yo acababa de irme a Dinamarca cuando desapareció —dijo Gilbert—. No me enteré hasta bastante después, y fue todo un *shock*. Es tremendo que no lo pudieran encontrar.

—Sí —dijo Erlendur—. Te intentaron localizar en su momento, pero sin éxito.

—¿Sus padres siguen vivos?

—Su padre sí, anciano y enfermo.

—¿Estás haciendo todo esto por él?

—No, por nadie en especial —respondió Erlendur—. Hace unos días me enteré de que eres el único de sus amigos con quien nunca pudimos hablar, porque te habías ido del país.

—Mi idea era quedarme un año en Dinamarca —dijo Gilbert, sacando un nuevo cigarrillo de un bolsillo interior del mono. Se movía pausadamente; sacó un encendedor de otro de los bolsillos y tamborileó en la mesa con el cigarrillo—. Y luego me quedé veinte años. Nunca lo planeé así, pero... así es la vida.

—Tengo entendido que hablaste con Davíð poco antes de irte del país.

—Sí, estábamos siempre en contacto. ¿Has hablado con Þorsteinn?

—Sí.

—Me le encontré en una reunión de aquellas. Pero lo cierto es que he perdido la relación con los que conocí en los viejos tiempos.

—Le dijiste a Þorsteinn que Davíð debía de haber conocido a alguna chica. Eso no se mencionó en la investigación que se hizo entonces. Me gustaría saber si tú sabes quién podía ser y si podría hablar con ella.

—Þorsteinn se quedó pasmado, no tenía ni idea. Yo pensaba que él sabría algo más que yo. No tengo ni idea de quién era esa mujer. Ni siquiera sé si había alguna mujer. ¿No se presentó nadie cuando desapareció Davíð?

—No —respondió Erlendur.

Su móvil empezó a sonar. Erlendur pidió a Gilbert que le disculpara un momento

y cogió el teléfono.

—Sí, diga.

—¿Estás interrogando a la gente por María?

Erlendur frunció las cejas. La voz era grave y seria y dejaba traslucir un tono acusatorio.

—¿Con quién hablo? —preguntó.

—Con el viudo —dijo la voz del teléfono—. ¿Qué es lo que pretendes?

Por la mente de Erlendur pasaron varias respuestas, todas eran mentira.

—¿Qué pasa? —preguntó Baldvin.

—Quizá deberíamos vernos —dijo Erlendur.

—¿Qué estás investigando? —dijo Baldvin.

—Si vas a estar en casa más tarde, hoy mismo puedo...

Baldvin colgó. Erlendur sonrió incómodo a Gilbert.

—Perdona —dijo—. Estábamos hablando de la mujer esta. ¿Sabes algo de ella, algo que puedas decirme?

—Prácticamente nada —dijo Gilbert—. Davíð me llamó el día antes de que yo fuera a salir del país, para despedirme y decirme que quizá estaba en disposición de contarme un secreto, ya que me iba a Dinamarca. Pero no quería soltarlo hasta que yo le insistí y le pregunté directamente. Entonces me dijo que quizá podría contarme alguna novedad sobre sus asuntos de chicas cuando volviera a Islandia.

—¿Fue eso lo único que dijo, que quizá podría contarte alguna novedad sobre sus asuntos de chicas?

—Sí.

—¿Hasta entonces no había tenido ninguna relación femenina?

—No, nada de nada.

—Y a ti te dio la sensación de que había conocido a una mujer, ¿no?

—Así es. Pero ya sabes, no era más que una sensación, a partir de lo poco que dijo.

—¿Nunca creíste ver en él alguna tendencia suicida?

—No, al contrario, estaba muy alegre y animado. Más alegre de lo habitual, porque en ocasiones podía ser un poco callado y pensativo y serio.

—¿Y no sabes de nadie que quisiera hacerle daño?

—No, en absoluto.

—Pero ¿no tienes ni idea de quién era aquella mujer?

—Ni la menor idea. Lo siento.

Erlendur aparcó junto a la casa de Grafarvogur. Había empezado a oscurecer, pues el otoño estaba ya cerca, después de un verano breve y lluvioso. Erlendur no se quejaba del clima. Nunca se había quejado del invierno, a diferencia de otros, que contaban las horas que faltaban hasta que los días volvieran a alargarse. Él nunca había considerado al invierno como un enemigo. La oscuridad y el frío refrenaban el tiempo, y las tinieblas le arropaban con un manto de paz.

Baldvin le recibió en la puerta, y Erlendur pensó, mientras le seguía hasta el salón, si seguiría viviendo en aquella casa ahora que Leonóra y María habían muerto. Ni se le ocurrió preguntárselo. Baldvin quería que Erlendur justificara por qué iba por toda la ciudad interrogando a la gente sobre María y él, que imaginara lo mal que le sentaba tener que oír a sus conocidos hablarle de ello, y que qué pretendía realmente con todo aquello, si la policía tenía intención de abrir una investigación.

—No —respondió Erlendur—, no se trata de nada por el estilo.

Le contó a Baldvin que a la policía le habían llegado indicios, como sucedía en ocasiones cuando se había producido un suicidio, de que podía haber ocurrido algo extraño. De ahí que él, empujado por una amiga de María cuyo nombre no quería mencionar, se hubiera puesto a comprobar algunos detalles, pero que eso no cambiaba en absoluto el hecho comprobado de que María se había quitado la vida. Baldvin no tenía por qué preocuparse. En modo alguno se trataba de una investigación oficial, pues esta era de todo punto innecesaria.

Erlendur habló en este tenor durante un tiempo, despacio y pensando bien las palabras, y con un tono de disculpa que le agradaba a la gente cuando tenía que hablar con la policía. Notó que Baldvin se tranquilizaba un poco. Había estado de pie, irritado, al lado de la estantería, pero se sentó en un sillón en cuanto le desapareció buena parte de la tensión.

—Y bueno, ¿cómo va el caso?

—No va ni deja de ir —dijo Erlendur—. No hay caso.

—No es muy agradable saber que la gente va por ahí diciendo cosas —dijo Baldvin.

—Por supuesto —asintió Erlendur.

—Pero no deja de ser difícil —añadió él.

—Así es —dijo Erlendur—. Oí decir que el entierro fue muy bonito.

—La pastor hizo un sermón precioso. Ella y María se conocían bien. Fue un montón de gente. A María la apreciaban en todas partes.

—¿La hiciste incinerar?

Baldvin había mantenido la mirada fija en el suelo, pero en ese momento alzó la vista y la dirigió hacia Erlendur.

—Es lo que ella quería —respondió—. Hablamos de ello. No quería estar bajo tierra y... bueno, ya sabes... pensaba que eso era la mejor solución. Yo estoy de

acuerdo con ella. Cuando me llegue el momento diré que hagan lo mismo conmigo.

—¿Sabrías decirme si tu mujer tenía especial interés por lo sobrenatural, si asistía a sesiones de espiritismo o cosas por el estilo?

—No más que cualquier otra persona —contestó Baldwin—. Le tenía pánico a la oscuridad. Probablemente ya te lo habrán dicho.

—Sí.

—Estas cosas ya me las preguntaste antes —dijo Baldwin—. Lo de la vida después de la muerte y los médiums. ¿Adónde quieres ir a parar? ¿Qué es lo que sabes?

Erlendur le miró unos momentos.

—¿Qué es lo que sabes? —preguntó Baldwin.

—Sé que fue a ver a un médium —dijo Erlendur.

—¿Y?

Erlendur sacó del bolsillo la cinta de casete y se la entregó a Baldwin.

—Esto es la grabación de una sesión a la que asistió María. Seguramente sea uno de los motivos por los que quise conocerla mejor.

—¿La grabación de una sesión de espiritismo? —exclamó Baldwin—. ¿Cómo..., por qué la tienes tú?

—La cinta me llegó después de la muerte de María. Se la había dado a una de sus amigas.

—¿A una amiga?

—Sí.

—¿A quién?

—Le pediré que se ponga en contacto contigo si le apetece.

—¿La has escuchado? ¿No es eso una intromisión en la vida privada?

—Seguramente será más importante lo que esa cinta pueda decirte a ti. ¿Estás seguro de que no tenías ni idea de la existencia de las sesiones con un médium?

—Ella no me habló de visitas a ningún médium, y no quiero discutirlo ahora, en estas circunstancias. No sé lo que hay en esta cinta, pero todo esto me parece de lo más anómalo.

—Te ruego me disculpes —dijo Erlendur poniéndose en pie—. Tal vez quieras hablar conmigo después de escuchar la cinta. Si no, no importa en absoluto. Es posible que todo esto sea cosa de Marcel Proust.

—¿De Marcel Proust?

—¿No lo sabes?

—No sé de qué me estás hablando.

—Tengo entendido que María intentaba no estar nunca sola —dijo Erlendur—. Por su miedo a la oscuridad.

—Yo... —Baldvin titubeó.

—Pero se encontraba en Þingvellir cuando estaba totalmente oscuro.

—¿Qué es eso? ¿Adónde quieres ir a parar con eso? ¡Me imagino que no querría

tener cerca a nadie cuando se suicidara!

—No, probablemente no. Puede que me llames —zanjó Erlendur, y dejó a Baldvin con la cinta de casete en las manos.

Al anciano lo habían trasladado a la planta de cuidados paliativos. Erlendur no había anunciado su visita con anticipación y tuvo que preguntarles a los empleados cómo llegar a la habitación del anciano. Estaba intentando ponerse una bata, pero le resultaba difícil. Erlendur se adelantó a ayudarlo.

—Ay, gracias, ¿eres tú? —dijo el anciano al reconocer a Erlendur.

—¿Qué tal vas? —preguntó Erlendur.

—Se puede aguantar —respondió el anciano—. ¿Qué haces tú aquí? —preguntó entonces, y Erlendur notó que la expectación crecía en su voz—. No será por mi Davíð, ¿verdad? No habrás averiguado nada sobre él, ¿no?

—No —se apresuró a responder Erlendur—. Nada. Pasaba por aquí y se me ocurrió entrar a verte.

—Yo no gano nada saliendo, pero es que no puedo estar todo el día metido en la cama. ¿Te apetece ir conmigo a la sala de estar?

Cogió del brazo a Erlendur, que le sostuvo por el pasillo, y los dos juntos llegaron hasta un sitio que señaló el anciano. Se sentaron. La radio estaba encendida. Alguien estaba leyendo un relato en episodios. Su voz le resultaba familiar.

—¿Te acuerdas de un amigo de tu hijo que se llamaba Gilbert y se fue a vivir a Dinamarca al tiempo que desaparecía Davíð? —preguntó Erlendur, que había decidido entrar directamente en materia.

—¿Gilbert? —dijo el anciano en voz baja y pensativo—. No puedo decir que me acuerde de él.

—Iban juntos al instituto. Vivió muchos años en Copenhague. Habló con Davíð justo antes de la desaparición.

—¿Y os pudo decir algo?

—No, nada definitivo —respondió Erlendur—. Tu hijo le confesó en secreto a Gilbert que había empezado una relación con una mujer. Recuerdo que tú pensabas que eso era imposible, hablamos detenidamente de esa posibilidad. Lo que dice el tal Gilbert puede apuntar a otra cosa.

—Davíð no tenía ninguna relación —dijo el anciano—. Nos lo habría contado.

—No tiene por qué haber llegado muy lejos, quizá solo estaba empezando. Tu hijo le dio a entender algo por el estilo a Gilbert. ¿Ninguna mujer se puso en contacto con vosotros a raíz de la desaparición? ¿No llamó nadie a preguntar por él, alguien a quien no conocierais? Podía ser solo una voz al teléfono.

El anciano se quedó mirando a Erlendur. Intentaba recordar lo sucedido en aquellos días y aquellas semanas, cuando le confirmaron que su hijo había desaparecido. La familia se reunió, la policía tomó declaraciones, los amigos

ofrecieron su ayuda, y los medios pidieron fotografías. Apenas tenían tiempo para darse cuenta de lo que pasaba, caían en la cama rendidos e intentaban dormir. Apenas conseguían descansar. Era durante la noche cuando le tenían más vivo y presente en su imaginación, y les aterraba la idea de no volver a verle.

El anciano clavó la mirada en Erlendur e intentó recuperar de su memoria algo desconocido o extraño, una visitante o una conversación telefónica, una voz desconocida, una pregunta que resultara extraña: «¿Está Davíð?».

—¿Era mujeriego? —preguntó Erlendur.

—No. Era muy joven.

—¿No hubo nadie que preguntara por él y a quien no conocierais bien, quizá una chica de su edad?

—No, que yo recuerde; no recuerdo nada por el estilo —dijo el anciano—. Yo... nosotros... nos habríamos enterado si hubiera conocido a alguna chica. Otra cosa es imposible. Claro que... uno ya es muy viejo y quizá se me pueda haber pasado algo por alto. Gunnþórunn habría podido ayudarte.

—No es raro que a los chicos les dé reparo contar esas cosas.

—Es posible, si estuvieran justo al principio. No recuerdo que tuviera ninguna relación con una chica. De ninguna manera.

—¿Crees que su hermano lo habría podido saber?

—¿Elmar? No. Nos lo habría contado. Él no se habría olvidado de nada importante.

El anciano empezó a toser con una tos fea, con estertores, que iba haciéndose más y más fuerte a la vez que él se debilitaba y no podía detenerla. Le salió sangre por la nariz y se tumbó en el sofá de la sala de estar. Erlendur corrió a pedir ayuda y le atendió hasta que llegó alguien.

—Falta menos de lo que ellos pensaban —dijo el anciano con voz entrecortada.

Las enfermeras apartaron a Erlendur, que las vio llevarse al anciano a la habitación. Entraron con él y cerraron la puerta, y Erlendur salió al pasillo sin saber si volvería a verle.

Esa noche estaba despierto pensando en su madre. Acudía siempre a su memoria en esa época del año. Se la imaginaba cuando aún vivían en el este del país, y ella estaba en la explanada delante de la granja, mirando hacia el monte Harðskafi, y luego mirándole a él con un gesto que trataba de animarle. Le encontrarían. Aún no se habían perdido todas las esperanzas. Él no sabía ya si aquella imagen de su madre en la explanada era un recuerdo o un sueño. Quizá daba igual.

Murió tres días después de que Erlendur la llevara a un hospital. No se separó de su lado. Los empleados le invitaron a descansar en una habitación vacía, pero él rechazó cortésmente el ofrecimiento. Ni se le pasaba por la cabeza dejar sola a su madre. Los médicos dijeron que podía irse de un momento a otro. A veces recuperaba

la conciencia pero estaba demenciada, no lo reconocía. Erlendur intentaba hablar con ella, pero no servía de nada.

Así pasaron las horas una tras otra, mientras su madre moría poco a poco. La memoria de Erlendur se llenó de recuerdos desde su infancia, y ella siempre estaba allí, en un mundo extrañamente pequeño, protectora atenta, dulce educadora y buena amiga.

Por fin la mente de su madre se aclaró un poco. Le sonrió.

—Erlendur —dijo en voz muy baja.

Él le cogió la mano.

—Estoy aquí, contigo —dijo Erlendur.

—¿Erlendur?

—Sí.

—¿Ya has encontrado a tu hermano?

Faltaba poco para el inicio de la representación cuando Erlendur aparcó en la parte trasera del teatro. Sabía que llegaba tarde pero quería concluir lo que pretendía hacer antes de volver a casa. El amable portero le indicó el camino al camerino, aunque se mostró de lo más inquieto y dijo que quedaba poquísimo tiempo. Erlendur intentó calmarle, dijo que había anunciado su visita con antelación y que Orri estaba esperándole. No necesitaría mucho tiempo.

Todo estaba patas arriba tras las bambalinas. En los pasillos había actores ya vestidos. Todavía estaban maquillando a algunos. Había tramoyistas corriendo de un lado a otro. En el patio de butacas, algún que otro espectador empezaba a ocupar sus asientos, aquí y allá. Una voz invisible anunció que faltaba media hora para empezar. Erlendur sabía que representaban *Otelo*. Valgerður le había comentado que los críticos dijeron que la representación era ambiciosa y bastante original, aunque incomprensible.

Orri Fjeldsted estaba solo en el camerino repasando el papel cuando Erlendur pudo dar con él. Interpretaba el papel de Yago, pero iba vestido con traje y chaleco de tiempos de la guerra mundial porque el director, un trepa que acababa de llegar de estudiar en Italia, según le había dicho Valgerður, había decidido que la obra tendría lugar en el Reikiavik de la guerra. Otelo era un coronel negro, del ejército estadounidense de la base de Keflavík, y Desdémona su chica, una joven de Reikiavik consagrada en cuerpo y alma a ligar con soldados. El coronel volvía de una misión en Europa y se reunía con su Desdémona, pero Yago estaba tramando su muerte.

—¿Eres el policía? —preguntó Orri cuando le abrió la puerta a Erlendur—. ¿No podías haber encontrado mejor momento?

—Lo siento, hace mucho que quería venir, pero no nos llevará mucho tiempo —se excusó Erlendur.

—¡Al menos no eres un gilipollas de crítico! —dijo el actor, bajito y flaco, casi escuálido, con el rostro maquilladísimo y un bigote artificial a lo Clark Gable pegado al labio superior, y el pelo engomado peinado hacia atrás. A Erlendur le recordó a un gánster de alguna película americana.

—¿Has leído las reseñas? —preguntó Orri Fjeldsted. Era bajito, pero muy fornido.

—Nunca lo hago —respondió Erlendur.

—No han parado de decir gilipolleces acerca de esta representación —dijo Orri, y Erlendur recordó que Valgerður le había dicho que los críticos habían escrito, sobre la actuación de Orri en el papel de Yago, que parecía completamente perdido en el escenario.

—No las he leído —dijo Erlendur.

—¿No has visto la representación?

—No voy mucho al teatro.

—¡Menudos farsantes! ¡Canallas! ¿Tú crees que es divertido aguantar eso?

—Sí, no, es... son...

—¡Año tras año las mismas memeces y las mismas gilipolleces, y siempre igual de estúpidos! Y ¿para qué dijiste que querías verme?

—Es por Baldvin...

—Ah, sí, lo dijiste por teléfono. Me enteré de que había fallecido su mujer. Muy trágico. Ya no mantenemos ninguna relación. Desde hace muchos años.

—Si no me equivoco, estuvisteis juntos en la Escuela de Teatro.

—Positivo. Él era un actor muy prometedor. Luego se pasó a Medicina. Mucho más juicioso. ¡No le incordian esos críticos de mierda! Y, por supuesto, gana más dinero. No sirve de nada ser un actor famoso si sigues siendo un muerto de hambre. En este país no se paga a los actores... ¡Los sueldos son casi de profesor!

—Creo que a él le va bastante bien —dijo Erlendur, haciendo todo lo posible para ablandar al actor.

—Siempre andaba con problemas de dinero. Me acuerdo bien. Te perseguía para que le prestases dinero y no se daba nada de prisa en pagar las deudas. Tenías que ir detrás de él, y a veces simplemente ni pagaba. Por lo demás era muy majo.

—Erais un grupito en la Escuela de Teatro, ¿no?

—Sí, así es —dijo Orri pasándose el dedo índice por el blando bigote para asegurarse de que estaba bien pegado—. Un grupito de puta madre.

—Quince minutos para empezar —se oyó por los altavoces.

—Conoció a su mujer al poco de dejar la Escuela de Teatro —dijo Erlendur.

—Sí, me acuerdo bien. Una chica preciosa de la universidad. Dime una cosa, ¿por qué anda la policía preguntando por Baldvin?

Erlendur tenía que medir bien sus palabras, pues recordaba que, según le había dicho Valgerður, en ningún sitio corrían tan deprisa los cotilleos como en el mundo del teatro.

—Estamos trabajando con los suecos en una investiga...

La atención de Orri Fjeldsted pareció enfriarse al momento.

—Esos chicos eran de lo más ocurrentes —dijo—, eso hay que concedérselo. Tengo entendido que un amigo suyo volvió loco a un tal Tryggvi con un experimento.

—¿Un experimento teatral?

—¿Experimento tea...? No, para entonces Baldvin ya estaba en Medicina. ¿Alguna cosa más? Tengo que irme, no quedan más que cinco minutos. ¿Hay gente en el patio de butacas? Han destrozado por completo la obra. Los críticos esos. Por completo. No tienen ni puñetera idea de teatro. ¡Ni puñetera idea! Y la gente hace caso de esos cretinos, llaman al teatro por decenas para anular sus reservas.

Orri abrió la puerta que daba al pasillo.

—¿Qué hay de ese Tryggvi? —preguntó Erlendur.

—¿De Tryggvi? Por lo que recuerdo, se llamaba así. Decían que era uno de esos

que se autodestruyen a base de estudiar. Habrás oído hablar de esa clase de gente. Un estudiante superexcelente que se vuelve loco. Dejó los estudios. No tengo ni idea de por dónde andará ahora.

—¿Baldvin también participó?

—Eso se dijo siempre, él y un amigo suyo de Medicina. Creo que era como un primo o así del tal Tryggvi. Eran parientes, en todo caso. Eran estupendos colegas.

—¿Qué pasó?

—¿No lo sabes?

—No.

—Dicen que Tryggvi le pidió a su primo que...

Otelo llegó a todo correr por el pasillo, llevando a Desdémona a rastras. Él llevaba uniforme de coronel estadounidense, y ella un vestido de verano, color rosa, y una gran peluca rubia. Otelo estaba rapado al cero y la calva ya había empezado a sudar.

—Tenemos que quitarnos de encima esta pesadilla —bramó Otelo mientras tiraba de Yago en dirección al escenario. Desdémona le lanzó a Erlendur una dulce sonrisita.

—¿Qué le pidió Tryggvi que hiciera? —preguntó Erlendur en voz alta mientras se alejaban.

Orri se detuvo y miró a Erlendur.

—No sé si es verdad o no, pero es lo que oí decir hace muchos años.

—¿Qué? ¿Qué es lo que oíste?

—Tryggvi pidió que le mataran.

—¿Que le mataran? ¿Está muerto?

—No. Está vivito y coleando, pero majareta.

—¿Qué intentas decirme? No compren...

—Fue un experimento que hizo el primo con Tryggvi.

—¿Qué clase de experimento?

—Lo que oí es que mantuvo a Tryggvi muerto durante unos minutos antes de resucitarlo. Decían que, después de aquello, Tryggvi no volvió a ser el mismo.

Y dicho esto, la tropa desapareció corriendo hacia el escenario.

Al día siguiente, Erlendur desempolvó en el archivo de la policía viejos informes sobre los sucesos del Þingvallavatn. Leyó la declaración de Leonóra, la madre de María, así como el informe del perito sobre la barca y el motor fueraborda. En los documentos encontró el informe de la autopsia, que indicaba que Magnús se había ahogado en el agua gélida. Y al parecer no se le había tomado declaración a la niña. El caso se definió como accidente. Erlendur buscó quién había llevado la investigación. Se llamaba Níels. Erlendur suspiró. Nunca había sentido especial aprecio por Níels. Los dos llevaban trabajando prácticamente el mismo tiempo en la

policía de investigación; pero, a diferencia de Erlendur, Níels era un tanto perezoso, los casos que llevaba se alargaban lo indecible, incluso hasta el punto de prescribir, y no se realizaban con suficiente profesionalidad.

Níels estaba en un café. Estaba tonteando con las mujeres de la cafetería cuando Erlendur le preguntó si podía hablar con él un momento.

—¿Qué hay, mi querido Erlendur? —preguntó Níels, para quien la arrogancia carente de contenido era la regla de oro en el trato con los demás. En cada frase colgaba palabras como «amigo», «colega», «viejo» o «chaval», cosas insignificantes de por sí pero que en boca de Níels representaban su supuesta superioridad, que sin embargo no se apoyaba absolutamente en ninguna base.

Erlendur se lo llevó a un lugar más apartado de la cafetería y se sentó con él, y le preguntó si recordaba el accidente de Þingvallavatn y a Leonóra y María, madre e hija.

—¿No se resolvió por completo aquello?

—Sí, desde luego. ¿Recuerdas algo especial sobre las circunstancias, la gente que había allí, el accidente en sí?

Níels puso un gesto que debía demostrar que estaba haciendo un esfuerzo por recordar el accidente de Þingvallavatn.

—¿Estás buscando algún delito después de todos estos años? —preguntó.

—No, de ninguna manera. El otro día murió la niña a quien viste allí junto a su madre. El que se ahogó era su padre.

—No recuerdo nada especial sobre esa investigación —dijo Níels.

—¿Cómo se soltó la hélice del motor?

—Como es lógico, no puedo recordar todas esas cosas con detalle —respondió Níels, prudente. Era suspicaz con respecto a Erlendur. No a todos los de la comisaría les hacía ilusión que Erlendur se pusiera a desenterrar viejos casos.

—¿Recuerdas lo que dijeron los peritos?

—¿No era por desgaste?

—Algo por el estilo —dijo Erlendur—. Pero eso no explica mucho, en realidad. El motor era viejo y estaba desgastado, y nunca se había hecho el mantenimiento adecuado. ¿Qué dijeron que no fuera al informe?

—El difunto Guðfinnur fue quien dirigió esa investigación.

—Pero no podemos preguntarle nada. Y tú sabes que no suele ponerse todo en los informes.

—¿Por qué te interesa tanto el pasado?

Erlendur se encogió de hombros.

—¿Qué estás intentando destapar, amigo?

—Nada —respondió Erlendur, apretando los dientes.

—¿Qué es lo que necesitas saber exactamente? —preguntó Níels.

—¿Recuerdas cómo reaccionaron la mujer y la hija?

—No hubo nada extraño en su forma de reaccionar. Fue un trágico accidente.

Ellas lo vieron todo. La mujer casi tuvo un ataque de nervios.

—No llegaron a encontrar la hélice.

—No.

—Y no hubo forma alguna de aclarar cómo se pudo haber soltado, ¿no es así?

—No. El hombre estaba solo en la barca, y probablemente se puso a trastear con el motor, se cayó por la borda y se ahogó. Su mujer no vio lo que pasó, ni la niña tampoco. La mujer se dio cuenta de repente de que la barca estaba vacía. Luego oyó los gritos del marido por unos momentos, pero ya era demasiado tarde.

—¿Recuerdas...?

—Hablamos con el vendedor —dijo Níels—. Bueno, Guðfinnur habló con él. Habló con todos los empleados de la empresa que vendía los motores fueraborda.

—Sí, está en el informe.

—Dijo que no era tan fácil que se soltara la hélice. Había que hacer fuerza.

—¿Es posible que el motor chocara con el fondo?

—No había nada que apuntara en esa dirección. Pero la mujer nos dijo que su marido había estado haciendo algo con el motor el día antes. No le preguntó nada, y no sabía a qué se había estado dedicando. Es posible que aflojara la hélice sin darse cuenta.

—¿El marido?

—Sí.

Erlendur recordó que Ingvar le había dicho que Magnús no entendía nada de motores.

—¿Recuerdas a la niña cuando llegasteis? ¿Cómo reaccionó?

—¿No tenía diez años o algo por el estilo?

—Sí.

—Pues estaba como cualquier chaval en su situación, como es lógico. No se separaba ni un milímetro de su madre. No se separó de ella en todo el tiempo.

—En los informes no veo que hablarais con ella.

—No lo hicimos o, si acaso, no en profundidad. Pensamos que no había motivos para hacerlo. Los niños no son los testigos más fiables.

Erlendur estuvo a punto de contradecirle, pero le despistaron dos policías de uniforme que entraron en el café y saludaron a Níels.

—¿A qué le estás dando tantas vueltas, mi querido Erlendur? —preguntó Níels—. ¿De qué va esto en realidad?

—De miedo a la oscuridad —respondió Erlendur—. De simple miedo a la oscuridad.

Karen, la amiga de María, le recibió en la puerta de su casa. Le estaba esperando, e invitó a Erlendur a entrar en un apartamento bastante amplio de un bloque situado en el barrio de Melar. La había telefoneado después de su reunión en la comisaría de policía, obtuvo de ella los nombres de personas relacionadas con María, y comentaron su amistad con la difunta, que había empezado cuando las dos tenían once años de edad y se sentaban una al lado de la otra en la clase, ambas en un colegio nuevo. Leonóra acababa de cambiar de escuela a María, porque no estaba contenta ni con la dirección ni con los maestros de su hija. María, a quien habían sometido a un caso leve de acoso, no tuvo ni arte ni parte en el cambio y hacía lo que podía para encontrar su lugar en su sitio nuevo entre chicos desconocidos. Karen acababa de mudarse al barrio y no conocía a nadie. Leonóra llevaba a María en coche todas las mañanas y la recogía por la tarde. En cierta ocasión, María le preguntó si Karen podía ir a su casa. Leonóra la acogió con alegría, era la nueva amiga de su hija y de ahí brotó la amistad que las unió a las dos, promovida por la madre.

—La madre de ella era incluso un poco plasta —le dijo Karen a Erlendur—. Nos apuntó a clases de *ballet*, que no nos gustaban lo más mínimo a ninguna de las dos, iba con nosotras al cine, y se ocupaba de que mis padres me dejaran dormir en su casa de Grafarvogur. Lo cierto es que mi madre nunca me dejaba dormir en casa de mis amigas, con la única excepción de casa de María. Leonóra compraba las entradas del cine, y nos hacía palomitas cuando estábamos viendo la televisión. Era prácticamente imposible que nos dejara jugar solas. Leonóra era encantadora, no me malinterpretas, pero a veces te hartabas de ella. Le profesaba a María un amor inmenso. Aunque yo tenía la sensación de que la mimaba más de lo debido, María no era nada presumida, siempre era amable y obediente y buena, era así por naturaleza.

La amistad de Karen y María se había afianzado conforme pasaban los años. Terminaron juntas el instituto, Karen entró en Magisterio y María en Historia, viajaron juntas al extranjero, fundaron un club de amigas que acabó falleciendo de muerte natural, pasaban juntas el tiempo libre, pasaban temporadas en bungalós de verano, y se divertían juntas.

Erlendur comprendió mejor por qué había ido Karen a verle a la comisaría después del suicidio de su querida amiga, y por qué seguía pensando que detrás de aquella decisión tenía que haber algo más que una simple depresión profunda.

—¿Qué te pareció la sesión de espiritismo? —preguntó Karen.

—¿Sabías que iba a acudir a esa reunión? —preguntó él, sin responder.

—Llevé a María en mi coche —respondió Karen—. El médium se llama Andersen.

—Al parecer, Leonóra tenía intención de informarla acerca de si al morir llegaba a una vida en el más allá —explicó Erlendur.

—No me extraña nada —dijo Karen—. María y yo hablamos de ello muchas

veces. Me contó lo de Marcel Proust. ¿Cómo lo explicas tú?

—Hay muchas explicaciones posibles, claro —contestó Erlendur.

—Tú no crees en esas cosas, ¿no es eso? —quiso saber Karen.

—No —respondió Erlendur—. Pero comprendo a María. Puedo entender su decisión de hablar con un médium.

—Hay mucha gente que cree en una vida después de la muerte.

—Sí —concedió Erlendur—. No soy uno de ellos. Eso que cuenta la gente en el momento de la muerte, la luz brillante y el túnel, no son, a mi entender, más que los últimos mensajes del cerebro antes de apagarse.

—María pensaba distinto.

—¿Lo del libro de Proust se lo contó a alguien más, aparte de ti?

—No lo sé.

Karen miraba a Erlendur como si estuviera intentando dilucidar si era él la persona adecuada con la que hablar o si había cometido un error. Erlendur le devolvía la mirada. El salón estaba ya casi a oscuras.

—Entonces no servirá de mucho contarte lo que me dijo María hace muy poco tiempo.

—No tienes por qué decirme nada que no quieras decir. El núcleo del caso es que tu amiga se quitó la vida. Es muy posible que te resulte difícil enfrentarte a ese hecho, pero en este mundo hay muchas cosas con las que a duras penas podemos conformarnos.

—Lo sé perfectamente, y sé cómo se sintió María tras la muerte de Leonóra, pero esto me sigue resultando algo muy especial.

—¿El qué?

—María dijo que había visto a su madre.

—¿Que la vio después de que muriera?

—Sí.

—¿En una sesión de espiritismo?

—No.

—Tengo entendido que veía cosas y que le tenía un pánico cerval a la oscuridad.

—Todo eso lo sé —dijo Karen—. Esto fue un poco distinto.

—¿El qué?

—Hace varias semanas, se despertó una noche y vio a Leonóra de pie en la puerta del dormitorio, vestida de verano, con una cinta en el pelo y con un jersey amarillo. Le hizo seña de que se acercara, de que saliera con ella de la habitación. Y entonces desapareció al otro lado del umbral y, cuando María llegó allí, no la vio por ninguna parte.

—Ya ves lo mal que estaba la pobre mujer —dijo Erlendur.

—Yo tendría más cuidado al juzgarla —repuso Karen—. ¿Oíste en la cinta cómo pensaba dar noticias tuyas Leonóra?

—Sí —respondió Erlendur.

—¿Y?

—Y nada. El libro se había caído al suelo. Esas cosas pasan.

—¿Precisamente ese libro?

—A lo mejor lo había sacado ella y se le olvidó. Quizá le habló del libro a Baldvin y él lo cogió y luego se le olvidó. Quizá se lo contó ella a algún huésped, que se pudo poner a hojearlo. A ti te lo contó.

—Sí, pero yo nunca habría dejado caer el libro al suelo ni lo habría dejado allí —dijo Karen.

—Creo en las casualidades —dijo Erlendur—. Además, parece que Leonóra se paseaba por la casa con toda tranquilidad. Imagino que eso habría bastado como señal de que existía la vida perdurable. El antiguo novio de María me dijo que siempre había visto cosas, en una especie de estado de ensoñación: personas que conocía.

Estuvieron largo rato en silencio.

—¿De modo que sabes quién es el médium de la grabación? —preguntó por fin Erlendur.

—Sí. No es demasiado conocido. Fui yo quien le dio su nombre a María. Otra amiga mía fue a verle y me habló de él.

—¿Cómo acabó la cinta en tu poder?

—María me la prestó el otro día. Me apetecía oír lo que pasaba en esas sesiones. Yo nunca he visitado a un médium.

—¿Sabes si visitó a otros médiums?

—A este y luego a otro a quien fue a ver solo una vez, casi al final. Justo antes de morir.

—¿Quién era?

—María dijo que lo sabía todo sobre ella. Lo que se dice todo. Dijo que era absolutamente increíble. Esa fue mi última conversación con ella. Yo sabía que no se encontraba bien, pero no sabía que hubiera llegado hasta ese punto.

—¿Sabes quién era ese médium?

—No, no me lo dijo, pero María comentó que era una mujer que le caía muy bien, y que confiaba mucho en ella.

—¿De modo que era una mujer?

—Sí.

Karen se quedó en silencio mirando la oscuridad por la amplia ventana del salón.

—¿Te enteraste de lo que había sucedido en Þingvallavatn? —dijo de repente.

—Sí, me lo han contado.

—Siempre he tenido la sensación de que en el lago sucedió algo que nunca se supo —dijo Karen.

—¿Y eso? —preguntó Erlendur.

—María no lo dijo directamente con palabras, pero había algo en su interior, como una pesadilla. Algo del pasado de lo que nunca quería hablar y que estaba relacionado con aquel terrible suceso.

—¿Conoces a Þorgerður, que estaba con ella en Historia?

—Sí, sé quién es.

—Ella me dijo algo muy parecido, y cree que guardaba relación con el padre de María. Como que tenía que morir. ¿Sabes algo de eso?

—No. ¿Cómo que tenía que morir?

—Es algo que se le escapó a María. Se puede interpretar de muchas maneras.

—¿Como si le hubiera llegado la hora?

—Probablemente en el sentido de que su destino era morir aquel día, y que no podía hacerse nada para evitarlo.

—Nunca la oí decir nada parecido.

—También se podría interpretar esas palabras en otro sentido —dijo Erlendur.

—¿Quieres decir... que se lo podía tener merecido?

—Es posible, pero ¿por qué? —preguntó Erlendur.

—¿Que no fue un simple accidente? ¿Que...?

Karen se quedó con la mirada clavada en Erlendur.

—¿Que no fue un accidente?!

—No tengo la menor idea —respondió Erlendur—. Se investigó. No encontramos nada extraño. Y eso lo dijo María muchos años después. ¿La oíste hablar alguna vez en un sentido parecido?

—No, nunca —contestó Karen.

—En la sesión espiritista que hay en la cinta suena una voz —dijo Erlendur.

—¿Sí?

—Una voz varonil, grave, que le dice a María que tenga cuidado, que no sabía lo que estaba haciendo.

—Sí.

—¿Alguna vez te lo explicó ella?

—La voz le recordaba a su padre.

—Sí, eso sale en la cinta.

—Yo solo sé que sucedió algo en el lago. Lo noté en ella muchas veces. Algo relacionado con Magnús, su padre, y que ella era totalmente incapaz de decirle a nadie.

—Dime otra cosa, ¿conoces a un hombre que estudiaba Medicina al mismo tiempo que Baldvin y que se llamaba Tryggvi?

Karen pensó un momento y negó con la cabeza.

—No —respondió—. No conozco a ningún Tryggvi.

—¿Nunca habló María de nadie que se llamara así?

—Creo que no. ¿Quién es?

—Solo sé que estuvo con Baldvin en la universidad —contestó Erlendur, que decidió callarse lo que Orri Fjeldsted le había contado de Tryggvi.

Poco después se despidieron. Ella se quedó mirándole mientras entraba en el coche, aparcado allí delante, un coche negro, viejo, con pilotos traseros redondos. No

reconoció la marca. Pero en vez de ponerlo en marcha e irse, Erlendur se quedó allí parado. Al poco empezó a salir el humo de un cigarrillo por la ventanilla del conductor. Pasaron cuarenta minutos hasta que por fin encendió los faros redondos y el coche se alejó lentamente.

Cuando era más joven, quería soñar con su hermano. Buscaba cualquier cosa que hubiera pertenecido a Bergur, un juguetito o un jersey que su madre nunca quiso perder de vista, porque no quería regalar nada que hubiera sido de él. Ponía aquel objeto debajo de su almohada antes de irse a dormir. Cada vez era algo distinto. Al principio quería comprobar si Bergur le visitaba en un sueño y podía ayudarle en la búsqueda. Después solo quería verle a él, recordarle como era cuando se perdió.

Bergur no le visitó nunca en sueños.

Decenios más tarde, cuando estaba solo en una fría habitación de hotel, soñó por fin con Bergur. La visión onírica le acompañó incluso al despertar. Vio a su hermano en el territorio incierto que hay entre el sueño y la vela, tiritando y hecho un ovillo en un rincón de la habitación. Era casi como si pudiera tocarle. Pero entonces desapareció la visión y volvió a quedarse solo con el antiguo deseo de un reencuentro que nunca se haría realidad.

Cuando encontró Por el camino de Swann tirado en el suelo al lado de la estantería, se alivió el dolor de María y empezó a sentirse mejor. Sus sueños no eran ya igual de oscuros. Las siguientes noches no soñó y pudo descansar mejor.

Baldvin se mostraba más comprensivo con ella. No sabía si era porque temía que fuera a traspasar la raya que la separaba de la locura, o porque la señal de Leonóra había tenido en él más efecto de lo que él estaba dispuesto a reconocer.

—¿Quizá sería el momento de hablar con algún médium? —preguntó Baldvin una tarde.

María le miró atónita. No esperaba aquello de Baldvin, quien jamás había sentido por los médiums otra cosa que puro y simple desprecio. Por eso había mantenido en secreto su visita a Andersen. No quería que se convirtiera en un motivo de desavenencias, además de que pensaba que lo referente a su madre y ella era asunto privado.

—Yo creía que te oponías a esas cosas —dijo.

—Sí, he... Si eso puede ayudarte aunque sea un poco, da igual cómo consigas el alivio.

—¿Conoces a algún médium?

—No —dijo Baldvin con un titubeo.

—¿Pero...? —preguntó ella.

—En el trabajo estuvieron hablando de eso. Los cardiólogos.

—¿De qué?

—De la vida después de la muerte. Algo que había sucedido hacía poco. Un hombre que estuvo muerto durante dos minutos en la mesa del quirófano. Estaban haciéndole un bypass y el hombre entró en parada. Tuvieron que utilizar el desfibrilador varias veces hasta que volvió. Dijo que había tenido una experiencia cercana a la muerte.

—¿A quién se lo dijo?

—A todos. A las enfermeras. A los médicos. No era creyente, pero dijo que después de esa experiencia se había convertido.

Callaron.

—Dijo que había viajado a otro mundo —dijo Baldvin.

—Nunca te lo he preguntado, pero ¿esas historias son habituales en el hospital?

—De vez en cuando se oye algo por el estilo. Incluso hay algunos que han intentado obtener respuesta a la pregunta de si existe vida después de la muerte.

—¿Cómo?

—Provocando la cercanía a la muerte. Es algo sabido. Una vez vi una película horrible sobre el tema. Pero bueno, los médicos se pusieron a hablar de videntes y de médiums, y alguien conocía a uno bastante bueno al que había ido su mujer. Se me ocurrió que... a lo mejor te interesaría.

—¿Cómo se llama?

—Es una mujer. Se llama Magdalena. Se me ocurrió que a lo mejor querrías

hablar con ella. Si eso pudiera ayudarte, aunque fuera un poco...

El último paradero conocido de Tryggvi era un colchón sucio y desvencijado en una casucha abandonada, próxima a Rauðarárstígur, donde se instalaba en ocasiones con otros tres hombres sin techo, expresidarios y borrachos. Era una casa de chapa ondulada que esperaba el derribo, con las ventanas rotas y el tejado agujereado, impregnada de meados de gato y repleta de basura. El dueño de la casa la había heredado, pero estaba metido en un pleito a muerte por la herencia y no había cuidado ni lo más mínimo la finca. Los cuatro hombres ni siquiera podían considerarse «okupas», ya que les faltaba la iniciativa necesaria para ello. Tryggvi había sido objeto de atención por parte de la policía en varias ocasiones, por embriaguez y vagabundeo. Por lo que Erlendur pudo averiguar, era un hombre bastante pacífico, iba por su cuenta y no se preocupaba por nadie, igual que nadie se preocupaba por él. A veces, cuando la temperatura descendía demasiado en las calles de Reikiavik, tenía que buscar albergue en la policía o en el Ejército de Salvación.

La segunda vez que Erlendur se acercó desde su despacho de Hverfisgata a la chabola de la esquina de Rauðarárstígur para tratar de localizar a Tryggvi, se encontró con un hombre que con la mejor voluntad podía denominarse compañero de casa, un borracho medio inconsciente que estaba sentado o casi tirado encima de un colchón sucio que alguien había colocado en tiempos en el suelo de cemento para procurarse mayor comodidad. Estaba lloviendo. En el suelo, al lado del hombre, se habían formado charcos. Al lado del colchón había botellas de aguardiente vacías, frasquitos de esencias diversas destinadas a la preparación de tartas, frascos de alcohol y dos jeringuillas con agujas cortas. El hombre entornó los ojos y levantó la vista hacia Erlendur desde su colchón. Uno de los ojos estaba tumefacto.

—¿Quién eres tú? —preguntó el hombre, con voz ronca, casi incomprensible.

—Estoy buscando a Tryggvi —dijo Erlendur—. Tengo entendido que viene aquí a veces.

—¿Tryggvi? No está.

—Ya lo veo. ¿Puedes decirme dónde anda a estas horas del día?

—Hace mucho que no le veo.

—Tengo entendido que a veces duerme aquí.

—Solía dormir aquí —dijo el hombre, que se incorporó del todo—. Pero hace mucho que no está aquí con nosotros. ¿Qué día es hoy?

—¿Importa mucho eso? —dijo Erlendur.

—¿Me puedes dar algo de beber? —preguntó el hombre con ansiedad y expectación en la voz. Iba vestido con un grueso abrigo y, por debajo de este, un jersey, pantalones marrones y botines desgastados que le llegaban hasta los tobillos blancos y huesudos. Erlendur se dio cuenta de que tenía el labio roto. Seguramente acababa de pelearse con alguien.

—No.

—¿Y qué pasa con Tryggvi? —preguntó el hombre.

—Nada en especial —contestó Erlendur—. Tenía ganas de verle.

—¿Eres... qué... su hermano?

—No. ¿Qué tal anda Tryggvi?

Erlendur sabía que si permanecía demasiado tiempo en la chabola llevaría el olor a pis en la ropa todo el día.

—No tengo ni idea de cómo anda —respondió el indigente, de pronto lleno de ira e indignación—. ¿Cómo te crees que anda? ¡¿Es que uno puede andar mejor que como una puta mierda?! ¿Qué piensas, salvarle del arroyo? Vienen y te zurran, malditas bestias. Te amenazan con pegarte fuego.

—¿Quiénes?

—Esos cabrones de jovencitos. No te dejan en paz.

—¿Eso fue hace mucho?

—Hace unos días. Esos canallas son peores cada año que pasa.

—¿Tryggvi tuvo un encontronazo con ellos?

—No veo a Tryggvi desde...

—... hace mucho tiempo, vale. —Erlendur terminó la frase por él.

—Mira por las tabernas. Allí le vi la última vez. En el Napoleón. Debe de tener algo de dinero. De lo contrario, le habrían echado.

—Muchas gracias —dijo Erlendur.

—¿Tienes dinero? —preguntó el hombre.

—¿No te lo gastarás en aguardiente?

—¿Y eso qué importa? —preguntó el hombre, que lanzó a Erlendur una mirada retorcida.

—No, ya me imagino que no —dijo Erlendur, y rebuscó en los bolsillos de los pantalones en busca de unos billetes.

La vida había cambiado poco en la taberna Napoleón desde la última vez que Erlendur había pasado por allí. Algunos hombres cabizbajos sentados junto a unas mesas desvencijadas; el camarero, con chaleco negro encima de una camisa roja, resolvía crucigramas; en la radio de la parte de atrás del bar leían la novela de la tarde, *Un albergue en la realidad*.

Erlendur no sabía prácticamente nada del hombre que estaba buscando. Había hablado otra vez por teléfono con el actor, Orri Fjeldsted. Orri soltó la lengua, pues tenía tiempo de sobra una vez que las representaciones de Otelo se habían cancelado antes de lo previsto. Orri no sabía más de lo que ya le había contado, que organizaron la muerte de Tryggvi para revivirle. Sabía que Baldvin había participado, pero no recordaba el nombre del primo de Tryggvi, que fue quien dirigió la intervención. Le indicó a Erlendur que fuera a la Facultad de Teología de la universidad, y allí le informaron de que Tryggvi había dejado los estudios después del primer año. De allí se pasó a Medicina, donde Tryggvi estudió solo dos años para saltar entonces al mercado laboral. El seguimiento señaló que se había embarcado en pesqueros de

altura y en cargueros, que después volvió a tierra y empezó a trabajar de obrero portuario. Un antiguo compañero suyo de trabajo dijo que por entonces se había convertido casi en un indigente, un borrachuzo que faltaba con frecuencia al trabajo, hasta que le despidieron. Después empezó a aparecer Tryggvi en los informes de la policía, generalmente como un sin techo en chabolas como la de Rauðarárstígur, o casi en coma etílico en plena calle. No había cometido ningún delito, por lo que Erlendur pudo averiguar.

Interrumpió el crucigrama del camarero.

—Estoy buscando a Tryggvi —le dijo—. Tengo entendido que viene por aquí de vez en cuando.

—¿Tryggvi? —respondió el camarero—. ¿Tú te crees que yo conozco por el nombre a estos tipos?

—No lo sé. ¿Les conoces por el nombre?

—Habla con ese del anorak verde —dijo el camarero—. Viene todos los días.

Erlendur miró hacia el salón medio a oscuras, hasta que el camarero le indicó un hombre que llevaba un chaquetón verde y estaba sentado frente a un vaso de cerveza medio vacío. En la mesa, delante de él, había tres vasos de aguardiente. A la mesa estaba sentada también una mujer de mediana edad, con la misma dosis ante sí.

—Estoy buscando a uno que se llama Tryggvi —dijo Erlendur cuando se acercó a ellos. Cogió una silla de la mesa vecina y se sentó.

La pareja levantó la vista, extrañada por la interrupción.

—¿Tú quién eres? —preguntó el hombre.

—Un amigo suyo —respondió Erlendur—. De la uni. Me he enterado de que viene de vez en cuando por aquí, y me apetecía verle.

—¿Y... qué...? —preguntó la mujer.

La pareja tenía una edad indeterminada. Los dos con el rostro hinchado y ojos inyectados en sangre, fumaban cigarrillos que ellos mismos habían liado. Erlendur les había interrumpido su quehacer familiar: liaban pequeños cigarrillos con tabaco y papel de fumar. Ella se esforzaba en poner tabaco en el papel, una cantidad suficientemente pequeña, procurando no desperdiciar nada, y él los enrollaba y los pegaba con saliva.

—Nada —dijo Erlendur—. Me apetecía verle. ¿Sabéis dónde está?

—¿Tryggvi sigue con vida? —dijo el hombre del anorak verde, mirando a la mujer.

—Hace mucho que no le veo. A lo mejor se ha muerto.

—¿Así que le conocéis?

—Alguna vez nos hemos topado con él —dijo el hombre, y se pasó por los labios un nuevo rollito que la mujer le había entregado.

—¿Hace mucho desde la última vez que le visteis?

—Sí.

—¿Recuerdas cuándo fue?

—Pues creo que... fue... No me acuerdo. Habla con Rúdólf. Está ahí sentado.

Señaló hacia la puerta, donde había un hombre sentado, solo, que llevaba una gruesa parka azul y estaba fumando, con un vaso de cerveza delante. Tenía la mirada fija sobre el tablero de la mesa y parecía absorto en su mundo particular cuando Erlendur se sentó delante de él en una silla. El hombre levantó la vista.

—¿Sabes dónde puedo encontrar a Tryggvi? —preguntó Erlendur.

—¿Quién eres tú?

—Un amigo suyo. De la universidad.

—¿Tryggvi fue a la universidad?

Erlendur asintió con la cabeza.

—¿Sabes dónde puedo dar con él? Esos pensaban que a lo mejor estaba muerto —dijo señalando con la cabeza hacia la pareja que liaba cigarrillos.

—Tryggvi no está muerto. Que yo sepa —dijo el hombre—. Le vi hace dos o tres días. Si se trata del mismo Tryggvi. Es el único que conozco. ¿Fue a la universidad?

—¿Dónde le viste?

—Dijo que pensaba coger un trabajo, que iba a intentar mantenerse sobrio.

—¿Y? —preguntó Erlendur.

—Ya le he oído decir eso mismo otras veces —dijo el hombre—. Estaba ahí cerca, en la estación de autobuses. Se estaba afeitando en el váter.

—¿Está en la estación?

—A veces, sí. Mira los autobuses. Se pasa el día allí sentado viendo ir y venir los autobuses.

Más tarde, ese mismo día, Erlendur entró escapando de la lluvia y se quedó de pie en la puerta del Skúlakaffi, buscando con la mirada a la mujer con la que se había citado allí. La vio sentada de espaldas a él, inclinada sobre una taza de café malo, con un cigarrillo encendido entre los dedos. Vaciló por un momento. Solo había alguna que otra mesa ocupada, conductores de camión que ojeaban el periódico, trabajadores que no habían llegado tarde a tomar su café y su sándwich de media mañana pero que disponían de unos minutos antes de tener que volver al trabajo. El linóleo rajado y las sillas de tapicería deshilachada eran del mismo estilo que los rostros fatigados de los clientes y los callos de sus manos. El local parecía más una cantina de obreros que un restaurante, y no lo habían pintado desde que Erlendur comenzó a acudir a él. En ningún otro sitio de la ciudad servían mejor cecina con bechamel dulce. Fue él quien eligió el Skúlakaffi para la reunión. Ella no puso el menor reparo, según dijo Eva Lind.

—Hola —dijo él cuando llegó hasta la mesa.

Halldóra levantó la mirada.

—Hola —contestó ella, con un saludo indescifrable.

Él extendió la mano para saludarla y ella levantó la suya, pero solo para coger la taza de café. Bebió un sorbo.

Él metió la mano en el bolsillo del abrigo y se sentó delante de ella.

—Se te da muy bien elegir los sitios —dijo ella, apagando el cigarrillo.

—Aquí sirven una cecina estupenda —dijo Erlendur.

—Sigues siendo el mismo paleta de siempre.

—Supongo que sí —dijo él—. ¿Qué tal estás?

—Conmigo no tienes que andarte con cortesías —dijo Halldóra levantando la vista, que había tenido fija en el tablero de la mesa.

—Vale —dijo Erlendur.

—Eva me dijo que estabas viviendo con una mujer.

—No vivimos juntos —dijo Erlendur.

—¿Ah, no? ¿Y entonces?

—Nos conocemos. Se llama Valgerður.

—Vaya.

Los dos callaron.

—Esto es una estupidez —dijo Halldóra de pronto, y cogió un paquete de cigarrillos y un encendedor desechable que había encima de la mesa, y se los metió en el bolsillo del abrigo—. No sé en qué estaría yo pensando —prosiguió al tiempo que se ponía de pie.

—No te vayas —dijo Erlendur.

—Pues sí, tengo que irme —dijo Halldóra—. No sé qué pensaba Eva que iba a sacar en claro de esto; no es más que una estupidez.

Erlendur alargó el brazo hasta el otro lado de la mesa y cogió a Halldóra por la muñeca.

—No te vayas —insistió.

Se miraron a la cara. Halldóra apartó la mano. Luego se dejó caer en la silla.

—Si he venido es solamente porque Eva quería que viniera —dijo.

—Yo también —respondió Erlendur—. ¿Intentamos hacerlo bien por ella?

Halldóra sacó otro cigarrillo y lo encendió. Erlendur creyó ver que en el encendedor ponía «Mallorca». No sabía que hubiera ido de vacaciones de sol y playa. Quizá lo había comprado para refrescar recuerdos del sol. En una ocasión, él se negó a acompañarla de vacaciones a la playa, dijo que no tenía nada que hacer en esa clase de sitios. «¿Qué vas a hacer? —había replicado ella—. ¡La gente va a esos sitios para no hacer nada!».

—Eva se las está arreglando bien —dijo Halldóra.

—Nosotros también deberíamos intentarlo —dijo Erlendur—. Creo que le ayudaría que pudiéramos encontrar alguna forma de ayudarla los dos juntos.

—Solo hay una pega —dijo Halldóra—. No quiero tener nada que ver contigo. Se lo he dicho a ella, y lo sabe perfectamente. Se lo he dicho un montón de veces.

—Lo comprendo muy bien —dijo Erlendur.

—¿Que lo comprendes? —exclamó Halldóra—. ¿Crees que me importa que comprendas o dejes de comprender? Destruiste nuestra familia. Tienes que llevar eso sobre tu conciencia. Te largaste sin más, y los niños no te importaron un pito. ¡¿Qué vas a comprender tú?!

—No me largué sin más, en eso te equivocas, y no es muy elegante por tu parte decir eso de los chicos.

—¡Que no es elegante por mi parte!

—¿Podemos dejar las peleas para otro rato? —dijo Erlendur.

—Empiezas tú juzgándome.

—Yo no te juzgo.

—No, claro, faltaría más —refunfuñó Halldóra—. Tú nunca has querido pelear por nada. Tú vas a lo tuyo y allá se las apañen los demás. ¿Es así como quieres que sean las cosas?

Erlendur no le respondió. Tenía miedo de aquella reunión porque sabía que ella se arrojaría contra él desde el principio. Para ella, lo que había sucedido no estaba ni enterrado ni olvidado. La miró y vio cuánto había envejecido, cómo los músculos del rostro se habían vuelto flácidos, el labio inferior sobresalía un poco, la piel estaba enrojecida debajo de los ojos y en la nariz. En los viejos tiempos se pintaba, pero ahora no parecía poner el mismo interés al hacerlo. Imaginó que también él ofrecería la misma penosa imagen.

—Cometimos un error —dijo—. Yo cometí un error. Tengo que vivir con eso. Habría debido comportarme de otra manera, habría tenido que insistir más en poder ver a los niños. Habría podido explicarte las cosas mucho mejor. Lo intenté, pero es

evidente que no lo hice con la suficiente habilidad. Lamento mucho lo que hice, pero eso no cambia las cosas. Ya no es cuestión de ti y de mí, sino de Sindri y Eva, y quizá siempre fue, sobre todo, cuestión de ellos dos. Yo habría podido hacer las cosas mejor, pero dejé que fueras tú quien tomara las decisiones. Tú te quedaste con los niños.

Halldóra terminó su cigarrillo y lo espachurró en el cenicero. Al momento sacó otro y lo encendió con el mechero de Mallorca. Aspiró el humo azulado y fue echándolo lentamente por la nariz y la boca.

—Ya veo. ¿Quieres culparme a mí por todo?

—No quiero culpar a nadie por nada —dijo Erlendur.

—Por supuesto, tú te salvas como un perfecto caballero. ¡Yo me quedé con los niños! ¿Es así como quieres plantear las cosas?

—No me refiero a eso. Y no me sal...

—¿Tú te crees que mi vida ha sido un camino de rosas? Divorciada. Madre sola. Con dos hijos. ¿Tú te crees que eso no es nada?

—No. Si necesitas un chivo expiatorio, aquí estoy yo. Nadie más. Lo sé. Lo he sabido siempre.

—Bien.

—Pero tampoco eres tú inocente del todo —dijo Erlendur—. No me dejaste ver a los niños. Me mentiste. Esa fue tu venganza. Debí haberle puesto más empeño y haber tratado de acceder a los niños. Ese fue mi error.

Halldóra se quedó mirándole de hito en hito pero sin decir nada. Erlendur le devolvió la mirada.

—Tu error, y mi venganza —dijo ella por fin.

Erlendur calló.

—No has cambiado —observó Halldóra.

—No tengo intención de pelear contigo.

—No, pero eso es lo que estás haciendo.

—¿Es que no eras capaz de ver lo que estaba pasando? ¿No podrías haber hecho algo? ¿No podrías haber dejado por un momento de sentir lástima por ti misma y ver adónde nos llevaba eso? Yo sé en qué consiste mi responsabilidad y sé que tuve la culpa por no haberme dado cuenta de lo mal que se sentían los dos. Después de que Eva diese conmigo y yo viera lo que había sucedido, me culpé a mí mismo, porque sé perfectamente que fallé. Pero ¿y tú, Halldóra? ¿No pudiste tomar tú las riendas?

Halldóra tardó en responder. Miraba caer la lluvia y le daba vueltas al encendedor entre los dedos. Erlendur esperaba un acceso de furia, acusaciones e insultos. Pero Halldóra se limitaba a mirar la lluvia y a fumar. Cuando por fin respondió, su voz tenía un tono de cansancio.

—Como sabes, mi padre era un obrero —dijo ella—. Nació pobre y murió aún más pobre. Mamá también. Nunca tuvimos nada. Nada. Yo imaginaba para mí una vida diferente. Quería escapar de la pobreza. Comprar una casa bonita. Tener cosas

bonitas. Un buen marido. Pensé que tú lo serías. Pensé que estábamos empezando una vida que nos proporcionaría un poco de felicidad. No fue así. Tú... te fuiste. Yo empecé a beber. No sé qué te habrán dicho Eva y Sindri. No sé cuánto sabes de mi vida, de nuestras vidas, pero desde luego no ha sido ningún lecho de rosas. He tenido mala suerte con los hombres. Algunos eran unos auténticos sinvergüenzas. Las he pasado canutas. He vivido de alquiler en algunas casas que no eran lo que se dice de lo mejorcito. Me han echado de algunas, con los niños a cuestas. He pasado largas temporadas de alcohol. Probablemente no cuidé a ninguno de los dos como habría debido hacerlo. Probablemente la vida de ellos haya sido mucho más terrible que la mía, sobre todo la de Eva, que siempre ha sido mucho más sensible que Sindri en lo referente a personas extrañas y a las cosas desagradables que flotaban en el ambiente.

Halldóra sorbió el humo con fuerza.

—Así fueron las cosas. He intentado no compadecerme de mí misma. Yo... No puedo hacer nada si tengo tendencia a echarle a ti la culpa de algunas de esas cosas.

—¿Puedo? —dijo él, y estiró el brazo hacia los cigarrillos de Halldóra.

Ella empujó la cajetilla hacia él, y también el encendedor de Mallorca. Se quedaron sentados fumando, cada uno enfrascado en sus propios pensamientos.

—Ella preguntaba mucho por ti —dijo Halldóra—, y yo solía decirle que eras como cualquiera de aquellos sinvergüenzas con los que me juntaba a veces. Sé que no fue muy elegante por mi parte, pero ¿qué le iba a decir? ¿Qué querías tú que le hubiera dicho?

—No lo sé —dijo Erlendur—. Tu vida no ha sido fácil.

—Tú nos la hiciste así.

Erlendur calló. La lluvia caía silenciosa del oscuro cielo invernal. Tres hombres con camisetas de cuadros se levantaron y salieron, al pasar se asomaron a la cocina y dieron las gracias al cocinero.

—Fue un juego desigual desde el principio —dijo Halldóra.

—Sí, quizá —admitió Erlendur.

—Nada de quizá.

—No.

—¿Sabes por qué?

—Me lo imagino.

—Era un juego desigual porque yo estaba metida hasta el cuello en nuestra relación —dijo Halldóra.

—Sí.

—Pero jamás existió reciprocidad.

Erlendur no dijo nada.

—Jamás —repitió Halldóra, echando el humo.

—Supongo que tienes razón —dijo Erlendur.

Halldóra soltó un bufido. Evitaba mirarle a los ojos. Estuvieron sentados un buen rato en silencio, hasta que Halldóra carraspeó. Estiró el brazo hacia el cenicero y

aplastó en él la colilla del cigarrillo.

—¿Te parece justo? —preguntó.

—Lamento que no fuera recíproco —dijo Erlendur.

—¡Lo lamentas! —Halldóra repitió sus palabras—. ¿Crees que eso sirve de algo? ¿En qué estabas pensando?

—No lo sé.

—Tardé mucho tiempo en darme cuenta —dijo Halldóra—. En comprender que yo no importaba. Pero seguí intentándolo. Como una idiota. Y más aún cuanto más te conocía. Habría hecho cualquier cosa por ti. Si nos hubieras dado tiempo y... ¿Por qué dejaste que las cosas llegaran tan lejos? Cuando resulta que no tenías ni el más mínimo interés.

Halldóra bajó la vista y clavó la mirada en su taza de café; luchaba contra el llanto. Bajó los hombros y el labio inferior le tembló un poco.

—Cometí un error —admitió Erlendur—. No... no sabía, no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. No sabía lo que pasaba. Intenté pensar en ello lo menos posible. Intenté evitar ese capítulo de mi vida. Quizá fuera pura cobardía.

—Jamás te pude comprender.

—Creo que tú y yo somos muy diferentes, Halldóra.

—Quizá.

—Mi madre había fallecido —dijo Erlendur—. Me quedé muy solo. Pensé que...

—¿Querías una nueva mamá?

—Estoy intentando explicarte en qué situación me encontraba.

—Déjalo —dijo Halldóra—. Ya no importa lo más mínimo.

—Creo que haríamos mejor en pensar en el futuro —dijo Erlendur.

—Sí, seguramente sí.

—Creo que tendríamos que pensar en Eva —dijo él—. No se trata de ti y de mí. Ya no. No lo es desde hace mucho tiempo, Halldóra. Tienes que entenderlo.

Callaron. De la cocina salía ruido de platos. Dos hombres vestidos con chaquetas vaqueras entraron en el local y se dirigieron al mostrador. Pidieron café y bollos y se sentaron en un rincón. En una mesa había un hombre solo, con anorak, hojeando un periódico. No había nadie más en el comedor.

—Tú fuiste una mala noticia —dijo Halldóra en voz baja—. Papá lo decía siempre. Una mala noticia.

—Las cosas podrían haber sido distintas —dijo Erlendur—. Si hubieras mostrado algo de comprensión hacia mis sentimientos en aquellos momentos. Pero era demasiado doloroso y tú te llenaste de ira y de odio, y sigues igual. Me impediste tener contacto con los niños. ¿No te parece suficiente? ¿No crees que podrías dejarte ya de recriminaciones?

—¡Échame a mí la culpa de todo!

—No estoy haciendo eso.

—Claro que lo estás haciendo.

—¿Podemos hacer algo por Eva?

—No veo cómo. No tengo el menor interés en servir de bálsamo a tu conciencia.

—¿No podemos intentarlo?

—Es demasiado tarde.

—No tendría que haber sido así —dijo Erlendur.

—Yo qué sé. Todo lo decidiste tú.

Halldóra cogió el paquete de cigarrillos y el encendedor, y se puso en pie.

—Absolutamente todo fue decisión tuya —le espetó con ira, y salió de allí, furibunda.

Los días siguientes, Erlendur fue de vez en cuando a la estación de autobuses en busca de Tryggvi. Rúdólf le había dado en el Napoleón una descripción bastante imprecisa, pero esperaba que fuera suficiente. La tercera vez que entró Erlendur en la estación, acababan de anunciar el autocar con destino a Akureyri. Un grupito empezaba a congregarse en la sala de espera. Había pasado ya el ajetreo de la mañana y el restaurante estaba bastante tranquilo; servían comidas calientes, refrescos y sándwiches. Se podía fumar en las mesas próximas a las ventanas que daban a los andenes de autobuses, detrás de la estación. Allí estaba sentado un hombre, solo, que sujetaba con fuerza una bolsa de plástico amarillo que tenía encima de la mesa. El hombre observaba a la gente subir al autobús de Akureyri. Tenía el cabello enmarañado y en la barbilla se le veía una cicatriz, fruto de algún antiguo accidente o de un navajazo; las manos eran grandes y sucias, y las uñas de los dedos índice y corazón estaban negras.

—Perdona —dijo Erlendur, acercándose a él—, ¿te llamas Tryggvi?

El hombre le miró receloso.

—¿Quién eres tú?

—Me llamo Erlendur.

—Humm... —se oyó murmurar al hombre, que no parecía muy interesado en quienes pudieran dirigirse a él de forma tan repentina.

—¿Puedo invitarte a un café, o a algo de comer? —preguntó Erlendur.

—¿Qué quieres?

—Solo quería charlar contigo un momento. Espero que no te importe.

El hombre le midió con los ojos.

—¿Quieres charlar conmigo?

—Si te parece bien.

—¿Qué quieres?

—¿Puedo invitarte a algo?

El hombre miró largo rato a Erlendur, sin saber muy bien a qué carta quedarse con aquella interrupción.

—Puedes invitarme a aguardiente —dijo al fin.

Erlendur sonrió con frialdad y vaciló por un instante, antes de dirigirse a la barra. Pidió un aguardiente doble y dos tazas de café. El hombre le esperaba al lado de la ventana, mirando al autobús de Akureyri abandonar la dársena. El camarero atendió a Erlendur, que le preguntó si sabía algo del hombre que estaba sentado junto a la ventana, en un asiento de fumadores.

—¿Te refieres al indigente ese? —preguntó el camarero, moviendo la cabeza en dirección al hombre.

—Sí. ¿Viene mucho por aquí?

—Lleva años viniendo.

—¿Qué hace?

—Nada. Nunca hace nada y nunca causa ningún problema. No sé por qué viene. A veces le veo afeitándose en el baño. Luego se sienta ahí durante horas y se dedica a mirar los autobuses que salen. ¿Le conoces tú?

—Apenas —respondió Erlendur—. Muy poco. ¿Viaja alguna vez en algún autobús?

—No, nunca. Nunca le he visto subir a un autobús —dijo el camarero.

Erlendur recogió el cambio y dio las gracias, se volvió hacia el nombre sentado junto al ventanal y se sentó a su mesa.

—¿Quién dijiste que eras? —preguntó el hombre.

—¿Te llamas Tryggvi? —preguntó Erlendur a su vez.

—Sí, me llamo Tryggvi. ¿Y tú? ¿Tú, quién eres?

—Yo me llamo Erlendur —repitió él—. Soy de la policía.

Tryggvi desplazó lentamente la bolsa de plástico para ponerla debajo de la mesa.

—¿Qué quieres de mí? No he hecho nada.

—No quiero nada de ti —dijo Erlendur—. Y me da igual lo que puedas llevar en esa bolsa. Si quieres que sea sincero, te diré que he oído una extraña historia sobre tus años en la universidad y querría saber si contiene algo de verdad.

—¿Qué historia?

—Humm... ¿cómo lo digo...? La de tu muerte.

Tryggvi miró a Erlendur durante un buen rato sin decir nada. Se había echado al colete la copa de aguardiente y volvió a acercarla, vacía, hacia Erlendur. Bajo unas espesas cejas se veían unos ojos sin color. El rostro era carnosos, en extraño contraste con el cuerpo esquelético. La nariz grande había estado rota, y los labios eran gruesos. El rostro había cedido ante la fuerza de la gravedad, y le había proporcionado una cara muy alargada a aquel hombre.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Me enteré por diversas vías —respondió Erlendur—. Entre otros sitios, me pasé por el Napoleón.

—¿Qué quieres decir con eso de mi muerte?

—No sé si hay algo de verdad, pero he oído hablar de un experimento que hicieron unos estudiantes de Medicina, o un solo estudiante de Medicina, en la universidad. Por entonces tú estabas en Teología o en Medicina, no sé muy bien en cuál. Aceptaste participar en el experimento. Consistía en matarte durante un breve rato y luego devolverte a la vida. ¿Es eso cierto?

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó el hombre con la voz áspera y ronca de borracho. Hurgó en el bolsillo interior en busca de cigarrillos y extrajo una cajetilla medio vacía.

—Simple curiosidad.

Tryggvi miró la copita de aguardiente y luego a Erlendur. Este se levantó y volvió a la barra, donde compró media botella de aguardiente islandés y la llevó a la mesa.

Llenó la copa y puso la botella en su lado de la mesa.

—¿Dónde oíste esa historia? —preguntó Tryggvi. Vació la copa y volvió a moverla al otro lado de la mesa.

Erlendur volvió a llenarla.

—¿Es cierta?

—¿Y qué pasa si lo es? ¿Qué piensas hacer con ella?

—Nada —dijo Erlendur.

—¿Eres poli? —preguntó el hombre, vaciando la copa.

—Sí. ¿Y tú eres ese mismo Tryggvi?

—Me llamo Tryggvi —dijo el hombre, mirando a su alrededor—. No sé qué quieres de mí.

—¿Puedes contarme lo que pasó?

—No pasó nada. Nada de nada. Ni una mierda pasó. ¿A qué viene que andes preguntando ahora por eso? ¿Qué te importa eso a ti? ¿Es que a alguien le importa?

Erlendur no quería ahuyentar a aquel hombre. Le habría gustado soltarle a aquel sucio borracho apestoso de mierda que no era asunto suyo saberlo. Pero entonces no podría oír lo que quería oír. Lo que hizo fue intentar animar a Tryggvi, así que habló con él como con un igual, volvió a llenarle la copa y le encendió el cigarrillo. Estuvo hablando un rato de todo lo divino y lo humano, sobre el lugar en que se encontraban, donde aún servían mitades de cabeza de cordero y puré de nabo, como en los viejos tiempos, cuando los chavales daban una vuelta por ahí y luego iban a la estación de autobuses a tomarse uno de los platos de la casa. Y además, el aguardiente también iba haciendo su efecto. Tryggvi bebía un montón, una copa tras otra, y se le iba soltando la lengua. Poco a poco, Erlendur recondujo la conversación a lo sucedido cuando Tryggvi estaba en la universidad y unos cuantos compañeros quisieron hacer un experimento muy especial.

—¿Quieres comer algo? —preguntó Erlendur cuando empezaron a conversar.

—Yo pensaba que podría ser sacerdote —dijo Tryggvi, moviendo la mano para indicar que la comida no le sentaba bien. En cambio cogió la botella y bebió un largo trago directamente a gollete. Se secó la boca con la manga—. Pero la Teología me aburría —continuó—. Así que probé con Medicina. La mayoría de mis amigos estudiaban eso. Yo...

—¿Qué?

—Hace mucho que no les veo —dijo Tryggvi—. Habrán llegado todos a médico. Especialistas de algo. Ricos y gordos.

—¿Fue idea de ellos?

Tryggvi miró a Erlendur como si se estuviera pasando de la raya. Allí era él quien mandaba, y si a Erlendur no le gustaba, lo mejor que podía hacer era largarse con viento fresco.

—Aún no sé por qué andas hurgando en eso —dijo.

Erlendur suspiró.

—Es posible que tenga algo que ver con un caso que estoy estudiando. No te puedo decir más.

Tryggvi se encogió de hombros.

—Pues como quieras.

Tomó otro sorbo de la botella. Erlendur esperó impaciente.

—Oí contar que tú mismo habías pedido participar —dijo al fin.

—Eso es una puta mentira —dijo Tryggvi—. Yo no pedí nada. Ellos acudieron a mí. Fueron ellos quienes acudieron a mí.

Erlendur callaba.

—Nunca debería haber escuchado a ese imbécil —dijo Tryggvi.

—¿A qué imbécil?

—A mi primo. ¡Ese imbécil de mierda!

Volvieron a sumirse en un silencio que Erlendur no quería romper. No quería precipitarse, pero esperaba que el indigente sintiera la necesidad de contarlo, de hablar de lo que había sucedido, aunque fuera a un desconocido y en la estación de autobuses.

—¿No tienes frío? —preguntó Tryggvi arropándose en el abrigo.

—No, aquí dentro no hace frío.

—Yo siempre tengo frío.

—¿Qué pasó con tu primo?

—No recuerdo con detalle lo que pasó —dijo Tryggvi.

Erlendur le miró y tuvo la sensación de que en realidad recordaba hasta el más mínimo detalle de lo sucedido.

—Fue una cosa que se nos ocurrió durante una borrachera y que luego se fue haciendo más y más grande. Hacía falta un conejillo de indias. Utilicemos al teólogo, dijeron. Mandémosle al infierno. Uno de ellos, como te he dicho... era primo mío, un tipejo rico con una extraña manía de mierda por la muerte. Tampoco es que yo no compartiera en parte esa manía, y él lo sabía. Lo sabía muy bien y me pagó todo el sueldo de un mes de la época. Luego había en el grupo una chica, que yo... bueno, por la que yo estaba un poco colado. A lo mejor lo hice por ella. Para qué negarlo. Habían llegado más lejos que yo, mi primo estaba en el último curso, y ella también. La chica.

Tryggvi se había tragado ya buena parte de la media botella y tenía la mirada clavada en la explanada de donde partían los autobuses. Contaba su historia a trompicones, repitiéndose todo el rato de una forma extrañamente confusa, y en ocasiones se detenía y se quedaba un tiempo en silencio sin que Erlendur se atreviera a interferir. Entonces bajaba la cabeza y se quedaba mirando la mesa, como si estuviera solo en el mundo, solo con sus pensamientos y solitario durante toda su vida. Erlendur tuvo la sensación de que no había hablado apenas de aquellos sucesos desde que estos tuvieron lugar, y de que quedaban pendientes muchas cosas de las que Tryggvi nunca había conseguido liberarse y que le perseguían por la vida como espectros.

La idea fue de su primo, estudiante de último curso de Medicina, que tenía la intención de continuar sus estudios en Estados Unidos a partir del otoño siguiente. Trabajaba en el Hospital Municipal, como llamaban por entonces al Hospital Nacional, era el primero de su promoción, el alma de todas las fiestas, tocaba la guitarra, se sabía todos los chistes, y organizaba excursiones a las montañas de Þórsmörk. Era el no va más en todo, tenía una confianza inamovible en sí mismo, era tenaz, descarado y decidido. Una vez, al encontrarse con Tryggvi en una reunión familiar, le preguntó si había leído algo sobre unos estudiantes franceses de Medicina que habían llevado a cabo un experimento apasionante, aunque desde luego totalmente alejado de la legalidad.

—¿Qué experimento? —preguntó Tryggvi, quien era, se mirase por donde se mirase, lo contrario que su primo: retraído, tímido y aficionado sobre todo a estar solo. Nunca tomaba la palabra en las asambleas, rechazaba participar en las excursiones a Þórsmörk en compañía de los bullangueros estudiantes de Medicina, y ya había empezado a tener problemas con el alcohol.

—Yo lo he leído, y es fabuloso —dijo su primo—. Provocaron un paro cardíaco a uno de sus colegas y lo mantuvieron muerto durante tres minutos antes de revivirlo. La judicatura no tiene ni idea de qué hacer con ellos. Le mataron pero sin matarle, ¿entiendes?

Saltaba a la vista que su primo tenía aquella noticia bien metida en la cabeza. Durante las semanas siguientes no paró de hablar de los estudiantes franceses, siguió todo el proceso judicial contra ellos y empezó a decirle en voz baja a Tryggvi que le encantaría hacer algo parecido. Llevaba un montón de tiempo pensando en ello, y aquella noticia le había producido un deseo del que no conseguía librarse.

—Tú estabas en Teología, debes de sentir curiosidad —le dijo un día en que estaban sentados en la cafetería de alumnos de la Facultad de Medicina.

—No tengo la más mínima intención de dejarme matar —dijo Tryggvi—. Búscate a otro.

—No hay nadie más —dijo su primo—. Tú encajas perfectamente. Eres joven y estás sano. En nuestra familia no hay enfermedades cardiovasculares de ninguna

clase. Nos acompañará Dagmar, y también Baddi, un chico que conozco y que está también en Medicina. Ya lo he hablado con ellos. Es totalmente seguro. No puede pasar nada. Y bueno, tú has hablado de la vida después de la muerte una porrada de veces.

Tryggvi sabía quién era Dagmar. Nada más empezar a estudiar Medicina se fijó en ella.

—¿Dagmar? —preguntó.

—Sí —dijo su primo—, y no es nada tonta.

Tryggvi lo sabía. Era amiga de su primo y había hablado con él una vez en el primer y único baile de facultad al que asistió. Dagmar sabía que eran primos. Después se habían visto varias veces y habían charlado un poco. A Tryggvi, Dagmar le parecía una chica preciosa, pero no había reunido el valor para dar el siguiente paso.

—¿Y ella quiere apuntarse a eso? —preguntó extrañado.

—Claro —dijo su primo.

Tryggvi sacudió la cabeza.

—Y además te pagaré, por supuesto —añadió su primo.

Tryggvi acabó por ceder. No sabía exactamente por qué se dejó convencer. Siempre estaba falto de dinero, deseaba la compañía de Dagmar, su primo era muy insistente y a fin de cuentas había sabido reavivar el interés de Tryggvi por la vida después de la muerte. Su primo estaba al tanto de que aquel asunto le interesaba cuando eran más jóvenes y siempre se hacía preguntas sobre Dios, el cielo y el infierno. Los dos procedían de una familia de personas profundamente creyentes que les hacían ir a la catequesis dominical, visitaban la iglesia con regularidad y trabajaban en la parroquia. Los dos primos no siguieron siendo tan religiosos cuando crecieron y empezaron a poner en duda muchos dogmas, como la resurrección y la vida eterna, la existencia del cielo. Tryggvi pensaba que de todo ello brotó su deseo de estudiar Teología. Sus dudas, junto con las acuciantes preguntas que se había hecho durante toda la vida. ¿Qué pasaría si...? ¿Y si Dios existía? ¿Y si había una vida eterna?

—Hemos hablado de eso montones de veces —dijo su primo.

—Una cosa es hablarlo...

—Tan solo lo mantendremos un minuto. Tendrás un minuto para ir al otro lado.

—Pero...

—Te metiste en Teología para encontrar respuestas —dijo su primo.

—¿Y tú? —preguntó Tryggvi—. ¿Qué quieres demostrar con eso?

Su primo sonrió.

—Aquí nunca pasa nada y nadie hace nunca nada —respondió—; desde luego, nada ni remotamente parecido a eso. Será emocionante comprobar esas historias de la luz brillante y del túnel, porque podemos hacerlo sin correr mucho peligro. Podemos hacerlo.

—¿Y por qué no lo haces tú, por qué no te ponemos a dormir nosotros a ti?

—Porque hace falta un buen médico y, con el debido respeto, querido primo, yo soy mejor médico que tú.

Tryggvi leyó la información sobre el juicio a los estudiantes franceses. Habían conseguido devolver a su colega a la vida y estaba perfecta y totalmente sano, según había asegurado él mismo.

La noche elegida para realizar el experimento era el cumpleaños de su primo: cumplía veintisiete años. Se reunieron en su casa todos: los primos, Dagmar y Baddi, y de allí fueron al hospital. El primo de Tryggvi tenía ya dispuesta una habitación vacía, con una bañera, cardiógrafo y desfibrilador. Tryggvi se metió en la bañera. Por ella no dejaba de correr agua fría, y además habían colocado hielo, en grandes bolsas, dentro de la bañera.

Poco a poco se fueron apagando los latidos del corazón de Tryggvi, y este perdió la conciencia.

—Lo único que recuerdo de cuando desperté —dijo Tryggvi mirando un autobús de línea que llegaba a la estación. Había empezado a llover y el cielo estaba encapotado hacia el sur. La lluvia corría por los cristales.

—¿Qué pasó? —preguntó Erlendur.

—Nada —respondió Tryggvi—. No pasó nada. No sentí nada, no vi nada. Ni túnel ni luz. Nada. Me quedé dormido y me desperté. No hubo más.

—¿Funcionó el experimento? ¿Consiguieron... consiguieron matarte?

—Eso dijo mi primo.

—¿Dónde está él ahora?

—Se fue a Estados Unidos a estudiar un máster y se quedó allí.

—¿Y Dagmar?

—No sé dónde está. No la he vuelto a ver desde... desde aquello. Yo abandoné Medicina. Abandoné los estudios. Me embarqué. En el mar me encontraba mejor.

—¿Te encontrabas mal?

Tryggvi no le respondió.

—¿Volvieron a intentarlo alguna otra vez? —preguntó Erlendur.

—No tengo ni idea.

—¿Te recuperaste por completo?

—No había nada de lo que recuperarse —dijo Tryggvi.

—¿No había Dios?

—No había Dios. Ni cielo. Ni infierno. Nada. Mi primo se llevó una tremenda desilusión conmigo.

—¿Esperabas respuestas?

—Quizá. Estábamos todos bastante emocionados.

—¿Pero no sucedió nada?

—Nada.

—¿Y no tienes nada más que contar?

—No. No tengo nada más que contar.

—¿Estás seguro? ¿No estarás ocultando algo?

—No —dijo Tryggvi.

Permanecieron un buen rato en silencio. En el restaurante había aumentado el número de clientes. Se sentaban con sus jarras o sus tazas de café en las mesas vacías, o cogían algún diario para echarle un vistazo antes de ponerse en camino. De vez en cuando se oían anuncios por los altavoces.

—Después todo fue de mal en peor —dijo Erlendur.

—¿A qué te refieres?

—Tu vida —dijo Erlendur—. No ha sido precisamente un camino de rosas.

—Eso no tiene nada que ver con aquel estúpido experimento. ¿Es eso lo que insinúas?

Erlendur se encogió de hombros.

—Llevas muchos años viniendo por aquí, según tengo entendido. Te sientas junto a la ventana.

Tryggvi miraba silencioso por la ventana a través de la lluvia, miraba algo a lo lejos, algo más allá de la península de Reykjanes y del monte Keilir, que se perdían en la distancia.

—¿Por qué te sientas aquí? —le preguntó Erlendur, tan bajo que apenas se oyó su voz.

Tryggvi le miró.

—¿Quieres saber lo que sentí?

—Sí.

—Paz. Sentí paz. En ocasiones pienso que no habría debido regresar.

Se oyó un ruido de rotura: alguien dejó caer un vaso de agua en el mostrador y los trozos de cristal se desparramaron por el suelo.

—Sentí una extraña calma que soy incapaz de describir, ni a ti ni a nadie. Ni siquiera a mí mismo. Después de aquello, todo dejó de importarme: los demás, la universidad y lo que me rodeaba. De alguna forma, la vida dejó de tener importancia. Sentía que ya no estaba unido a ella en ninguna forma.

Tryggvi vaciló. Erlendur escuchaba la lluvia golpear inmisericorde el cristal de la ventana.

—Y después de esa paz...

—¿Sí? —preguntó Erlendur.

—A decir verdad, desde entonces no he vuelto a sentir nada parecido a la calma —dijo Tryggvi, mientras miraba el autobús de Keflavík salir del aparcamiento—. Vivo con la sensación constante de tener que irme, como si estuviera esperando algo, o como si alguien me estuviera esperando, pero no sé dónde, y no sé quién es, y no sé adónde tengo que ir.

—¿Qué crees que estás esperando?

—No lo sé. Pensarás que estoy loco. La gente piensa que estoy mal de la cabeza.

—He conocido a gente mucho más loca —dijo Erlendur.

Tryggvi volvió a mirar el autobús de Keflavík.

—¿No tienes frío? —preguntó de nuevo.

—No —respondió Erlendur.

—Es una sensación extraña mirar así a la gente —dijo Tryggvi tras un largo silencio—. Verles subir a los autobuses, y ver los autobuses marcharse. Todo el día está desapareciendo gente.

—¿Nunca te apetece hacer un viaje?

—No, yo no voy a ningún sitio —respondió Tryggvi—. Jamás en la vida. Yo no viajo. No dejaré que me transporten en autobús. ¿Adónde va esa gente? Dímelo tú. ¿Adónde tiene que ir toda esa gente?

Erlendur pensó que Tryggvi estaba perdiendo el hilo e intentó retenerle un poco más. Miró sus manos sucias y su rostro perfilado, y se le ocurrió la idea de que aquello era lo más cerca que estaría nunca de ver un fantasma.

—De modo que fueron tu primo, que ahora vive en Estados Unidos, la chica llamada Dagmar y uno más al que llamaste Baddi. ¿Quién era?

—No le conocía —respondió Tryggvi—. Un amigo de mi primo. Ni siquiera recuerdo cómo se llamaba en realidad. Había estudiado Teatro, pero se había pasado a Medicina. Le llamaban Baddi.

—¿Quizá su nombre era Baldvin?

—Sí, justo —dijo Tryggvi—. Así es como se llamaba.

—¿Estás seguro?

Tryggvi asintió con la cabeza. Un cigarrillo apagado le colgaba de la comisura de los labios.

—¿Y había estudiado arte dramático?

Tryggvi volvió a asentir.

—Era un amigo de mi primo —dijo—. Me dio la impresión de que era un verdadero actor. De todo el grupo, era de él de quien menos me fiaba.

La mujer puso gesto de extrañeza cuando le abrió la puerta a Erlendur. Este se había dado de bruces con una tormenta del norte, de vientos secos y fríos. Se ajustó mejor el abrigo al cuerpo al llegar ante la puerta. No había anunciado su visita con antelación y la mujer, que se llamaba Kristín, no se movía de la puerta, con gesto obstinado, como si no estuviera dispuesta a aceptar aquella visita inesperada. Erlendur le explicó que estaba recabando información sobre lo sucedido cuando murió el padre de María. Kristín dijo que no podía ayudarle en absoluto en ese asunto.

—¿Por qué estáis hurgando en eso ahora? —preguntó.

—Por el suicidio —dijo Erlendur—. Participamos en una investigación de todos los países nórdicos sobre las causas de los suicidios.

La mujer seguía delante de la puerta, sin decir nada. Era hermana de Magnús, el padre de María. Ingvar, amigo de este, le había recomendado a Erlendur que hablara con ella, y creía bastante probable que Leonóra le hubiese contado algo sobre lo sucedido en el Þingvallavatn, donde Magnús falleció en un accidente. Kristín vivía sola. Ingvar le había dicho que no se casó nunca, que vivió siempre sola y que probablemente no le haría demasiada gracia recibir a nadie.

—Si me dejaras entrar —dijo Erlendur, dando un golpe con el pie en el suelo. Tenía frío—. Será solo un momento —añadió.

Tras un incómodo momento de duda, Kristín cedió, por fin. Cuando entraron cerró la puerta y se estremeció.

—Este frío no es nada normal —se quejó.

—Pues sí, eso creo yo también —dijo Erlendur.

—No comprendo por qué andáis sacando a la luz otra vez este asunto después de tanto tiempo —dijo Kristín, que parecía cualquier cosa menos contenta cuando se sentaron en el salón.

—He estado hablando con personas que conocieron bien a María y he obtenido de ellas algunos detalles que me gustaría confirmar contigo.

—¿Por qué estáis investigando a María? ¿Es eso habitual en casos como este?

—No la estamos investigando, de ninguna manera —respondió Erlendur—. Estamos comprobando una información que nos ha llegado. El accidente del Þingvallavatn se investigó en su momento y ha quedado perfectamente establecido cómo sucedieron los hechos. No tengo la menor intención de seguir hurgando en la herida... La muerte accidental no la pone nadie en duda.

—¿Y qué estás buscando, entonces?

—Permíteme que te confirme con toda claridad lo que ya te he dicho: las conclusiones de la investigación no se van a modificar lo más mínimo.

Kristín seguía sin tenerlas todas consigo. Andaba por los setenta años de edad, llevaba el pelo muy corto y ondulado, era guapa pero de aspecto frágil, y miraba a

Erlendur con ojos desconfiados que proclamaban que estaba dispuesta a moverse con pies de plomo en aquel tema.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó.

—Nada de lo que me digas, ahora o más tarde, cambiará la conclusión de que tu hermano falleció accidentalmente. Espero que lo comprendas.

Kristín respiró hondo. Quizá había empezado a comprender cuáles eran las intenciones de Erlendur, aunque no dejaba que se le notara.

—No sé qué estás insinuando —dijo la mujer.

—No estoy insinuando nada —dijo Erlendur—. No tengo el menor interés en reabrir un caso que ha estado en total silencio durante todos estos años. Si Leonóra te dijo algo que nosotros no sepamos, eso no cambiará nada. Las dos erais buenas amigas, según tengo entendido.

—Lo éramos —dijo Kristín.

—¿Habló contigo alguna vez de lo que había pasado? —Erlendur sabía que estaba corriendo un riesgo. Lo único que tenía en las manos era una debilísima sospecha, una incongruencia mínima en las palabras de Ingvar y una explicación forzada, y una relación entre madre e hija con raíces más profundas y lazos más fuertes que cualquier otra que él hubiera conocido. Era posible que Kristín supiera algo más, ya que había sido amiga íntima de Leonóra. Si se daba el caso de que hubiera callado algo durante tantos años, en las nuevas circunstancias podía desvelarlo. Parecía ser una mujer honrada e íntegra, una testigo que podía haber hecho lo único que en aquella difícil situación podía parecer justo.

El silencio se extendía por el salón.

—¿Qué quieres saber? —preguntó Kristín, por fin.

—Todo lo que puedas decirme —dijo Erlendur.

Kristín le miró fijamente.

—No tengo ni idea de qué estás hablando —dijo, aunque la voz no mostraba la misma convicción de antes.

—Me han dicho que tu hermano Magnús nunca tocaba un motor y que no tenía ni la más remota idea de cómo funcionaban. En el informe policial se indica, sin embargo, que estuvo manipulando el motor el día anterior al accidente. ¿Es correcto?

Kristín no le respondió.

—Un amigo suyo, que se llama Ingvar y que en realidad es quien me recomendó que hablara contigo, dijo que Magnús no tenía la menor idea de motores y que jamás había tocado ninguno.

—Sí.

—Leonóra le dijo a la policía que Magnús había estado trasteando con el motor.

Kristín se encogió de hombros.

—No tengo ni idea.

—Hablé con una vieja amiga de María, que dijo que siempre había tenido la sensación de que en el lago había sucedido algo que nunca se supo, que la muerte de

Magnús fue algo más que un simple accidente —dijo Erlendur—. Lo dijo sin demasiado fundamento, solo se apoya en unas palabras de María, quien dijo que quizá tenía que morir.

—¿Que tenía que morir?

—Sí. Su padre. María lo expresó con esas palabras.

—¿Y qué quería decir? —preguntó Kristín.

—La amiga no lo sabía, pero un significado posible era que el destino de Magnús podía ser morir aquel día. Y también se puede pensar en otro significado.

—¿Quién es esa amiga?

—Quizá merecía morir.

Erlendur miró a Kristín. Los ojos de la mujer se cerraron. Bajó los hombros.

—¿Puedes decirme algo que no sepamos sobre lo que sucedió en el lago? —preguntó con prudencia.

—Cuando me aseguras que el informe no se verá modificado...

—Puedes decirme lo que quieras, eso no alterará en lo más mínimo las conclusiones a las que se llegó en su momento.

—Nunca he hablado de esto —dijo Kristín en voz tan baja que Erlendur apenas logró oír sus palabras—. Excepto cuando Leonóra estaba en el lecho de muerte.

Erlendur se dio cuenta de lo difícil que le estaba resultando aquello a la mujer. Estuvo reflexionando un buen rato, e intentó ponerse en su lugar. No esperaba aquella visita, y menos aún el asunto que Erlendur había puesto sobre la mesa. No parecía encontrar motivos para desconfiar de él.

—Creo que tengo algo de Aalborg en el armario —dijo al fin, poniéndose en pie—. ¿Puede ofrecerte una copa?

Erlendur aceptó. La mujer llevó dos vasitos, los puso sobre la mesa y los llenó de akvavit hasta el borde. Se bebió su vaso de un trago mientras Erlendur estaba aún levantando el suyo. Kristín llenó su vaso de nuevo y se bebió la mitad.

—Bueno, ahora las dos están muertas —dijo.

—Sí.

—De modo que ya no importa mucho.

—Creo que no.

—Yo no sé nada de hélices de motor de barca —dijo Kristín.

Se quedó en silencio por un momento y luego dijo:

—¿Por qué hizo María lo que hizo?

—No lo sé —dijo Erlendur.

—Pobre chica —dijo Kristín con un suspiro muy hondo—. Me acuerdo muy bien de cómo era antes de la muerte de Magnús. Era el rayo de sol en la vida de sus padres. No tenían más hijos, y ella creció rodeada de un amor ilimitado. Cuando mi hermano perdió la vida en el Þingvallavatn, fue como si le cortaran las piernas a la niña. A las dos, a María y a Leonóra. Sé que Leonóra estaba loca por Magnús, él era lo único que existía. Y la chica estaba muy apegada a él. Por eso no lo comprendo.

No comprendo qué podía estar pensando.

—¿Quién? ¿Te refieres a Magnús?

—Después del accidente no se separaban la una de la otra. Leonóra protegía a María tan estrechamente que hasta me parecía exagerado. En mi opinión, la sobreprotegía. Poca gente conseguía acercarse a ella, y desde luego los de la familia de Magnús no podíamos, de ninguna manera. Nuestra relación con ellas se fue diluyendo con el tiempo. En realidad, Leonóra cortó todo lazo con nosotros, con los parientes del padre de la chica, tras el suceso del Þingvallavatn. A mí siempre me resultó muy raro. Pero no dije toda la verdad hasta poco antes de que Leonóra muriese. Me llamó a su lado antes de irse, estaba en el lecho de muerte, no podía moverse de la cama y se encontraba ya muy débil, sabía que no le quedaban más que unos días de vida. Llevábamos sin tener contacto alguno... un tiempo considerable. Estaba en su habitación y me pidió que cerrara la puerta y me sentara a su lado. Dijo que tenía que decirme algo antes de irse. Yo no tenía ni idea de qué podía tratarse. Empezó a hablar de Magnús.

—¿Dijo lo que había sucedido en el lago?

—No, pero seguía furiosa con Magnús.

Kristín llenó una vez más su vasito con el akvavit. Erlendur rechazó una segunda copa. Ella se la bebió de un sorbo y dejó el vasito en la mesa, tranquila.

—Ahora ya no está ninguna de las dos —dijo.

—Sí —dijo Erlendur.

—Eran casi como una sola persona.

—¿Qué te dijo Leonóra?

—Me dijo que Magnús pensaba separarse de ella. Había conocido a otra mujer. Yo ya lo sabía. Magnús me lo contó en su momento. Por eso me llamó Leonóra. Como si yo hubiera participado en una conspiración contra ella. No lo dijo directamente, pero me dio a entender que era eso lo que pensaba.

Erlendur vaciló.

—¿De modo que la engañaba?

Kristín asintió.

—Todo empezó unos meses antes de su muerte. Me lo confesó. Creo que no se lo había dicho a nadie más, y yo no se lo dije a nadie. A nadie le interesa. Magnús le dijo a Leonóra que quería divorciarse. Para ella, según me contó ella misma, fue un golpe tremendo. No tenía ni la más remota idea. Quería a mi hermano y se había entregado toda...

—¿Entonces se lo contó él allí, en Þingvellir?

—Sí. Magnús murió y yo nunca mencioné el engaño. Ni a Leonóra ni a nadie. Magnús había muerto y pensé que no tenía por qué saberlo nadie.

Kristín respiró hondo.

—Leonóra me reprochó no haberle hablado de la relación de Magnús en cuanto me enteré. Magnús debió de decirle que yo lo sabía. Pero pensé que lo adecuado era

que se enterase por él. Me guardaba mucho rencor, no quiso oír mis argumentos. Era como si siguiera convencida de que la había engañado, pese a los años que habían pasado. Cuando murió... sinceramente, no me atreví a ir al entierro. Ahora lo lamento. Por María.

—¿Hablaste con María del accidente en alguna ocasión?

—No.

—¿Puedes decirme quién era la mujer con la que tenía Magnús esa relación?

Kristín sorbió el akvavit.

—¿Importa ahora eso? —dijo.

—No lo sé —dijo Erlendur.

—Creo que ese fue el motivo de que Magnús tuviera tantas dudas. Quién era ella.

—¿Y eso?

—La mujer con la que estaba liado Magnús era una buena amiga de Leonóra.

—Comprendo.

—Las dos nunca hablaron de ese asunto.

—¿Has relacionado alguna vez el engaño con el accidente?

Kristín miró muy seria a Erlendur.

—No. ¿Qué quieres decir?

—Yo...

—¿Por qué estás investigando ahora ese accidente?

—Me enteré de algunos detalles que...

—¿Alguna de esas cosas guarda relación con la muerte de María?

—No —respondió Erlendur.

—Pero María le dijo a una amiga suya que quizá Magnús tenía que morir, ¿no es eso?

—Sí.

—Siempre he considerado lo sucedido en el lago como un desgraciado accidente. Nunca se me ha pasado por la cabeza que pudiera ser ninguna otra cosa.

—¿Pero...?

—No, sin peros. Es demasiado tarde para cambiar las cosas.

La estación de taxis estaba en el centro de la ciudad, en un edificio de poca altura que había conocido mejores tiempos. En el pasado había sido casa de reuniones, cuando los jóvenes usaban brillantina y se rizaban un mechón del flequillo y las novias iban a la peluquería a hacerse la permanente, y cuando el nuevo rock americano les volvía locos en la pista de baile, antes de que esta desapareciese en el silencio. La mitad del edificio se había transformado en estación de taxis y ahora reinaba allí la calma. Dos hombres de edad jugaban al rummy. El linóleo amarillo del suelo estaba agujereado, la pintura blanca brillante de las paredes había cedido su lugar a la suciedad hacía ya tiempo, y aún nadie había conseguido inventar un ambientador que pudiera ahogar el

olor a mohó que surgía del suelo y las paredes de madera. Entrar allí era como retroceder cincuenta años en el tiempo. A Erlendur le encantó. Se detuvo un instante en la entrada y aspiró el aroma a historia de aquel lugar.

La señora de la oficina levantó la vista y cuando vio que los hombres que jugaban al rummy no estaban dispuestos a interrumpir su juego, le preguntó qué quería. Erlendur se acercó a ella y se interesó por un taxista de la estación, llamado Elmar.

—¿Elmar el del 32? —dijo la mujer, que tuvo sus mejores años en la misma época que el edificio.

—Sí, supongo —dijo Erlendur.

—Sé que viene para acá, ¿le esperas un poco? No tardará. Siempre cena aquí.

—Sí, eso tenía entendido —dijo Erlendur.

Dio las gracias y se sentó a una de las mesas. Uno de los jugadores de rummy levantó la vista y le miró. Erlendur asintió con la cabeza, pero no obtuvo reacción alguna. Era como si el rummy paralizase la existencia de la pareja.

Erlendur estaba hojeando periódicos viejos cuando en la puerta apareció un taxista.

—Ese pregunta por ti —le dijo en voz alta la señora de la radio, y señaló a Erlendur, que se levantó y saludó.

El hombre le dio la mano, y dijo que se llamaba Elmar. Era hermano de Davíð, el joven desaparecido. Andaba ya camino de los sesenta, era grueso y de rostro redondo, el cabello había empezado a clarear y no tenía trasero, de pasar tanto tiempo sentado. Erlendur le explicó a media voz el motivo de su visita. Se dio cuenta de que los jugadores de rummy aguzaban los oídos.

—¿Todavía seguís escarbando en eso? —preguntó Elmar.

—Estamos cerrando el caso —dijo Erlendur, aunque sin más explicaciones.

—¿No te importa si me tomo esto mientras charlamos? —preguntó Elmar, sentándose a la mesa más alejada de los jugadores.

Llevaba la cena en un recipiente de plástico, comida preparada adquirida en alguna tienda de alimentación. Erlendur se sentó con él.

—Entre tu hermano y tú no había demasiada diferencia de edad —dijo Erlendur.

—Dos años —respondió Elmar—. Yo soy dos años mayor. ¿Habéis encontrado algo nuevo?

—No —explicó Erlendur.

—En realidad, Davíð y yo no teníamos demasiada relación. Quizá pueda decirse que no me interesaba demasiado, me parecía un niño chico. Yo solía ir con amigos de mi edad.

—¿Te has hecho alguna opinión sobre lo que pudo haber sucedido?

—Solo que debió de suicidarse —dijo Elmar—. No andaba con malas compañías ni metido en cosas de esas, ya me entiendes, como para que alguien quisiera hacerle daño. Davíð era un chico estupendo. Una lástima que las cosas fueran como fueron.

—¿Cuándo le viste por última vez?

—¿La última vez? Le pedí dinero para el cine. En esa época, uno andaba siempre sin dinero. Igual que ahora. Davíð trabajaba a veces mientras estudiaba, e iba ahorrando algo. Pero ya os conté todas estas cosas.

—¿Y...?

—Bueno, pues y nada, me prestó el dinero. Yo no podía imaginar que desaparecería esa misma tarde, ¿me entiendes?, de modo que no hubo palabras de despedida, solo lo normal, gracias y hasta luego.

—¿De modo que nunca existió mucha relación entre vosotros?

—Así es, no se puede decir lo contrario.

—¿Nunca fuisteis confidentes?

—No. Bueno, era mi hermano y todo eso, pero éramos muy diferentes y... ya sabes...

Elmar tragaba la comida con rapidez. Dejó escapar que no solía necesitar más de media hora para cenar.

—¿Sabías si tu hermano tenía novia desde muy poco antes de desaparecer? —preguntó Erlendur.

—No —respondió Elmar—. Yo no sabía nada de ninguna novia.

—Un amigo suyo asegura que había conocido a una chica, pero no está muy claro.

—Davíð nunca había estado con ninguna chica —dijo Elmar, sacando una cajetilla de Camel. Ofreció uno a Erlendur, que dijo que no—. O al menos yo no sabía nada —añadió mirando a la mesa del rummy.

—No, claro —dijo Erlendur—. Tus padres mantuvieron mucho tiempo la esperanza de que aparecería algún día.

—Sí, ellos... ellos no pensaban más que en Davíð. Él era lo único en que pensaban.

Erlendur creyó percibir cierto resentimiento en el tono de su voz.

—¿Hemos terminado? —preguntó Elmar—. Me gustaría jugar con esos dos.

—Sí, perdona —contestó Erlendur, levantándose—. No quería estropear la cena.

Eva Lind fue a verle esa misma tarde. Había hablado con su madre, que la había informado de la reunión con Erlendur. Este dijo que había sido un error intentar juntarles. Eva sacudió la cabeza.

—¿No tenéis intención de volver a reuniros? —preguntó.

—Has hecho todo lo posible —respondió Erlendur—. No nos soportamos. Tu madre y yo estamos demasiado tensos como para poder hablar con tranquilidad.

—¿Tensos?

—Fue una reunión muy difícil.

—Ella dijo que se había largado.

—Sí.

—Pero os reunisteis.

Erlendur estaba sentado en su sillón con un libro. Eva Lind se sentó en el sofá, delante de él. Muchas veces se sentaban así, uno enfrente del otro. Algunas veces mantenían virulentas discusiones, y Eva Lind salía por la puerta hecha un basilisco, soltando barbaridades contra su padre. Otras veces podían charlar y poner de manifiesto su cariño hacia el otro. Eva Lind se había quedado dormida algunas veces en el sofá mientras él le leía la historia de una desaparición en los páramos o las montañas, o algún texto folclórico. De una vez a otra, el estado de ánimo de Eva cambiaba continuamente; unas veces, tan excitada que Erlendur no podía entenderla; otras, tan deprimida que él temía que pudiera hacer alguna tontería. No sabía si preguntarle si Halldóra le había hablado de la reunión con detalle, pero Eva le facilitó las cosas.

—Mamá me dijo que tú nunca la quisiste —empezó, con prudencia.

Erlendur pasó páginas del libro.

—Y que ella estaba enamoradísima de ti.

Erlendur callaba.

—Quizá eso explique esa relación tan rara —dijo Eva Lind.

Erlendur seguía en silencio, mirando el libro que tenía en las manos.

—Dijo que no servía de nada hablar contigo —añadió Eva Lind.

—No sé qué podemos hacer por ti, Eva. No nos ponemos de acuerdo en nada. Ya te lo había advertido.

—Mamá dijo lo mismo.

—Sé lo que intentas hacer, pero... Somos unos padres complicados, Eva.

—Ella dice que no habrías debido reuniros.

—Probablemente habría sido lo mejor —dijo Erlendur.

—¿De modo que no hay absolutamente nada que hacer?

—Eso creo.

—Había que intentarlo.

—Claro.

Eva se quedó mirando a su padre.

—¿Es eso todo lo que piensas decir? —preguntó Eva Lind.

—¿Y si intentamos olvidarlo? —dijo Erlendur, levantando la mirada—. Lo he intentado. Ella también. No salió bien. Al menos, esta vez.

—Pero a lo mejor otra vez sí. ¿Eso quieres decir?

—No lo sé, Eva.

Eva Lind suspiró, molesta. Sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Menuda mierda. Yo pensaba que quizá... Yo pensaba que era posible arreglar vuestra relación de alguna manera. Probablemente es imposible. Sois un caso totalmente imposible.

—Sí, seguramente.

Callaron.

—Siempre he intentado vernos a los cuatros como una familia —dijo Eva Lind—. Sigo haciéndolo. Hago como si fuéramos una familia, aunque es evidente que no lo somos ni lo hemos sido nunca. Yo pensaba que podríamos crear, cómo decirlo, una especie de paz a nuestro alrededor. Tenía la idea de que eso quizá nos podía ayudar a todos, a mí y a Sindri y a mamá y a ti. ¡Joder!

—Lo hemos intentado, Eva. No hemos conseguido mucho. Al menos, por el momento. Creo que nos habríamos reconciliado de haber existido voluntad de hacerlo.

—Le hablé de tu hermano a mamá. No sabía nada.

—No, nunca le hablé de él. Igual que a los demás. Nunca he hablado de él con nadie.

—Se quedó muy extrañada. Tampoco conoció a tus padres, mis abuelos. Parecía saber muy poco de ti.

—Anteayer fue el cumpleaños de tu abuela —dijo Erlendur—. No era un aniversario especial, pero nació ese día. Yo siempre intentaba ir a verla el día de su cumpleaños.

—Me habría gustado conocerla —dijo Eva Lind.

Erlendur dejó de mirar el libro y levantó los ojos.

—Y a ella le habría gustado conocerte. Probablemente las cosas habrían sido algo distintas si hubiera vivido.

—¿Qué estás leyendo?

—Una tragedia.

—¿La de tu hermano?

—Sí. Me gustaría... ¿Me dejas que te la lea?

—No tienes necesidad de compensarme —dijo Eva Lind.

—¿Cómo?

—Por cómo os portasteis mamá y tú.

—No, solo quiero que la oigas. Me apetece leértela.

Erlendur levantó el libro y pasó varias páginas hasta encontrar el comienzo del

relato, y empezó a leer en voz baja pero enérgica el horror que le había perseguido durante toda la vida.

TRAGEDIA EN EL PÁRAMO DE ESKIFJÖRÐUR

por Dagbjartur Auðunsson

Durante siglos, la carretera de Eskifjörður al distrito de Fljótsdalur pasaba por el páramo de Eskifjörður. Había allí un viejo camino de herradura al norte del río Eskifjarðará, entraba por la loma de Langahryggur, subía por el río InnriSteinsá, recorría el valle de Vínárdalur y las laderas de Vínárbrekkur hasta Miðheiðarendi, subía al llano de Urðarflöt y seguía por el barranco de Urðarklettur para salir del territorio de Eskifjörður. Al norte está el valle de Þverárdalur, entre los montes Andri y Harðskafi, y las alturas del monte Hólafjall y el páramo de Selheiði más al norte todavía.

«Aparcería de Bakkasel» llamábase una granja del Eskifjörður, situada en la vieja carretera de Fljótsdalur. Ahora está abandonada, pero a mediados de siglo vivía, en la aparcería de Bakkasel, Sveinn Erlendsson, un campesino, con su mujer Áslaug Bergsdóttir y sus dos hijos de ocho y diez años de edad. Llamábanse Bergur y Erlendur. Sveinn se dedicaba a la ganadería de ovino a pequeña escala, y era asimismo maestro de la escuela infantil de Eskifjörður. El sábado 24 de noviembre del año 1956 hacía frío pero el cielo estaba despejado, aunque el suelo estaba cubierto por una espesa capa de nieve. Sveinn partió a buscar unas ovejas que se le habían perdido. En esa época del año, el clima era impredecible y apenas había terreno expedito. Llevaba consigo a sus dos hijos, que salieron de Bakkasel al clarear la mañana. Sveinn quería regresar a casa antes de que oscureciera.

Dirigiéronse primero hacia el interior, al valle de Þverárdalur y el monte Harðskafi, sin encontrar oveja alguna. Fueron entonces al sur y entraron en el páramo de Eskifjarðarheiði. Subieron poco a poco por Langahryggur y llegaron al barranco de Urðarklettur, cuando el tiempo empezó a empeorar a ojos vista. Sveinn sintió que ya no estaban seguros y en un instante tomó la decisión de regresar a casa, pero antes de que ni darse cuenta pudieran, desatose una enorme ventisca, con gélido viento del norte y gran cantidad de nieve. El tiempo empeoró aún más hasta el punto de que no podían ver lo que tenían ante sí y, cuando quisieron darse cuenta, se encontraron caminando a tientas en medio de una nevada que impedía toda visión. Los muchachos quedaron separados de su padre a causa de la tormenta. El padre los buscó durante un buen rato gritando sus nombres, sin éxito alguno, y finalmente logró salir no sin dificultades del páramo siguiendo el río Eskifjarðará, y llegar a Bakkasel. La tempestad era tal que no podía mantenerse en pie y hubo de arrastrarse a gatas el último trecho. Cuando llegó a su casa hallábase en pésimo estado físico, sin gorro y cubierto de hielo. Apenas se mantenía consciente.

Telefonaron a Eskifjörður para pedir ayuda, y pronto supose en la comarca que los dos muchachos luchaban por sus vidas en la tempestad que en aquellos momentos había alcanzado ya a la aldea. Esa misma tarde se reunieron en Bakkasel voluntarios para la búsqueda, pero pensaron que era imposible comenzar la busca hasta que el tiempo se encalmara un poco y volviese a haber luz. Fueron horas muy difíciles para los esposos, que sabían que la tormenta estaba azotando a sus hijos en el páramo. Muy en especial era el padre de los muchachos quien se hallaba destrozado y apenas era capaz de hablar con nadie, abrumado por el dolor y casi trastornado. Creía que los muchachos no podrían salvarse y no se preocupó en absoluto por la organización de la búsqueda ni por los voluntarios, pero su esposa, Áslaug, era incansable en su actividad y era la primera del grupo cuando finalmente se pusieron en camino al alborear del día siguiente.

Para entonces habían llamado a grupos de búsqueda de Reyðafjörður, Neskaupstaður y Seyðisfjörður, y en conjunto formaban un grupo muy numeroso. Aunque el tiempo había mejorado bastante, la abundante nieve retrasaba el trabajo de los voluntarios. Dirigiéronse primero hacia el páramo de Eskifjörður, portando largas varas que hincaban en la nieve en un intento de hallar pistas de los hermanos, pero no encontraron nada. Y era porque la nieve había seguido cayendo durante la noche. Se creía que los hermanos estaban juntos y que probablemente habían excavado un hoyo en la nieve para guarecerse. Llevaban perdidos ya dieciocho horas cuando comenzó la búsqueda y, a juzgar por el frío reinante en las laderas de las montañas, estaba claro que los equipos de búsqueda luchaban contra el paso de las horas.

Los dos hermanos iban provistos de ropa adecuada para el frío cuando salieron de su casa, gruesos chaquetones de invierno, bufandas y gorro. Al cabo de cuatro horas de búsqueda hallaron una bufanda, que Áslaug dijo pertenecía al mayor, y buscaron entonces con más ahínco en la zona del hallazgo. Un voluntario llamado Halldór Brjánsson, de Seyðisfjörður, creyó notar resistencia al hundir la vara en la

nieve, y en cuanto comenzaron a excavar apareció el hermano mayor. Estaba tumbado boca abajo, como si hubiera caído al suelo mientras caminaba. Apreciáronse en él señales de vida, aunque estaba muy frío y se había empezado a formar hielo en brazos y piernas. Estaba prácticamente inconsciente y no pudo proporcionar a los voluntarios dato alguno sobre el lugar donde podría encontrarse su hermano. Enviaron a por leche caliente al hombre que con más celeridad podía hacer el recorrido. Luego, los hombres fueron turnándose para bajar al muchacho del páramo y llevarlo a Bakkasel. Allí había ya un médico esperando, que lo examinó y señaló lo que había que hacer para que el muchacho recuperase el calor. Curó las congelaciones y, con el tiempo, el muchacho empezó a recuperarse, aunque no cabía duda alguna de que había llegado casi al punto de no retorno. Muy poco faltó para que perdiese la vida por hipotermia.

Se intensificó la búsqueda en la zona donde habían encontrado al hermano mayor, pero sin éxito. Parecía que se hubiese desviado, a causa de la tormenta, en dirección al valle de Þverárdalur y el monte Harðskafi. Se amplió de nuevo la zona de busca cuando llegaron de Bakkasel noticias de que los hermanos habían quedado separados por la ventisca y el mayor no sabía qué había sido de su hermano. Dijo que habían seguido juntos un buen trecho, pero que después lo perdió entre la nieve que llenaba el aire. Dijo que lo buscó y gritó su nombre hasta quedar exhausto y caer una y otra vez en la nieve. Decían que el muchacho estaba desconsolado y que no quería hablar con nadie. Estaba empeñado en dirigirse a las montañas en busca de su hermano, y el médico acabó viéndose obligado a administrarle un sedante.

Empezó de nuevo a oscurecer, y de nuevo empeoró el tiempo, de modo que los voluntarios hubieron de retroceder hacia la aldea. Para entonces había llegado otra cuadrilla desde Egilsstaðir. Instalaron un centro de coordinación de la busca en Eskifjörður. Nada más clarear el día siguiente, la gente continuó la búsqueda, tanto en el páramo como en Þverárdalur, así como en las laderas de los montes Andri y Harðskafi. Intentose calcular adónde podría haberse dirigido el muchacho tras separarse de su hermano. La busca en esa zona no proporcionó resultado alguno, así que ampliaron la zona y buscaron al norte y al sur, pero no encontraron al muchacho. Transcurrió así el día y llegó el atardecer.

La búsqueda organizada se mantuvo durante más de una semana, y para abreviar diremos que nunca hallaron al muchacho. Hiciéronse muchas conjeturas sobre lo que pudo sucederle, pues era como si la tierra se hubiera tragado sus restos mortales. Algunos pensaron que podría haberse ahogado en el río Eskifjarðará, y haber sido arrastrado por la corriente hasta el mar; otros, que debió de perder el sentido de la orientación a causa de la tormenta y subir por las montañas más alto de lo que nadie había imaginado. Otros creían que podría haber perecido en los cenagales que hay por encima del fondo del fiordo de Eskifjörður, mientras se dirigía hacia su casa.

Hablábase del dolor que causaba la desesperación de Sveinn Erlendsson por lo sucedido a sus hijos. Más tarde circuló por la comarca el rumor de que su esposa, Áslaug, había advertido a su marido de que no debía llevarse a sus hijos al páramo en aquel día, pero que él no hizo caso alguno de sus advertencias.

El hermano mayor curó de sus heridas de congelación, pero decían que se mostraba siempre huraño y taciturno. Cuentan que buscó los restos mortales de su hermano todo el tiempo en que la familia siguió viviendo en la aparcería de Bakkasel.

Dos años después de estos sucesos se marcharon de la comarca, se fueron a vivir a Reikiavik, y Bakkasel quedó abandonada, como antes se indicó.

Erlendur cerró el libro y pasó la mano por la desgastada cubierta. Eva Lind estaba sentada en el sofá, delante de él, en silencio. Transcurrió un buen rato hasta que alargó el brazo para coger el paquete de cigarrillos que estaba sobre la mesa.

—¿Huraño y taciturno? —preguntó Eva.

—El viejo Dagbjartur no perdonaba a nadie —dijo Erlendur—. Podría haberse comido esas palabras tan crudas. Él no tenía ni idea de si soy huraño y taciturno. No nos hemos visto en la vida. A tus abuelos los conocía, pero muy por encima. La información la había obtenido de los voluntarios del equipo de búsqueda. No se deben publicar chismorreos y cotilleos oídos por ahí y presentarlos como cosas ciertas. Ese hombre consiguió herir enormemente a mi madre sin necesidad ninguna.

—Y a ti también.

Erlendur se encogió de hombros.

—Hace mucho de eso. No he querido que se conociera por ahí este relato, probablemente por consideración hacia la memoria de mi madre. No le gustaba nada.

—¿Era verdad? ¿No quería que fuerais con vuestro padre?

—Se opuso. Pero ella jamás le culpó a él por lo sucedido. Naturalmente estaba entristecida y furiosa, pero sabía que no era cuestión de culpabilidad o inocencia. Era cuestión de sobrevivir, de salir con vida en la lucha contra la naturaleza. Había que ir a buscar las ovejas. No había forma de predecir el terrible peligro que acabaríamos corriendo.

—¿Qué le pasó a tu padre? ¿Por qué no hizo nada?

—En realidad, nunca logré entenderlo. Bajó del páramo en estado de *shock*, convencido de que Bergur y yo estábamos muertos. Era como si se hubiera apagado su voluntad de vivir. Salió con vida por los pelos después de separarnos, y cuando oscureció y llegó la noche y la tempestad se hizo más fuerte, tu abuela dijo que fue como si mi padre se hubiera rendido definitivamente. Se sentó en el borde de su cama y dejó de prestar atención a lo que sucedía a su alrededor. Naturalmente, estaba exhausto y congelado. Cuando supo que yo me había salvado, se recuperó un poco. Fui a su cuarto andando como buenamente pude, y él me abrazó.

—Debió de alegrarse mucho.

—Sí, desde luego, pero yo... Me sobrevino una extraña sensación de culpabilidad. No comprendía por qué era yo el que se había salvado y Bergur el que había perecido. Y aún sigo sin comprenderlo, a decir verdad. Tenía la sensación de haberlo provocado yo de alguna manera, de que la culpa era mía. Poco a poco me encerré en esas ideas. Huraño y taciturno. Quizá, a fin de cuentas, hizo una buena descripción.

Estuvieron un rato en silencio hasta que Erlendur dejó el libro a un lado.

—Tu abuela lo dejó todo en perfecto estado cuando nos fuimos. He estado en granjas abandonadas donde todo parece indicar que la gente salió a toda prisa sin mirar atrás. Platos en las mesas, vajilla en el fregadero, muebles en el salón, camas en los dormitorios. Tu abuela vació nuestra casa con gran esmero y sin dejar nada, se trajo el mobiliario a la capital, y lo demás lo regaló. Cuando nos fuimos, no hubo nadie con ganas de irse a vivir allí. Nuestro hogar se convirtió en una granja abandonada. Produce una sensación muy peculiar. El último día fuimos de habitación en habitación y sentimos el extraño vacío que me ha acompañado siempre desde entonces. Era como si estuviéramos abandonando nuestra vida en aquel lugar, dentro de aquellas viejas puertas y aquellas ventanas desnudas. Como si ya no tuviéramos nuestras vidas. Como si alguna potencia nos las hubiera arrebatado.

—¿Igual que se llevó a Bergur?

—A veces deseo que me deje en paz. Que pase un día entero sin que se me venga a la mente.

—Pero ¿no sucede?

—No. No sucede.

Erlendur estaba sentado dentro de su coche, delante de la iglesia, fumando y pensando en las casualidades. Desde hacía tiempo le intrigaba cómo las casualidades llegaban a decidir el destino de las personas, a decidir su vida y su muerte. Su trabajo le había permitido conocer esa clase de casualidades. Más de una vez había examinado el escenario de un crimen realizado de forma total y absolutamente casual, sin previo aviso y sin que existiera relación alguna entre el asesino y su víctima.

Uno de los ejemplos más crudos de tales casualidades era el de una mujer que fue asesinada al volver a su casa desde una tienda de alimentación, en uno de los suburbios de la ciudad. La tienda era una de las poquísimas que en aquellos días estaban abiertas hasta entrada la noche. Se topó con dos hombres, viejos conocidos de la policía. Intentaron robarle, pero ella sujetó su bolso con asombrosa obstinación. Uno de aquellos delincuentes habituales llevaba una pequeña palanca, y con ella le asestó dos fuertes golpes en la cabeza. Cuando la trasladaron a urgencias del hospital, estaba ya muerta.

«¿Por qué ella?», se preguntó Erlendur, de pie junto al cadáver de la mujer, una noche de verano de hacía veinte años.

Sabía que los dos hombres que la habían asaltado eran bombas de relojería con piernas y que, en su opinión, acabarían cometiendo algún día un delito serio, pero su encuentro con aquella mujer fue pura casualidad. Podría haber sido cualquier otra persona esa misma tarde, o la semana siguiente, o al cabo de un mes o de un año. ¿Por qué ella, en aquel lugar y a aquella hora? ¿Y por qué reaccionó como lo hizo cuando la asaltaron? Se preguntó a sí mismo cómo empezaron los hechos que condujeron a aquel crimen. No quería negar la responsabilidad de los delincuentes, tan solo examinar una vida que terminó sobre un charco de sangre en una acera de Reikiavik.

Averiguó que la mujer era de provincias y que llevaba siete años viviendo en la ciudad. Los despidos de la industria pesquera fueron el motivo por el que abandonó la aldea costera de sus orígenes, con su marido y sus dos hijas. Vendieron a otra región el pesquero de arrastre de su comarca, y la pesca de gambas se fue a pique. Quizá fue entonces cuando empezó aquel último paseo de la mujer. Se instalaron en un barrio de la periferia. Ella quería irse a vivir al centro, pero allí las viviendas del tipo de la que ocupaban eran bastante más caras. Aquel fue otro mojón en su camino.

El marido encontró trabajo en la construcción, y ella era jefa de servicio en una empresa telefónica. La empresa trasladó sus oficinas a otro lugar, lo que hacía mucho más complicado llegar al trabajo en transporte público, y pidió una baja voluntaria. Encontró trabajo como conserje en la escuela del barrio, ocupación que le agradaba, pues le gustaban los niños, y viceversa. Iba al trabajo todos los días a pie y se hizo una buena andarina. Convenció a su marido para que saliera con ella todas las noches a dar un paseo por la vecindad, incluso cuando hacía un tiempo de perros. Sus hijas

crecieron. Se acercaba el vigésimo cumpleaños de la mayor.

El tiempo se agotaba. Aquella tarde fatal, toda la familia estaba en casa y la hija mayor le pidió a su madre que hiciera helado. Con ello desencadenó los hechos. Faltaban nata y algunas otras cosillas. La madre salió a la tienda.

La hija pequeña se ofreció a acompañarla, pero la madre dijo que no. A la mujer le apetecía darse uno de sus paseos nocturnos y le preguntó a su marido si quería ir con ella, pero él respondió que no le apetecía. El motivo era que en la televisión repetían un documental islandés sobre gente del campo, en el que aparecían algunos personajes de lo más estrambótico. Quizá fuera una más de las casualidades. De no haber estado programado aquel documental, el marido la habría acompañado.

La madre salió para no regresar.

El hombre que le asestó el golpe mortal dijo que la mujer no soltaba el bolso hicieran lo que hicieran. Resulta que ese mismo día había sacado una considerable cantidad de dinero para el regalo que quería comprar por el vigésimo cumpleaños de su hija, y lo llevaba en el bolso. Por eso se aferraba a él de aquella forma. Por regla general nunca llevaba mucho dinero.

Una casualidad más.

Al pensar en el regalo de su hija, perdió la vida una noche de verano en la ciudad. El único error por su parte había sido vivir una vida corriente y querer a su familia.

Erlendur apagó el cigarrillo y salió del coche. Miró la iglesia, un mamotreto de cemento gris y frío, y pensó que el arquitecto debía de ser ateo. Por lo menos, no daba sensación alguna de que aquel edificio se hubiera construido para gloria de Dios, si acaso para la gloria de la empresa que había suministrado el cemento. Eyvör, la pastor, estaba en su despacho hablando por teléfono. Le indicó que se sentara. Erlendur esperó a que acabara la conversación. En el despacho había un armario entreabierto en el que guardaba la sotana, la gola y los ornamentos.

—¿Tú otra vez? —preguntó Eyvör cuando concluyó su conversación telefónica—. ¿Sigue siendo por lo de María?

—En algún sitio he leído que cada vez incineran a más gente —dijo él, con la esperanza de no verse obligado a dar una respuesta directa.

—Siempre hay gente que prefiere eso y que da instrucciones muy claras al respecto. Gente que no quiere que su cuerpo se pudra en la tierra.

—¿Eso no tiene relación con la fe y el cristianismo?

—No, en realidad no.

—Por lo que sé, Baldvin incineró a María —dijo Erlendur.

—Sí.

—Era deseo de ella.

—Eso no lo sé.

—¿Nunca habló de ello contigo?

—No.

—¿Baldvin habló contigo de ese deseo de su mujer?

—No. No dije nada. Solo que era el deseo de María. No pedimos pruebas que confirmen esas cosas.

—No, claro.

—Parece que su muerte te ha afectado —dijo Eyvör.

—Puede ser —respondió Erlendur.

—¿Qué crees que pasó?

—Creo que se sentía terriblemente mal —dijo Erlendur—. Terriblemente mal y durante mucho tiempo.

—Eso pienso yo también. Quizá por ese motivo no me extrañó tanto como a otras personas lo que había sucedido.

—¿Te habló alguna vez de las visiones que tenía, alucinaciones o cosas por el estilo?

—No.

—¿Ni de que creyó ver a su madre?

—No.

—¿Y de sus visitas a un médium?

—No, tampoco me habló de eso.

—¿De qué hablabais, si puedo preguntar?

—Eso es asunto confidencial, naturalmente —respondió Eyvör—. No puedo contarte nada en detalle, pues creo que no tiene nada que ver con su opción de abandonar este mundo por sus propios medios. Por regla general hablábamos de cuestiones religiosas.

—¿De algo en especial?

—Sí. A veces.

—¿De qué?

—De la remisión de los pecados. De la confesión. De la verdad. De cómo nos hace libres.

—¿Habló alguna vez contigo de lo que sucedió en el Þingvallavatn cuando era pequeña?

—No —dijo Eyvör—. Que yo recuerde, no.

—¿De la muerte de su padre?

—No. Lamento mucho no poderte ser de ninguna ayuda.

—No hay problema —dijo Erlendur, poniéndose en pie.

—Hay una cosa que quizá sí puedo decirte. Hablábamos mucho de la vida después de la muerte, creo que ya te lo mencioné la otra vez que nos vimos. Iba... cómo expresarlo... tenía más interés por el tema según pasaban los años, y sobre todo, claro, después de la muerte de su madre. En realidad quería una confirmación de su existencia, y me pareció dispuesta a llegar adonde hiciera falta para conseguir esa confirmación.

—¿A qué te refieres?

Eyvör se inclinó sobre su mesa. Erlendur miró con el rabillo del ojo la gola que

estaba guardada en el armario.

—Creo que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa. Pero no es más que mi opinión, y no quiero que lo vayas soltando por ahí. Es un asunto confidencial entre ella y yo.

—¿Por qué piensas eso?

—Es una sensación que tengo.

—¿Y entonces, el suicidio fue...?

—Su forma de buscar respuestas. Eso creo. Sé que no debería estar diciendo estas cosas, pero, a juzgar por lo que llegué a conocerla en estos últimos años, no me cabe duda de que simplemente estaba buscando respuestas.

A Erlendur le sonó el móvil cuando acababa de sentarse en el coche y lo ponía en marcha. Era Sigurður Óli. Erlendur le había pedido que comprobase las conversaciones telefónicas de María, y Baldvin había dado su autorización sin poner ninguna pega. Los días previos a su muerte había contactado con diversas personas por su trabajo académico, con Karen por el préstamo del bungalow y con su marido, tanto al hospital donde trabajaba, como a su móvil.

—La última conversación desde su propio móvil fue la tarde misma en que se ahorcó —dijo Sigurður Óli sin preocuparse por elegir mejor el vocabulario.

—¿Cuándo fue eso?

—A las nueve menos veinte.

—¿De manera que a esa hora estaba aún con vida?

—Todo parece indicarlo. La conversación dura diez minutos.

—Su marido dijo que le había llamado esa noche desde el bungalow.

—¿Por qué andas revolviendo en eso?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué pasa con este caso? La mujer se ha suicidado, ¿o es que hay gato encerrado?

—No lo sé.

—¿Te has dado cuenta de que estás investigándolo como un caso de asesinato?

—No, no hago tal cosa, en absoluto —dijo Erlendur—. No creo que la hayan matado. Quiero saber por qué se suicidó, eso es todo.

—¿Y a ti que te importa eso?

—Nada —respondió Erlendur—. Absolutamente nada.

—Yo creía que solo te interesaban las desapariciones.

—Un suicidio es también una desaparición —dijo Erlendur, y apagó el móvil.

La médium recibió a María en la puerta y la invitó a entrar. Estuvieron charlando un buen rato antes de empezar la sesión espiritista propiamente dicha. Magdalena causó una espléndida impresión a María. Era cálida y comprensiva, tan solícita como Andersen. María notó que hablar con una mujer era diferente. Con Magdalena no se sentía tan tímida. Y además, Magdalena era una vidente más poderosa. Era más receptiva, sabía más, podía ver más que Andersen y durante más tiempo que él.

Se sentaron en el salón y Magdalena fue entrando poco a poco en la sesión espiritista. María no se fijó mucho en el piso ni el mobiliario. En el hospital le dieron el número de teléfono a Baldwin, y María llamó enseguida a Magdalena, que dijo que podía recibirla sin tardanza. María tuvo la sensación de que la vidente vivía sola.

—Noto una presencia muy fuerte —dijo Magdalena. Cerró los ojos y volvió a abrirlos—. Ha venido una mujer —prosiguió—. Ingibjörg. ¿Te suena?

—Mi abuela se llamaba Ingibjörg —dijo María—. Murió hace mucho.

—Está muy lejos. No teníais una relación estrecha.

—No, apenas la conocí. Era mi abuela paterna.

—Está muy afligida.

—Sí.

—Dice que lo sucedido no fue culpa tuya.

—No.

—Habla de un accidente —dijo Magdalena.

—Sí.

—Hay agua. Alguien se ha ahogado.

—Sí.

—Un trágico accidente —dice la anciana.

—Sí.

—¿Te suena...? Hay un cuadro... ¿Es el cuadro de un lago? Es una foto del Þingvallavatn. ¿Te suena?

—Sí.

—Muchas gracias. Hay... hay un hombre que... No está muy claro, una foto o un cuadro... Hay una mujer que se llama Lovísa. ¿Te resulta familiar?

—Sí.

—Es pariente tuya.

—Sí.

—Muchas gracias. Es joven... yo... apenas veinte años.

—Sí.

—Sonríe. Está rodeada por un aura muy luminosa. Muy brillante. Sonríe. Dice que Leonóra está con ella y que se encuentra bien.

—Sí.

—Dice que no te preocupes... Dice que Leonóra se siente estupendamente. Dice...

—¿Sí?

—Dice que tiene muchas ganas de volver a verte.

—Sí.

—Quiere que sepas que se encuentra bien. Será estupendo que pienses ir tú también. Será estupendo.

—¿Sí?

—Te dice que no tengas miedo. Te dice que no te preocupes. Que todo irá bien. Lo que estás haciendo. Dice que sea lo que sea lo que decidas... que... dice que saldrá bien. No debes sentirte preocupada por eso. Todo irá bien.

—Sí.

—Esta mujer tiene un aura maravillosa. Y además... Irradia luz... Te dice... ¿sabes... un escritor?

—Sí.

—Un escritor francés.

—Sí.

—Sonríe. Esa... esa mujer que está con ella... está... dice que ahora se encuentra mejor. Que aquellos... que aquellos dolores...

Magdalena cerró los ojos con fuerza.

—Están desapareciendo...

Abrió los ojos y tardó un rato en recuperarse.

—¿Estuvo... estuvo todo bien? —preguntó.

María asintió.

—Sí —dijo en voz baja—. Muchas gracias.

Cuando volvió a casa, María le contó a Baldwin lo sucedido en la sesión espiritista. Estaba bastante emocionada, dijo que no esperaba mensajes tan claros y le extrañaba que hubieran podido comunicarse con ciertas personas. No se había vuelto a acordar de su abuela paterna desde que era niña; y de Lovísa, tía suya por parte de madre, solo había oído hablar. Murió joven de fiebres tifoideas; era hermana de su abuela.

María tuvo problemas para conciliar el sueño esa noche. Estaba sola en la casa, porque Baldwin había tenido que ir al hospital, y en el exterior silbaba el viento de otoño.

Por fin consiguió dormirse.

Se despertó un instante después con un sobresalto al oír la puerta del jardín golpeando contra la verja. Llovía a cántaros. Oyó los golpes de la puerta y supo que le impedirían dormir.

Se levantó, se puso la bata y las zapatillas, y fue a la cocina. Había una puerta que daba a la terraza que habían construido en el jardín unos años antes. Se arrebujo bien en la bata y abrió la puerta. En ese mismo instante notó un fuerte olor a cigarro puro en el aire.

Bajó con mucho cuidado el escalón y sintió la fría lluvia cayendo en tromba. Pensó que Baldwin podía haber estado fumando.

Vio que la puerta estaba dando golpes, pero en vez de cerrarla y volver a entrar a toda prisa, se quedó como paralizada en medio del jardín, mirando hacia la oscuridad. Vio a un hombre, de pie, empapado de la cabeza a los pies, grueso y con vientre voluminoso, el rostro cadavéricamente pálido. Chorreaba agua, y abrió y cerró la boca varias veces como si pugnara por conseguir oxígeno, y entonces le gritó:

—Ten cuidado... ¡No sabes lo que estás haciendo!

Andersen, el médium, estaba receloso y no quiso decir nada por teléfono. Ni siquiera creía que Erlendur fuera de la policía. Erlendur reconoció al momento la voz de la cinta. El hombre dijo que si Erlendur quería hablar con él, tendría que pedir hora como todo el mundo. Erlendur objetó que el asunto no era demasiado importante y que no llevaría mucho tiempo, pero el hombre no cambió de parecer.

—¿Me cobrarás? —preguntó Erlendur al final de la conversación.

—Ya veremos —respondió el hombre.

Una tarde, pocos días después, Erlendur tocó al timbre de un bloque de apartamentos del cercano barrio de Vogar, y preguntó por Andersen.

El médium le hizo entrar y Erlendur subió despacio por la escalera hasta el tercer piso, donde Andersen estaba esperándole. Se dieron la mano y el hombre le indicó que pasara al salón. Al entrar en el apartamento, a Erlendur le recibió el tenue aroma del incienso; de algún lugar surgía música suave, aunque no pudo ver el altavoz.

Erlendur estuvo posponiendo la visita hasta que se dio cuenta de que no había forma de evitarla. No tenía especial interés por el trabajo de los médiums ni por sus poderes para contactar con difuntos, y temía que la reunión desembocara en una agria discusión. Estaba decidido a comportarse durante la reunión, y confiaba en que Andersen haría lo mismo.

Andersen le pidió que se sentara junto a una mesita redonda, y él se sentó enfrente.

—¿Vives solo? —preguntó Erlendur, mirando a su alrededor. Le pareció una casa islandesa normal y corriente. Había un televisor grande y películas en cintas y CD, mucha música en tres estantes para CD, parqué en el suelo, y fotos de familia por las paredes. Nada de velos ni bolas de cristal, pensó Erlendur.

Ni gota de ectoplasma.

—¿Necesitas saber eso para tu investigación? —preguntó Andersen.

—No —dijo Erlendur—. Yo... ¿Qué puedes decirme de María? La mujer por la que te pregunté por teléfono. La que se suicidó.

—¿Puedo preguntar por qué estáis investigando eso?

Erlendur se puso a hablarle de la investigación sueca sobre el suicidio y sus causas, pero no estaba muy seguro de si conseguiría engañar a un hombre que se ganaba el pan adivinando cosas. Dio las explicaciones de manera apresurada y se puso en manos de la fortuna.

—Ahora sí que no sé cómo puedo ayudarte —dijo Andersen—. Es frecuente que se creen fuertes lazos de confianza entre yo y quienes vienen a mí, y no me es nada fácil romper esos lazos.

Sonrió como si pidiera disculpas. Erlendur le devolvió la sonrisa. Andersen era un hombre de elevada estatura, de unos sesenta años de edad, que había empezado a encanecer en las patillas, y tenía semblante luminoso, expresión clara y una forma de

comportarse muy reposada.

—¿Siempre tienes trabajo? —preguntó Erlendur, intentando relajar un poco la atmósfera.

—No me puedo quejar. A los islandeses les interesan mucho las cosas del alma.

—¿Te refieres a la vida eterna?

Andersen asintió.

—¿No es una simple superstición de campesinos ignorantes? —preguntó Erlendur—. No hace tanto tiempo que dejamos de vivir en las cabañas de turba y las tinieblas del Medievo.

—El alma no tiene nada que ver con las cabañas de turba —dijo Andersen—. Quizás esa clase de prejuicios le sea útil a alguien. A mí siempre me han resultado ridículos. Pero comprendo perfectamente que la gente desconfíe de personas como yo. Como es lógico, yo también lo haría si no hubiese nacido con esta desgracia, con esta capacidad de percepción, como prefiero llamarla.

—¿Cuántas veces vino María a verte?

—Vino dos veces a mi casa después de la muerte de su madre.

—Intentaba ponerse en contacto con ella, ¿verdad?

—Sí. Ese era su objetivo.

—Y... ¿qué tal fue?

—Creo que salió de aquí contenta.

—No hace falta que te pregunte si crees en una vida después de la muerte —dijo Erlendur.

—Esa es la idea central de mi vida.

—¿Y ella también creía?

—Con total franqueza.

—¿Te habló de su miedo a la oscuridad?

—Solo de manera muy somera. Hablamos de que el miedo a la oscuridad es un miedo psíquico como otro cualquiera, y que se puede dominar cambiando nuestra mentalidad, y mediante el autodomínio.

—¿No te dije de dónde procedía su miedo a la oscuridad?

—No, pero tampoco soy psicólogo. A juzgar por nuestras conversaciones, yo diría que tiene que ver con la muerte de su padre en un accidente. Es fácil imaginar que eso la afectara mucho de niña.

—¿Y ella se... cómo se dice... se te ha aparecido? María, ya sabes, después de quitarse la vida.

—No —dijo Andersen con una sonrisa—. No es tan sencillo. Creo que te has hecho unas ideas sobre los médiums que no tienen nada que ver con la realidad. ¿Sabes algo de nuestro trabajo?

Erlendur sacudió la cabeza.

—Tengo entendido que María tenía especialísimo interés por la vida después de la muerte —dijo.

—Eso es evidente. De otro modo, nunca habría venido a verme —contestó Andersen.

—Sí, pero más interés del habitual, casi hasta llegar a lo obsesivo. Por lo que sé, tenía una curiosidad casi obsesiva por la muerte. Por lo que empieza entonces.

Erlendur prefería no hacer referencia a la cinta que le había prestado Karen, y confiaba en que el médium no le forzara a decir nada que no quería. Andersen miró largamente a Erlendur, como si estuviera sopesando lo que podía y debía decir.

—Buscaba —dijo Andersen—. Como tantos de nosotros. Estoy seguro de que tú también.

—¿Qué buscaba María?

—A su madre. La echaba de menos. Su madre iba a darle una respuesta a sus dudas sobre la existencia de una vida después de la muerte. María creía haber recibido esa respuesta y vino a verme. Conversamos. Creo que le hizo bien.

—¿Se presentó su madre en algún momento durante esas reuniones?

—No. No se presentó. Eso no tiene por qué significar nada especial.

—¿Qué pensaba María al respecto?

—Se fue contenta.

—Tengo entendido que sufría alucinaciones —dijo Erlendur.

—Puedes llamarlas como quieras.

—Que había visto a su madre.

—Sí, me habló de ello.

—¿Y?

—Y nada. Era extraordinariamente receptiva.

—¿Sabes si ella buscaba algo más, si habló con otros médiums?

—Como es lógico, no me dijo nada porque no era asunto mío. Pero un día me telefoneó y me preguntó por una médium que yo no conocía y de la que no sabía nada. Debe de haber empezado hace poco. Conozco bastante bien la profesión.

—¿Sabes quién era esa mujer?

—No. Solo sé el nombre. Como te he dicho, no la conozco como médium.

—¿Y cómo se llama?

—María no me dijo el patronímico, la llamó solo Magdalena.

—¿Magdalena?

—Nunca he oído hablar de ella.

—Y el que no hayas oído hablar de ella ¿significa algo especial?

—Nada. No tiene por qué significar nada. Pero llamé a varias personas y nadie conoce a la tal Magdalena.

—¿No será simplemente porque es nueva, como dijiste?

Andersen se encogió de hombros.

—Eso será.

—¿Sois muchos en el oficio?

—No, no muchos. No tengo cifras.

—¿Cómo conoció María a la tal Magdalena?

—No lo sé.

—Eso que dijiste del miedo a la oscuridad ¿no es una actitud un tanto extraña en alguien que se gana la vida poniendo a la gente en contacto con fantasmas?

—¿A qué te refieres?

—A eso de que el miedo a la oscuridad es un problema psíquico y no surge de la creencia en espectros.

—No hay nada malo en el mundo de los espíritus —dijo Andersen—. Todos tenemos nuestros fantasmas. Tú también, como todos.

—¿Yo? —preguntó Erlendur.

Erlendur asintió.

—Una multitud —añadió—. Pero no te preocupes, continúa buscando. Los encontrarás. Todavía tienes que encontrarlos.

—Querrás decir encontrarlo —dijo Erlendur.

—No —dijo Andersen, poniéndose en pie—. A ellos.

Tiempo atrás Erlendur había tenido una vez lo que se denominaba arritmia cardiaca. Era como si el corazón diera saltos de más, lo que resultaba muy desagradable, y en ocasiones era como si los latidos del corazón fueran más lentos. Cuando esto empezó a suceder con más frecuencia, Erlendur buscó en las páginas amarillas del listín telefónico y dio con un nombre que le pareció divertido en la categoría *Cardiólogos*: Dagóbert. A Erlendur le agradó de inmediato aquel nombre y decidió que ese sería su médico. Ni siquiera llevaba cinco minutos en la consulta cuando perdió la paciencia y le preguntó por su nombre de pila.

—Soy de los Fiordos del Oeste —dijo el médico, que parecía habituado a la pregunta—. Estoy bastante hartito. Tengo un primo que me envidia. Se llama Dósópeus.

La sala de espera de la consulta estaba a rebosar de gente que luchaba contra diversas dolencias. Allí atendían médicos de varias especialidades: otorrinos, un cirujano vascular, tres cardiólogos, dos nefrólogos y un oftalmólogo. Erlendur estaba, de pie, al fondo de la entrada a la sala de espera, pensando en que todos aquellos médicos encontrarían algún paciente entre toda aquella gente. Estaba preocupado por haber acudido a su médico sin pedir hora con meses de antelación. Sabía que el cardiólogo estaba ocupadísimo y que, como es lógico, no tenía hora libre hasta bien entrado el año siguiente, y que su visita alargaría en al menos un cuarto de hora la espera de algunos de los allí presentes, con independencia de cuándo pudiese atenderle el médico. Llevaba allí ya unos veinte minutos.

La sala de espera daba a un largo pasillo, donde estaban las consultas de los médicos. Tres cuartos de hora después de que Erlendur anunciara su llegada, se abrió una puerta y Dagóbert salió a la sala de espera y le hizo señal de que le acompañara. Erlendur le siguió a su consulta, y el médico cerró la puerta.

—¿Te ha vuelto aquello? —preguntó Dagóbert, quien le pidió a Erlendur que se tumbara en la camilla. La carpeta con el historial de Erlendur estaba encima de la mesa.

—No —respondió Erlendur—. Estoy perfectamente. En cierto modo estoy aquí por cuestiones de servicio.

—¿Cómo? —se sorprendió el médico. Era un hombre grueso, siempre de buen humor, con camisa blanca, corbata y pantalones vaqueros. Ni bata ni estetoscopio al cuello—. Pero ¿querrás, al menos, tumbarte para que te ausculte?

—No hace falta —dijo Erlendur, y se sentó en una silla delante del escritorio.

Dagóbert se sentó sobre la camilla. Erlendur recordaba su primer encuentro, cuando el médico le contó que el pulso estaba regido por mensajes eléctricos, que en su caso se habían visto alterados. Por regla general, solía deberse al estrés. Erlendur no entendió prácticamente nada de lo que dijo, aparte de que la situación no entrañaba especial peligro y se iría resolviendo con el paso del tiempo.

—¿Y qué puedo hacer entonces...? —preguntó Dagóbert.

—Es una cuestión médica —respondió Erlendur.

Desde que se le ocurrió preguntarle al médico estuvo dándole vueltas a cuál sería la mejor manera de formularlo. No quería hablar con nadie de la policía, un forense o algo por el estilo, porque no quería verse obligado a explicar nada.

—Vale, ¿de qué se trata?

—Si alguien pretendiera matar a alguien pero solamente por uno o dos minutos, ¿cómo procedería? —preguntó Erlendur—. Si se le quiere revivir inmediatamente después de ese tiempo sin que quede huella alguna de lo sucedido.

El médico se lo quedó mirando un buen rato.

—¿Conoces algún caso de ese género? —preguntó.

—Eso mismo quería preguntarte yo a ti —dijo Erlendur—. Yo no sé nada de nada.

—No sé de nadie que lo haya hecho estando en su sano juicio, si es a eso a lo que te refieres —dijo Dagóbert.

—¿Cómo se procedería?

—Depende de muchas cosas. Por lo que sabes, ¿cuáles son las circunstancias?

—No lo tengo claro. Digamos, por ejemplo, que se haga en una casa particular.

Dagóbert miró a Erlendur con gesto muy serio.

—¿Alguien que conozcas ha andado haciendo el tonto con eso? —preguntó.

Dagóbert sabía que Erlendur trabajaba en la policía de investigación y pensaba que no había duda de que sus problemas de arritmia eran consecuencia de su trabajo, como él mismo lo expresó. Por lo general no solía usar terminología especializada, para alegría de Erlendur.

—No —contestó Erlendur—. Y no es un asunto que esté investigando la policía. Solo tengo curiosidad por un antiguo informe que encontré por casualidad.

—¿Estás hablando de una parada cardíaca producida sin que pueda llegar a descubrirse, y a la cual pueda sobrevivir una persona?

—Supongo —dijo Erlendur.

—¿Y por qué querría nadie hacer algo de ese género?

—No tengo ni la menor idea —respondió Erlendur.

—Supongo que tendrás alguna conjetura al respecto.

—En realidad, no.

—Me dejas pasmado. Como te he dicho, ¿para qué iba a querer nadie provocar una parada cardíaca?

—No lo sé —dijo Erlendur—. Esperaba que tú pudieras explicármelo.

—En lo primero que tienes que pensar es en eliminar cualquier peligro para la vida —dijo Dagóbert—. En cuanto el corazón deja de latir empieza la descomposición del cuerpo, así que los tejidos y los órganos peligran desde el primer momento. Existen diversos medicamentos, imagino, que pueden causar una parada cardíaca, pero tal como lo explicas probablemente se trataría de recurrir a la

hipotermia. Si no se procede así, no lo veo muy claro.

—¿Hipotermia?

—Descenso de la temperatura corporal —dijo el médico—. Tiene un doble efecto. El corazón deja de latir cuando la temperatura corporal desciende por debajo de cierto umbral y entonces te mueres de verdad; pero, al mismo tiempo, el frío ayuda a preservar el cuerpo y los órganos. El frío frena el metabolismo.

—¿Cómo se vuelve a la vida a esa persona?

—Lo más probable es que con un masaje cardiaco, y después una descongelación rápida; esto es, haciendo que el cuerpo se caliente rápidamente.

—¿Hacen falta conocimientos especializados para hacerlo?

—Sin ningún género de duda. No puedo imaginarme otra cosa. Tiene que haber un médico presente, incluso un cardiólogo. Y por supuesto, nadie debería ponerse a jugar con una cosa como esa.

—¿Cuánto tiempo se puede mantener a alguien en ese estado antes de que sea imposible revivirle?

—No soy especialista en provocar la muerte mediante hipotermia —respondió Dagóbert con una sonrisa—. Es cuestión de muy pocos minutos después de la parada cardiaca: cuatro o cinco minutos como mucho. No lo sé. Hay que tener en cuenta las circunstancias. Si estás en un hospital y tienes a mano los aparatos necesarios, quizá se pueda llegar un poco más allá. La hipotermia se ha utilizado en los últimos años para mantener a personas en coma mientras se curan sus heridas. Es un buen método para proteger los órganos de quienes, por ejemplo, han sufrido una parada cardiaca. La temperatura corporal se mantiene en torno a los treinta y un grados o algo así.

—Si se hace en una casa particular, ¿qué es necesario tener a mano?

El médico reflexionó un buen rato.

—No puedo... —comenzó, pero se calló.

—¿Qué es lo primero que se te ocurre?

—Una buena bañera. Un desfibrilador y buena conexión eléctrica. Una manta.

—¿Quedarían huellas, en el caso de que pudieran revivir a la persona?

—¿Huellas de lo sucedido? No creo —dijo Dagóbert—. Supongo que será como quedar enterrado en una tormenta de nieve. El frío va ralentizando poco a poco el metabolismo. La primera consecuencia es que la persona se duerme, luego entra en coma y al final se le para el corazón y muere.

—¿No es lo que ocurre cuando la gente muere por congelación?

—Exactamente lo mismo.

La mujer que, por lo que se sabía, fue la última en hablar con la estudiante universitaria Guðrún, trabajaba como jefa de departamento en el Museo Nacional. Guðrún y ella eran primas y los padres de aquella le habían pedido que se ocupara un poco de ella mientras hacían su largo viaje por Asia. Era tres años mayor que Guðrún,

bajita y con abundante pelo rubio que llevaba recogido en una coleta. Su nombre era Elísabet y los amigos la llamaban Beta.

—No me apetece nada revivir ese asunto —dijo cuando se sentaron en la cafetería del Museo Nacional—. En cierto modo, Dúna estaba bajo mi responsabilidad, o al menos yo lo sentía así, aunque claro, ya sabes, no habría podido impedir nada. Simplemente desapareció. Fue totalmente increíble. ¿Por qué lo estáis investigando ahora?

—Estamos cerrando el caso —dijo Erlendur, confiando en que eso bastara como explicación. No tenía ni la menor idea de por qué buscaba a la chica de la universidad o a Davíð, el chico desaparecido, aparte de que le interesaban las desapariciones y de que, al contrario de lo habitual, había poco trabajo.

—¿De forma que estáis ya seguros de que no se la podrá encontrar nunca? —preguntó Beta.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Erlendur sin darle una respuesta directa.

—Lo único que puedo hacer es imaginar qué pudo haber pasado —dijo Beta—. Un día sale en su coche y ¡zas!, desaparecida. Nunca aparecieron ni el coche, ni la más mínima huella de ella ni de sus ropas. Parece que no entró en ninguna tienda ni en ningún pueblo ni de camino al norte ni en Reikiavik.

—Se ha hablado de suicidio —dijo Erlendur.

—Pero ella no era de ese tipo de gente —dijo Beta al instante.

—¿Qué clase de personas son los suicidas? —preguntó Erlendur.

—No, quiero decir que ella no era así.

—No sé de nadie que sea así —dijo Erlendur.

—Sabes lo que quiero decir —protestó Beta—. ¿Y qué fue de su coche? No creo que se suicidara también.

Erlendur sonrió.

—Lo buscamos en los puertos de todo el país. Utilizamos buzos para rastrear los muelles, por si había perdido el control del coche. No encontramos nada.

—Estaba loca por su Mini amarillo —dijo Beta—. No podría imaginármela cayendo por un muelle con su coche. Siempre me ha parecido absurdo. Una idea sin sentido.

—¿No dejó traslucir nada de sus intenciones en vuestra última conversación?

—Nada en absoluto. Si yo hubiera sabido lo que iba a pasar, todo habría sido distinto. Me llamó para preguntarme por una peluquería de la que le había hablado, una de Laugavegur. Quería ir. Por eso nunca he podido creer lo del suicidio. No había nada que apuntara en esa dirección.

—¿Había algún motivo especial, alguna ocasión señalada?

—¿Para lo de la peluquería? No, solo que ya le tocaba cortarse el pelo, creo.

—¿Y no hablasteis de nada más?

—No, de nada, en realidad. Y nunca volví a saber de ella. Pensé que se habría ido a Akureyri, llamé dos o tres veces pero no la pillé... Bueno, eso pensé. Claro, había

desaparecido. Es difícil imaginarse lo que puede haber pasado. ¿Por qué una chica como ella, en la flor de la vida, iba a desaparecer de ese modo sin ninguna clase de preliminares, sin ningún aviso? ¿Cómo es posible? ¿Cómo puede nadie llegar a comprenderlo jamás?

—¿Había tenido alguna relación, había vivido con algún chico, o...?

—No, nunca. Aún no había empezado con esas cosas.

—¿Adónde iba cuando salía en el coche? Sé que está en el informe, pero nunca se termina de preguntar.

—Al norte, claro. A veces echaba de menos Akureyri y se iba para allá en cuanto podía. Y luego, también a las cercanías de Reikiavik. Al este, más allá de la montaña. Un paseo hasta Hveragerði para tomarse un helado. Todas esas cosas, lo normal. ¿Sabes que le interesaban los lagos?

—Sí.

—El lago Þingvallavatn era uno de sus sitios favoritos.

—¿El Þingvallavatn?

—Lo conocía como la palma de la mano. Fui allí muchísimas veces y tenía su lugar favorito a la orilla del lago. Una prima nuestra de aquí tenía un bungalow en el valle de Lundarreykjadalur, en Borgarfjörður, al que íbamos mucho, y ella pasaba por Uxahryggir para ir a Þingvellir, camino de la ciudad. Y luego al este del río y de ahí a casa. A veces acampaba en Þingvellir con sus amigas. Y a veces, ella sola. Salía de la ciudad y se estaba sola junto al lago. Le iba bastante lo de estar sola, se bastaba a sí misma casi para todo.

—¿No había huella de que hubiera estado en casa de vuestra prima? —preguntó Erlendur, intentando hacer memoria en los informes sobre la desaparición de Guðrún.

—No, allí no fue —dijo Beta.

—¿A qué se debía ese interés por los lagos?

—Eso no lo sabía nadie, ni siquiera ella misma. Dúna siempre había sido así, desde pequeña. Una vez me dijo que los lagos tenían un atractivo inmenso, que en ellos se gozaba de una extraña paz. La cercanía a la naturaleza era especialmente poderosa junto a los lagos, las aves y la vida de las playas. Naturalmente, estudiaba biología. No era por casualidad.

—¿Salía al lago? ¿Tenía barca?

—No, y eso era lo curioso de Dúna. Tenía miedo al agua desde chica. Había que empujarla para meterla en el agua en la clase de natación, y nunca le gustó nada ir a la piscina. No le interesaba estar ni dentro del agua ni encima del agua, solo cerca de los lagos. Era por su amor a la naturaleza.

—No hay muchos sitios tan bonitos como Þingvallavatn —dijo Erlendur.

—Absolutamente cierto.

Dos días después, Erlendur estaba sentado en casa del profesor de arte dramático, que era ya bastante mayor. Le ofreció una infusión de hierbas. Erlendur no solía beber nunca esas cosas, pero el hombre se había mostrado bastante hostil, no comprendía lo que podía querer la policía y no se mostró muy dispuesto a dejarle entrar. Cuando supo que el caso no se refería a él sino que era cuestión de chismes relativos a otras personas, se apaciguó y le abrió la puerta de su casa. Dijo que estaba preparándose un té de hierbas y le preguntó a Erlendur si no querría también él una tacita.

Orri Fjeldsted le había dicho que hablara con el maestro de actores cuando Erlendur le preguntó quién podría conocer mejor a los antiguos alumnos de la Escuela de Arte Dramático. Orri no se lo pensó dos veces. Jóhannes le había dado clases a él en su época y era un tipo estupendo, aunque también un parlanchín insoportable, sabía muchas cosas, pero si se le ocurría decir algo sobre Orri, seguro que era mentira.

Jóhannes vivía solo en una casa adosada del este de la ciudad; era bastante alto y con voz atronadora, calvo y con una mirada divertida en los ojos, y sus orejas eran más grandes de lo normal. Orri le había dicho que estaba divorciado: la mujer le había abandonado hacía muchos años. No tenían hijos. Jóhannes fue un actor magnífico en su juventud, pero a medida que envejecía le ofrecían cada vez menos papeles y empezó a dar clases en la Escuela de Arte Dramático, mientras participaba de vez en cuando en obras de teatro de profesionales y aficionados. Alguna que otra aparición secundaria en películas había mantenido el nombre del actor en el candelero, y a veces salía en programas de tertulia en la radio y la televisión, recordando viejos tiempos.

—Recuerdo bien a Baldvin —dijo Jóhannes una vez estuvo sentado en su despacho, con infusión de hierbas para los dos.

Erlendur tomó un sorbo de infusión y el sabor no le gustó nada. Ya le había contado a Jóhannes el motivo de su visita y le había pedido que no le dijese a nadie que andaba preguntando por un antiguo estudiante suyo de Teatro. Por lo que había dicho Orri, no serviría de mucho pedirle confidencialidad, pero Erlendur no perdía la esperanza.

—No tenía mucha madera de actor, lo dejé, si recuerdo bien, en segundo —continuó Jóhannes—. Pero tenía un talento aceptable para la comedia. Eso era todo. Lo dejó a medias, en mitad de la representación, por así decir. Pensaba que le iba mucho mejor la Medicina. Desde entonces, prácticamente no le he vuelto a ver.

—¿Era un buen grupo, el de su curso?

—Sí, sí que lo era —dijo Jóhannes bebiendo un sorbo de infusión—. Sí que lo era. Bueno, estaba Orri Fjeldsted, que es un actor estupendo aunque puede llegar a ser un poco monocorde. Vi esa espantosa representación de *Otelo*. Ahí no estaba nada bien. En el grupo también estaban Svala y Sigríður, que ahora es una gran actriz.

Nació para representar a Ibsen y a Strindberg, los gigantes de los países nórdicos. Y por supuesto, Heimir, que yo personalmente he pensado siempre que merece papeles de más enjundia. Con la edad se fue volviendo más amargado y desilusionado. Se dio a la botella. Yo hice que interpretara a Jimmy en *Mirando hacia atrás con ira* cuando monté la función, y me quedé con la impresión de que estuvo perfectamente a la altura, aunque no todo el mundo pensó lo mismo. En realidad, no sé dónde estará ahora; hace unos días le oí en un pequeño papel en una obra teatral para la radio. Toda esa gente anda ya por la mediana edad: Lilja, Sæbjörn y Einar. Y en el grupo también estaba Karólína. La pobre nunca fue demasiado buena actriz.

—¿Recuerdas cuando Baldvin dejó los estudios? —preguntó Erlendur, con plena sensación de que no necesitaría pinzas para sacarle información al viejo actor.

—¿Baldvin? Sí, lo dejó así sin más. Tampoco dio demasiadas explicaciones, porque no hacían ninguna falta. Aunque lo cierto es que en esos años era muy difícil entrar en la Escuela de Arte Dramático y existía mucha competencia por las plazas, de manera que la gente no solía marcharse así sin más, en mitad de la representación, te lo aseguro. En mitad de la representación.

—Pero él no estaba literalmente en mitad de la representación, ¿no?

—No, es solo una manera de hablar. Mira, es que fue así, sin más. Lo dejó muy pronto, esa es la sensación que me dio, teniendo en cuenta lo que se habían tenido que esforzar esos chicos para poder entrar en la escuela. En esa época, los jóvenes soñaban con ser actores. Ese era el gran sueño. Alcanzar la gloria, ser famosos y admirados. El arte dramático puede dártelo, si es eso lo que buscas. A los actores serios les da mucho más. A mí me dio cultura, literatura y el arte de la escena. Me abrió las puertas a la vida misma.

El viejo actor calló y sonrió.

—Perdona que me ponga demasiado grandilocuente. Quizá los actores tenemos tendencia a exagerar. Sobre todo cuando subimos a un escenario.

Se rio de sí mismo a carcajadas.

—Tengo entendido que Baldvin conoció a una mujer y se casó muy poco después de dejar la escuela —dijo Erlendur con una sonrisa.

—Sí, ella era historiadora, ¿no? Murió hace unos días, creo. Se quitó la vida. Tú habrás venido quizá por ella, o...

—No —dijo Erlendur—. ¿Llegaste a conocerla?

—No, qué va. ¿Hubo algo sospechoso en su forma de morir?

—No —respondió Erlendur—. ¿Baldvin estaba resignado a dejar la actuación? ¿Recuerdas algo al respecto?

—Yo siempre pensé que Baldvin hacía siempre lo que quería —dijo Jóhannes—. Esa es la impresión que me dio. Como si no dejara que nadie le dijese lo que tenía que hacer: un chico decidido que, digamos, seguía su propia senda. Pero los chicos decían también que la chica esa le tenía tan pillado que cambió de marcha por completo. Además, no era demasiado buen actor. Probablemente se dio cuenta él

mismo.

—¿Solía haber ligues entre los del grupo de la escuela? —preguntó Erlendur, dejando la taza de infusión.

—Es lo habitual —respondió Jóhannes—. Siempre hay algo de eso, pero no suelen durar mucho. Aunque algunos del mismo curso de la escuela llegaron a casarse. Es lo que sucede siempre.

—¿Y Baldvin?

—¿Antes de conocer a su mujer, quieres decir? Sí, pero en eso no te voy a poder ayudar mucho. Algo oí de que había ligado con Karólína, que era de su mismo curso. Era bastante maja, aunque en realidad no tenía grandes dotes de actriz, y nunca interpretó nada especialmente destacado. Bueno, no sé en virtud de qué la aceptamos en la escuela. Nunca lo supe.

—¿De forma que llegó a ser actriz? —preguntó Erlendur, lamentando no frecuentar más los teatros.

—Sí. Su carrera no fue muy larga, y desde luego nunca llegó a alcanzar especial fama. Creo que lleva unos años sin actuar. Casi siempre lo hacía en papeles muy secundarios. El más importante que hizo recibió tales críticas que debió de quedarse destrozada.

—¿Qué papel era? —preguntó Erlendur.

—Se trataba de una pieza sueca de teatro de tesis, que estaba bastante de moda en esos días. Nada especialmente malo, pero tampoco demasiado bueno. En islandés se tituló *Llama de esperanza*. No sé por qué lo montaron. El teatro hiperrealista está pasado de moda.

—Ya —dijo Erlendur, que no sabía absolutamente nada de teatro sueco.

—En su tiempo fue un autor bastante popular.

Erlendur asintió con la cabeza sin saber a qué decía que sí.

—Aquello fue un poco especial para Karólína. Nadie deseaba más que ella llegar a ser famosa, convertirse en una estrella, en la reina de los escenarios. Creo que ese era el único motivo que la llevó a matricularse en la Escuela, cuando otros pensaban más, con toda probabilidad, en el Arte Dramático en sí y en lo que este te puede enseñar. En ese aspecto, Karólína era un poco rara. Pero no tenía lo que hacía falta: carecía de talento. Daba igual lo que intentáramos en la Escuela. Sencillamente era imposible.

—Pero ¿le dieron ese papel protagonista?

—El papel de *Llama de esperanza* no era tan malo —dijo Jóhannes, terminando su infusión—. Pero ella estuvo muy mal. Un auténtico desastre, la pobre. Creo que después prefirió retirarse una temporada. Pero bueno, Baldvin y ella andaban juntos en esos años, hasta que él se casó y tuvo... No, no tuvieron niños, ¿verdad?

—No —respondió Erlendur, extrañado por cómo seguía la vida de sus alumnos aquel profesor de Teatro. Al parecer, nada escapaba a sus grandes orejas.

—Quizás aquello afectó a la buena mujer y fue por eso —dijo—. La falta de

hijos.

Erlendur se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Se ahorcó, ¿verdad?

Erlendur asintió.

—Y Baldvin, ¿cómo se lo tomó él?

—Como se pueden tomar estas cosas, creo yo.

—Sí, ¿cómo se va a tomar algo así? Yo no lo sé. Vi a Baldvin hace unos cuantos años. Le estaba haciendo una suplencia a mi médico de familia en el centro de salud. Baldvin es un chico realmente adorable. Recuerdo que siempre andaba con problemas económicos. Siempre con una lista de deudas persiguiéndole. Muchas veces le dejé dinero yo mismo, hasta que me harté. Gastaba mucho más de lo que tenía, pero ¿quién no hace eso mismo hoy en día?

—Sí —dijo Erlendur, poniéndose en pie.

—Es como si estuviera de moda deber cuanto más dinero, mejor —dijo Jóhannes acompañándole a la puerta.

Erlendur le estrechó la mano.

—Magdalena era bastante maja, en realidad —dijo el actor—. Una chica guapa.

Erlendur se detuvo en la puerta.

—¿Magdalena? —dijo.

—Sí, una Magdalena muy maja. Bueno, Karólína. Espera, ¿acaso me he liado? Todo se me hace un caos en la cabeza: papeles y actores.

—¿Quién era Magdalena? —preguntó Erlendur.

—Era el papel de Karólína en la función sueca. Interpretaba a una mujer joven llamada Magdalena.

—¿Magdalena^[2]?

—¿Te sirve eso de algo?

—No lo sé —dijo Erlendur—. Es posible.

Estaba sentado en su coche, pensando otra vez en las casualidades. Se había fumado ya cuatro cigarrillos y sentía un poco de acidez de estómago. En realidad, no había comido nada desde por la mañana y aliviaba el hambre con los cigarrillos. Una rendija abierta en la ventanilla del lado del conductor permitía que saliera casi todo el humo. Ya era de noche. Había estado mirando el sol de otoño desaparecer detrás de un banco de nubes. El coche estaba aparcado a una distancia prudente de un viejo chalé de Kópavogur, y mientras contemplaba la puesta de sol miraba de reojo la casa. Erlendur sabía que la mujer vivía sola, y pensó que seguramente no dispondría de mucho dinero, pues de lo contrario el mantenimiento de aquella casa sería bastante mejor. Se encontraba en un estado bastante lamentable, llevaba tiempo sin pintarse y debajo de las ventanas había manchas rojizas de óxido. No había visto a nadie entrar

ni salir. Un decrépito utilitario japonés estaba aparcado en la calle, delante de la casa. La gente de las casas vecinas ya se había metido en casa después del trabajo, o el colegio, o las compras, o lo que fuese que hacía la gente en su vida cotidiana, mientras él observaba, un tanto avergonzado, la típica vida familiar a través de las ventanas de las dos cocinas que tenía justo enfrente de donde había aparcado el coche.

Estaba allí debido a unas casualidades en el caso que no sabía exactamente por qué estaba investigando con tanto afán. No había ningún dato que indicara algo que no fuese la trágica muerte de una mujer que había llegado al extremo de la desesperación. A ello apuntaba su pasado, sin duda. La pérdida de su madre. Su obsesión con la vida después de la muerte. Erlendur no había encontrado nada que pudiera indicar la existencia de algo sucio hasta que oyó aquel nombre que ya había oído con anterioridad. El nombre despertó en él extrañas conjeturas sobre relaciones, conocidas y desconocidas, entre personas que la desdichada mujer de Þingvellir conocía o no conocía. Magdalena era el nombre de la médium a la que visitó María. Erlendur sabía que las casualidades rara vez eran otra cosa que la vida misma, que le hacía jugarretas a la gente, o que le daba alegrías. Eran como la lluvia, que caía sobre justos y pecadores por igual. Podían tener como resultado algo bueno, o algo malo. Decidían en mayor o menor medida lo que llamamos «destino» de la gente. Surgían de la nada: inesperadas, extrañas e inexplicables.

Erlendur procuraba evitar confundir las casualidades con otra cosa. Gracias a su trabajo, sabía mejor que nadie que en ocasiones se manipulaban. Era posible plantarlas a voluntad en la vida de gente que nunca llegaba a sospechar nada. En tales casos, los incidentes no podían seguir considerándose casualidades. No había un nombre específico con el que denominarlos, y en el oficio de Erlendur solo existía un término para ellos: delito.

No dejaba de darle vueltas a esa idea cuando se encendió la luz del exterior de la casa, se abrió la puerta y salió una mujer. Cerró al salir y se dirigió al coche que había aparcado delante de la casa, se metió en él y se fue. Hubo de accionar tres veces el arranque antes de que el coche se pusiera en marcha, y desapareció por la calle con gran estrépito. Erlendur pensó que una parte del tubo de escape habría podido romperse.

Se quedó mirando el coche, puso en marcha su viejo Ford y salió detrás de aquel. No sabía mucho de la mujer a la que estaba espiando. Tras su visita al profesor de arte dramático se informó un poco sobre la carrera de Karólína Franklín. En realidad, su patronímico era Franklínsdóttir pero utilizaba el nombre de su padre como apellido, algo que el profesor de Teatro consideraba muy propio de ella: «En esta chica todo es superficial —había dicho—. No tiene nada aquí arriba», añadió, y se señaló la cabeza con el dedo índice. Erlendur averiguó que Karólína trabajaba como secretaria de dirección en una gran empresa financiera de la capital. Estaba divorciada, no tenía hijos y llevaba años sin aparecer en público como actriz. El papel

de Magdalena en *Llama de esperanza* fue su último papel. En dicha obra representaba a una trabajadora sueca, según contó Jóhannes, que descubriría que su marido la engañaba, y maquinaba una venganza.

Siguió a Karólína hasta un quiosco y una tienda de alquiler de vídeos cerca de la casa, la observó elegir una película y comprar chucherías antes de volver a casa otra vez.

Erlendur se quedó sentado en el coche delante del chalé durante una hora, fumó dos cigarrillos más y luego se marchó camino de casa.

El director del banco no le hizo esperar. Salió a recibirle, le saludó con un fuerte apretón de manos y le invitó a pasar a su despacho. El director andaba por la cincuentena, impecablemente vestido con traje de rayas finas y corbata a juego, y calzaba unos deslumbrantes zapatos de charol. Era de la estatura de Erlendur, sonriente y amigable, y dijo que acababa de volver de Londres con un grupito de clientes con quienes había ido a presenciar un importante encuentro de la liga inglesa de fútbol. A Erlendur le sonaban los equipos, pero no mucho más. El director estaba habituado a recibir a ricos clientes que solo deseaban un servicio rápido y sin complicaciones. Erlendur sabía que aquel hombre había conseguido ascender hasta el puesto que ocupaba a base de perseverancia, tesón y ganas de agradar a los clientes, virtudes innatas en él. Habían coincidido bastantes veces, sobre todo desde que Erlendur descubrió, cuando el buen hombre era un simple cajero, que aunque vivía en Reikiavik, se había criado en una aldehuela de la provincia de Öræfi, en el sudeste del país, hasta que la familia se hartó de vivir con estrecheces y se mudó a la capital.

Le sirvió un café a Erlendur y los dos se sentaron en un tresillo de cuero, dentro del espacioso despacho. Hablaron de la cría de caballos en el este y de las noticias de cómo iba aumentando y agravándose la situación delictiva de Reikiavik, que iba pareja con el creciente consumo de drogas. Cuando parecieron agotarse los temas de conversación por un rato y Erlendur empezó a preocuparse de que el director tuviera que continuar su trabajo de amasar miles de millones para el banco, aunque no diese ninguna señal de ello, carraspeó y entró en materia.

—Naturalmente, hace mucho que has dejado de ayudar a la policía —dijo, pasando la mirada por el despacho.

—Ahora hay otras personas dedicadas a eso —contestó el director alisándose la corbata—. ¿Quieres hablar con ellos?

—No, no. Contigo es con quien quería hablar.

—¿De qué se trata? ¿Necesitas un préstamo?

—No.

—¿Estás en números rojos?

Erlendur sacudió la cabeza. Nunca había tenido problemas económicos significativos. Su sueldo le había bastado perfectamente, excepto cuando se instaló en la casa del bloque, y nunca necesitó traspasos ni más préstamos que su hipoteca, que casi había terminado de pagar.

—No, nada de eso —dijo Erlendur—. Pero sí que es algo personal. Tiene que quedar total y absolutamente entre tú y yo. A menos que quieras que me echen de la policía.

El director del banco sonrió.

—¿No estarás exagerando un poco? ¿Por qué te iban a echar?

—Nunca se sabe lo que van a hacer esos. ¿Crees en fantasmas? ¿No era habitual

creer en ellos allá abajo, en Öraefi?

—Pues claro que sí. Mi padre te puede contar muchas historias de fantasmas. Decía que eran tan claros y evidentes que habría que obligarles a pagar impuestos.

Erlendur sonrió.

—¿Estás investigando fantasmas? —preguntó el director.

—Es posible.

—¿Fantasmas que son clientes del banco?

—Tengo un nombre —dijo Erlendur—. Tengo un número de identificación. Sé que este es su banco. También era el banco de su mujer, que ya ha muerto.

—¿Es ella el fantasma?

Erlendur asintió.

—¿Tienes que consultar datos sobre ese hombre?

Erlendur asintió.

—¿Por qué no sigues las vías habituales? ¿Tienes un mandato judicial?

Erlendur sacudió la cabeza.

—¿Es un criminal?

—No. Es posible.

—¿Que es posible? ¿Es alguien a quien estás investigando?

Erlendur asintió.

—¿Qué pasa? ¿Qué estás buscando?

—No puedo decírtelo.

—¿Quién es?

Erlendur sacudió la cabeza.

—¿No puedo saberlo?

—No. Sé que esto es raro e incluso incomprensible para personas honradas como tú, pero quiero ver las cuentas de ese hombre y no puedo conseguirlo por los procedimientos habituales. Lo siento. Lo haría si pudiera, pero no puedo.

El director se lo quedó mirando.

—Lo que me estás pidiendo es un delito.

—Hay delitos y delitos —dijo Erlendur.

—¿De modo que no se trata de una investigación oficial?

Erlendur sacudió la cabeza.

—Erlendur —dijo el director del banco—. ¿Estás loco?

—Este caso, del que no puedo contarte nada, se está convirtiendo en una auténtica pesadilla. Yo mismo apenas sé nada de lo que ha sucedido, pero es posible que los datos que te estoy pidiendo me ayuden a comprenderlo mejor.

—¿Por qué no es una investigación corriente?

—Porque me he metido en ella por mi cuenta y riesgo —dijo Erlendur—. Nadie sabe lo que hago ni a qué conclusiones he llegado. Estoy totalmente solo en este asunto. Lo que está pasando aquí contigo no lo sabrá nadie más. Aún no tengo suficiente material entre manos como para hacer pública la investigación. Las

personas que estoy investigando lo ignoran, o espero que lo ignoren. Ni yo mismo sé exactamente la información que necesito, pero confío en conseguir algo en el banco. Tendrás que confiar en mí.

—¿Por qué andas en eso? ¿No corres el riesgo de perder tu trabajo?

—Es uno de esos casos en que no tienes nada firme en las manos, solo muchas sospechas. Lo único que tengo son pequeños fragmentos. Me faltan conexiones sencillas, algo así como el trasfondo de las cosas que sucedieron. Tengo que llenar los huecos de la historia de esa gente y, entre otras cosas, también su historia financiera. No te lo pediría si no fuera porque... porque creo que se ha cometido un delito. Un delito horrible del que nadie sabe nada y... porque quien lo cometió parece que va a salir libre y con las manos limpias.

El director miró a Erlendur durante un buen rato, silencioso y enigmático.

—¿Puedes ver aquí los clientes del banco en tus ordenadores? —preguntó Erlendur al fin, moviendo la cabeza en dirección a tres pantallas planas que había encima de la mesa de escritorio del director.

—Sí.

—¿Vas a ayudarme?

—Erlendur, no... no puedo ayudarte, lo siento. No puedo.

Se miraron largo rato.

—¿Puedes decirme al menos si la persona en cuestión está muy endeudada? Un simple sí o no me basta.

El director reflexionó un momento.

—No puedo, Erlendur. No me pidas eso.

—¿Y su mujer? Ella está muerta. Eso no tendría por qué perjudicar a nadie.

—Erlendur...

—Vale, muy bien. Te comprendo.

El director del banco estaba de pie. Golpeó su mesa con un dedo.

—¿Tienes su número de identidad?

—Sí.

El director tecleó el número, apretó varios botones del teclado, hizo clic con el ratón y por último miró atentamente el monitor.

—Nadaba en la abundancia —dijo.

El anciano estaba acostado en la cama y parecía dormir. Pasada ya la hora de la cena, en el corredor reinaba el silencio. Los dos hombres que ocupaban la habitación con él estaban acostados cada uno en su cama sin prestarle la menor atención a Erlendur. Uno leía un libro y el otro dormitaba.

Erlendur se sentó al lado de la cama y miró su reloj de pulsera. Iba de camino a su casa cuando decidió pasar a visitarle. En ese momento, el anciano despertó y le vio.

—Estuve hablando con tu hijo Elmar —dijo Erlendur.

No sabía de cuánto tiempo disponía, y entró directamente en materia.

—¿Y?

El hombre que estaba leyendo dejó el libro sobre la mesilla de noche y se volvió hacia la pared. Erlendur imaginó que oiría todo lo que dijeran. El que dormitaba estaba en la cama que había entre los dos y empezó a roncar suavemente. Erlendur sabía que no eran las mejores condiciones para llevar a cabo una investigación policial, pero poco podía hacer para solucionarlo, aparte de que tampoco se podía llamar «investigación policial» a sus visitas al anciano.

—¿No se llevaban bien los dos? —preguntó Erlendur, que hacía todo lo posible para que sus palabras no causaran sospechas innecesarias. Pensó que a lo mejor ya lo había preguntado alguna vez.

—Los dos hermanos eran muy distintos, si es a eso a lo que te refieres.

—¿Tal vez no eran muy íntimos? —preguntó Erlendur.

El anciano sacudió la cabeza.

—No, no lo eran. Mi Elmar nunca viene por aquí. No me visita. Dice que no aguanta los hospitales ni las residencias ni los asilos ni nada de eso. Es taxista. ¿Lo sabías?

—Sí —respondió Erlendur.

—Divorciado, como tantos otros —dijo el anciano—. Siempre ha sido un tanto excéntrico.

—Sí, hay gente así —dijo Erlendur por decir algo.

—¿Encontraste a la chica esa por la que me preguntabas?

—No. Tu hijo Elmar dijo que Davíð nunca había andado con chicas.

—Tiene razón.

El hombre de la cama de en medio había empezado a roncar más fuerte.

—Quizá deberías dejar de buscar —dijo el anciano.

—No es una búsqueda, en realidad —dijo Erlendur—. En estos momentos no hay mucho trabajo, de modo que no tienes que preocuparte por mí.

—¿Realmente crees que serás capaz de encontrarle algún día?

—No me hago ninguna idea —dijo Erlendur—. La gente desaparece. A veces se les encuentra y a veces no.

—Ha pasado demasiado tiempo. Hace una eternidad que dejamos de imaginárnoslo con vida. Eso nos alivió un poco, en realidad, aunque nunca hemos podido llorarle como es debido.

—No, claro —dijo Erlendur.

—Y dentro de poco yo ya no estaré —dijo el anciano.

—¿Te preocupa?

—No, no tengo miedo.

—¿Te preocupa lo que pueda haber después? —preguntó Erlendur.

—En absoluto. Espero volver a ver a Davíð. Y a Gunnþóra. Será estupendo.

—¿Crees en eso?

—Siempre he creído en ello.

—¿En la vida después de la muerte?

—Sí, sí.

Callaron.

—Me habría gustado saber qué le pasó al muchacho —dijo el anciano—. Es curioso cómo suceden estas cosas. Le dijo a su madre que iba a una librería y luego a casa de un amigo, y así terminó su breve vida.

—Nadie le reconoció en las librerías. Ni aquí, en Reikiavik, ni en ninguna de las ciudades próximas. Lo investigamos a fondo en su momento. Tampoco había hablado con ninguno de sus amigos.

—Quizá su madre lo entendió mal, es posible. Todo era tan difícil de entender. Tan terriblemente difícil de entender.

El hombre que había estado leyendo se había quedado dormido.

—¿Qué buscaba en la librería? ¿Lo recuerdas?

—Se lo dijo a Gunnþóra. Quería comprar un libro de lagos.

—¿Un libro de lagos?

—Sí, un libro de lagos o así.

—¿De qué lagos? ¿Le interesaban esas cosas?

—Era un libro nuevo, eso dijo su madre. Un libro ilustrado de los lagos de los alrededores de Reikiavik.

—¿Tenía interés por esa clase de libros, por la naturaleza de Islandia?

—Nunca lo tuvo, que yo supiera. Recuerdo que su madre pensó que se lo quería regalar a alguien. Pero no estaba segura. Pensaba que podía tratarse de una confusión, porque el chico nunca había hablado de esas cosas.

—¿Sabías a quién quería regalarle el libro?

—No.

—¿Ninguno de sus amigos lo sabía?

—No, ninguno.

—¿No podía ser la chica de la que habla Gilbert? La que creía que había conocido tu hijo.

—No había ninguna chica —dijo el anciano—. Davíð nos lo habría contado. Y además, ella habría venido a raíz de la desaparición de Davíð. Otra cosa sería impensable. Por eso no puede haber habido ninguna chica. Sería absurdo.

El anciano rechazó la idea con un gesto de la mano.

—Absurdo —repitió.

Esa tarde, Erlendur entró en una calle sin salida de Grafarvogur y se detuvo junto a la casa en la que vivía el médico. Habían acordado una cita para ese día. Erlendur le llamó a primera hora de la tarde y dijo que necesitaba hablar con él. Baldvin quería saber por qué, y Erlendur le contestó que le había llegado cierta información de una tercera fuente, y quería confrontarla con él. El médico pareció muy extrañado, quería saber quién era esa tercera fuente y si aquello significaba que la policía le estaba examinando con lupa a él. Erlendur le tranquilizó como el día anterior, diciendo que no tardaría nada en responder a sus preguntas. Estuvo a punto de añadir que no era nada serio, pero sabía que eso sería mentir.

Estuvo un buen rato sentado en el coche antes de apagar el motor. La inminente reunión con Baldvin no le hacía demasiada ilusión. Estaba solo. Ni Elínborg ni Sigurður Óli sabían exactamente a qué se dedicaba, ni tampoco lo sabían sus superiores en la policía de investigación. Erlendur no tenía ni la menor idea de cuánto tiempo podría mantener la investigación del caso sin hacerla pública. El desarrollo ulterior de los acontecimientos dependería quizá de la reacción de Baldvin.

Baldvin recibió a Erlendur en la puerta y le invitó a entrar en el salón. Estaba solo en la casa. Erlendur tampoco esperaba otra cosa. Se sentaron. La atmósfera era más incómoda aún que en sus anteriores encuentros.

Baldvin se mostró cortés y muy formal. Cuando hablaron por teléfono no preguntó si debería pedir la asistencia de un abogado. Erlendur se alegró de ello. No habría sabido qué responder. Lo mejor era hablar con Baldvin solo, tal como estaban las cosas de momento.

—Como te dije por teléfono... —comenzó Erlendur, dispuesto a empezar con los prolegómenos que había estado preparando en el coche. Baldvin le interrumpió.

—¿Por qué no vas directamente al grano? —dijo—. Confío en que la reunión será breve. ¿Qué es lo que quieres saber?

—Iba a decirte que hay tres detalles...

—¿Qué quieres saber?

—Magnús, tu suegro...

—No llegué a conocerle —dijo Baldvin.

—Claro que no, eso lo tengo claro. ¿A qué se dedicaba?

—¿Cómo que a qué se dedicaba?

—¿De qué vivía?

—Me da la sensación de que eso ya lo sabes.

—Lo más sencillo sería que respondieras tú a las preguntas —dijo Erlendur con gesto serio.

—Era agente inmobiliario.

—¿Y le iba bien?

—No. En realidad, le iba fatal. Cuando murió estaba a punto de entrar en quiebra,

según me contó María. Leonóra también lo mencionó.

—Pero ¿no llegó a la quiebra?

—No.

—Y Leonóra y María fueron sus herederas, ¿no?

—Sí.

—¿Qué es lo que heredaron?

—En su momento no se consideró demasiado —respondió Baldvin—. Conservaron esta casa porque Leonóra se empeñó en ello.

—¿Y algo más?

—Un terreno en Kópavogur. Magnús lo había aceptado como parte de un acuerdo, como un adelanto o algo por el estilo, y se convirtió en dueño de la parcela. Eso fue dos años antes de morir.

—¿Y Leonóra lo conservó durante todos esos años? ¿Aunque tenía que salvar la casa?

—¿Adónde quieres ir a parar con todo esto?

—Desde entonces, Kópavogur ha sido la comunidad de mayor crecimiento de toda Islandia, y su población ha crecido más que la de ningún otro lugar del país, Reikiavik incluido. Cuando Magnús adquirió esa parcela, estaba tan lejos que la gente apenas se atrevía a ir por allí. Ahora está casi en el corazón de la ciudad. ¿Quién habría podido creerlo?

—Sí, es increíble.

—Comprobé el precio de venta en las fechas en que Leonóra vendió los terrenos, ¿no hace ya tres o cuatro años? Le dieron una cantidad considerable. De acuerdo con los cálculos de la municipalidad de Kópavogur, serían como trescientos millones de coronas. A Leonóra se le daba bien manejar el dinero, ¿no? No presumía de tenerlo, quizá ni siquiera le interesaba demasiado. De modo que la mayor parte se quedó en una cuenta bancaria acumulando intereses. María heredó a su madre. Tú heredas a María. Nadie más. Solo tú.

—No puedo hacer nada para evitarlo —dijo Baldvin—. Te habría hablado de ello si hubiera pensado que tenía alguna importancia.

—¿Cuál era la postura de María respecto a ese dinero?

—¿La postura? Yo... Ninguna en especial. No tenía ninguna postura en especial sobre el dinero, en general.

—Por ejemplo, ¿quería que lo utilizaseis para disfrutar más de la vida de como lo hacíais? ¿Quería gastarlo en lujo y cosas innecesarias? ¿O era como su madre y no quería saber nada de él?

—Ella sabía perfectamente que ese dinero estaba ahí —dijo Baldvin.

—Pero ¿no lo usaba?

—No. Ni ella ni Leonóra. Eso es cierto. Creo saber el motivo, pero esa es otra cuestión. ¿Con quién has estado hablando, si puedo preguntarlo?

—Eso seguramente no importa por el momento. Puedo hacerme idea de que tú

querrás disfrutar de la vida. Y allí estaba todo ese dinero. Sin nadie que lo utilizara para nada.

Baldvin respiró hondo.

—No tengo el menor interés en hablar de ese dinero.

—¿Cómo organizasteis las cosas María y tú, hicisteis capitulaciones matrimoniales?

—Sí, en efecto.

—¿Cómo eran las capitulaciones?

—Esos terrenos y el dinero que se obtuviera de ellos le pertenecían a ella.

—¿Así que eran propiedad suya en exclusiva?

—Sí, y conservaría esa propiedad si nos divorciábamos.

—Muy bien —dijo Erlendur—. Ahora tenemos el detalle número dos. ¿Conoces a un hombre llamado Tryggvi?

—¿Tryggvi? No.

—Naturalmente, hace mucho tiempo desde que coincidisteis, pero deberías recordar las circunstancias. Tiene un primo que vive en Estados Unidos. Se llama Sigvaldi. Su novia se llamaba Dagmar. Precisamente está ahora de vacaciones en Florida. Volverá a casa dentro de una semana o dos. Intentaré hablar con ella. ¿Te suenan estos nombres?

—Más o menos... ¿Qué...?

—¿Estabas con ellos en la Facultad de Medicina?

—Sí, si estamos hablando de las mismas personas.

—¿Participaste en un experimento con Tryggvi, en el que le mantuvisteis muerto durante unos minutos?

—No sé qué...

—Tú y tu amigo Sigvaldi y su novia Dagmar.

Baldvin se quedó mirando a Erlendur durante unos segundos sin responder. Luego fue como si no pudiese aguantar seguir sentado, y se puso en pie.

—No pasó nada —dijo—. ¿Cómo has desenterrado ese asunto? ¿Adónde quieres ir a parar? Yo no hice más que mirar. Fue Sigvaldi quien se ocupó de todo. Yo... No pasó nada. Yo estaba allí, nada más. Ni siquiera conocía a ese hombre. ¿Se llama Tryggvi?

—¿De modo que sabes de quién estoy hablando?

—Fue una idiotez de experimento. No podía demostrar absolutamente nada.

—¿Pero Tryggvi estuvo muerto durante un rato?

—Ni siquiera lo sé. Yo salí. Sigvaldi dispuso una salita del hospital, y allá fuimos. Ese Tryggvi era un tanto raro. Sigvaldi se burlaba de él desde mucho antes de hacer el experimento. Yo acababa de empezar Medicina. Sigvaldi era un tipo muy listo, pero un tanto loco. Fue él quien estaba al frente de aquello, él y nadie más. Y quizá también Dagmar. Yo apenas tenía idea de lo que pensaban hacer.

—No he hablado con ellos, pero tengo intención de hacerlo —dijo Erlendur—.

¿Cómo hizo Sigvaldi para detener el corazón de Tryggvi?

—Enfrió el cuerpo y le administró un medicamento. No recuerdo cómo se llamaba ni si sigue en el mercado. El medicamento fue ralentizando el corazón hasta que dejó de latir. Sigvaldi cronometró el tiempo en que estaba parado el corazón, y al cabo de un minuto utilizó un desfibrilador. Tuvo efecto enseguida. El corazón empezó a latir enseguida.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Qué dijo Tryggvi?

—Nada. No dijo nada. No sintió nada, no sintió ningún daño. Lo describió como un sueño profundo. No comprendo por qué estás desenterrando este asunto. ¿Qué estás buscando tanto tiempo? ¿Por qué estás investigándome a mí, y a mi vida, con tanto detalle? ¿Qué crees que he hecho? ¿Es así como investigáis los suicidios? ¿Pretendes acosarme?

—Solo una cosa más —dijo Erlendur, sin responder a sus preguntas—. Y me voy.

—¿Esto es ya una investigación oficial?

—No —dijo Erlendur.

—¿Y entonces? ¿Estoy obligado a contestar a esas preguntas?

—En realidad, no. Solo intento averiguar lo que pasó cuando María se quitó la vida. Si había sucedido algo extraño.

—¿Algo extraño?! ¿Un suicidio no es ya de por sí algo extraño? ¿Qué quieres de mí?

—María visitó a una médium antes de morir. Dijo que la médium se llamaba Magdalena. ¿Te suena algo de eso?

—No —dijo Baldvin—. No me suena nada. Ya hemos hablado de ello. Yo no tenía ni idea de que hubiera ido a ver a ningún médium. No conozco a ninguna médium que se llame Magdalena.

—Fue a ver a la médium porque creyó ver a su madre aquí en casa, bastante después de la muerte de Leonóra.

—No tengo ni la más remota idea —respondió Baldvin—. Ella podía ser más receptiva que otros, creía ver cosas en sueños. No es tan infrecuente. Y no es nada raro, si es eso lo que andas investigando.

—No, claro que no.

Baldvin vaciló. Había vuelto a sentarse enfrente de Erlendur.

—Quizá debería hablar con tus superiores —dijo.

—Naturalmente —dijo Erlendur—. Si crees que eso hará que te sientas mejor.

—Bueno... Hablando de fantasmas. Hay una cosa que no te he contado —dijo Baldvin, escondiendo el rostro entre las manos—. Quizá comprendas mejor a María cuando sepas esto. Lo que hizo. Quizá te conmueva un poco. Ojalá comprendas que yo no le hice a ella absolutamente nada. Que fue solamente cosa suya.

Erlendur guardó silencio.

—Tiene que ver con el accidente de Þingvellir.

—¿Con el accidente en el que murió Magnús?

—Sí. Pensé que no tendría necesidad de entrar en el asunto, pero ya que crees que sucedió algo sospechoso, probablemente será mejor que lo sepas. Prometí a María que no se lo contaría a nadie, pero no me gustan nada estas visitas tuyas, y deseo que se acaben de una vez. No quiero que sigas viniendo por aquí con insinuaciones y medias verdades. Quiero que lo dejes ya y nos dejes... que me dejes que lllore a mi mujer en paz.

—¿De qué me estás hablando?

—De lo que me contó María después de la muerte de Leonóra. Sobre su padre y el Þingvallavatn.

—¿Qué era?

Baldvin respiró hondo.

—Lo que contaron Leonóra y María sobre lo sucedido cuando se ahogó él es correcto en todos los puntos, con una sola excepción. Quizás hayas investigado el asunto, porque parece que no has dejado sin tocar nada que pudiera guardar relación con nosotros.

—Algo sé al respecto —dijo Erlendur.

—Yo solo conocía la explicación oficial, como todo el mundo. La hélice se soltó, parece que Magnús intentó arreglar el motor y cayó por la borda, el agua estaba helada y se ahogó.

—Sí.

—María me dijo que su padre no estaba solo en la barca. Sé que no debería contarte lo que te voy a contar, pero no encuentro otra forma de librarme de ti.

—¿Quién estaba con él en la barca?

—Leonóra.

—¿Leonóra?

—Sí. Leonóra y...

—¿Y quién?

—María.

—¿María estaba también en la barca?

—Magnús engañaba a Leonóra. Tenía una relación. Por lo que sé, se lo contó en Þingvellir. En la casa de verano. Leonóra sufrió un ataque de nervios. No tenía ni la más remota idea de que la estuviera engañando. Magnús, Leonóra y María subieron a la barca. María no me contó lo que pasó, pero sabemos que Magnús cayó por la borda. La agonía fue breve. Nadie puede vivir mucho tiempo en el lago en otoño.

—¿Y María?

—María lo vio todo —respondió Baldvin—. No dijo nada cuando llegó la policía y confirmó la historia de que Magnús estaba solo en la barca.

—¿María no te contó lo que sucedió a bordo de la barca?

—No. No quiso.

—¿Y tú la creíste?

—Por supuesto.

—¿Le dolía mucho lo sucedido?

—Sí, siempre. Fue solo después de la muerte de Leonóra, de su difícil agonía aquí mismo, en casa, cuando María me lo contó. Le prometí que no se lo contaría a nadie. Espero que sepas mantener la promesa.

—¿Y por ese motivo ni ella ni su madre tocaron el dinero de Magnús? ¿Tenían mala conciencia?

—Esos terrenos carecían de valor hasta que se produjo el auge de la construcción en los alrededores de Reikiavik. Ya se habían olvidado de él cuando una gran empresa constructora se dirigió a ellas con una oferta por los terrenos. Cientos de millones. No acababan de creérselo.

Baldvin miró una foto de María que estaba sobre una mesita al lado de donde estaban sentados.

—Ya no podía más. Nunca había podido hablar con nadie de lo sucedido, y Leonóra la había convertido en algo así como su cómplice, se había asegurado su silencio. María no podía vivir sola con la verdad y... optó por esa solución.

—¿Quieres decir que su suicidio está relacionado con lo que le sucedió a su padre?

—Me parece evidente —respondió Baldvin—. No pensaba contártelo, pero...

Erlendur se puso en pie.

—No te molestaré más. Basta por hoy.

—¿Piensas hacer algo con esta nueva información sobre lo sucedido en Þingvellir?

—No veo ningún motivo para remover el asunto. Hace mucho tiempo, y tanto Leonóra como María están ya muertas.

Baldvin lo acompañó a la salida. Erlendur estaba ya en la acera cuando se dio la vuelta hacia él.

—Una última cosa —dijo—. ¿En el bungaló de Þingvellir tenéis ducha?

—¿Que si tenemos ducha? —preguntó Baldvin perplejo.

—Sí, o bañera.

—Tenemos las dos cosas. Ducha y bañera de agua termal. Supongo que tú también tendrás bañera. Está fuera, en el porche. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Bañera de agua termal, claro. Todo el mundo tiene un trasto de esos en las casas de verano, ¿verdad?

—Adiós.

—Vale, adiós.

María llevaba una buena temporada sin verse acosada por las visiones, cuando su padre se le apareció en el jardín y le gritó que tuviera cuidado. Nadie más lo vio. Nadie más oyó su grito. Su padre desapareció tan repentinamente como había aparecido, y lo único que María oyó después fue el gemido del viento y los golpes de la puerta del jardín. Volvió a entrar en la casa, muy impresionada, y cerró la puerta que daba a la terraza, se metió en su habitación y enterró el rostro en el almohadón.

Ya había oído esa voz en casa de Andersen, el médium, exactamente las mismas palabras de advertencia, pero no sabía qué podían significar, por qué las decía y hasta qué punto había que hacer caso de ellas. No sabía por qué debía tener cuidado.

Seguía despierta cuando Baldvin volvió a casa, muy tarde, y se pusieron a hablar otra vez de la sesión con Magdalena, de la que María le había hablado ya. Describió la reunión con más detalle, y cómo la había afectado. Dijo que creía lo que se había dicho en ella y que quería creerlo. Quería creer que existía una vida después de la vida. Que nuestra estancia en la tierra no era el final de todo.

Baldvin estaba acostado en silencio, escuchando a su mujer.

—¿Te he hablado alguna vez de un conocido mío en la Facultad de Medicina que se llamaba Tryggvi? —preguntó Baldvin.

—No —respondió María.

—Quiso comprobar si existía otra vida después de esta. Recurrió a un primo suyo para que le ayudara. El primo era médico. Había leído algo sobre un experimento francés sobre la inmediatez de la muerte. Los dos estudiábamos Medicina. Había también una chica. En total éramos cuatro, y llevamos a cabo el experimento.

María escuchó con mucha atención el relato de Baldvin acerca de cómo hicieron morir a Tryggvi para volverle después a la vida, y que todo había salido estupendamente pero Tryggvi no contó nada.

—¿Qué fue de él? —preguntó María.

—No lo sé —respondió Baldvin—. No le he vuelto a ver desde entonces.

Un largo silencio se extendió sobre el lecho conyugal en el que Leonóra había luchado contra la muerte.

—¿Tú crees...?

María titubeó.

—¿Qué? —dijo Baldvin.

—¿Crees que tú podrías hacer lo mismo?

—Es muy posible.

—¿Podrías hacerlo por mí? ¿Por mí?

—¿Por ti?

—Sí, yo... He leído mucho sobre las experiencias en la inmediatez de la muerte.

—Lo sé.

—¿Es peligroso el experimento?

—Puede serlo —dijo Baldvin—. No estoy dispuesto a...

—¿Podríamos hacerlo aquí? —preguntó María—. ¿Aquí, en casa?

—María...

—¿Es muy peligroso?

—María, no puedo...

—¿Es muy peligroso?

—Es que... depende de muchas cosas. Pero ¿lo dices en serio?

—¿Por qué no? —dijo María—. ¿Qué puedo perder?

—¿Estás segura? —dijo Baldwin.

—¿Has cerrado con llave la puerta del jardín? —preguntó María.

—Sí, la cerré al entrar.

—Tenía un aspecto horroroso —dijo María—. Horroroso.

—¿Quién?

—Papá. Sé que no se encuentra bien. No puede sentirse bien. Lo sé. No debería haberlo hecho. No habría tenido que morir así. No habría tenido que suceder jamás.

—¿De qué estás hablando?

—Cuéntame algo más de lo de Tryggvi —dijo María—. ¿Qué sucedió exactamente? ¿Cómo se hace una cosa así? ¿Qué cosas necesitas para realizar algo así?

Erlendur llamó a su hija el domingo por la mañana y le preguntó si quería ir a dar un paseo en coche con él. Le apetecía aprovechar el día para recorrer las proximidades de Reikiavik y ver lagos. Despertó a Eva Lind, que necesitó cierto tiempo para darse cuenta de qué se trataba. Estuvo un poco difícil, pero Erlendur no se rindió. Ese domingo, como cualquier otro, difícilmente tendría demasiado que hacer. No tenía costumbre de ir a misa. Al final cedió. Erlendur intentó localizar a Sindri Snær, pero solo oyó el mensaje de que su móvil estaba apagado o fuera de cobertura. Valgerður trabajaba todo el día.

En condiciones normales habría hecho la excursión él solo sin problema, pero esta vez quería que lo acompañase Eva, pues ya estaba más que aburrido de sí mismo, como le dijo ella por teléfono. Él sonrió. Eva Lind estaba de mejor humor de lo habitual, aunque su plan de volver a unirle a Halldóra de alguna forma no había servido de nada y con ello pareció desaparecer su última esperanza de conseguir que existiera una relación normal entre sus padres.

No dijeron ni palabra sobre el asunto cuando Erlendur salió de la ciudad con su hija. Ese domingo hacía un hermoso tiempo otoñal. El sol brillaba a baja altura sobre las montañas de Bláfjöll, y la temperatura era fría aunque no mucho. Llegaron a un pequeño supermercado y Erlendur compró cigarrillos y unos tentempiés. En casa había hecho café y lo había metido en un termo. Llevaba una manta en el maletero, y al salir de la tienda pensó que nunca había hecho una excursión dominical con Eva Lind.

Empezaron a circular trazando un pequeño círculo en torno a la ciudad. Había estado mirando un mapa de pequeña escala de las cercanías de Reikiavik, y quedó sorprendido al comprobar la gran cantidad de lagos que se encontraban en un territorio relativamente pequeño. Eran casi incontables. Erlendur y Eva Lind comenzaron por el Elliðavatn, donde había surgido un nuevo barrio, dieron la vuelta al Rauðavatn por una carretera bastante decente, y al Reynisvatn, oculto tras las casas del barrio de Grafarholt. Luego siguieron rodeando el Langavatn y vieron gran cantidad de lagunas en el páramo de Miðdalsheiði, antes de continuar hacia el páramo de Mosfellsheiði. Contemplaron el Leirvogsvatn justo al lado de la carretera de Þingvellir, así como el Stúflisdalsvatn y el Mjóavatn. Era ya avanzado el día cuando llegaron a Þingvellir, torcieron al norte y pasaron junto al Sandkluftavatn, que estaba junto a la carretera al norte de Hofmannaflöt, en la carretera que atravesaba los altos de Uxahryggir y bajaba al lago de Lundarreykjadalur. Merendaron junto al Litla-Brunnavatn, justo al lado de la carretera de Biskupsbrekka.

Erlendur extendió la manta en el suelo y estiraron las piernas mientras devoraban los sándwiches del supermercado. Erlendur sacó unas galletas de chocolate y llenó dos tazas con el café que había preparado. Miró hacia Þingvellir y Hofmannaflöt, por debajo del monte Ármannsfell, donde en tiempos paganos la gente se entretenía

presenciando peleas de caballos. Había estado visitando librerías con la esperanza de encontrar el libro de lagos que Davíð pretendía comprar. El único libro que podía coincidir era uno que acababa de publicarse cuando él desapareció, y que se llamaba simplemente *Lagos de los alrededores de Reikiavik*. Era una bonita edición con gran cantidad de fotografías de lagos y su entorno, tomadas en diferentes épocas del año. Eva Lind hojeó el libro y miró las fotos.

—Si crees que la chica fue a alguno de todos estos lagos, solo puedo desearte que tengas mucha suerte en la búsqueda —dijo Eva Lind, y tomó un sorbo de café.

Erlendur le había hablado de Guðrún, Dúna para los amigos, quien había desaparecido hacía treinta años sin que nadie supiera exactamente cuándo. Le habló de su interés por los lagos, y que él pensaba que no era del todo absurdo relacionar su desaparición con otra, la de un hombre joven llamado Davíð. A Eva Lind le parecía curioso que Davíð hubiera conocido a la chica poco antes de desaparecer. Erlendur imaginaba que el libro podría haber estado destinado a Guðrún. Acababan de conocerse, en realidad hacía tan poco tiempo que nadie, excepto Gilbert, un amigo de Davíð, había tenido la más mínima noticia al respecto. La información sobre el inicio de su relación no llegó hasta muchos años después, cuando Gilbert regresó a Islandia tras una larga estancia en Dinamarca.

En opinión de Eva Lind, todo lo que planteaba su padre era demasiado rebuscado, y así se lo dijo. Erlendur asintió, pero indicó también que un detalle importante que conectaba los dos casos era precisamente que apenas se disponía de dato alguno sobre ninguno de los dos. De Davíð no se supo nada. Lo único que se supo de Guðrún era que su coche desapareció a la vez que ella y que no volvieron a verlo.

—¿Y si se conocían? —dijo Erlendur mirando el Litla-Brunnavatn—. ¿Y si Davíð compró el libro de lagos para ella? ¿Y si los dos hicieron juntos la última excursión en el coche? Sabemos cuando desapareció Davíð. La denuncia de la desaparición de Guðrún se produjo unas dos semanas después. Por eso nunca relacionamos sus desapariciones, pero ella podría haber desaparecido al mismo tiempo que él.

—Pues que tengas mucha suerte en la búsqueda —repitió Eva Lind—. Seguramente habrá como mil lagos posibles, si crees que se fueron a visitar lagos. Esto es como la Finlandia esa de las narices. ¿No es más fácil pensar que se cayeron al mar desde algún muelle?

—Buscamos el coche de la chica en todos los puertos importantes —dijo Erlendur.

—¿No habrían podido suicidarse cada uno por su lado?

—Sí, claro que sí. Eso es lo que habíamos pensado hasta ahora. Yo... El relacionarlos es una idea completamente nueva. Estoy bastante entusiasmado con ella. Durante decenios no ha habido ni una sola novedad en estos casos, y de pronto nos enteramos de que a ella le interesaban los lagos y él quería comprar un libro sobre lagos, algo por lo que nunca había mostrado el menor interés.

Erlendur tomó un sorbo de café.

—Y encima, el padre del chico está muriéndose y ya no tendrá respuesta a sus preguntas. Igual que la madre, que ya está muerta. También pienso en eso. Respuestas. Que la gente encuentre respuestas. La gente no sale de su casa tranquilamente y luego desaparece. Siempre existe alguna huella. Excepto aquí. Estos dos casos tienen eso en común. No existen huellas. No tenemos nada en las manos. En ninguno de los dos casos.

—La abuela nunca tuvo respuestas —dijo Eva Lind tumbándose de espaldas y mirando el cielo.

—No, ella no tuvo respuestas.

—Pero tú no te rindes —dijo Eva—. Tú sigues buscando. Vas al este a buscar.

—Sí, efectivamente. Voy al este. Subo al Harðskafi y me adentro por el páramo de Eskifjarðarheiði. A veces acampo allí.

—Pero nunca encuentras nada.

—No. Nada, excepto recuerdos.

—¿Los recuerdos no bastan?

—No lo sé.

—¿Dijiste el Harðskafi? ¿Qué es eso?

—Tu abuela creía que Bergur había perecido en esa montaña. No sé por qué lo pensaba. Era como un presentimiento. Bergur tendría que haberse desviado bastante del camino, pero el viento soplaba hacia allí y, como es lógico, los dos intentábamos protegernos poniéndonos a favor del viento. La abuela subió allí muchas veces, hasta que nos marchamos de la comarca.

—¿Has subido a esa montaña?

—Sí. Es fácil de escalar aunque el nombre significa «mal paso».

—¿Ya no vas?

—Apenas subo hasta allí, excepto con la mirada.

Eva Lind reflexionó sobre sus palabras.

—Claro, ya eres todo un carcamal.

Erlendur sonrió.

—¿Así que ya te has rendido? —preguntó Eva Lind.

—Lo último que preguntó tu abuela fue si ya había encontrado a mi hermano. Fue lo último que le pasó por la mente antes de morir. A veces me he puesto a pensar si le habrá encontrado..., si le habrá encontrado al otro lado. Yo no creo en vidas después de la muerte, no creo ni en Dios ni en el infierno, pero tu abuela creía en todo eso. Lo absorbió en su educación y estaba convencida de que la lucha por la vida en la tierra no era ni el principio ni el fin de nada. Por eso aceptaba la muerte y decía que Bergur estaría sin duda en buenas manos. Con su gente.

—Así hablan los mayores —dijo Eva Lind.

—Ella no era tan mayor. Murió relativamente joven.

—¿No dicen que los dioses aman a los que mueren jóvenes?

Erlendur miró a su hija.

—No creo que los dioses me hayan amado nunca a mí —dijo Eva Lind—. O por lo menos, no puedo imaginármelo. Tampoco sé por qué iban a amarme.

—No estoy seguro de que la gente tenga que poner su destino en manos de los dioses, sean los que sean —dijo Erlendur—. Uno construye su propio destino.

—Decirlo es muy bonito. ¿Quién construyó tu destino? ¿No te llevó tu padre a las montañas con un tiempo horroroso? ¿Qué hacía él allí arriba con sus hijos? ¿Nunca te lo has preguntado? ¿Nunca te enfadas al pensarlo?

—Él no podía saber lo que iba a pasar. Él no organizó la subida para que nos perdiéramos.

—Pero podría haber actuado de otra forma. Si hubiera pensado en sus hijos.

—Siempre nos cuidó perfectamente a mi hermano y a mí.

Guardaron silencio. Erlendur observó un coche que iba hacia el este, por Uxahryggir, y giraba hacia Þingvellir.

—Yo siempre me odiaba a mí misma —dijo Eva Lind entonces—. Y estaba furiosa. A veces me ponía tan furiosa que estaba a punto de estallar. Furiosa con mamá y furiosa contigo y con toda la chusma que me acosaba. Quería librarme de mí misma. No quería ser yo. Sentía repugnancia por mí misma. Me insultaba a mí misma y dejaba que los demás también lo hicieran.

—Eva...

Eva Lind tenía los ojos fijos en el cielo azul.

—No, de verdad que era así —prosiguió—. Furia y repugnancia. No es una buena combinación. He pensado en ello desde que me di cuenta de que lo que estaba haciendo no era más que la consecuencia natural de algo que empezó antes de que yo naciera. Algo sobre lo que yo no tenía el más mínimo control. Lo que más me enfurecía erais mamá y tú. ¿Por qué me tuvisteis? ¿En qué estabais pensando? ¿Qué traje conmigo a este mundo? ¿Qué iba a poder tener conmigo? Nada. Errores de personas que nunca llegaron a conocerse ni quisieron conocerse.

Erlendur hizo una mueca.

—No se trae nada al mundo, Eva —dijo Erlendur.

—No, quizá no.

Callaron.

—¿No está siendo un estupendísimo paseo de domingo? —preguntó Eva Lind al fin, mientras miraba a su padre.

Otro coche llegó a poca velocidad por la carretera de Biskupsbrekka y torció en dirección a Lundaerkykjadalur. Eran una pareja con dos niños, y la niña, morena, les saludó con la mano desde su asiento infantil en la parte de atrás. Ninguno de los dos devolvió el saludo y la niña se les quedó mirando, decepcionada, hasta que se perdió de vista.

—¿Crees que conseguirás perdonarme algún día? —preguntó Erlendur mirando a su hija.

Eva no respondió, siguió con la mirada fija en el cielo, la cabeza apoyada en las manos, y las piernas cruzadas.

—Ya sé que la gente crea su propio destino —dijo por fin—. Alguien más lista y más fuerte que yo se habría creado otro destino. Alguien habría decidido que vosotros dos no le importabais una mierda. Creo que esa es la única respuesta, en lugar de sentir repugnancia por mí misma.

—Yo nunca pretendí que acabaras odiándote a ti misma. No lo sabía.

—Seguramente, tu padre tampoco pretendió jamás perder a su hijo.

—No. Nunca lo pretendió.

Se marcharon, cruzaron Uxahryggir y bajaron a Lundarreykjadalur y a Borgarfjörður cuando ya estaba oscureciendo. No se detuvieron en ningún otro lago a tomar nada, y la mayor parte del camino la hicieron en silencio. Pasaron por el túnel de Hvalfjörður y bordearon la península de Kjalarnes. Erlendur llevó a su hija hasta la puerta de su casa y se despidieron en la oscuridad.

Había sido un agradable día de lagos, y así se lo dijo Erlendur a Eva. Ella asintió y dijo que tenían que salir más a menudo.

—Si fueron por los lagos cercanos, tienes las mismas posibilidades de encontrarles que de ganar a la lotería.

—Eso me temo —respondió Erlendur.

Estuvieron un rato en silencio. Erlendur pasó la mano por el volante del Ford.

—Somos demasiado iguales, Eva —dijo, escuchando el suave runrún del motor—. Tú y yo. Estamos hechos con el mismo molde.

—¿Eso crees? —preguntó Eva al salir del coche.

—Sí, eso me temo —respondió Erlendur.

Se marchó entonces calle abajo, hacia su casa, pensando en cuántas cosas estaban aún sin resolver entre ellos. Se quedó dormido pensando en que Eva no había respondido a su pregunta de si querría perdonarle. También aquello quedó en silencio aquel día en que fueron de lago en lago en busca de huellas perdidas.

A primera hora de la tarde del día siguiente, Erlendur llegó de nuevo a la casa de Kópavogur y aparcó a bastante distancia. No había luz en las ventanas de la casa y no vio el coche de Karólína. Supuso que aún no habría vuelto del trabajo. Encendió un cigarrillo y se dispuso a esperarla tranquilamente. Erlendur no estaba seguro de cómo plantear sus preguntas para que el interrogatorio llegara hasta el fondo del asunto. Podía suponer que Baldvin y ella habrían hablado después de la última visita; suponía que mantenían alguna especie de relación aunque ignoraba los detalles. Quizás hubieran retomado el hilo perdido desde que los dos asistían a la Escuela de Arte Dramático y ella soñaba con convertirse en una estrella. Al cabo de un rato, el utilitario japonés se detuvo delante de la casa, y de él salió Karólína. Entró rápidamente en la casa sin mirar a derecha ni izquierda. Llevaba en la mano una bolsa de supermercado llena a rebosar. Erlendur dejó pasar media hora antes de acercarse a la casa y llamar a la puerta.

Ella salió a abrir. Se había quitado la ropa de trabajo y la había sustituido por otra más cómoda, polar, pantalones grises de chándal y zapatillas.

—¿Eres Karólína? —preguntó Erlendur.

—¿Sí? —dijo ella impaciente, como si quien tenía delante fuera un vendedor dispuesto a molestarla.

Erlendur se presentó, dijo que pertenecía a la policía y que estaba investigando un fallecimiento reciente cerca del Þingvallavatn.

—¿Un fallecimiento?

—Se trata de una mujer que se quitó la vida en Þingvellir —dijo Erlendur—. ¿Te importa si entro un momento?

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? —preguntó Karólína.

Era de la misma estatura que Erlendur, con cabello corto y oscuro sobre una frente amplia y abombada, sus cejas eran finas y sus ojos, de color azul oscuro. Era delgada, con cuello largo y estaba bien proporcionada, a juzgar por lo que Erlendur podía apreciar a través del polar y los anchos pantalones de chándal. Tenía gesto de persona decidida, y en su semblante había una obstinación o terquedad que no prometía que las cosas fueran a ser nada fáciles. Erlendur creyó entender lo que Baldvin había visto en ella, pero no disponía de demasiado tiempo para pensar en ello. La pregunta de Karólína seguía pendiente.

—Debes de conocer a su marido —dijo Erlendur—. La mujer se llamaba María. Su esposo se llama Baldvin. Por lo que sé, los dos coincidisteis en la Escuela de Arte Dramático.

—¿Y qué pasa?

—Tan solo me gustaría charlar contigo del asunto.

Karólína miró a las casas de los vecinos, miró a Erlendur y dijo que quizá sería mejor que hablaran dentro. Erlendur entró en el vestíbulo y ella cerró la puerta. El

chale tenía una sola planta, salón y comedor, cocina a la que se accedía por el comedor, baño y dos habitaciones a la izquierda, entrando desde la puerta principal. Estaba decorado con elegante mobiliario, y en las paredes colgaban fotos. El olor era una combinación de comida islandesa y el aroma dulzón de cosméticos y ambientadores, especialmente fuerte cerca del baño y los dos dormitorios. Uno de estos parecía servir de trastero, mientras que en el otro dormía Karólína. Erlendur vio por la puerta, que estaba abierta, una cama grande pegada a la pared, un tocador con espejo grande, un amplio armario y una cómoda.

Karólína entró a toda prisa en la cocina y quitó una sartén del fuego. Erlendur la había interrumpido cuando estaba preparando la comida. El aroma que salía de la cocina inundaba toda la casa. Cordero a la plancha, pensó Erlendur.

—Iba a ponerme un café —dijo Karólína al volver de la cocina—. ¿Puedo ofrecerte una taza?

Erlendur respondió que le encantaría. La norma era aceptar el café siempre que se lo ofrecieran. Elínborg lo aprendió muy deprisa. Sigurður Óli aún no lo había aprendido. Karólína salió con dos tazas de humeante café caliente. Lo tomó sin leche ni azúcar, igual que Erlendur.

—Baldvin y yo nos conocimos en la Escuela de Arte Dramático, en clase del viejo Jóhannes. Mira que era aburrido de muerte. Me refiero a Jóhannes, claro. Y un pésimo actor. Pero bueno, Baldvin y yo lo dejamos cuando él cambió sus Estudios Dramáticos por la Medicina. ¿Te importa que te pregunte por qué estás investigando a Baldvin?

—No, no estoy investigándole —dijo Erlendur—. Pero lo que me han dicho, y ya sabes la afición al cotilleo que hay por aquí, es que os conocíais e incluso que hace poco habíais recuperado la amistad.

—¿Dónde te dijeron eso?

—Ya no me acuerdo. Tendría que buscar el dato.

Karólína sonrió.

—¿Y eso te afecta a ti de alguna manera?

—Pues el caso es que aún no lo sé —respondió Erlendur.

—Me dijo que lo mismo te presentabas a verme —dijo Karólína.

—¿Quién, Baldvin?

—Retomamos el hilo, es cierto. No hay ninguna necesidad de mantenerlo en secreto. Yo se lo dije y él se mostró de acuerdo. Empezó hace como cinco años. Coincidimos en una reunión de la clase de Teatro, con motivo del fin de carrera. Baldvin asistió también, aunque no acabó la carrera con nosotros. Dijo que estaba ya harto de la vieja, de la Leonóra esa, la madre de María. Vivía con ellos.

—¿Y por qué no se separó y se fue a vivir contigo? Eso parecería lo más normal.

—Esa era su intención —dijo Karólína—. Yo estaba ya aburrida de tanto lío y le presenté un ultimátum. Pero entonces enfermó la bruja de Leonóra y él fue incapaz de dejar sola a María en esa situación. Quería apoyarla en esos momentos de

dificultades, y eso es lo que hizo. Lo que más temía yo era que la relación entre los dos mejorara tras la muerte de la bruja. Lo cierto es que él dejó de venir a mi casa. No existía nada más que su querida María. Pero bueno, se le pasó.

—¿Realmente Baldvin hablaba de Leonóra llamándola bruja?

—Estaba más que harto de aguantarla. Las cosas fueron empeorando con los años. Yo quizá debería estar agradecida, si me pongo en plan bicho. Él quería echarla de la casa pero, por algún motivo, María era incapaz de hacerlo.

—María y Baldvin no tuvieron hijos, ¿verdad?

—Baldvin no puede, y María no tenía el menor interés —soltó Karólína sin pensárselo dos veces.

—¿Cuándo pensáis regularizar vuestra relación? —preguntó Erlendur.

—Pareces un cura de pueblo.

—Perdona, no pretendía...

—Baldvin es muy considerado —dijo Karólína—. Quiere esperar un año entero. Yo le dije que eso era demasiado. Pero él se empeñó. Solo cuando haya pasado un año, eso es lo que dice.

—Y eso a ti no te hace demasiada gracia, ¿no es cierto?

—Yo le comprendo. Semejante tragedia, etcétera, etcétera. No tenemos por qué correr.

—¿María conocía vuestra relación?

—¿Puedo preguntarte qué es lo que estás investigando? ¿Qué estás buscando? ¿Crees que Baldvin le pudo hacer algo a María?

—¿Tú lo crees?

—No. Él no ha hecho nada por el estilo. ¡Es médico! ¿Por qué crees que no se trata de un suicidio?

—Yo no creo eso, en absoluto —dijo Erlendur.

—¿Se trata de una investigación sueca, o...?

—¿Te has enterado?

—Algo oyó Baldvin. No sabemos qué es lo que pasa.

—Solo estoy recogiendo información para poder cerrar el caso definitivamente —dijo Erlendur—. ¿Sabías que Baldvin ha heredado varios cientos de millones de su mujer?

—Lo supe hace poco. Me lo dijo el otro día. ¿No era algo de especulación de terrenos de su padre?

—Sí, ella era propietaria de unos terrenos en Kópavogur que aumentaron enormemente de valor. Baldvin es el único heredero de ese dinero.

—Sí, algo de eso me contó. Creo que él no supo del asunto hasta hace poco. Bueno, eso es lo que me dijo.

—He oído que ese dinero será muy bien recibido —dijo Erlendur.

—¿Qué quieres decir?

—Que sus deudas tienen muy mala pinta.

—Baldvin tuvo bastante mala suerte con la compra de acciones, eso es lo único que sé. Unas inversiones desafortunadas, algo de una empresa constructora que quebró, y algunas deudas a causa del consultorio médico, que no iba del todo bien. No hablamos mucho de ese tipo de cosas. Hasta ahora, al menos.

—Tú ya has dejado de actuar, ¿no? —dijo Erlendur.

—Sí, básicamente.

—¿Puedo preguntarte por qué?

—Pero participé en varias funciones. No eran papeles demasiado importantes, pero...

—Por desgracia no voy casi nunca al teatro.

—Tenía la sensación de que no me ofrecían papeles lo bastante buenos. O sea, en teatros importantes. Lo cierto es que existe una gran competencia. Es un mundo bastante inhumano. Te dabas cuenta ya en la Escuela de Arte Dramático. También es cosa de la edad. Una actriz como yo, llegada a la mediana edad, ya no es tan solicitada. Encontré un trabajo estupendo en una empresa financiera, y de vez en cuando hago algún papelito cuando algún director se acuerda de mí.

—Tengo entendido que tu papel más destacado fue el de Magdalena en la obra esa, sueca, ¿cómo se llamaba...? —dijo Erlendur, fingiendo que no recordaba el título de la obra.

—¿Quién te lo ha contado? ¿Alguien que me recordaba?

—Pues sí, una mujer que conozco y que se llama Valgerður. Va mucho al teatro.

—¿Y se acordaba de mí?

Erlendur asintió y se percató al momento de que no tenía por qué preocuparse de cómo responder a las preguntas de si había hablado de Karólína con otras personas. Al parecer veía aquello como una cuestión de prestigio profesional, independientemente de las circunstancias. Erlendur recordó las palabras del profesor de Teatro sobre la ambición de Karólína, la fama con la que tanto soñaba. ¿Cómo lo dijo? Reina del teatro.

—*Fuego de esperanza* —dijo Karólína—. Era un drama magnífico y sí, es cierto, fue el papel más importante que tuve, cuando estaba en lo más alto, si se me permite decirlo así.

Sonrió.

—Los críticos no fueron demasiado entusiastas. Le reprocharon a la obra que estaba anticuada. Son el colmo. Nunca saben lo que dicen.

—Mi amiga dijo que a lo mejor se estaba confundiendo con otro papel, el de un personaje llamado Magdalena.

—¿Cómo?

—Era una adivina, o una médium —dijo Erlendur.

Esperó la reacción de Karólína, pero fue como si no se hubiera enterado, y Erlendur pensó que una de dos: o él estaba completamente equivocado, o ella era mucho mejor actriz de lo que le habían dicho.

—No me suena nada.

—No recuerdo cómo dijo que se llamaba la obra —dijo Erlendur, atreviéndose a dar un paso más—. Me da que era algo así como *La falsa médium* o algo por el estilo. Karólína vaciló.

—Nunca he oído hablar de esa función —dijo un momento después—. ¿La pusieron en el Teatro Nacional?

—No lo sé —dijo Erlendur—. La tal Magdalena creía en el mundo de los espíritus, que era tan real como nosotros dos, que estamos aquí sentados en el salón.

—Ah, ya.

—María creía en esas cosas. Baldvin te lo habrá contado, como es lógico.

—No recuerdo que Baldvin lo mencionara —dijo Karólína—. Yo no creo en fantasmas.

—No, ni yo tampoco —dijo Erlendur—. ¿No te contó que María buscó ayuda en videntes y médiums?

—No, no tenía ni idea. Yo no sabía demasiado sobre María, si quieres que te sea sincera. Cuando estábamos juntos Baldvin y yo, no solíamos hablar de ella. Teníamos otras cosas que decirnos.

—Supongo —dijo Erlendur.

—¿Algo más?

—No, ya basta por el momento. Muchas gracias.

A Erlendur no le resultó difícil localizar a la mujer con la que Magnús mantenía una relación cuando este murió. Kristín le había dicho su nombre, y encontró la dirección en el listín telefónico. Habló con ella por teléfono, pero la mujer se negó a seguir hablando con él en cuanto supo de qué se trataba, así que Erlendur lo dejó correr. Más tarde insistió diciendo que habían aparecido nuevos datos sobre lo sucedido en el Þingvallavatn, cuando Magnús perdió la vida.

—¿Con quién has estado hablando? —preguntó la mujer.

—Tu nombre me lo dio Kristín, la hermana de Magnús —respondió Erlendur.

—¿Y qué te dijo de mí?

—En realidad era sobre Magnús y tú —dijo Erlendur.

Un largo silencio siguió a sus palabras.

—Quizá lo mejor sea que vengas por mi casa —dijo finalmente la mujer que estaba al teléfono. Se llamaba Sólveig, estaba casada y tenía dos hijos ya adultos—. Esta semana estoy en casa durante el día —concluyó.

Nada más llegar a casa de Sólveig, Erlendur notó que estaba en guardia y que quería terminar con el asunto lo antes posible. Parecía bastante confusa. Se quedaron en el vestíbulo, pues no le invitó a entrar.

—No sé qué es lo que puedo contarte —dijo la mujer—. No sé por qué has venido. ¿A qué nuevos datos te referías?

—Se refieren a Magnús y a ti.

—Sí, eso ya me lo dijiste por teléfono.

—Y a vuestra relación.

—¿Kristín te habló de eso?

Erlendur asintió.

—La hija de Magnús se suicidó hace poco —dijo.

—Sí, me he enterado.

Sólveig calló. Tenía gesto bondadoso, era agraciada y vestía con gusto. Vivía en un pequeño adosado de Fossvogur. Trabajaba de enfermera y esa semana tenía turno de noche.

—Quizá sería mejor que entraras un momento —dijo Sólveig al poco, y entró en el salón por delante de él. Erlendur se sentó en el sofá sin quitarse el abrigo.

—No sé qué tengo que contarte —dijo la mujer con un hondo suspiro—. En todos estos años, nadie ha preguntado por esas cosas. Y luego la pobre chica hace lo que hizo y tú vienes a hacerme preguntas que nadie me ha hecho nunca y que nadie tendría por qué plantear nunca.

—Quizás haya sido ese el problema —dijo Erlendur—. El problema de María. ¿Has pensado en ello alguna vez?

—Tú mismo puedes imaginar si lo he pensado o no. Leonóra se encargaba de su María. Nadie más podía acercarse a ella.

—Salieron juntos en la barca. Magnús, Leonóra y María.

—De modo que te has enterado...

—Sí.

—Estaban los tres en la barca —dijo Sólveig.

—¿Qué pasó?

—He pensado mucho en estas cosas. En mi relación con Magnús. Pensábamos decírselo a Leonóra en Þingvellir. Pensábamos aproximarnos a ella lo mejor que pudiéramos. Magnús quería que yo estuviese presente, pues Leonóra y yo éramos amigas íntimas, pero no me atreví. Quizá las cosas se habrían podido desarrollar de otra forma si yo también hubiera estado allí.

Sólveig miró a Erlendur.

—Por supuesto, pensarás que soy una persona absolutamente despreciable —dijo.

—Yo no pienso nada.

—Leonóra era muy autoritaria. Siempre. Una auténtica mandona. Tenía a Magnús total y absolutamente dominado. Si había algo que le disgustaba, se lo decía sin esperar un momento, aunque pudieran oírla otras personas. Magnús recurrió a mí. Era un buen hombre. Empezamos a vernos en secreto. No sé qué paso. Nos enamoramos. Quizás al principio solo sentía lástima por él. Queríamos irnos a vivir juntos. Teníamos que hacérselo entender a Leonóra. Yo no quería una relación secreta y engañarla a ella, participar en una especie de conspiración. Yo quería que todo estuviese a la luz. No aguantaba..., no aguantaba las intrigas entre bambalinas. Él quería esperar un poco más antes de decirle la verdad. Yo le empujé. Acordamos que le diría la verdad durante ese fin de semana en el Þingvallavatn.

—¿Leonóra no sospechaba nada?

—No. No tenía la más mínima sospecha. Leonóra era así. Inocente. Confiaba en la gente. Yo quebré su confianza. Magnús también.

—¿Volviste a ver a Leonóra después del accidente?

Sólveig cerró los ojos.

—¿Es que te puede servir de algo saberlo? —dijo Sólveig—. El caso fue investigado en su momento. Todo estaba claro y no hubo ninguna pega. Nadie ha preguntado nada desde entonces. La única que habría podido hacer preguntas era yo, pero no las hice.

—¿Viste a Leonóra?

—Sí, estuve con ella. Una sola vez. Fue horrible. Pavoroso. Fue poco después del entierro de Magnús. Yo no sabía si él le había contado lo nuestro antes de morir, y durante el funeral intenté aparentar que no había pasado nada. Pero enseguida me di cuenta de que Leonóra no me miraba. No me saludó. Hizo como si yo no estuviera allí. Entonces comprendí que Magnús se lo había contado todo.

—¿Fue ella la que quiso verte a ti, o...?

—Sí, me telefoneó y me pidió que fuera a su casa, a Grafarvogur. Me recibió con enorme frialdad.

Sólveig hizo un silencio en su relato. Erlendur esperaba con paciencia. Se daba cuenta de que a la mujer le dolía desenterrar aquel suceso acaecido tanto tiempo atrás.

—Leonóra me dijo que María estaba en la escuela y que deseaba decirme lo que había sucedido exactamente en el lago. Yo le dije que no tenía por qué saber nada, pero ella se rio y dijo que no me escaparía con tanta facilidad. Yo no tenía ni idea de a qué se refería.

—Magnús me contó lo vuestro —dijo Leonóra—. Me dijo que teníais intención de iros a vivir juntos y que quería divorciarse de mí.

—Leonóra —dijo Sólveig—, yo...

—Cállate —dijo Leonóra sin alzar la voz—. Voy a contarte lo que pasó. Hay dos cosas que tienes que comprender muy bien. Tienes que comprender que yo tenía que defender a la chica y tienes que comprender que aquello fue también culpa tuya. Tuya y de Magnús. Vosotros lo provocasteis.

Sólveig calló.

—¿En qué pensabas? —preguntó Leonóra.

—Yo no quería hacerte daño —dijo Sólveig.

—¿Hacerme daño? No tienes ni la menor idea de lo que has hecho.

—Magnús se encontraba mal —dijo Sólveig—. Por eso se acercó a mí. Se sentía mal.

—Eso es mentira. Estaba perfectamente. Tú me lo arrebataste, le sedujiste.

Sólveig calló.

—No quiero discutir contigo —susurró.

—No. A lo hecho, pecho —dijo Leonóra—. Eso no va a cambiar nada. Pero yo no quiero cargar sola con esta responsabilidad. Tú también eres responsable. E incluso Magnús, también él. Los dos.

—Nadie es responsable de un accidente como ese. Se cayó por la borda. Fue un accidente.

Leonóra sonrió con una sonrisa apagada e inescrutable. Parecía encontrarse en un estado bastante extraño. La casa estaba oscura y fría, y Leonóra no parecía plenamente dueña de sus actos. Sólveig pensó si habría estado bebiendo o si tomaba medicamentos muy fuertes.

—No se cayó al agua —dijo Leonóra.

—¿Qué quieres decir?

—No se cayó.

—Pero... en los periódicos leí...

—Sí, eso dijeron los periódicos, pero era mentira.

—¿Que era mentira?

—Sí. Por María.

—No te comprendo.

—¿Por qué tenías que quitármelo? ¿Por qué no pudiste dejarnos en paz?

—Fue él quien acudió a mí, Leonóra. ¿Qué mentira era esa en beneficio de María?

—¿No lo entiendes? Nosotras estábamos con Magnús en la barca. María también.

—Con vosotros... Pero...

Sólveig clavó la mirada en Leonóra.

—Magnús estaba solo en la barca —repuso—. Eso dijeron en todos los noticiarios.

—Una mentira —contestó Leonóra—. Mi mentira. Yo estaba con él, y también María.

—¿Por qué... por qué tenías que mentir...? ¿Por qué...?

—Te lo estoy diciendo. Magnús no se cayó de la barca.

—¿Qué pasó, entonces?

—Yo le empujé —dijo Leonóra—. Le empujé y perdió el equilibrio.

Pasó un buen rato antes de que Sólveig volviera a hablar. Erlendur escuchaba en silencio su relato y percibía lo mal que se sentía aún por lo sucedido.

—Fue Leonóra quien empujó a Magnús, y le hizo caer al agua —dijo Sólveig—. Ellas le vieron ahogarse. Magnús acababa de contarle lo nuestro a Leonóra. Esa mañana tuvieron una discusión muy violenta. María no sabía por qué las invitó a acompañarle en la barca. En esos momentos, Magnús estaba ya realmente furioso. Empezaron a discutir otra vez. Y de pronto se averió el motor. La discusión se volvió aún más violenta. Magnús se puso de pie para mirar el motor. Leonóra le dio un empujón para apartarle de ella y fue visto y no visto... Cayó al agua.

Leonóra miró a Sólveig en silencio.

—¿No pudisteis salvarle? —preguntó Sólveig.

—No pudimos hacer nada. La barca se meneaba sin control, y bastante tuvimos con no caernos al agua nosotras también. La barca se fue alejando de Magnús y, cuando recuperamos el equilibrio, él ya había desaparecido.

—Santo Dios —gimió Sólveig.

—Ya ves lo que has provocado —dijo Leonóra.

—¿Yo?

—La niña está inconsolable. Cree que ella tiene la culpa de lo que le sucedió a su padre. De la discusión. De todo. Se culpa a sí misma de todo. Piensa que es culpable en parte por la muerte de su padre. ¿Cómo crees que se puede sentir con todo eso encima? ¿Cómo crees que se siente? ¿Cómo crees que me siento yo?

—Tienes que hablar con un médico, con un psicólogo. Hay que conseguirle ayuda a la pobre niña.

—De María me encargo yo. Y si tú intentas contar lo que te he dicho, lo negaré todo.

—Entonces, ¿por qué me lo cuentas?

—Porque no vas a salir de rositas. Quiero que lo sepas. ¡Eres tan responsable como yo!

Erlendur miró a Sólveig largo rato, en silencio, cuando esta acabó su relato.

—¿Por qué no acudiste a la policía? —preguntó Erlendur para romper el largo silencio—. ¿Qué te lo impidió?

—Tenía la idea... Tenía la idea de que en parte yo también era culpable, como había dicho Leonóra. Culpable de lo sucedido. No tardó ni un segundo en restregármelo por la cara. Yo estaba loca de miedo y pena, y sentía una extraña deferencia hacia Leonóra. Todo se me había hecho un mundo, un mundo inmenso. Fue un *shock* enorme para mí. Estaba completamente perdida. Y además estaba la pobre María. No podía ni imaginarme la posibilidad de decir la verdad sobre su madre. No podía. Ella...

—¿Qué?

—Aquello era tan absurdo que yo casi ni me lo podía creer. No me podía creer que hubiera sucedido.

—¿Querías proteger a la niña? —preguntó Erlendur.

—Espero que comprendas mi situación. Yo no quería castigar a nadie. Aquello había sido un accidente, se mirase como se mirase. Nunca se me ocurrió dudar de las palabras de Leonóra. Ella me dijo que no se separaría de María ni un instante, excepto el tiempo que la niña tuviera que pasar en el colegio.

—No debió de ser nada agradable vivir con esto, supongo —dijo Erlendur.

—No, no ha sido nada agradable, en eso tienes razón. Imagínate cómo tuvo que ser para ellas, sobre todo para María. Cuando me enteré de que se había suicidado, pues... bueno, no fue una sorpresa absoluta para mí. Yo... yo me he culpado a mí misma por dejar que pasara. Por permitir que Leonóra se saliera con la suya pese a lo que hizo. Que se saliera con la suya y nadie se enterase de nada.

—¿De qué discutieron en la barca?

—Magnús le dijo que pensaba abandonarla por mucho que chillase y patalease. Era lo mismo que me había dicho a mí. Que ya no pensaba aguantar su afán de mando, que ya no la soportaba, dijo que lo único que tenían que hacer era un acuerdo sobre la patria potestad de María. Leonóra dijo que bajo ningún concepto le permitiría que volviera a ver a la niña. Que podía irse olvidando de eso. Discutieron por ella, pero María estaba allí, escuchándoles. Quizá fue completamente lógico que pensara que todo era culpa suya.

—¿Volviste a ver a Leonóra o a María?

—No. Nunca. A ninguna de las dos.

—¿Y no hubo testigos?

—No. Estaban completamente solos en el lago.

—¿No tenían invitados a dormir en la casa?

—No.

—¿Ni excursionistas?

—No. No había excursionistas. La semana anterior sí que pasó alguno. Magnús y yo estábamos solos en el bungaló. Lo utilizamos dos veces, creo recordar, para vernos a escondidas. Y él se encontró a una mujer de la que me habló muchísimo, porque estaba visitando lagos en los alrededores de la capital. Tenía pasión por los lagos. Fue justo allí, al lado del bungaló. Estaba mirando un mapa porque quería ir a Sandkluftavatn. Lo recuerdo muy bien aunque por entonces yo nunca había oído ese nombre.

—¿Iba en coche esa excursionista? —preguntó Erlendur.

—Sí, creo que sí.

—¿Qué clase de coche?

—Era amarillo.

—¿Amarillo? ¿Estás segura?

—Sí. Cómo se llaman esos... ¿Mini, o algo así? La vi cuando se marchaba entre los matorrales.

—¿Crees que esa era la mujer que se encontró con Magnús? —preguntó Erlendur, mientras se sentaba en el borde delantero de la silla—. La de ese coche, me refiero.

—Creo que sí. Era justo al lado del bungaló.

—¿Mini? ¿Te refieres a un Austin Mini?

—Sí, eso creo. Unos coches muy pequeños.

—¿Un Austin Mini amarillo?

—Sí, ¿por qué?

Erlendur se había levantado.

—¿Se dirigía a Sandkluftavatn?

—Dios mío, sí. ¿Qué pasa?

—¿Había alguien con ella?

—No lo sé. ¿Qué sucede? ¿Qué he dicho?

—¿Es posible que con ella fuera un hombre joven?

—No lo sé. ¿De quiénes se trata? ¿Lo sabes tú? ¿Sabes tú quiénes eran?

—No —dijo Erlendur—. Es posible. No, no creo. ¿El Sandkluftavatn, dijiste?

—Sí, el Sandkluftavatn.

¿Qué sabía del Sandkluftavatn? Había pasado al lado con Eva Lind sin que le llamara especialmente la atención. Estaba a una hora de distancia de Reikiavik, junto a la carretera y a poca distancia al norte de Þingvellir, entre los montes Ármannsfell y Lágafell, antes de empezar la subida al páramo de Bláskógaheiði. Al noreste se alzaba el espléndido volcán Skjaldbreiður.

El buzo se llamaba Þorbergur y conocía bien los lagos del sur del país. Había buceado en ellos durante muchos años. Con anterioridad había trabajado en el cuerpo de bomberos y colaboró con la policía en casos de contrabando, y había buceado en los muelles de todo el país en busca de personas desaparecidas. Estaba siempre disponible cuando se denunciaba una desaparición y se estudiaban palmo a palmo las playas y se hacían inmersiones en el mar y los lagos. Después se retiró de buzo profesional y se dedicó a la mecánica de automóviles, que era ahora su actividad principal, y montó su propio taller mecánico. Erlendur le había llevado unas cuantas veces su Ford para el cambio de aceite. Þorbergur medía casi dos metros de estatura, y a Erlendur le había dado siempre la impresión de que parecía un trol, con pelo y barba rojizos, largos brazos de nadador y fuertes dientes que de vez en cuando asomaban bajo el bigote, pues era una persona muy bienhumorada que nunca escatimaba sonrisas.

—Hay buzos que trabajan para vosotros —dijo Þorbergur—. ¿Por qué no recurras a ellos? Yo lo he dejado, ya lo sabes.

—Sí, lo sé —admitió Erlendur—. Pero se me ocurrió hablar contigo porque... todavía tienes el equipo, ¿verdad?

—Sí, claro.

—¿Y la zódiac?

—Sí. La pequeña.

—Y a veces buceas, aunque ya no trabajes para nosotros, ¿o no?

—No mucho.

—Es que esta no es..., cómo decirlo..., una investigación oficial —dijo Erlendur—. Es más que nada una cuestión particular mía. Te pagaré de mi bolsillo si aceptas el trabajo.

—Erlendur, no puedo aceptar tu dinero.

Þorbergur suspiró. Erlendur sabía por qué había dejado de trabajar para la policía. La gota que colmó el vaso fue una vez que se sumergió para buscar a una mujer en el puerto de Reikiavik. Hacía tres semanas que habían denunciado su desaparición y, cuando Þorbergur dio con ella, su aspecto era espantoso. No quería tener que soportar más visiones como aquella. No quería despertarse con pesadillas porque una mujer como aquella no dejaba tranquilos sus sueños.

—Es una desaparición antigua —dijo Erlendur—. Antiquísima. Unos jóvenes. Probablemente dos. Ayer se produjo un avance en la investigación tras unos decenios

sin tener absolutamente nada. Desde luego es cosa de poca enjundia, pero pensé que al menos tenía que hablar contigo. Por apaciguar mi conciencia.

—De modo que lo que quieres es fastidiarme la mía —dijo Þorbergur.

—No se me ocurrió nadie más. No sé de nadie mejor para un trabajo como este.

—Sabes muy bien que me he retirado. Ahora solo me sumerjo por debajo de los coches.

—Te comprendo a la perfección —dijo Erlendur—. Yo también habría dejado este trabajo si supiera hacer alguna otra cosa.

—¿Cuál fue el avance? —preguntó Þorbergur.

—¿En el caso?

—Sí.

—Siempre hemos abordado esto como dos desapariciones independientes, pero es posible que estuvieran juntos cuando desaparecieron. Un joven que cursaba el último año de instituto y una mujer un poquito mayor que él, que estudiaba biología en la universidad. En realidad no existe nada que los relacione, pero tampoco conseguimos encontrarles de forma independiente. De ahí que los casos se hubieran pasado varios decenios prácticamente atascados, hasta ayer. Ayer me enteré de que la mujer, llamada Guðrún y a la que todos conocían como Dúna, parece que estuvo en Þingvellir y que se dirigía al Sandkluftavatn. Esta mañana he comprobado las fechas. Desde luego, no coinciden. Al parecer, vieron a la mujer en Þingvellir a fines de otoño. Parecía viajar sola. Los jóvenes no desaparecieron hasta varios meses después. La desaparición del muchacho se denunció a finales de febrero de 1976. La denuncia de la desaparición de la chica nos llegó a mediados de marzo. Desde entonces no hubo la menor noticia de ellos, lo que también es poco habitual: que dos casos separados por un periodo tan breve no dejen absolutamente ninguna huella. Por regla general hay una pista por algún sitio. En estos dos no se ha podido encontrar ninguna.

—No es demasiado habitual que se junten personas en torno a los veinte años con esa diferencia de edad —dijo Þorbergur—. Sobre todo si la mayor es la chica.

Erlendur asintió. Sentía crecer el interés del buzo.

—Justo —dijo—. No había nada que los relacionara.

Estaban sentados en el despacho de Þorbergur en su taller. Otros tres empleados trabajaban con gran denuedo reparando coches, y de vez en cuando miraban de reojo al despacho. Este era poco más que una jaula de cristal, y por supuesto se veía a la perfección desde todo el taller. El teléfono sonaba regularmente e interrumpía la conversación, pero Erlendur no perdió el hilo.

—También he comprobado el tiempo que hacía en esa época —añadió—. Era más frío de lo habitual. La mayoría de los lagos estaban helados.

—Veo que ya te has montado una teoría.

—Sí, pero pende de un hilo finísimo.

—¿Nadie debe enterarse de esto?

—No vale la pena complicar las cosas —dijo Erlendur—. Si encuentras algo, me

llamas. Si no, el caso seguirá tan muerto como antes.

—En realidad, nunca he buceado en el Sandkluftavatn —dijo Þorbergur—. Es demasiado poco profundo en verano, y solo aumenta la profundidad con el deshielo. Por allí cerca hay otros lagos: el Litla-Brunnavatn, el Reyðarvatn y el Uxavatn.

—Desde luego.

—¿Cómo se llamaba esa gente?

—Davíð y Guðrún. La llamaban Dúna.

Þorbergur miró el taller. Había un nuevo cliente, que les miraba. Era un cliente habitual. Þorbergur le hizo una señal con la cabeza.

—¿Lo harías por mí? —preguntó Erlendur, y se puso en pie—. La cosa es un poco urgente. Hay un anciano a las puertas de la muerte esperando alguna noticia de su hijo desde que este desapareció. Sería estupendo poder informarle de algo relativo a su hijo antes de que le diga adiós a este mundo. Sé que las probabilidades son escasas, pero esto es lo único que tengo, y querría intentarlo.

Þorbergur le miró un buen rato.

—Oye, un momento, ¿es que pretendes que vaya para allá ahora mismo?

—Quizá puedas esperar hasta el mediodía.

—¿Hoy?

—Yo... Solo si puedes. ¿Crees que podrás hacerme este favor?

—¿Tengo alguna otra opción?

—Muchísimas gracias —dijo Erlendur—. Espero tu llamada.

Le resultó un tanto difícil encontrar el bungaló, y pasó dos veces delante de la desviación. Finalmente vio el cartel, casi devorado por un arbusto: «SÓLVANGUR». Entró por el desvío hacia el lago y aparcó el coche junto al bungaló.

Esta vez sabía lo que estaba buscando. Iba solo y no le había hablado a nadie de su plan. No se lo diría a nadie hasta que el caso estuviera más claro, si es que llegaba ese día. De momento seguía bastante poco claro, necesitaba más pruebas y ni él mismo estaba del todo seguro de si estaba haciendo lo correcto.

Habló con el forense que le hizo la autopsia a María, y le preguntó si había señales de que hubiera utilizado algún somnífero poco antes de su muerte. El forense dijo que lo había encontrado, en efecto, pero en tan pequeña cantidad que no podía explicar la muerte. Erlendur preguntó si era posible calcular cuánto tiempo había pasado desde que María tomó el somnífero hasta su muerte, pero la respuesta no fue demasiado útil: probablemente el mismo día.

—¿Crees que se puede haber cometido algún delito? —preguntó el forense.

—En realidad, no —respondió Erlendur.

—¿En realidad?

—¿Encontraste huellas de quemaduras en el tórax de la difunta? —preguntó Erlendur, titubeante.

El médico forense tenía delante el informe de autopsia, abierto. Estaban en su despacho. Levantó la vista, que tenía fija en el informe.

—¿Quemaduras?

—O algo por el estilo —se apresuró a añadir Erlendur.

—¿Qué estás buscando?

—No lo sé muy bien.

—Si hubiéramos encontrado quemaduras, lo habrías sabido —dijo el forense, indignado.

Erlendur no tenía llave de la casa de verano; pero daba igual: su interés se centraba en el porche y la bañera de agua termal, así como su distancia del lago. Una fina capa de hielo lo cubría, y el hielo medio derretido chapoteaba con los guijarros de la orilla, cubiertos de escarcha. A escasa distancia había un banco de arena cortado por un arroyo que ahora estaba congelado. Erlendur sacó un tubito para muestras que le había prestado Valgerður y lo llenó con agua del Þingvallavatn. Midió la distancia que había desde el borde del agua hasta el porche elevado, cinco pasos, y desde este hasta la bañera termal, seis pasos. La bañera estaba cubierta por una tapa de aluminio y plexiglás, y cerrada con un candado pequeño y corriente. Fue al Ford a buscar la llave de desatornillar las ruedas y trasteó con el candado hasta que lo abrió. Luego levantó la tapa. Era pesadísima. Se mantenía levantada mediante un gancho sujeto a la pared del porche. Erlendur no sabía mucho de bañeras termales. Nunca se había metido en ninguna, ni tenía el más mínimo interés por hacerlo. Supuso que no habían vuelto a usarla desde que María se quitara la vida.

Antes de salir de la ciudad visitó una tienda de materiales de construcción, donde habló con un empleado al que consideraban buen especialista en el tema. El interés de Erlendur se centraba en el desagüe y en el sistema utilizado para llenar la bañera. «Vaciar y llenar», dijo. El empleado se mostró un tanto agobiante al principio, pero en cuanto se dio cuenta de que Erlendur no tenía ninguna intención de comprar nada, abandonó rápidamente sus artes de vendedor y a partir de ese momento resultó bastante tolerable. Le mostró a Erlendur un gráfico comercial con llenado y desagüe controlados por ordenador. Dijo que era el no va más. Erlendur gruñó.

—¿Es este el mejor sistema? —preguntó.

El empleado hizo una mueca.

—Hay muchos que prefieren controlarlo *manually* —dijo.

—¿*Manually*? —repitió Erlendur, mirando al vendedor, quien parecía recién salido de la adolescencia, con un fino bozo en el rostro.

—Sí, prefieren abrir los grifos y luego cerrarlos en cuanto la bañera está llena. Es igual que llenar una bañera corriente. La temperatura se controla mediante los grifos habituales de agua caliente y fría.

—¿Y si no es *manually*?

—Entonces se utiliza un centro de control, habitualmente en el váter. Se aprieta un botón y el baño empieza a llenarse de agua caliente a una temperatura

predeterminada. Luego se aprieta otro botón y se vacía.

—¿De modo que hay una tubería para la entrada del agua en la bañera, y otra para la salida de la bañera?

—No, es la misma tubería. El agua se extrae por una rejilla que hay en el fondo, y cuando se tiene que llenar, el agua sube por esa misma rejilla.

—Pero ¿no será la misma agua?

—No, claro que no. Por la rejilla sale agua limpia, aunque a algunos esto les parece un fallo del sistema. Yo no me compraría uno de esos.

—¿Por qué? ¿Cuál es el fallo?

—Que el agua de entrada y salida pasen por el mismo tubo.

—¿Por qué?

—Se supone que el tubo se limpia solo, pero en ocasiones quedan pequeñas impurezas del último vaciado. Algo que se ha quedado atascado en el tubo, ¿entiendes? Por eso la gente prefiere hacerlo *manually*. A lo mejor es pura y simple majadería. Otros afirman que este es el mejor sistema que hay.

Después de hablar con el empleado, hizo una breve llamada telefónica a un técnico de la policía de investigación que había llevado a cabo la inspección de la casa de verano. Dijo que le parecía recordar un pequeño sistema de control en el retrete, para llenar y vaciar el baño termal.

—¿De modo que la bañera está controlada por ordenador? —preguntó Erlendur.

—Eso me pareció —respondió el técnico—. Claro que tendría que comprobarlo.

—¿Cuál es la ventaja del control por ordenador?

—Bueno, que no hay que llenar la bañera *manually* —dijo el técnico, que se sobresaltó al notar que Erlendur colgaba el teléfono con un profundísimo suspiro.

Erlendur estuvo un buen rato mirando el interior de la bañera. Buscó grifos pero no vio ninguno. El vendedor le había dicho que podían estar en cualquier lugar cerca del baño; por lo general, debajo de la plataforma del porche. Erlendur no vio en la plataforma la puerta de ningún cajetín que pudiera esconder los grifos. Supuso que el llenado se haría electrónicamente, como había dicho el técnico. Se metió a cuatro patas en la bañera redonda. Se agachó sobre la rejilla y consiguió soltarla. Había empezado a oscurecer, pero llevaba una linterna con la que iluminó la rejilla. En el tubo había un poco de agua helada. Erlendur cogió otro tubo y metió el hielo que había sacado de la tubería.

Volvió a cerrar la bañera con la pesada tapa de plexiglás y puso en su sitio el candado roto.

Dio una vuelta alrededor de la casa hasta que encontró un almacén en la parte de atrás. Supuso que lo usarían para guardar la barca. Acercó la cara a una ventanita, y vio una barca allí dentro. Especuló acerca de si se trataría de la misma en la que estuvieron Magnús y Leonóra aquel día fatal, tanto tiempo atrás. Al lado de la caseta había leña amontonada.

La caseta donde guardaban la barca estaba cerrada con un candado que Erlendur

abrió con tan pocas dificultades como el primero. Iluminó el interior del almacén. La barca era vieja y estaba casi rota, como si llevara mucho tiempo sin utilizarse. A los dos lados había mesas de trabajo, y en la pared trasera unas estanterías que llegaban del suelo al techo. En una de ellas, cerca del suelo, vio un viejo motor fueraborda marca Husqvarna.

Erlendur fue pasando despacio la luz de la linterna por los estantes y por el suelo. La caseta guardaba los aparejos propios de una casa de verano: herramientas de jardinería como carretillas y palas, una bombona de gas y una barbacoa, latas de pintura y otras con barnices para madera así como gran variedad de herramientas de bricolaje. Erlendur no sabía exactamente qué estaba buscando, y tuvo que pasarse casi un cuarto de hora inspeccionando el almacén e iluminando cada cachivache que había por allí antes de que se le encendiera una lucecita.

Porque estaba perfectamente guardado. No es que hubieran intentado ocultar el aparato, todo lo contrario, pero no llamaba en absoluto la atención. Era una parte más del mobiliario, pero le llamó la atención en cuanto supo qué estaba buscando. Lo iluminó con la linterna. Era una caja cuadrada que parecía un portafolio grande y grueso. El aparato no era nada especial, pero despertó extrañamente un viejo pavor de cuando Erlendur casi murió congelado en los páramos del este.

Leonóra había dicho siempre que el accidente era su secreto y que nadie debería saber nada de lo que había sucedido en realidad. Probablemente las separarían. Lo mejor sería no hablar nunca de aquel horrible suceso. Los accidentes se producían sin que fueran culpa de nadie, y aquello había sido un accidente. Nada cambiaría de allí en adelante, nada se conseguiría diciendo exactamente lo que sucedió a bordo de la barca. María escuchaba a su madre y depositaba en ella toda su confianza. No fue hasta mucho después cuando las consecuencias a largo plazo de aquella mentira empezaron a salir a la luz. La vida de María no podría volver a ser la misma, por mucho que se esforzara su madre por conseguirlo. Nunca volvió a ser una vida plena.

Con el paso del tiempo, María fue librándose de las alucinaciones y de la depresión que la habían aquejado desde la muerte de su padre, e incluso disminuyó la angustia, pero la sensación de culpa dormía en su interior, de tal modo que rara vez pasaba un día de su vida sin que pensara en lo sucedido en el Þingvallavatn. Podía suceder en cualquier momento del día o de la noche. Había aprendido a ahogar aquellos pensamientos, pero eran parte de su vida y se sentía tan mal por no poder hablar de lo sucedido, por no poder buscar un poco de alivio hablando de lo que había pasado, que en ocasiones pensaba en quitarse la vida, en poner fin a su miseria y su horror. No había nada peor que aquel silencio opresivo que la llamaba a gritos todos los días, en ocasiones incluso muchas veces en un solo día. Jamás había podido llorar a su padre de forma natural, nunca había podido despedirse de él, nunca había tenido ocasión de echarle de menos. Aquello le resultaba tremendamente doloroso, porque siempre había estado muy apegada a él, y él siempre se había portado bien con su niñita. Tampoco atesoraba recuerdos de él anteriores a aquel suceso. No se lo podía permitir.

—Perdóname —susurró Leonóra. Las dos sabían que quedaba muy poco tiempo.

—¿El qué? —dijo María.

—Eso... estuvo mal. Todo, desde el principio. Yo... Perdóname...

—No pasa nada —dijo María.

—No... Sí que pasa. Yo pensé que... Estaba pensando en ti. Lo hice por ti. Tienes... tienes que comprenderlo. Yo no quería que... que te pasara nada.

—Lo sé —respondió María.

—Pero... yo... yo no habría debido callar lo del accidente.

—Querías lo mejor para mí —dijo María.

—Sí..., pero también era puro egoísmo mío...

—No —dijo María.

—¿Podrás perdonarme?

—No te preocupes ahora por eso.

—¿Podrás?

María calló.

—Cuando yo muera, ¿contarás lo que pasó?

María no respondió.

—Cuéntalo... Sí —dijo Leonóra con un gemido—. Hazlo... por ti... Cuéntalo todo... Cuéntalo todo.

Los dos días siguientes, Erlendur se dedicó a reunir datos sobre lo que en su opinión habría podido suceder en la casa de verano durante la noche en que encontraron muerta a María. Todavía no estaba listo para presentar sus conclusiones oficiales, y no había terminado de decidir si sería mejor hablar con Baldvin y Karólína conjuntamente o por separado. No había comentado su investigación con nadie. Sigurður Óli y Elínborg sabían que estaba totalmente absorbido por algo, pero no tenían ni idea de lo que era, y Valgerður se comunicaba con él menos de lo habitual. Erlendur no pensaba más que en el caso. Esperaba una llamada de Sandkluftavatn, que tardaba más de lo debido.

Durante los últimos días había ido creciendo en su interior un ansia que le acosaba de vez en cuando: ir a la granja abandonada de Eskifjörður y ascender al páramo.

Estaba en casa ante un cuenco de gachas de avena y una morcilla agria de hígado cuando llamaron a la puerta. Fue a abrir. Era Valgerður, que le saludó con un beso en la mejilla y se metió en la casa sin necesidad de que él le dijera nada. Se quitó el abrigo y lo puso sobre una silla, fue a la cocina y se sentó con él.

—Hace tiempo que no sé nada de ti —dijo mientras se servía gachas en un plato. Erlendur le cortó un pedazo de morcilla. Para su gusto, aquella morcilla no era suficientemente agria. Y eso que había pedido de manera expresa que la sacaran del barril de escabeche agrio que había al lado del mostrador de carnes de la tienda. El dependiente que le sirvió lo hizo con gesto de asco. Era obvio que no le apetecía lo más mínimo rebuscar en aquel mejunje. Erlendur compró al mismo tiempo salchichas de cordero y lomo y un poco de paté de cabeza de cordero, que guardó en un frasco, en la terraza.

—He estado totalmente absorbido por el trabajo —dijo Erlendur.

—¿A qué te dedicas ahora? —preguntó Valgerður.

—Al mismo caso.

—¿Fantasmas y aparecidos?

—Sí. Algo por el estilo. ¿Quieres un café?

Valgerður dijo que sí con la cabeza y él se levantó para servírselo. Valgerður señaló que tenía aspecto cansado y le preguntó si todavía le quedaban días de vacaciones. Erlendur dijo que le quedaba un montón de días libres, pero que hasta el momento no había encontrado nada a lo que dedicarlos.

—¿Qué tal fue tu encuentro con Halldóra el otro día?

—Bastante mal —respondió Erlendur—. No sé si fue buena idea que nos viéramos. Hay demasiadas cosas en las que nunca nos pondremos de acuerdo.

—¿Como qué? —preguntó Valgerður con prudencia.

—Ay, no lo sé. Muchas cosas.

—¿De las que prefieres no hablar?

—Creo que no sirve de nada. Halldóra está convencida de que no he sido honrado con ella.

—¿Lo fuiste?

Erlendur hizo una mueca. Estaba al lado de la cafetera, y Valgerður se volvió hacia él.

—Quizá dependa del punto de vista —respondió él.

—¿Y eso? —dijo Valgerður.

Erlendur exhaló un profundo suspiro.

—Ella estaba metida hasta los tuétanos en nuestra relación. Yo no. Esa es la gran traición. Mi falta de compromiso con nuestra relación.

—Creo que ya se me han acabado las ganas de escuchar nada más sobre el tema, Erlendur —dijo Valgerður—. No es asunto mío, hace mucho tiempo y a nosotros no nos afecta. Ni a nuestra relación.

—Sí, lo sé. Pero... quizás ahora la comprendo mejor. Ella ha estado siempre pensando en eso, durante todos estos años. Creo que de ahí proviene su ira.

—¿De un amor no correspondido?

—Es cierto lo que dice. Halldóra era honrada obrando como obraba. Yo no.

Erlendur llenó dos tazas de café y se sentó a la mesa de la cocina.

—Amarga pena es amar a quien amarnos no sabe —dijo Valgerður citando al poeta inglés.

Erlendur la miró.

—Pues sí, supongo —dijo y al momento cambió de tema—. Estoy investigando otra relación, y en realidad no sé qué hacer con eso. Hay sucesos que tuvieron lugar hace muchos años. Una mujer llamada Sólveig mantenía una relación con el marido de su mejor amiga. Esa relación terminó como el rosario de la aurora.

—¿Puedo osar preguntarte qué pasó?

—No sé si llegará a salir todo eso a la luz algún día —dijo Erlendur.

—Perdona, por supuesto que no puedes hablarlo con el primero que llegue.

—No, no pasa nada. El marido se ahogó en el Þingvallavatn. La cuestión es hasta dónde llega la participación de su propia esposa en el suceso. Y hasta qué punto afectó aquello a su hija.

—¿Y?

—Podría decirse que muchísimo —dijo Erlendur—. La hija se vio involucrada en una discusión matrimonial.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Valgerður.

—Creo que esto no llegará a ningún lado.

Erlendur calló.

—¿Y qué hay de esos días libres que te quedan? ¿Qué piensas hacer con ellos? —preguntó Valgerður.

—Debería intentar aprovecharlos.

—¿Qué has pensado?

—Podría perderme por ahí unos cuantos días.

—¿Perderte? —dijo Valgerður—. Yo estaba pensando..., no sé..., en las islas Canarias o algo por el estilo.

—No soy yo de esas cosas.

—Pero ¿cómo? ¿Has salido de Islandia alguna vez? ¿Has ido alguna vez al extranjero?

—No.

—¿Y no te apetece?

—No especialmente.

—La torre Eiffel, el Big Ben, el Empire State, el Vaticano, las pirámides... ¿No?

—Alguna vez he sentido curiosidad por ver la catedral de Colonia.

—¿Y por qué no te largas para allá?

—Mi interés tampoco es que sea exagerado.

—¿A qué te refieres con eso de perderte unos días?

—Me apetece ir al este —dijo Erlendur—. Desaparecer unos cuantos días. Lo he hecho varias veces. Harðskafi...

—¿Sí?

—Ese monte es mi torre Eiffel.

Karólína no pareció extrañarse al ver a Erlendur otra vez en la puerta de su casa de Kópavogur, y al momento le invitó a entrar. Él la había estado vigilando sin mucho detenimiento durante varios días, y descubrió que llevaba una vida bastante monótona: acudía al trabajo a las nueve y volvía a casa hacia las seis. Paraba antes en una tiendecita del barrio para comprar comida. La tarde y la noche las pasaba en casa, viendo la televisión o leyendo. Una tarde recibió la visita de una amiga. Ese día corrió las cortinas... Erlendur no se movió del coche y vio salir a la amiga poco después de medianoche. Se fue caminando por la calle con su abrigo largo rojo y desapareció al dar la vuelta a la esquina.

—¿Aún sigues hurgando en el asunto ese de la mujer de Baldvin? —preguntó a bote pronto al tiempo que invitaba a Erlendur a pasar al salón. Planteó la pregunta sin parecer demasiado interesada en la respuesta. Karólína hacía como si no le afectara lo más mínimo haber recibido dos visitas de la policía separadas por un breve intervalo. Erlendur no sabía a qué estaba jugando.

—¿Habéis hablado Baldvin y tú? —preguntó.

—Naturalmente. Nos resulta ya divertido. ¿De verdad intentas afirmar que le hicimos algo a María?

También esta pregunta daba la sensación de no esperar respuesta, pues si eso era lo que pensaba Erlendur, le resultaba demasiado absurdo como para tomárselo en serio.

—¿Tan absurdo es pensarlo?

—Es absurdo —respondió Karólína.

—Por ejemplo, en el asunto entra el dinero —dijo Erlendur mirando el salón.

—¿Realmente lo estás investigando como si fuera un asesinato?

—¿Te has hecho alguna vez preguntas sobre la vida y la muerte? —preguntó Erlendur, y se sentó en una silla.

—No, ¿por qué?

—María sí que se las hacía —dijo Erlendur—. Muchísimas. Puede decirse que no pensó en otra cosa durante las semanas que precedieron a su propia muerte. Intentaba hallar respuestas acudiendo a médiums. ¿Te suena eso?

—Sé lo que es un médium —respondió Karólína.

—Estamos informados de uno de los que visitó. Se llama Andersen. Hicieron una grabación sonora en cinta, y María se la llevó a casa. Sabemos de otra médium a la que fue a ver, una mujer a quien aún no he logrado localizar. Se llama (o se hace llamar) Magdalena. ¿Tienes alguna idea?

—No.

—Lo cierto es que me apetece hablar con ella —dijo Erlendur.

—Yo no he ido a un médium en toda mi vida —dijo Karólína.

Erlendur la miró largo rato mientras meditaba sobre la conveniencia de desvelar lo que pensaba que había sucedido en vez de seguir dándole vueltas como si fuera un gato ante un plato de leche caliente. Tenía una teoría muy clara, pero que resultaba muy difícil de demostrar. Había medido las posibilidades una y otra vez, sin llegar a ninguna conclusión. Erlendur sabía que había llegado el momento de conducirse de manera más activa en el caso, de ponerse en marcha, pero albergaba dudas porque apenas tenía nada en firme. Casi todo eran simples sospechas erigidas sobre cimientos endebles y que serían muy fáciles de echar abajo. Cabía la posibilidad de que fuera sacando a la luz algunas pruebas más con el paso del tiempo, pero ya estaba cansado del caso y quería dejarlo para dedicarse a cualquier otra cosa.

—¿Alguna vez has interpretado a una médium? —preguntó Erlendur.

—¿En el escenario, dices? No, nunca —respondió Karólína.

—¿No conoces a una médium que se hace llamar Magdalena?

—No.

—El mismo nombre de un personaje que interpretaste en el teatro, ¿recuerdas?

—No. No conozco a ninguna Magdalena.

—Lo comprobaremos —dijo Erlendur—. En toda la región de Reikiavik no existe ni una sola médium que se llame así.

—¿Por qué no sueltas de una vez lo que estás intentando decir?

Erlendur sonrió.

—Quizá sería lo mejor.

—No lo dudes.

—Te contaré lo que creo que sucedió —dijo Erlendur—. Creo que Baldvin y tú empujasteis a María al suicidio.

—¿Qué?

—Después de la muerte de su madre se quedó terriblemente afligida. No se separó de ella durante sus dos años de agonía y al final se despidió de ella tras grandes dolores y padecimientos. Empezó a imaginarse toda clase de cosas y a buscar las señales que su madre había prometido enviarle para informarle de que estaba bien y existía alguna especie de vida después de la muerte, y que incluso era mejor que el valle de lágrimas en que nos movemos mientras estamos vivos. Y no hacía falta mucho para empujar a María al suicidio. Tenía un miedo terrible a la oscuridad, estaba hecha un manojo de nervios desde la muerte de su madre y ansiaba saber si estaría mejor en algún otro mundo. Había estudiado Historia, pero no se trataba de ninguna cuestión racional, sino de fe, esperanza y caridad en un plano mucho más profundo. Empezó a imaginarse toda clase de cosas. Leonóra se le apareció en su casa de Grafarvogur. Visitó médiums. ¿Participaste tú de alguna forma en el intento de empujarla al suicidio?

—¿Qué quieres decir? ¿Tienes pruebas de lo que dices?

—Ninguna —dijo Erlendur—. Lo habéis organizado muy bien.

—¿Por qué demonios íbamos a hacer algo semejante?

—Hay mucho dinero en juego. Baldvin tiene montones de deudas, y a duras penas podrá pagarlas aunque gane un buen sueldo como médico. Os libráis de María y vivís en la opulencia durante el resto de vuestras vidas. Sé de crímenes cometidos por cantidades mucho menores.

—¿Llamas crimen a lo sucedido?

—No sé qué otro nombre usar, tal como se presenta el tema. ¿Eres tú Magdalena? Karólína miró largo rato a Erlendur, con gesto pétreo.

—Creo que deberías irte ya —dijo.

—¿Le dijiste algo que pudiera poner en marcha la serie de sucesos que culminó en su suicidio?

—No tengo nada más que decir.

—¿Participaste en la muerte de María?

Karólína se había puesto en pie. Se dirigió a la puerta de entrada y la abrió para que saliera Erlendur.

—Vete —dijo.

Erlendur también se levantó y la siguió.

—¿Crees que tuviste alguna participación, aunque fuera minúscula, en lo que le sucedió a María? —preguntó.

—No —dijo Karólína—. Se sentía muy mal. Se suicidó. Y ahora, ¿quieres irte?

—¿Te habló Baldvin de un experimento que llevó a cabo cuando estudiaba Medicina? Intervino en la muerte de un joven y su posterior reanimación. ¿Sabías eso?

—¿De qué me estás hablando?

—Creo que ese fue el empujón final —respondió Erlendur.

—¿Qué?

—Pregúntale a Baldvin. Pregúntale a Baldvin si conoce a un hombre llamado Tryggvi. Si tiene alguna relación con él hoy día. Pregúntale.

—¿Te vas de una vez?

Erlendur seguía en la puerta y se negaba a darse por vencido. Karólína tenía el rostro rojo como un ascua.

—Creo que sé lo que sucedió en la casa de verano —dijo—. Y no es una historia nada bonita.

—No tengo ni la menor idea de qué estás hablando.

Karólína le empujó para hacerle salir, pero Erlendur no se daba por vencido.

—Dile a Baldvin que sé lo del desfibrilador —dijo en el momento en que la puerta encajó en sus goznes.

Erlendur estaba sentado a oscuras. Esperaba, inseguro.

Esa mañana se había despertado tarde. Eva Lind había ido de visita la noche anterior. Hablaron de Valgerður. Erlendur sabía que a Eva no le caía demasiado bien, y si veía su coche en el aparcamiento del bloque de apartamentos donde vivía Erlendur, esperaba horas a que Valgerður se fuera, antes de llamar a la puerta de su padre.

—¿Por qué eres tan incapaz de ser amable con ella? —le preguntó Erlendur a su hija—. Cuando hablamos de ti, ella siempre te defiende. Podríais ser muy buenas amigas si te avinieras a conocerla.

—No me interesa lo más mínimo —dijo Eva Lind—. No me interesan las mujeres que haya en tu vida.

—¿Mujeres? No hay mujeres. Está Valgerður y ya. Nunca ha habido más mujeres en mi vida.

—Déjalo —dijo Eva Lind—. ¿Tienes café?

—¿Qué quieres?

—Nada, me aburría.

Erlendur se sentó en su sillón. Eva Lind se tumbó en el sofá.

—¿Vas a dormir aquí? —preguntó Erlendur, mirando el reloj. Eran ya bastante más de las doce.

—No lo sé —respondió Eva Lind—. ¿Te viene bien leerme otra vez el capítulo sobre tu hermano?

Erlendur miró un buen rato a su hija antes de levantarse e ir hacia la biblioteca. Sacó el libro que incluía el relato y volvió a sentarse. Empezó a leer lo que decía sobre aquellos sucesos y la inactividad de su padre, y cómo le tildaban a él de huraño y taciturno, y cómo se había dedicado a buscar los restos mortales de su hermano. Erlendur miró a su hija al acabar la lectura. Pensó que se había quedado dormida. Dejó el libro sobre una mesita que había al lado del sillón y se sentó con las manos en el regazo pensando cómo se había enfadado su madre con el redactor del texto. Sobrevino un largo silencio hasta que Eva Lind suspiró.

—Desde entonces intentas mantenerle con vida —dijo.

—No sé si...

—¿No ha llegado la hora de dejarle morir?

Eva Lind abrió los ojos y volvió la cabeza hacia su padre. Le miró durante un buen rato.

—¿No ha llegado la hora de dejarle morir?

Erlendur callaba.

—¿Por qué te metes en esto? —preguntó al cabo de unos segundos interminables.

—Porque eso te hace sentirte muy desgraciado, seguramente más que yo misma algunas veces —respondió Eva Lind.

—Me parece que esto no es asunto tuyo —dijo Erlendur—. Es cosa mía. Yo hago lo que hay que hacer.

—Vete entonces al este, adonde nacisteis. Vete para allá y haz lo que tengas que hacer. Líbrate de él y libérate. Te lo mereces, después de tantos años. Y él también. Déjale morir. Tú te lo mereces y él también se lo merece. Tienes que liberarte de él. Tienes que liberarte de ese fantasma.

—¿Por qué te metes en esto?

—¿Y lo preguntas tú, que no dejas nunca a nadie en paz?

Estuvieron un buen rato en silencio hasta que Eva Lind preguntó si podía quedarse a dormir en el sofá. No tenía ganas de irse a casa.

—Pues claro —dijo Erlendur—. Quédate.

Se levantó para irse a la cama.

—Si alguna vez tuve que hacerlo, ya lo hice hace mucho —dijo Eva Lind volviéndose hacia un lado en el sofá.

—¿Tuviste que hacer qué?

—Perdonarte —contestó Eva Lind.

Erlendur se vio bruscamente alejado de sus pensamientos al oír un coche detenerse en la entrada. Se abrió la puerta y oyó pasos sobre la grava, en dirección a la caseta que hacía las veces de almacén. La luz del día iluminaba el interior por dos ventanitas, una a cada lado, así como el polvo que flotaba en el aire. Veía en el exterior cómo brillaba deslumbrante el sol sobre el Þingvallavatn, liso como un espejo en la calma chica del otoño. La puerta se abrió, y Baldvin entró y cerró. Pasaron unos momentos hasta que una lámpara se encendió en el techo. Al principio, Baldvin no se percató de su presencia, y Erlendur le vio buscar algo, agacharse y volver a erguirse con el desfibrilador en brazos.

—Pensaba que a lo mejor no venías —dijo Erlendur. Se puso en pie en el rincón en el que había estado esperando, y entró en el cono de luz. Baldvin se llevó un buen susto y a punto estuvo de dejar caer el aparato.

—Joder, maldita sea —exclamó antes de recomponerse y hacer lo posible para mostrar a la vez ira e indignación—. Pero ¿qué...? Pero ¿qué significa esto? ¿Qué estás haciendo tú aquí?

—¿La pregunta no será, en realidad, lo que estás haciendo tú? —replicó Erlendur sin perder la calma.

—Yo... Esta es mi casa de verano... ¿Qué quieres decir con eso de que qué estoy haciendo yo? Eso no es asunto tuyo. ¿Por qué no... por qué no haces más que perseguirme?

—Ya había empezado a pensar que no venías —respondió Erlendur—. Pero no has podido aguantar más y has venido para esconder el aparato ese en un lugar bien seguro. Parece que la conciencia ya empieza a remorderte. Quizá no estés ya tan

seguro como antes de poder salir con bien de esto.

—No sé de qué estás hablando. ¿Por qué no me dejas en paz?

—Es por María. No deja de visitarme como una vieja historia de fantasmas. Hay unas cuantas cosas que creo que debería hablar contigo acerca de ella, una serie de preguntas que sé que ella misma habría querido hacerte.

—¿Qué estupidez es esta? ¿Rompiste el candado de la puerta?

—Lo hice el otro día —reconoció Erlendur—. Cuando estaba intentando rellenar los huecos.

—¿Qué gilipollez es esta? —reiteró Baldvin.

—Pues yo esperaba que me lo dijeras tú.

—He venido a hacer limpieza en la caseta —dijo Baldvin.

—Sí, claro. Y hay otra cosa más. ¿Por qué usas agua del Þingvallavatn en tu bañera termal?

—¿Qué?

—Tomé una muestra de la bañera, del desagüe. El agua para el bungaló y para la bañera termal procede de las fuentes de ahí arriba. Se calienta con electricidad en la misma casa y luego se distribuye por la red. Así que ¿por qué iba a haber limo del Þingvallavatn en el desagüe de la bañera?

—No sé de qué estás hablando —dijo Baldvin—. A veces... a veces chapoteamos un poco en el lago y luego nos metemos en la bañera caliente.

—Sí, pero yo estoy hablando de mucha más agua. Creo que la bañera se ha llenado con agua del Þingvallavatn —dijo Erlendur.

Baldvin seguía con el desfibrilador en las manos y fue reculando desde la caseta con intención de dejar el aparato en el maletero de su coche. Erlendur fue tras él y se lo quitó. Baldvin no opuso resistencia.

—Hablé con un médico —dijo Erlendur—. Le pregunté cómo se podía inducir un paro cardíaco en una persona sin que hubiera consecuencias. Me dijo que hacía falta una voluntad férrea y un montonazo de agua fría. Tú eres médico. ¿Estás de acuerdo con lo que me contó?

Baldvin no se movió de al lado del maletero, y no contestó.

—¿No fue ese el sistema que utilizasteis con Tryggvi en tiempos? —preguntó Erlendur—. Con María no podías usar ningún medicamento. No debía poderse descubrir nada, ¿verdad? Porque a María le harían la autopsia. Lo único que podías usar era una pizca de somnífero para insensibilizarla un poco del frío.

Baldvin cerró de golpe el maletero del coche.

—No sé de qué estás hablando —repitió, rojo de furia—. Y me parece que tú tampoco lo sabes. María se ahorcó. No se durmió en la bañera, si es eso lo que has imaginado. ¡Debería darte vergüenza!

—Ya sé que se ahorcó —dijo Erlendur—. Pero quiero saber exactamente por qué. Y cómo conseguisteis empujarla Karólína y tú a que lo hiciera.

Baldvin parecía dispuesto a meterse en el coche y largarse a fin de no seguir

escuchando a Erlendur. Fue a la puerta del conductor y la abrió, y estaba a punto de sentarse cuando titubeó y se volvió hacia Erlendur.

—Ya estoy harto de todo esto —dijo airado, y cerró otra vez la puerta del coche—. Harto de esta maldita persecución de los cojones. ¿Qué es lo que quieres?

Avanzó hacia Erlendur.

—La idea te vino al recordar a Tryggvi, ¿no es así? —dijo Erlendur con toda la calma del mundo—. Lo que quiero saber es cómo conseguisteis convencer a María.

Rojo de furia, Baldvin miró fijamente a Erlendur, que le devolvió la misma mirada.

—¿Nosotros? —dijo Baldvin—. ¿Qué es eso de nosotros?

—Karólína y tú.

—¿¡Estás loco de atar!?

—¿Por qué te ha entrado de repente tanto interés por el desfibrilador? —preguntó Erlendur—. Estaba aquí tan tranquilo desde que murió María. ¿Por qué te parece tan importante llevártelo ahora?

Baldvin no le contestó.

—¿Es porque se lo mencioné a Karólína? ¿Te dio miedo? ¿Se te ocurrió que lo mejor era librarte de él?

Baldvin seguía con la mirada fija en Erlendur, sin decir una sola palabra.

—¿No deberíamos sentarnos un rato a charlar dentro de la casa? —preguntó Erlendur—. Antes de que llame a mis hombres.

—¿Qué pruebas tienes? —dijo Baldvin.

—Lo único que tengo son serias sospechas. Estoy muerto de ganas por confirmarlas.

—¿Y entonces?

—¿Entonces? No lo sé. ¿Lo sabes tú?

Baldvin calló.

—No sé si se puede perseguir legalmente a la gente por ayudar a llevar a cabo un suicidio o por empujar voluntariamente a alguien a que se quite la vida —dijo Erlendur—. Es lo que hicisteis Karólína y tú. De manera sistemática y sin vacilar. Es probable que el dinero desempeñara un papel importante. Hay mucho dinero en juego, y tu situación económica es catastrófica. Y luego está Karólína, claro. Tendrías todo lo que querías si María cometía la estupidez de morir.

—Pero ¿qué es lo que estás diciendo?

—Vivimos en un mundo cruel.

—No podrás probar nada —repuso Baldvin—. ¡Eso no es más que una gilipollez!

—Dime lo que pasó. ¿Dónde empezó todo?

Baldvin titubeó otra vez.

—En realidad, creo saber más o menos lo que sucedió —dijo Erlendur—. Si no fue exactamente como creo, podemos discutirlo. Pero tendrás que hablar conmigo. No hay vuelta de hoja. Lo siento.

Baldvin seguía quieto y en silencio.

—¿Dónde empezó todo esto? —repitió Erlendur, sacando su teléfono móvil—. O me lo dices a mí aquí y ahora, o esto se llenará de policías en un abrir y cerrar de ojos.

—María dijo que quería ir al otro lado —dijo Baldvin con voz grave.

—¿Al otro lado?

—Después de la muerte de Leonóra —continuó Baldvin—. Quería ir al otro lado del gran río, pues creía poder verla allí. Me pidió que la ayudara. No hubo nada más.

—¿El gran río?

—¿Te lo tendré que repetir hasta que lo entiendas?

—¿Y qué?

—Entra —dijo Baldvin—. Te hablaré de María si luego nos dejas en paz.

—¿Estabas tú en la casa cuando murió?

—Déjalo —dijo Baldvin—. Te contaré cómo fue. Ha llegado el momento de que lo sepas. No pienso rehuir ninguna responsabilidad. No fuimos honrados con ella, pero yo no la maté. Nunca habría podido hacerlo. Jamás. Tienes que creerme.

Entraron en la casa y se sentaron en la cocina. Hacía frío en el bungalow. A Baldvin ni se le pasó por la cabeza encender la calefacción: no pensaba quedarse allí mucho tiempo. Empezó a relatar su historia punto por punto, con orden y en voz bien clara. Le habló de cuando conoció a María en la universidad, de su convivencia con Leonóra en Grafarvogur y de los dos últimos años de la vida de María tras la muerte de su madre. Erlendur tuvo la sensación de que había ensayado algunas partes de la historia, pero en conjunto le resultaba plausible y consistente.

Baldvin mantenía una relación amorosa con Karólína desde hacía varios años. Habían estado juntos durante un breve tiempo cuando ambos estudiaban en la Escuela de Arte Dramático, pero la relación no cuajó. Baldvin se casó con María, mientras Karólína estuvo unas épocas viviendo con otros hombres, y el resto del tiempo vivió sola. Su relación más larga con un hombre había durado cuatro años. Baldvin y ella volvieron a encontrarse y reanudaron su antigua relación, que María ignoraba por completo. Se veían en secreto, con una frecuencia imprevisible, aunque nunca menos de una vez al mes. Ninguno de ellos quería continuar la relación en esos términos, pero antes de que Leonóra enfermase de cáncer, Karólína empezó a urgirle a Baldvin para que se separara de María y de este modo los dos pudieran irse a vivir juntos. Él no se mostró reacio a la idea. La convivencia con la madre y la hija era una difícil prueba para el matrimonio. Cada vez con mayor frecuencia le decía a María que él no se había casado con su madre, y que no estaba dispuesto a seguir así.

Cuando Leonóra enfermó, fue como si le hubieran arrebatado a María el suelo que tenía bajo sus pies. Su vida se transformó en el mismo grado que la de Leonóra. No se apartaba de la enferma ni un momento. Baldvin se instaló en el cuarto de invitados y María dormía al lado de su madre moribunda. Abandonó todas las cosas en las que estaba trabajando, cortó casi por completo la relación con sus amigos y se encerró en la casa. Un día, una empresa inmobiliaria se puso en contacto con ellos. Se habían enterado de que Leonóra y María eran propietarias de una parcela relativamente pequeña en el municipio de Kópavogur y deseaban comprársela. La zona estaba en auge y el valor del suelo había crecido enormemente. Ellas conocían la existencia de aquella propiedad, pero jamás se les había pasado por la cabeza que pudiera llegar a proporcionarles ni un mínimo de riqueza. Casi se habían olvidado de ella cuando la inmobiliaria hizo la oferta. La cantidad que se ofrecían a abonar por el terreno era de auténtico vértigo. Baldvin nunca había visto sobre un papel una suma tan elevada. María se mostró indiferente. Nunca le habían interesado en exceso las cosas de este mundo, y en ese momento solo le interesaba su madre. Dejó que Baldvin se hiciera cargo de la venta. Baldvin se puso en contacto con un abogado que les asesoró para establecer la cantidad definitiva y el procedimiento de pago, sellar papeles y realizar las escrituras. De repente eran más ricos de lo que Baldvin había podido imaginar jamás.

María fue encerrándose más y más a medida que la salud de su madre iba decayendo, y los últimos días no salía siquiera de la habitación. Leonóra quería morir en casa. Su médico la visitaba con regularidad para controlar la administración de morfina. Nadie más podía entrar en el dormitorio. Baldwin estaba solo en la cocina cuando Leonóra dijo adiós. Oyó el llanto desesperado de María en la habitación, y supo que todo había terminado.

Durante semanas enteras, María no quiso saber nada de nadie. Le contó a Baldwin lo que había estado hablando con su madre justo antes de la muerte de esta. Habían acordado que Leonóra le enviaría una señal si existía lo que ellas llamaban vida del más allá.

—¿De modo que te contó lo de Proust? —Erlendur interrumpió su relato.

Baldvin respiró hondo.

—Estaba muy alterada, afectada por los sedantes y los antidepresivos, y se olvidó de ello por un tiempo. No estoy orgulloso de lo que hice, algunas cosas incluso fueron horribles, lo reconozco, pero todo ha acabado ya y no hay forma de solucionarlo.

—Empezó con Proust, ¿verdad?

—*En busca del tiempo perdido* —dijo Baldwin—. El título era de lo más apropiado. Siempre era como si las dos estuvieran buscando un tiempo desaparecido. Nunca llegué a comprenderlo.

—¿Qué hiciste?

—Saqué de la estantería el primer volumen, una noche de verano, y lo dejé en el suelo.

—¿Karólína y tú ya habíais empezado a prepararle la sogá?

—Sí —asintió Baldwin con voz grave—. Empezó entonces.

Baldvin había corrido las cortinas, de modo que la casa estaba a oscuras y hacía frío. Erlendur miró hacia el salón donde concluyó la vida de María.

—¿La idea fue de Karólína? —preguntó.

—Ella empezó a pensar en esa posibilidad. Quería ir mucho más lejos que yo. Yo sentía que... tenía que ayudar a María si ella deseaba visitar los territorios del más allá, de la vida después de la muerte, si quería saber lo que existía al otro lado. Para ella, la vida en el más allá era un gran consuelo. Se consolaba pensando que nuestra estancia en la vida terrenal no era el final de todo. Ella y su madre preferían pensar que, por el contrario, era el principio de algo. Leía libros. Pasaba horas en Internet. Lo estudió muy a fondo.

—Pero tú no querías llegar hasta el final, ¿verdad?

—No, en absoluto. Y no lo hice.

—¿Pero os aprovechasteis de la fragilidad de María?

—Fue un juego muy sucio, lo reconozco —dijo Baldwin—. Todo el tiempo me sentí como un canalla.

—¿Pero no lo bastante como para dejarlo?

—No sé en qué estaba yo pensando. Karólína era muy insistente. Amenazaba una vez tras otra. Al final acepté intentarlo. Yo también tenía curiosidad. ¿Y si María despertaba diciendo que había tenido visiones del más allá? ¿Y si era cierta toda la historia de la vida del más allá?

—¿Y si no la resucitabas? —preguntó Erlendur—. ¿No era eso lo más importante para ti, conseguir el dinero?

—También eso —reconoció Baldvin—. Tener la vida de una persona en tus manos es una sensación extraña. Conocerías esa sensación si fueras médico. Es una sensación extrañamente poderosa.

Fue al salón una noche, sin hacer ruido, llegó hasta la estantería y buscó *Por el camino de Swann*, de Marcel Proust, y lo dejó con cuidado en el suelo. María estaba durmiendo en la cama conyugal. Baldvin le había suministrado una dosis de somnífero mayor de lo habitual. También le había dado otros medicamentos sin que ella lo supiese, drogas que incrementaban sus capacidades perceptivas pero también podían provocarle confusión mental. María confiaba en las medicinas que su marido le proporcionaba. Era su esposo. Y era médico.

Volvió a acostarse a su lado. Karólína había sugerido que ella podía formar parte de la conspiración representando el papel de médium. Baldvin tenía que animar a María a hablar con una vidente que había oído decir que era muy buena, y que se llamaba Magdalena. Sabían que María no se dedicaría a hacer averiguaciones previas. No estaba en situación de poner en duda absolutamente nada de lo que dijera Baldvin, en quien confiaba con los ojos cerrados.

Era una presa demasiado fácil.

Baldvin durmió mal y despertó antes que ella. Se levantó de la cama y la miró dormir. Llevaba semanas sin poder dormir tranquila. Baldvin sabía que sufriría un auténtico *shock* cuando se despertara y fuera al salón. Hacía ya tiempo que no se sentaba delante de las estanterías a mirar fijamente los libros, pero Baldvin se había dado cuenta de que su mujer seguía observando los estantes de reojo durante el día. Esperaba la señal de Leonóra, y ahora la iba a recibir. Quedaría demasiado alterada como para sospechar de Baldvin, quien dudaba de que su mujer recordase haberle hablado nunca del libro. Ahora vería sus esperanzas confirmadas.

Despertó a María, alegre, y fue a la cocina. Desde allí, pudo oírla levantarse. Era sábado. María no tardó en aparecer en la puerta de la cocina.

—Ven —dijo María—. ¡Mira lo que he encontrado!

—¿El qué? —preguntó Baldvin.

—¡Me la ha dado! —susurró María—. Es la señal. Mamá iba a dármela con ese libro. Está en el suelo. ¡El libro está en el suelo! Mi madre... mi madre me está avisando.

—María...

—No, en serio.

—María..., no deberías...

—¿Qué?

—¿Encontraste el libro en el suelo?

—Sí.

—Será, claro...

—Mira dónde se ha abierto —dijo María, y le condujo hasta el libro que estaba caído en el suelo, abierto.

Leyó en voz alta las palabras del poema. Baldwin sabía que si el libro se había abierto por allí al dejarlo en el suelo había sido por pura casualidad.

Ya está el bosque sombrío,
pero azul sigue el cielo...

—¿No crees que es totalmente revelador? Ya está el bosque sombrío, pero azul sigue el cielo. Este es el mensaje.

—María...

—Me ha enviado un mensaje, como dijo que haría. Me ha enviado el mensaje.

—Naturalmente... Es increíble. Las dos habíais hablado de ello y...

—Justo como ella dijo. Esto es justo lo que me dijo que haría.

Corrieron las lágrimas por los ojos de María, y Baldwin la abrazó y la hizo sentarse en el salón. Su mujer estaba en un estado de enorme excitación que oscilaba entre la pena y la alegría, y durante los días siguientes estuvo mucho más tranquila de lo que había podido estarlo en mucho tiempo. Había alcanzado la resignación que tanto deseaba.

Una semana más tarde, Baldwin dijo de repente:

—¿No sería conveniente que hablaras con algún médium?

Poco tiempo después, Karólina la recibía en la casa de una amiga que estaba de vacaciones en las Canarias. María no tenía ni idea de que Baldwin y Karólina habían estudiado juntos interpretación, y muchísimo menos aún que habían tenido una relación amorosa. Nunca había visto a Karólina. María apenas conocía a algún amigo de Baldwin de sus años de la Escuela de Actores.

Karólina había encendido varas de incienso, había puesto música relajante y se había echado un viejo chal sobre los hombros. Disfrutaba de su arte, se lo había pasado muy bien poniéndose sombra de ojos, arreglándose las largas cejas, retocando las líneas de su rostro y pintándose los labios de escarlata. Había ensayado con Baldwin, quien la informó de numerosos detalles que podrían resultar útiles para su demostración de poderes psíquicos. Algunas cosas de la infancia de María, algunas otras de su convivencia con Baldwin, de su estrecha relación con su madre, y de Marcel Proust.

—Percibo que no te encuentras bien —dijo Karólina cuando las dos estaban ya sentadas y podía empezar la sesión de espiritismo. Has... has padecido mucho, has

sufrido una gran pérdida.

—Mi madre falleció hace poco tiempo —dijo María—. Estábamos muy próximas.

—Y la echas de menos.

—Horriblemente.

Karólína se había preparado con gran profesionalidad, e incluso asistió a una sesión espiritista por primera vez en su vida. No siguió con demasiado interés lo que decía el médium, pero sí que se fijó en cómo usaba el lenguaje, en los movimientos de sus manos, de la cabeza y los ojos, y en su respiración. Estuvo dándole vueltas a si sería conveniente fingir que entraba en trance durante la visita de María, o hacer como el médium al que había visitado, quedarse sentada intuyendo y preguntando. Disponía de una buena descripción de Leonóra, aunque nunca la había visto en persona. Baldvin le había prestado una fotografía, que estudió con detenimiento.

Karólína decidió dejarse de trances cuando llegara el momento.

—Percibo una presencia poderosa —dijo.

María y Baldvin estaban en la cama la noche siguiente a la sesión espiritista, y María le contó hasta el último detalle de lo que había sucedido. Baldvin quedó en silencio un buen rato cuando María terminó su relato.

—¿No te he hablado nunca de un conocido mío de la Facultad de Medicina que se llamaba Tryggvi? —preguntó, mirando a María.

Baldvin evitaba mirar de frente a Erlendur, quien escuchaba su relato sentado delante de él junto a la mesa de la cocina. Baldvin miraba más allá, hacia el salón, sin verle a él, ni a la mesa, o le miraba a un hombro, pero nunca a la cara, con ojos huidizos y avergonzados.

—Con lágrimas en los ojos, acabó pidiéndote que la ayudaras a ir al otro lado —dijo Erlendur, sin intentar disimular el desprecio en la voz.

—Ella... ella tuvo esa idea al momento —replicó Baldvin mirando la placa de la mesa.

—Y así podías matarla sin que nadie se diera cuenta.

—Ese era el plan, lo reconozco, pero no pude hacerlo. Cuando llegó el momento no fui capaz. No tuve fuerzas para hacerlo.

—¡No tuviste fuerzas para hacerlo! —exclamó Erlendur fuera de sí.

—Es cierto, no fui capaz de dar el último paso.

—¿Qué sucedió?

—Yo...

—¿Qué hiciste?

—Ella quería hacerlo todo con mucho cautela. Tenía miedo de morir.

—¿Acaso no tenemos todos miedo a morir? —preguntó Erlendur.

Estuvieron en la cama toda la noche hablando de la posibilidad de matar a María durante el tiempo suficiente para que pudiera llegar hasta el otro mundo, pero no tanto como para que sufriera daños. Baldvin le habló del experimento que sus amigos de la facultad hicieron con Tryggvi, y cómo murió pero le resucitaron enseguida. No había sentido nada, no tenía ningún recuerdo de su muerte, no había visto luces ni presencias de ningún tipo. Baldvin dijo que sabía cómo provocar aquel estado de muerte inminente sin correr excesivos riesgos. Por supuesto que existía un cierto peligro, María debía ser plenamente consciente de ello, pero gozaba de buena salud y en realidad no había nada que temer.

—¿Cómo me volverás a la vida después? —preguntó.

—Existen medicinas para ello —respondió Baldvin—, y además las formas habituales de asistencia en urgencias, masaje cardiaco y respiración artificial. Podemos usar corrientes eléctricas. Un desfibrilador. Tendré que agenciarme uno. Si lo hacemos, tendremos que movernos con mucho cuidado para que no se entere nadie. No es del todo legal. Mi licencia de médico estaría en peligro.

—¿Lo haríamos aquí?

—Yo lo veo más factible en el bungaló —dijo Baldvin—. Pero esto no son más que imaginaciones. Lo cierto es que no vamos a hacerlo.

María calló. Él escuchaba su respiración. Estaban acostados en la oscuridad de la

noche e intercambiaban palabras en susurros.

—Yo lo intentaría —dijo María.

—No —replicó Baldvin—. Es demasiado peligroso.

—Pero me has dicho que no es tan difícil.

—Sí, la teoría es fácil, pero cosa distinta es hacerlo, llevarlo a cabo en la realidad. Intentaba no mostrarse demasiado negativo.

—Pues yo quiero hacerlo —afirmó María con mayor determinación que antes—. ¿Por qué en el bungaló?

—No, María, deja de pensar en eso. Yo... Es absurdo. No me atrevo a hacer algo así.

—Claro —dijo María—. Existe el peligro de que yo muera y tú te veas metido en un lío.

—De verdad que existe un peligro real —dijo Baldvin—. No es necesario correr un riesgo semejante.

—Pero ¿lo harías por mí?

—Yo... Yo no sé, yo... No deberíamos hablar de ello.

—Pero deseo hacerlo. Quiero que lo hagas por mí. Sé que puedes. Confío en ti, Baldvin. Confío en ti más que en ninguna otra persona. ¿Lo harás por mí?

—María...

—Podemos hacerlo. No pasará nada. Confío en ti, Baldvin. Vamos a hacerlo.

—¿Y si algo se tuerce?

—Estoy dispuesta a correr ese riesgo.

Cuatro semanas después iban en dirección al este, a su casa de verano del Þingvallavatn. Baldvin quería estar bien seguro de que nadie les molestaría, y había pensado que la bañera termal de la terraza podría serles de utilidad. Necesitaban mucha agua fría si querían utilizar ese método para enfriar el cuerpo hasta que se detuviera el corazón. Baldvin hizo referencia a varios métodos, pero aquel le parecía el mejor y el menos peligroso. Dijo que los equipos de rescate de las montañas estaban entrenados para resucitar a la gente en circunstancias semejantes. En ocasiones se encontraban con gente que había estado metida en la nieve o en el agua fría, y que había que adoptar una serie de medidas, si no era ya demasiado tarde: elevar la temperatura corporal con mantas calientes y, si el corazón se había detenido, ponerlo de nuevo en marcha por todos los medios disponibles.

Empezaron llenando la bañera con agua fría y trozos de hielo del Þingvallavatn. Utilizaron cubos de fregar para recoger el hielo de la superficie del agua. No necesitaron mucho tiempo, pues la orilla del lago estaba apenas a unos pasos. El tiempo era frío, y Baldvin le dijo a María que debía llevar puesta cuanta menos ropa posible en el exterior a fin de ir acostumbrándose al frío antes de meterse en la bañera. Al final Baldvin rompió el hielo de las rocas de la orilla y acabó de llenar la

bañera. Para entonces, María se había tomado dos pastillas suaves para dormir, que su marido le dijo que reducirían la sensación de frío.

María rezó unas oraciones antes de introducirse lentamente en la bañera. El frío era desgarrador, pero lo aguantó. Fue metiéndose en el agua muy despacio, primero hasta las rodillas, y luego hasta los muslos y el vientre. Se sentó con el agua por encima del pecho, los hombros y el cuello, hasta que solo sobresalía la cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó Baldvin.

—Está... tan... tan... ay, tan fría —gimió María.

No podía dejar de tiritar. Baldvin le dijo que se le pasaría en un ratito, cuando el cuerpo hubiera dejado de luchar contra el frío. No tardaría en quedarse inconsciente. Le entraría sueño y no debería luchar contra él.

—La norma es que hay que esforzarse todo lo posible para no quedarse dormido —dijo Baldvin con una sonrisa—, pero ahora es distinto. Te dormirás. No te resistas.

María intentó sonreír. Al poco desapareció la tiritera. Su cuerpo estaba azul por el frío.

—Tengo... que saberlo..., Baldvin.

—Sí.

—Con... confío, confío... en ti —dijo después.

Baldvin puso un estetoscopio sobre su corazón. Las pulsaciones se habían hecho mucho más lentas. María cerró los ojos.

Baldvin escuchaba los latidos de su corazón, cada vez más débiles.

Y entonces se detuvo. El corazón había dejado de latir.

Baldvin miró su reloj. Tenía segundero. Habían hablado de un minuto o minuto y medio. Baldvin consideraba ese espacio de tiempo suficientemente seguro. Mantenía fuera del agua la cabeza de María. Los segundos pasaban poco a poco. Medio minuto. Cuarenta y cinco segundos. Cada segundo duraba una eternidad. El segundero apenas se movía. Baldvin se intranquilizó. Un minuto. Un minuto y quince segundos.

Pasó una mano por debajo del brazo de María y de un fuerte tirón consiguió sacarla de la bañera. Extendió mantas de lana sobre el cuerpo, la llevó en brazos al interior, y la puso en el suelo junto al radiador más grande. Aún no daba señales de vida. Inició la respiración artificial y después un masaje cardiaco. Sabía que no disponía de mucho tiempo. Quizá la había dejado demasiado tiempo en el agua. Le insufló aire en los pulmones. Escuchó con la esperanza de oír latidos. Volvió a aplicarle el masaje cardiaco.

Puso el oído sobre el pecho de María.

El corazón empezó a latir muy débilmente. Le frotó el cuerpo con la manta y la acercó más al radiador.

El corazón empezó a latir algo más deprisa. María tomó aire. Baldvin había conseguido revivirla. La piel ya no estaba azulada. Volvía a tener un leve tono rosado.

Baldvin suspiró aliviado y se sentó en el suelo y se pasó un buen rato mirando a María. Era como si estuviera durmiendo pacíficamente.

Y entonces abrió los ojos. Se quedó con la mirada fija en el techo, un tanto confusa. Volvió la cabeza hacia Baldvin y le miró largo rato. Baldvin sonrió. María empezó a temblar de manera incontrolada.

—¿Ya... ha acabado? —preguntó.

—Sí.

—La... la... la vi —dijo—. La vi... Venía hacia mí...

—María...

—No debiste haberme despertado.

—Pasaron más de dos minutos.

—Esta... estaba tan bella —dijo María—. Qué... qué bella estaba. Yo quería... quería... abrazarla. No tenías... que haberme despertado. No habrías... debido... hacerlo.

—Tenía que hacerlo.

—No... habrías debido... despertarme.

Baldvin miró a Erlendur con gesto serio. Se había levantado y estaba al lado del radiador donde dijo que había puesto a María cuando despertó después de haber muerto en la bañera.

—No pude dejarla morir —dijo—. Habría sido fácil. No habría tenido necesidad de resucitarla. Podía haberla dejado en la habitación y la habrían encontrado al día siguiente. Nadie habría sabido nada. Un simple ataque al corazón. Pero no pude.

—Si es que eres un pedazo de pan —dijo Erlendur con sarcasmo.

—Ella estaba segura de que había algo al otro lado —dijo Baldvin—. Dijo que había visto a Leonóra. Cuando despertó estaba muy débil al principio, y la acosté en la cama. Se durmió y estuvo descansando durante dos horas mientras yo vaciaba la bañera, la limpiaba y lo ponía todo en orden.

—¿De modo que quiso volver allí, pero esta vez de forma definitiva?

—Ella lo decidió así —dijo Baldvin.

—¿Y después? ¿Qué pasó cuando despertó?

—Estuvimos charlando. Recordaba perfectamente lo que sucedió al cruzar al otro lado, como lo llamaba ella. A grandes rasgos era lo que suele contar todo el mundo: un largo túnel, luces, amigos y parientes esperándola. Tuvo la sensación de haber hallado por fin la calma y la paz.

—Tryggvi dijo que él no había visto nada. Pura oscuridad nocturna.

—Quizás haya que ser más receptivo de antemano, no lo sé —dijo Baldvin—. Eso fue lo que experimentó María. Cuando me volví para la ciudad, la dejé muy calmada.

—¿Vinisteis en dos coches?

—María pensaba quedarse un poco más para acabar de recomponerse. Yo me quedé con ella durante la noche y luego me fui a la ciudad, el día siguiente a

mediodía. Ella me llamó por la tarde, como ya sabéis. Se había recuperado del todo, y por teléfono parecía contenta. Pensaba estar de vuelta en casa antes de la medianoche. Esa fue la última vez que supe de ella. A juzgar por lo que dijo era imposible imaginar que estuviera planeando cometer ninguna tontería. Ni se me ocurrió pensar que se pudiera suicidar. Ni se me pasó por la cabeza.

—¿Crees que pudo ser el experimento lo que pusiera en marcha el proceso?

—No lo sé. Después de la muerte de Leonóra, sí que pensé que podría llegar a hacer algo así.

—¿No crees tener ninguna responsabilidad en lo sucedido?

—Claro... claro que sí. Me siento responsable, pero yo no la maté. No habría podido hacerlo. Soy médico. No mato a la gente.

—No habrá ningún testigo de lo que sucedió mientras María y tú estuvisteis aquí, ¿verdad?

—No, estábamos los dos solos.

—Seguramente perderás la licencia.

—Sí, probablemente.

—Pero eso no te preocupa, ya que vas a heredar todo el dinero de María, ¿no?

—Puedes pensar de mí lo que quieras. No me importa lo más mínimo.

—¿Y Karólína?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Le dijiste que no llegaste hasta el final?

—No, no hablé con ella... No hablé con ella hasta después de que me dijeran que María había muerto.

El móvil de Erlendur empezó a sonar. Lo sacó del bolsillo del abrigo.

—Hola, soy Þorbergur —dijo una voz en el otro extremo.

—¿Quién?

—Þorbergur, el buzo. He estado viniendo por aquí, a los lagos. Aquí estoy ahora.

—Ah, sí, hola, Þorbergur. Yo..., perdona, estaba con otra cosa completamente distinta. ¿Hay alguna novedad?

—Creo que he encontrado algo que te interesará. He llamado a una grúa y, por supuesto, a la policía. No me atrevo a hacer nada si no estáis vosotros.

—¿Qué has encontrado?

—Un coche. Un Austin Mini. En medio del lago. No encontré nada en Sandkluftavatn y se me ocurrió probar en los lagos de alrededor. ¿Había heladas ya cuando desaparecieron?

—Sí, es bastante probable.

—Se metió en el lago con el coche. Te lo enseñaré cuando vengas. Estoy en el Uxavatn.

—¿Había alguien en el coche?

—Hay dos cuerpos. Hombre y mujer, creo. Irreconocibles, desde luego, pero parece que es tu gente.

Dorbergur calló un instante.
—Parece que es tu gente, Erlendur.

Camino de Uxavatn, Erlendur telefoneó a la residencia en la que el anciano esperaba la muerte. No pudo ponerse en contacto con él. Dijeron que era bastante improbable que sobreviviese a la noche y que su fallecimiento ya era solo cuestión de tiempo. Erlendur pidió hablar con el médico de guardia, quien dijo que el anciano podría vivir solo muy pocas horas, incluso unos minutos nada más. Era imposible afirmarlo con exactitud, pero el tiempo se le acababa muy deprisa.

Había empezado a oscurecer cuando Erlendur recorrió en su Ford el Hofmannaflöt y pasó el monte Meyjarsæti, bordeó el Sandkluftavatn y tomó la desviación hacia la izquierda, en dirección al valle de Lundarreykjadalur. Vio un pequeño camión grúa que hacía preparativos en el extremo norte del Uxavatn. El todoterreno de Þorbergur estaba allí mismo, a escasa distancia. Erlendur aparcó en la carretera y se dirigió hacia el buzo, que estaba poniéndose las botellas de oxígeno. Se estaba preparando para sumergirse y llevar el gancho de la grúa.

—Tuve suerte —dijo cuando se hubieron saludado—. En realidad, uno de mis pies topó con el coche.

—¿Crees que se trata de ellos?

—Por lo menos, es el mismo coche. Y dentro hay dos personas. Intenté iluminarlas un poco con la linterna. No es una visión demasiado agradable, como podrás imaginar.

—Desde luego que no. Muchas gracias por hacerme este favor.

Þorbergur cogió el gancho de la grúa y se metió con él en el lago hasta que el agua le llegó a la cintura. Entonces se sumergió.

Erlendur y el operario de la grúa se quedaron en la orilla del lago a la espera de que Þorbergur volviese a salir a la superficie. El gruero era un hombre alto y delgado que lo único que sabía era que había un coche dentro del lago, y que probablemente contenía dos cuerpos. Intentó sonsacarle más información a Erlendur, quien no tenía ganas de hablar.

—Es un caso muy antiguo —dijo—. Un caso antiguo y trágico del que ya nos habíamos olvidado, en realidad.

Luego se quedó en silencio mirando el agua, esperando a que emergiera Þorbergur.

Cuando se separó de Baldvin no se despidieron precisamente como amigos. Erlendur deseaba decirle el asco que le producía lo que le habían hecho él y Karólína a María, pero pensó que no serviría de nada. La gente que hacía cosas como esa oía los reproches y las recriminaciones como quien oye llover. Lo que les movía no era precisamente la conciencia ni los sentimientos morales. Baldvin no hizo pregunta alguna sobre los derroteros que seguiría el caso. Y Erlendur no sabía qué hacer. No sabía qué creer y qué no. Baldvin podía negarlo todo ante la justicia. No le había dicho a nadie, aparte de a Erlendur, nada de lo que había sucedido realmente, y

Erlendur no veía fácil probar sus sospechas. Era más que probable que Baldvin perdiera la licencia para ejercer la Medicina si confesaba haber provocado la muerte de María para resucitarla después, pero en vista de las circunstancias, eso no tenía la menor importancia. Era imposible asegurar que fuera a recibir condena alguna en un juicio. La carga probatoria correspondía al fiscal, y Erlendur no había sido capaz, en realidad, de presentar pruebas tangibles. Si Baldvin optaba por cambiar su declaración en el momento en que comprobara la amenaza de una acusación formal ante la justicia, no tenía más que negar que hubiera accedido al deseo de morir de María de forma temporal. No digamos haberla matado directamente. Erlendur disponía de ciertos datos que apuntalaban la sucesión de acontecimientos que condujeron al suicidio, pero prácticamente carecía de pruebas. No se podía condenar a nadie por hacerle a alguien una mala jugada, por muy inmoral que fuera esta.

Vio la cabeza de Þorbergur sobresalir del agua. El gruero reaccionó enseguida y trepó al camión. Þorbergur le hizo una señal para que encendiera el cabrestante. Por la carretera aparecieron dos coches de policía. Iban a gran velocidad, con la sirena encendida. El cabrestante de la grúa se puso en marcha. El grueso cable metálico empezó a moverse lentamente y a enrollarse en el carrete, deslizándose pulgada a pulgada.

Þorbergur llegó a la orilla del lago y se desembarazó del equipo de buceo. Fue hacia el Ford, junto al que estaba Erlendur. Tenía abierta la puerta del conductor para oír las noticias vespertinas.

—Bueno, estarás contento —dijo Þorbergur.

—No lo sé —respondió Erlendur.

—¿Piensas informar personalmente a los familiares?

—En uno de los casos podría ser ya demasiado tarde —dijo Erlendur—. La madre del chico murió hace tiempo y el padre está ahora a las puertas de la muerte. Dicen que puede fallecer en cualquier momento.

—Entonces tendrás que darte prisa —dijo Þorbergur.

—¿Es amarillo? —preguntó Erlendur.

—¿El coche? Sí, es amarillo.

Sonó un rugido en el camión grúa. Los dos coches de policía se detuvieron. Salieron cuatro agentes que se dirigieron hacia ellos.

—¿Vas a tirar esto? —preguntó Þorbergur.

Señaló con el dedo el desfibrilador, que Erlendur había colocado en el asiento del pasajero de su Ford. Era el que había encontrado en la caseta almacén del bungaló de María y Baldvin. Lo metió en el coche después de su encuentro con Baldvin.

—No —respondió Erlendur—. Está relacionado con otro caso.

—Siempre un montón de trabajo —dijo Þorbergur.

—Pues sí. Qué le vamos a hacer.

—Hace mucho que no veo un trasto viejo como ese. ¿Alguien utiliza para algo un desfibrilador roto?

—Sí —dijo Erlendur, que estaba pensando en otra cosa.

El cable metálico hizo ondularse el agua y el coche asomó en la superficie.

—No, ¿qué quieres decir con eso de roto? —preguntó Erlendur, mirando a Þorbergur con gesto de extrañeza.

—¿Cómo?

—Dijiste que este aparato está roto, ¿no?

—¿Es que no lo ves?

—No, yo no entiendo nada de estas cosas.

—Es total y absolutamente inservible. Mira, esta conexión está rota. Y este cable... La conexión con el electrodo está rota también. Es imposible usar esto para nada.

—Pero...

—¿Qué?

—¿Estás seguro?

—Pasé años en los bomberos. Esto ya no es más que basura.

—Pero él me dijo...

Erlendur se quedó mirando a Þorbergur.

—¿Está roto? —dijo con un gruñido.

El cabrestante de la grúa chirrió, y el Austin Mini salió lentamente del agua y se deslizó hacia la orilla. El gruero apagó el motor del cabrestante. Los agentes de policía se aproximaron. Agua, arena y barro salieron del coche hasta que este quedó vacío. Erlendur vio las formas de dos cuerpos humanos en los asientos delanteros. El coche estaba cubierto de cieno y vegetación lacustre, pero aún se podía distinguir el color amarillo de los costados. Los cristales estaban enteros, pero el maletero estaba abierto.

Erlendur intentó abrir la puerta del pasajero, pero estaba completamente atascada. Fue a la del conductor y comprobó que estaba ligeramente entreabierta, y además abollada. Miró el interior y vio dos esqueletos. Guðrún, Dúna para los amigos, estaba al volante. Supuso que era ella, por el pelo. Supuso que quien estaba sentado a su lado era Davíð.

—¿Por qué está abollada la puerta? —preguntó a Þorbergur.

—¿Sabes algo del estado en que se hallaba el coche?

—No debía de estar demasiado bien.

—No dispusieron de mucho tiempo —dijo Þorbergur—. Ella intentó abrir la puerta de su lado pero no pudo, o solo en forma muy limitada. En ese lado del coche había una piedra grande. Pero el pasajero no pudo abrir la suya. Quizás es que esa puerta estaba averiada. Al parecer, las manivelas de las ventanas no funcionaban. De otro modo, habrían intentado salir por ellas. Es la regla principal en estas circunstancias. Al parecer el coche estaba ya hecho un cascajo.

—¿De modo que se quedaron atrapados dentro?

—Sí.

—Mientras se les escapaba la vida.

—Confío en que la agonía fuera breve.

—¿Cómo llegaron a un sitio situado tan en medio del lago? —preguntó mientras miraba al Uxavatn.

—La única explicación obvia es que el lago estuviera cubierto de hielo —respondió Þorbergur—. Y que la chica metiera el coche por el hielo. Quizá una simple chiquillada. Pensó que ella entendía de esas cosas. Y el hielo se rompió. El agua estaba muy fría. No hay apenas profundidad, pero sí la suficiente.

—Y desaparecen —dijo Erlendur.

—Por los alrededores del lago no suele haber demasiado tráfico en esta época del año, y eso ahora, no digamos hace veinte años —dijo Þorbergur—. No hay testigos. Esos agujeros en el hielo vuelven a cerrarse enseguida sin que nadie pueda darse ni cuenta de que se habían abierto. Y eso que si llegaron hasta aquí es que aún debía de poderse circular por la carretera.

—¿Qué es eso? —preguntó Erlendur señalando un bulto que había en medio de los asientos.

—¿No pasa nada si lo miramos? —preguntó Þorbergur—. ¿No debería examinarlo la sección científica?

Erlendur no le escuchó. Se inclinó sobre el asiento del conductor y cogió lo que había despertado su atención. Lo fue sacando del coche con mucho cuidado, pero a pesar de sus precauciones se rompió. Tenía en la mano dos de los trozos, y se los enseñó a Þorbergur.

—¿Qué es eso? —preguntó el buzo.

—Creo que debe de ser... Creo que es un libro —dijo Erlendur, y examinó los dos pedazos.

—¿Un libro?

—Sí. Probablemente sea un libro sobre los lagos de los alrededores. Así que, en efecto, el chico se lo compró a ella.

Erlendur dejó el libro en las manos de Þorbergur.

—Tengo que ver a su padre antes de que sea demasiado tarde —dijo, mirando el reloj—. Creo que les hemos encontrado, creo que no cabe la menor duda. El padre tiene que saber lo que sucedió. Su hijo estaba enamorado. Eso era todo. Nunca tuvo la menor intención de dejar a sus padres sumidos en la zozobra. Fue un accidente.

Erlendur se apresuró a llegar a su Ford. Debía darse prisa, porque antes de ir a la residencia de ancianos tenía que concluir otra visita y encontrar por fin la verdad.

Era una niña pequeña y estaba sola, sentada en la playita del lago, y oía el murmullo del agua.

Era una mujer joven y miraba el lago y contemplaba su belleza y el resplandor que irradiaba.

Era una anciana y estaba en cuclillas al lado de la niña, y era una niña pequeña otra vez y oía el susurro de unas palabras y oía el perdón en las palabras y el susurro brotaba del lago y el susurro decía: «Tú eres mi niña».

Tardó un buen rato en recuperar la conciencia, estaba tan inmensamente cansada y aturdida que apenas conseguía abrir los ojos.

—Bald... vin —suspiró—. Fue un accidente. Lo que sucedió, cuando murió papá... fue un accidente.

No veía a Baldwin, pero sentía su presencia.

Ya no tenía frío y era como si hubiese desaparecido una pesada carga que la oprimía.

Sabía lo que tenía que hacer a continuación. Iba a contarlo. Todo.

Todo lo que sucedió junto al lago. Todos los que quisieran escucharla sabrían lo que había sucedido.

Iba a llamar a Baldwin cuando sintió que no podía respirar. Había algo que le oprimía la garganta.

Abrió los ojos y buscó a Baldwin, pero no le vio.

Se echó las manos al cuello, desfallecida.

—No es justo —dijo en un leve susurro—. No es justo...

Erlendur entró en el callejón de Grafarvogur y llegó a casa de Baldvin. Aparcó en la entrada del garaje y bajó del coche. Tenía que darse prisa. No sabía si estaba haciendo lo correcto; lo que más deseaba era ir directamente a ver al anciano, pero al mismo tiempo le acuciaban preguntas sobre el desfibrilador que solo Baldvin podía responder.

Tocó al timbre y esperó. Volvió a llamar y se dio cuenta de que el coche de Karólína estaba aparcado en la calle, a cierta distancia de la casa. Después de llamar por tercera vez oyó ruidos en el interior de la casa antes de que la puerta se abriera y apareciese Baldvin.

—¿Tú otra vez? —exclamó.

—¿Puedo entrar? —dijo Erlendur.

—¿Pero no habíamos terminado ya con este asunto? —preguntó Baldvin.

—¿Está Karólína aquí? —preguntó Erlendur.

Baldvin miró a las espaldas de Erlendur y vio el coche de Karólína. Luego dijo que sí con la cabeza e invitó a Erlendur a pasar.

—Pensamos que ya no tenía ningún sentido mantener el disimulo —dijo Baldvin—. Te he dicho ya lo que sucedió. Karólína se viene a vivir conmigo la semana próxima.

—No tienes por qué decirle nada —dijo Karólína—. No es asunto suyo.

—Tienes toda la razón —dijo Erlendur con una sonrisa. Quería ir al hospital lo antes posible, pero procuraba transmitir la sensación de tranquilidad—. Aunque uno habría pensado que preferiríais proceder con cautela —añadió—. No llamar demasiado la atención.

—No tenemos nada que ocultar —dijo Karólína.

—¿Estás segura? —preguntó Erlendur.

—¿Qué quieres decir? —replicó Baldvin—. Ya te he contado cómo fueron las cosas. Dejé a María viva en el bungalow.

—Ya sé lo que me dijiste.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Todo lo que me contaste era mentira —dijo Erlendur—, y se me que ocurrió que a lo mejor ahora os apetecía contarme la verdad. Sería un cambio muy agradable.

—Yo no mentí —dijo Baldvin.

—¿Por qué piensas que mintió? —dijo Karólína—. ¿O que mentimos los dos?

—Porque sois unos mentirosos —respondió Erlendur—. Le mentisteis a María. Montasteis toda una conspiración. Organizasteis una actuación teatral en su exclusivo honor. Aunque Baldvin diga que se echó para atrás en el último momento, sigue siendo un crimen. Me habéis estado mintiendo desde el principio.

—Qué estupidez —dijo Baldvin.

—¿Cómo piensas demostrarlo? —preguntó Karólína.

Erlendur dibujó media sonrisa y miró su reloj.

—No puedo —dijo.

—¿Y qué quieres, entonces?

—Deseo oír la verdad —dijo Erlendur.

—Ya te he dicho la verdad —contestó Baldvin—. No estoy nada orgulloso de lo que hice, pero no asesiné a María. No lo hice. Ella se suicidó después de que yo me hubiera marchado a la ciudad.

Erlendur se pasó un buen rato mirando a Baldvin sin mediar palabra. Baldvin miró a Karólína.

—Creo que sí me mentiste —dijo Erlendur—. Hiciste mucho más que empujarla para que se suicidara. Le quitaste la vida. Le pusiste la soga en el cuello. La colgaste de la viga.

Karólína se había sentado en el sofá. Baldvin seguía de pie en la puerta de la cocina.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Baldvin.

—Tejisteis una red de mentiras para María y ahora seguís mintiendo. No creo una sola palabra de lo que decís.

—Eso es asunto tuyo —dijo Karólína.

—Sí, es asunto mío —dijo Erlendur.

—No sabes...

—¿Qué tal duermes por las noches?

Baldvin no le respondió.

—¿Con qué sueñas, Baldvin?

—Déjale en paz —dijo Karólína—. No ha hecho nada.

—Según me dijo, fuiste tú quien le empujó a hacerlo —dijo Erlendur mirando a Karólína—. Fue culpa tuya. Me dio la sensación de que quería descargar en ti todas las culpas.

—Está mintiendo —dijo Baldvin.

—Dijo que tú fuiste quien le daba todas las ideas para lo que hicisteis.

—No le escuches —dijo Baldvin.

—No te preocupes —dijo Karólína mirando a Baldvin—, sé lo que intenta hacer.

—Entonces ¿fue Baldvin el que puso más empeño? —preguntó Erlendur.

—No lo vas a conseguir —dijo Karólína—. Baldvin puede decir lo que le parezca bien.

—Sí, claro —dijo Erlendur—. No sé si vale la pena creer nada de lo que diga. Sobre él mismo. Sobre ti. Sobre María.

—Es problema tuyo decidir qué crees y qué no —dijo Karólína.

—Vosotros sois actores —dijo Erlendur—. Los dos. Vosotros interpretasteis los papeles delante de María. Vosotros escribisteis el drama. Vosotros elegisteis el escenario. Vosotros elegisteis el decorado. Ella nunca pudo sospechar nada. Claro, otra cosa sería si hubiera descubierto lo del desfibrilador.

—¿El desfibrilador? —preguntó Karólína.

—Claro, estaba ahí solo para ocupar un lugar en el decorado —dijo Erlendur—. Era, como se dice, parte del atrezzo. No hacía falta que funcionara. No tenía la función de servir de instrumento de seguridad. Ese aparato no tuvo nunca la función de salvarle la vida a María. No era más que una pieza de atrezzo en el decorado que montasteis para una única espectadora: María.

Karólína y Baldvin se miraron a los ojos por un segundo. Después, Baldvin bajó los ojos.

—El aparato está roto —le explicó Erlendur a Karólína—. Por eso tenía que ir a buscarlo a la casa. Lo utilizó solo para engañar a María. Su función era demostrarle que iba en serio, que haría todo lo que estuviera en su mano para garantizar la seguridad de María.

—¿Qué crees tú que sabes? —preguntó Baldvin.

—Esto es lo que estoy convencido de saber: tú la asesinaste. Necesitabas un dinero al que solo podrías acceder si ella moría primero. Tenías una relación con Karólína y no querías que María se enterase; no podías divorciarte de ella porque te quedarías sin el dinero. Pero querías a Karólína. Además, supongo que la convivencia con María debía de ser agotadora a la larga. Su madre estaba siempre allí y, aunque desapareció, era como si siguiera en la casa. María no pensaba en otra cosa. Imagino que hacía mucho tiempo que habías perdido todo interés por ella y que no hacía más que molestar. A ti y a vosotros dos.

—¿Puedes probar esa imbecilidad? —preguntó Karólína.

—¿Estabas tú aquí la noche en que vinimos a comunicar la muerte de María?

Karólína vaciló un instante. Luego asintió con la cabeza.

—Me pareció ver un movimiento en la ventana del salón cuando estaba saliendo del callejón.

—No debiste haber venido —le dijo Baldvin a Karólína.

—¿Qué sucedió en la casa de verano? —preguntó Erlendur.

—Lo que ya te he contado —respondió Baldvin—. Nada más.

—¿Y el desfibrilador?

—Quería tranquilizarla.

—Me hago idea de que casi todo lo que contaste sobre la forma en que le causaste la muerte a María es exacto. Y me hago idea de que, de manera voluntaria, dejó que le causaras la muerte. Pero también quería vivir. Supongo que es mentira todo lo que me dijiste que sucedió desde que la sacaste de la bañera.

Baldvin no le respondió.

—Algo se torció y pensaste que era preciso montar un falso suicidio —continuó Erlendur—. Lo más sencillo habría sido que María muriese tal como querías y como lo habías planeado con tanto detalle, que hubiera muerto en la bañera. Pero no murió, ¿verdad?

Baldvin seguía mirándole sin decir nada.

—Fallaste en algo —prosiguió Erlendur—. Salió de la muerte inducida. Probablemente la habías sacado ya de la bañera y la habías depositado en la cama. Habías provocado una parada cardiaca. Nadie habría pensado en ninguna otra cosa. La autopsia mostraría un ataque cardiaco por causas naturales. Eres médico. Sabes de eso. Habrías salido con bien del asunto. María había mordido el anzuelo. Lo único que tenías que hacer era traicionarla. Traicionar su confianza. Traicionar a una persona inocente que llevaba mucho tiempo sumida en la depresión. No fue demasiado valeroso lo que hiciste, pero tampoco es que seas ningún héroe.

Karólína miraba al suelo.

—Quizá la habías dejado en la cama —dijo Erlendur—. Te pusiste a comprobar su pulso por última vez antes de echar a correr a la ciudad. Habías llamado aquí, a Kópavogur, donde Karólína respondió a tu teléfono. Querías que pareciese que era María la que había llamado. Examinaste a María por última vez y, con gran horror, viste que seguía con vida. No había muerto. El corazón latía; débilmente, pero latía. Había empezado a respirar. Existía el riesgo de que despertase.

Karólína escuchaba a Erlendur en silencio. Evitaba mirarle.

—Quizá despertó. Quizás abrió los ojos, como me contaste, y quizás había llegado a cruzar hasta el otro lado. Quizá vio algo, aunque es más probable que no viera nada. Quizá te contó algo sobre su experiencia, pero no dispuso de mucho tiempo para hacerlo. Además, estaba agotada.

Baldvin no respondía.

—Quizá se dio cuenta de lo que estabas haciendo. Probablemente estaba demasiado débil como para luchar por su vida. No vimos ninguna señal de lucha. Sabemos que María se asfixió cuando la soga le oprimió la garganta.

Karólína se puso en pie y fue hacia Baldvin.

—Poco a poco se le fue escapando la vida, y María murió.

Karólína abrazó a Baldvin y miró a Erlendur.

—¿Fueron más o menos así las cosas? —preguntó Erlendur—. ¿No fue así como murió María?

—Era el deseo de ella —dijo Baldvin.

—Es posible que en parte, pero no todo.

—Ella lo pidió.

—Y tú le hiciste el favor.

Baldvin miró a Erlendur con gesto inexpresivo.

—Creo que deberías marcharte —dijo.

—¿Dijo algo? —preguntó Erlendur—. ¿Algo sobre Leonóra?

Baldvin sacudió la cabeza.

—¿Algo sobre su padre? —preguntó Erlendur—. Debe de haber dicho algo sobre su padre.

—Deberías irte —dijo Baldvin—. Estás delirando. Debería denunciarte por acoso.

—¿No dijo nada sobre su padre? —volvió a preguntar.

Baldvin no le respondió.

Erlendur les miró un buen rato a los dos. Luego se dirigió hacia la puerta.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Karólína—. ¿Qué piensas hacer?

Erlendur abrió la puerta de la calle y se dio la vuelta.

—Creo que lo habéis conseguido —dijo.

—¿Que hemos conseguido qué? —preguntó Baldvin.

—Lo que pretendíais —respondió Erlendur—. Estáis hecho el uno para el otro.

—¿No piensas hacer nada? —preguntó Karólína.

—No puedo hacer gran cosa —admitió Erlendur, a punto de salir y cerrar la puerta—. Informaré del caso a mis superiores, pero...

—Espera —dijo Baldvin.

Erlendur se volvió.

—Mencionó a su padre —dijo Baldvin.

—Eso me parecía lo más verosímil —dijo Erlendur—. Probablemente lo hizo en sus últimos momentos.

Baldvin asintió con la cabeza.

—Yo creía que quería ponerse en contacto con su madre, con Leonóra —dijo.

—Pero no era así, ¿verdad? —preguntó Erlendur.

—No —dijo Baldvin.

—Lo que deseaba era ver a su padre, ¿no es así? —dijo Erlendur.

—Yo no comprendí del todo lo que decía. Quería que la perdonase. ¿Qué tenía que perdonarle?

—Nunca lo entenderás.

—¿El qué?

Baldvin clavó la mirada en Erlendur.

—¿Fue... fue... María? Ella estaba en la barca cuando murió Magnús. ¿Ella se consideraba culpable por lo que le había sucedido a su padre?

Erlendur sacudió la cabeza.

—No podríais haber encontrado una víctima más desdichada —dijo, y cerró la puerta.

Fue a toda prisa a la residencia de ancianos y subió a la planta donde vivía el anciano. No estaba en su habitación, y alguien informó a Erlendur de que le habían trasladado a otra. Erlendur corrió hacia allí y le indicaron que pasara al cuarto donde se encontraba el anciano, acostado bajo un grueso edredón que solo dejaba libre la cabeza y el rostro enflaquecido y unos brazos huesudos, cruzados sobre el cuerpo.

—Acaba de morir —le informó la enfermera que le había acompañado—. Murió en paz. El buen hombre nunca causó ningún problema.

Erlendur se sentó al lado de la cama y le cogió la mano.

—Davíð estaba enamorado —dijo en voz baja—. Él...

Erlendur se pasó una mano por la frente. Imaginó a los dos jóvenes cuando ya habían alcanzado el convencimiento de que no lograrían salir del coche y se cogieron de la mano, totalmente serenos, mientras la vida se les escapaba y sus corazones dejaban de latir en aquellas aguas gélidas.

—Me habría gustado llegar un poco antes —dijo. La enfermera salió en silencio de la habitación y se quedaron solos—. Había conocido a una chica —añadió Erlendur tras un largo silencio—. No murió él solo. Fue un accidente. No se suicidó. Estaba alegre, no triste, cuando murió. Era feliz. Estaba enamorado de una chica a la que había conocido y estaban jugando... Fue como una chiquillada, lo habrías comprendido a la perfección. Murieron juntos. Él estaba con su chica y, cuando hubiera vuelto a casa, no cabe duda de que os habría hablado de ella, os habría dicho que iba a la universidad y que era muy simpática y que le interesaban muchísimo los lagos. Que era su chica. Su chica, por los siglos de los siglos.

Estaba al lado de la granja abandonada que fue su antiguo hogar, mirando hacia el Harðskafi. No se alcanzaba a ver bien la montaña a causa de una neblina que iba descendiendo hacia el fiordo. Iba bien equipado, con sus viejos zapatos de montaña, gruesos pantalones para la nieve y un caliente anorak. Estuvo largo rato mirando la montaña en silencio, serio, antes de ponerse en camino, con un bastón y sobre los hombros una pequeña mochila. Fue caminando sin hallar obstáculos, envuelto en el silencio de la naturaleza, que por todas partes se había acostado ya para su sueño invernal. Al poco, había desaparecido en la fría niebla.



ARNALDUR INDRIDASON (Reikiavik, Islandia, 28-01-1961). Escritor islandés, hijo del también escritor Indriði G. Þorsteinsson.

Licenciado en Historia, es periodista, crítico de cine y autor de novela negra. Ha trabajado, durante veinte años, principalmente para Morgunbladid, el diario más importante de Islandia. Vive con su mujer y sus tres hijos en Reikiavik. Sus novelas policíacas han sido publicadas en doce idiomas y más de veinte países.

Se hizo famoso al crear en 1997 al inspector islandés Erlendur Sveinsson, un hombre obsesionado por el pasado y la sombra de su hermano, un niño que desapareció. Solitario y deprimido, tiene una hija drogadicta a la que sólo habla cuando no puede escucharle. La investigación criminal en sus novelas suele ser un pretexto para resolver un enigma del pasado, y en ellas el lirismo cumple un papel importante. Los autores que le han influido más son dos escritores suecos de los años sesenta, Maj Sjöwall y Per Wahlöö, que escribieron las aventuras del inspector Martin Beck.

Logró The Gold Dagger Award, el premio más importante de novela negra en el mundo anglosajón por *La mujer de verde* (*Silencio Sepulcral*), así como el Glasnyckeln (Glass Key o Llave de cristal) a la mejor novela negra nórdica con *La mujer de verde*, y por *Las marismas*. Además ha recibido el Premio de la Crítica Francesa a la mejor novela negra por *Las marismas*.

Notas

[1] En el original, *Menntaskóli*: institución que ofrece cuatro años de educación secundaria superior a alumnos de dieciséis a veinte años de edad. (N. del e.) <<

[2] Magdalena es un nombre muy infrecuente en Islandia. Es fácil no llegar nunca a conocer a una mujer que se llame así. (*N. del t.*) <<